

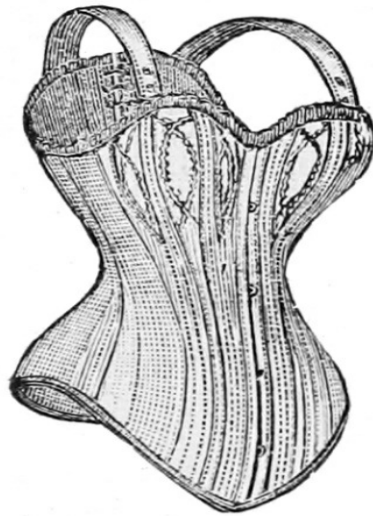
Maribel Solle

# OJOS DEL ANOCHECER



III Saga de los Devonshire

**SAGA DE LOS DEVONSHIRE**  
**OJOS DEL ANOCHECER**



**MARY ELIZABETH**

**Maria Isabel Salsench Ollé**

# Nota Legal

Se prohíbe la copia total o parcial de la obra, ni su incorporación a un sistema informático o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)

*(Para comprender este libro en su totalidad es recomendable leer los dos primeros de la saga)*

[www.maribelsolle.com](http://www.maribelsolle.com)

## Tabla De Contenidos

*Ojos del Anochecer*

*Nota Legal*

---

*Prólogo*

---

*Epílogo*

---

*Otros títulos del autor*

---

*“Jamás permitas que mentes pequeñas te  
convenzan de que tus sueños son demasiado  
grandes”*  
ANÓNIMO

## PRÓLOGO

*Primavera de 1844. Propiedad de los Pembroke, Bath.*

—¡Por fin puedo asistir a los famosos eventos de tu tía! Temporada tras temporada tenía que conformarme con la aburrida compañía de la institutriz mientras mis hermanas podían venir —convino Lady Diana Towson, una

joven de piel tostada y bonita figura, hija del dueño de una de las navieras más prósperas de Inglaterra.

—Llegué a pensar que con el matrimonio de su hija ya no celebraría estos acontecimientos —prosiguió Lady Catherine Nowells recolocándose un tirabuzón castaño y cogiendo una copa de licor que un lacayo le servía.

—A mi tía no hay nadie que la haga desistir de ser la protagonista de cualquier celebración, eso la hace feliz y aunque Helen ya esté desposada con Lord Bennet y en el Condado de York, Ludovica Ravorford no puede resistirse a un evento como éste; simplemente digamos que se trata de su único aliciente dado al mutismo y apatía de mi tío —ultimó Karen con sorna observando con altivez a la multitud que se aglomeraba en el centro del salón, era el tercer día que pasaba en casa de los Condes de Pembroke y ya había podido establecer amistad con tres damas que no le resultaban tan insulsas como el resto de las invitadas.

—¡Karen! ¡No hables así de tu tío! Debemos agradecer que tu tía siga organizando este tipo de celebraciones; si no fuera por ella, deberíamos conformarnos con los simples bailes o los comunes picnics. ¿Sabes qué significa poder pasar toda una semana rodeada de posibles pretendientes? Yo, por mi parte, muero por subirme al caballo de Lord Norwich —respondió Lady Sophia Peyton, removiendo su melena dorada y estirando sus facciones húngaras mientras se abanicaba —¡Mira! Ahí vienen tus hermanas —informó señalando a Audrey Seymour y a Elizabeth Talbot, acompañadas de la Baronesa viuda de Humpkinton.

—Corre, coge mi copa, Audrey no quiere que beba-se apresuró Karen a decir mientras se la entregaba a Lady Peyton, tan bruscamente, que unas gotas de champán saltaron sobre su vestido de gasa blanca.

—No hace falta que hagas cargar a Lady Peyton con tu copa —dijo Audrey al llegar a ellas con su tono impasible habitual y posando su mirada gélida sobre los ojos llenos de energía de su hermana menor.

—Me olvidaba que no se te escapa nada...

—Ya te he dicho que no quiero que bebas todavía, sé que ya estás en la edad, pero no es conveniente que una dama debutante sea vista con esos ademanes; debes mostrarte inocente y compungida por estar por primera vez en sociedad.

—Lo sé, lo sé... —rodó los ojos —inocente y compungida —imitó con actitud socarrona.

—¡Niña! ¡Es de muy mala educación rodar los ojos! Nos volverá locas —

refunfuñó la Señora Royne, la Baronesa viuda, que ya había tenido que lidiar unas cuantas veces con la joven pelinegra desde que habían salido de Dunster.

—¡Catherine! —exclamó Bethy al ver a su buena amiga, su confidente.

—¡Oh Bethy! —correspondió con afecto Lady Nowells abrazándola —  
¿Cómo está Áurea? ¿Y Lord Talbot?

—Robert se ha quedado en Carlisle ocupado con las tierras y Áurea está con la señorita Clive en una de las estancias superiores, seguramente ya esté dormida como Rony y mis sobrinos.

—No estaría tan segura de eso con Rony y los mellizos, de seguro le están haciendo la vida imposible a Briana y a la Señorita Murray —contravino Lady Seymour —Karen, aquí tienes tu tarjeta de baile, Gigi ya tiene la suya y ya ha empezado a bailar con Lord Cornwall —la debutante estiró la mano con aburrimiento hacia la tarjeta y miró con hastío los nombres que habían en ella, todos eran caballeros que no desistían en cortejarla a pesar de que se había mostrado todo lo descortés posible con ellos.

—Y esta vez muéstrate más complaciente y coqueta, y haz el favor de eludir tus aficiones. Invéntate que te gusta la costura o algo similar... estoy cansada de que los espantes. Ayer, perdimos a dos buenos partidos en cuanto comentaste lo de tus salidas a caballo —regañó la Baronesa.

—Vamos, lo harás bien —animó con dulzura Bethy —ya viene el primero —señaló, disimuladamente, en dirección a un hombre más bien entrado en años pero con buena planta y buen porte.

Karen tan sólo soñaba en el momento que fuera declarada solterona oficial y pudiera viajar a Francia, había escuchado que era un país más liberal y que las mujeres empezaban a gozar de más derechos, por no hablar de la moda más cómoda y fresca que se llevaba en París. Había recibido cartas de su hermana Alice, en las que la informaba que ahora se encontraba en Francia y que había podido montar su propio taller de costura con el dinero que había ahorrado en América y las joyas que había vendido.

Deseaba poder ir con ella y ser una mujer independiente con su propio trabajo, sin embargo, era algo que ni si quiera había planteado a Audrey. A pesar de saber que su hermana era una mujer trabajadora y bastante fuerte que se había abierto camino en un mundo para hombres, estaba segura de que no aceptaría que ella se marchara a un país extranjero. Hasta el momento, las damas tan sólo podían disfrutar de la educación en casa y ella quería abrir un centro donde profesores cualificados pudieran enseñar medicina, matemáticas, política... a mujeres que estuvieran interesadas en aprender esos menesteres y

no quisieran quedarse limitadas a la historia y a los modales que impartían las institutrices. Para llegar a cumplir ese sueño, necesitaba empaparse de nuevos ideales y conocer gente que pensara como ella, quedándose entre esos retrógrados ingleses no avanzaría en sus planes. Por eso, deseaba ver mundo y abrirse camino por ella misma sin que la sombra de su apellido la ayudara a eso.

Ese era el motivo por el cual se mostraba un poco más desagradable de lo habitual y hasta había pisado algún que otro pie durante alguna pieza y, de momento, lo había conseguido; había conseguido ahuyentar a más de uno de esos aburridos e insípidos caballeros.

Lamentablemente para Karen, esa áurea de misterio y de peligro tan sólo atraía aún más a algunos intrépidos y por si eso fuera poco, poseía una belleza nada habitual. Sus ojos cuales azabaches negros eran profundos y nadaban entre los destellos de las estrellas y la oscuridad de la noche mientras sus labios carnosos, parecían hacer una buena combinación con su larga y sedosa melena negra. Para los ingleses, acostumbrados a ojos claros y pieles blancas, Karen era todo un capricho y cosmos nuevo que descubrir. Era atractiva y eso no le jugaba a favor de sus planes.

Había algunos que cuando la veían pasar tan sólo podían quedarse estáticos y observarla deseando ser el elegido de tal dama, queriendo ser cómplices de los problemas que podía acarrear la Cavendish más rebelde; pero muchos otros, el carácter fuerte y decidido de la joven los asustaba no siendo capaces de poder convivir con una mujer de tal envergadura y acostumbrados a la docilidad y a las damas melindrosas.

—Nunca vi a una dama montar a horcajadas como tú lo haces —inició Lord Henry Manners mientras se deleitaba con el roce de Karen en la pista.

—Me lo tomaré como un halago. Aunque creo que no muchos piensan como usted.

—Bien, no me andaré con rodeos, soy el Duque de Rutland y tú serás mi Duquesa —dijo sin más el varonil hombre que la sostenía entre sus brazos mientras rodaban sobre sí mismos causando una estridente, pero melodiosa risa en Karen.

—De todos los chicos que han venido a cortejarme, debo admitir que su entrada ha sido la más original. Pero no se ofenda, no deseo desposarme. No necesito un marido.

—Eso es querida, porque yo no soy un chico, soy un hombre por si no te has dado cuenta aún y sé exactamente lo que necesitas —habló sin ningún

reparo Lord Henry mientras apretaba el agarre de Karen contra su fornido cuerpo, era alto y lucía una barba bien cuidada. A pesar de pasar los cuarenta años, mantenía su porte y su atractivo y nada tenía que echar en falta de cuando era un mozo. Al contrario, se vanagloriaba de su larga lista de amantes y de su experiencia en los asuntos del amor. Pero había topado con Karen y se había convertido en una obsesión tenerla en su cama, y sabía que la única manera de tenerla era casándose con ella, idea que no le disgustaba pues también iba siendo el momento de tener un heredero.

—¿De verdad Lord Manners? No me diga que ahora además de perseguir muchachitas también lee las mentes —contrapuso Karen mirándolo intensamente entre la amenaza y el sarcasmo mientras se zafaba de su agarre de un fuerte empujón disimulado por la marcha de la danza. Lord Henry soltó una sonora carcajada atrayendo las miradas de sus compañeros de pista.

—Eres diferente, especial...y te quiero para mí. No haré como estos jovencitos que te cortejarán días y días para luego ir a pedir tu mano a tus tutores —informó con autosuficiencia y señalando con la mirada el lugar en que Edwin y Audrey Seymour atendían a un par de caballeros que querían ganarse su favor para poder solicitar la mano de ella o de Gigi —sé que no necesitas el permiso de ellos para hacer lo que te plazca, no eres de esas. Tú eres como yo, te he estado observando estos días y estás sedienta de libertad, de nuevos lugares, de nuevas personas...aborreces esta sociedad tanto como yo lo hago. Así que este es el trato, cástate conmigo y te dejaré libre para ir y hacer lo que te plazca siempre y cuando respetes nuestro lecho y cumplas con tus deberes de esposa. Creo que no hace falta que te explique a qué me refiero —ultimó mientras volvía a apretar el voluptuoso cuerpo de Karen contra el suyo haciendo que el pecho de la debutante se sobresaliera por la presión que ejercía el torso masculino sobre él.

Karen le dedicó una de sus miradas más inquisitivas, pero Henry no era un hombre que se amedrentara con ello, su propuesta no era del todo descabellada, por un lado se casaba dando honor y gratitud a Audrey y por otro, conseguía libertad...sólo había un pequeño inconveniente, y era que ese bastardo sólo la quería para una sola cosa y le importaba muy poco ella en sí. ¿Debía importarle ese hecho? ¿A caso no quería poder hacer y deshacer a su antojo? ¿Pero debía convertirse en el objeto de un hombre para ello?

—Me da asco —contestó sin más la pelinegra mientras volvía a zafarse de los brazos del Duque.

—¿Eso es un no? Sabes que nadie te ofrecerá lo que yo te ofrezco, todos



esos mequetrefes te pedirán que los acompañes a las cenas, a las galas y deberás presentarte siempre como la mujer perfecta y obediente, yo tan sólo te pido una cosa y luego eres libre—habló el Duque con una media sonrisa, llena de galantería mientras acariciaba el pelo negro de Karen, sintiéndose dueño de todo aquello que tocaba.

—Henry, ya que me tuteas yo haré lo mismo, aparta tus manos de mi cuerpo y olvídate de lo que me acabas de proponer —sentenció la debutante dando media vuelta y dejando a su pareja de baile sola, aunque a Henry poco le importó, para él era cuestión de tiempo que Lady Cavendish cayera a sus pies y esa demostración de carácter no hacía más que avivar su deseo por ella.

Karen corrió por los pasillos de la propiedad, estaba harta. Harta de todo ese espectáculo, disfrutaba de la compañía de sus nuevas amigas y había demostrado ser una mujer bastante sociable pero no podía soportar todo ese escaparate de hombres y mujeres en busca del mejor postor. ¿Qué se creía Lord Henry? Hasta ella tenía un límite en las conversaciones que debía mantener con el sexo opuesto y que le dijeran abiertamente que tan sólo la deseaban para el lecho, no entraba dentro de ellos. Había soportado más de lo que podía y necesitaba respirar, necesitaba libertad, su amada libertad. Se despojó del sobrecuello y dejó que el aire fresco del balcón —al que había salido —calmara su bravura, de lo contrario, tardaría dos minutos en ir a por el arco y asestarle una flecha en medio de la cabeza del Duque. Tan sólo debía pensar en Audrey y todo lo que ella hacía para su bien para no cometer tal locura.

Andando con el paso resuelto que la caracterizaba se asomó al alfeizar para poder observar el jardín, sin embargo, en medio de su sofocación no se percató que había otra persona en ese mismo lugar.

## CAPÍTULO 1 PRIMERAS IMPRESIONES

Lord Asher Stanley, Conde de Derby, no estaba acostumbrado a la multitud, y mucho menos a una multitud llena de damas casaderas y madres deseosas de encontrar marido para sus hijas. Era cierto, que si había ido a ese espectáculo anual era para contraer matrimonio pero no esperaba tal séquito de mujeres tras de él toda la noche y se había visto forzado a buscar un lugar apartado en el que serenarse. No era que el Conde fuera un lobo como Edwin, pero no era dado a las banalidades y a los excesos a los que la sociedad se

estaba acostumbrando, era un firme defensor de las tradiciones y de Inglaterra como no podía ser menos después de haber luchado por la Reina en diferentes ocasiones al lado del Teniente Seymour como Almirante.

El Almirante Stanley ni si quiera gozaba de más de una amante para no exponerse a los escándalos o a los pleitos que éstas solían causar, tan sólo poseía una muy discreta y fiel a sus servicios sin demandarle nada más ni encariñarse con él más de lo necesario. Sin embargo, había llegado el momento de desposarse por el bien de su condado y por exigencias de su madre. Para ello, buscaba a una joven que no le diera quebraderos de cabeza, sumisa, remilgada y sobre todo, con buenos modales y arraigada a Inglaterra.

Mientras fumaba uno de esos cigarrillos ingleses en un rincón del balcón más alejado de la multitud, de golpe vio aparecer a la cuñada de su mejor amigo Edwin como si de una ráfaga de viento se tratara. Era bien sabido que la debutante en nada se parecía a sus predecesoras, ni tenía la clase ni la educación de Audrey ni poseía la inocencia y el buen carácter de Elizabeth. Según había oído era una joven por cuanto menos problemática y de aficiones nada adecuadas como el tiro en arco, en eso quizás la había ayudado su cuñado medio salvaje Robert Talbot.

La observó por unos instantes, poseía la melena larga y negra de su hermana, pero su cuerpo era más voluptuoso y llamativo, así como le había parecido ver que sus ojos eran oscuros. La joven había llenado el ambiente de un perfume fuerte y difícil de descifrar, así como desprendía una energía atrayente, debía admitir que era hermosa y que su belleza le hacía competencia a la noche estrellada.

—Lady Cavendish, no debería estar aquí a solas —se introdujo Lord Stanley cuadrándose y sin mirarla, esperando a que la joven se sobresaltara y se marchara, nada más lejos de la realidad cuando ésta se giró dispuesta a defenderse de quien fuera —Tranquilícese, soy amigo de su cuñado, Lord Stanley. Permítame que me dirija a usted sin haber sido presentados debidamente, sólo es para aconsejarle que vaya con sus amigas o sus hermanas, éste no es lugar para una dama sola —dijo sin más mientras se estiraba las solapas del frac.

—Soy Lord no sé qué y me creo con el derecho de aconsejar porque soy un hombre y tu una mujer desvalida, bla...bla... —rodó los ojos Karen mientras mantenía una voz burlona —hágame el favor y sea usted el que se vaya de aquí, no estoy para aguantar más órdenes ni exigencias —ultimó volviendo a dirigir su mirada al exterior y apoyando sus brazos en el cabecero

del balcón dejando que su voluptuosidad saliera más de lo debido ante un serio e intransigente Conde que la miró con un sentimiento difícil de concretar pero que empezaba a no poder controlarse por un motivo extraño.

—Había oído hablar de usted, que era un tanto dispar con sus hermanas, pero no me esperaba semejante conducta. Por respeto a su hermana no diré nada de lo acontecido pero no debería hablar así a personas a las que debe respeto.

—¿Respeto? —se incorporó Karen mientras enfrentaba los ojos azules de Asher y parecía mirarlo por primera vez —¿por qué le debo respeto? ¿y por qué usted no me lo debe a mí? —interrogó acercándose de forma inexplicable al cuerpo frío y distante del caballero que no se movía un ápice y que sabía que seguía vivo tan sólo por el brillo de su mirada, una mirada complicada de catalogar.

—Yo le debo respeto como dama, y usted me lo debe a mi como caballero, Conde y almirante —repuso de forma ceremoniosa Lord Stanley clavando sus ojos en los dos pozos oscuros de la joven que parecían no tener fin. Sabía que era momento de irse si la dama no quería abandonar el lugar, pero había algo en ella, una fuerza gravitacional o un embrujo que lo hacían permanecer ahí.

—No me respete como dama y yo no lo respetaré como caballero...tan sólo seamos personas, ¿es tan difícil? Pero... ¿qué? ¿qué hace? —interrogó al verse atrapada entre los brazos de Asher mientras éste la empujaba contra el alfeizar sin dejarle más escapatoria que precipitarse al vacío. —¿Se puede saber por qué me atrapa así?

—He dejado de respetarla como dama, tal y como deseaba... —respondió sin más el rubio acercándose peligrosamente a los rojizos labios de su presa.

—No me refería a esto, no tiene sentido hablar con un hombre como usted, yo también he oído a hablar del Conde de Derby... —espetó Karen agitada sin saber muy bien el motivo.

—¿Un hombre cómo yo?

—Sí, es usted serio, egocéntrico e inhumano...toda la sociedad lo comenta, hasta dicen que usted mató a su propio padre.

La mirada de Asher se oscureció ante las palabras de la joven y apretó más la cárcel que había improvisado para ella, Karen intentó salir de ella, pero los musculosos y fuertes brazos del varón se lo impedían. Harta de intentar escapar sin éxito ante la mirada burlona del Conde, se cruzó brazos y lo miró desafiante.

—¿No te rindes nunca verdad? —susurró Asher cogiéndola por los

hombros como si no pasara nada y apoyándola contra una pared lejos de la luz.

—¿Qué pretende? Tiene usted suerte de que no tenga ninguna arma encima si no ya no podría seguir con este jueguito suyo —habló con voz de mezzosoprano haciendo llegar cada nota de sus cuerdas vocales a rincones insospechados en el cuerpo del Almirante.

Asher colocó un dedo sobre los rojos labios de Karen haciéndola callar, acarició esa zona llegando a las partes más húmedas de ésta haciendo suspirar a la joven que nunca había sentido algo parecido. Los ojos centelleantes de la debutante dieron el permiso a su captor para hacer lo que había estado deseando hacer desde que la había visto, se introdujo en su cavidad con fervor sintiéndose dueño de esa dama sin saber por qué.

Karen sintió un temblor que le debilitó las piernas, y no eran precisamente flojas, sino más bien robustas y entrenadas. Jamás había sentido algo parecido, y no entendía qué estaba sucediendo ni qué extraño hechizo se había apoderado de ella. Sólo sabía que era lo más placentero que había hecho jamás, hasta que todas sus alarmas se encendieron y empujó al Conde para huir de ese beso, ese beso robado.

## CAPÍTULO 2-LOS PEYTON

—¿Qué? ¿Pero cómo ha podido suceder? Es decir...no importa si de verdad sientes algo por él, pero creía que querías seguir con tu plan de ir a Francia...-exclamó Lady Sophia Peyton, dándole vueltas a su té del desayuno.

—Ay por favor no seas tan dramática, Karen tan sólo se ha besado, eso no significa que vaya a arruinar sus objetivos por ese Conde de no sé qué — repuso Lady Towson dando un fuerte mordisco al dulce de crema que tenía delante —¿o no es verdad Ka?

—¡Por supuesto que es verdad! Por nada del mundo dejaré arrastrarme por ningún hombre... y menos por ese engreído y manipulador.

—Tan sólo espero que el honor y el sentido del deber de Lord Stanley no sean tan acusados como para pedir tu mano tras tal ofensa...-sinceró Catherine Nowells.

—¿Ése? ¿Sentido del deber? ¿A caso no has escuchado que mató a su propio padre? ¿Crees que a una persona así le puede importar algo un beso robado? —replicó Karen rompiendo con energía una porción de pan.

—A veces, el título de padre o de madre queda demasiado grande en algunas personas, no podemos juzgarlo sin saber qué pasó realmente... — contrapuso Lady Nowells provocando que el semblante de Lady Cavendish cambiara por una fracción de segundos.

—Por cierto, vi que dejaste en medio de la pista a Lord Henry Manners... no sé cómo pudiste, no me importa la edad que tenga, es tan apuesto y viril... —suspiró Lady Towson al recordar la ancha espalda de Henry y su mirada siempre casquivana.

—El muy cínico me pidió que me casara con él...

—¿Qué? —los ojos de Lady Peyton se abrieron como si fueran a salir de sus órbitas.

—No.... —se estremeció Lady Nowells dejando caer la galletita que tenía en la mano sobre el mantel rosado.

—¿En serio? Jamás escuché que Lord Henry pidiera matrimonio a una mujer...al contrario, se pasó toda su juventud esquivando esa posibilidad... debes haberlo hechizado realmente... —expuso Diana Towson sintiendo como algo en su corazón se marchitaba sin saber por qué.

—No me interesa si lo hechicé o se dio de bruces contra el canto de una mesa, ni por todo el oro del mundo aceptaría su propuesta. Me dijo que sólo me deseaba como su esposa para...bien, hasta yo tengo mis reparos en decíroslo.

—No hace falta, te entendemos perfectamente, pero si es así... prepárate, porque por lo que sé de él no es un hombre que desista fácilmente de lo que se propone, lleva en sus venas poseer aquello que se desea...

—Que se prepare él —repuso Karen sin más —bien, no hablemos más de mí, cuéntanos Catherine... ¿Pudiste acercarte a tu querido Marcus Raynolds? —se mofó la debutante de la dama que dejaba pasar pretendiente tras pretendiente esperando a que el vividor de Marcus la mirara, llegando así a su segunda temporada soltera y no por falta de recursos ni belleza.

—¡Ka! ¡No te rías de Catherine! Pero, en parte tiene razón querida, debes hacer algo... con ese hombre no te sirve el coqueteo al que nosotras estamos acostumbradas...tienes que ser directa, sé atrevida...

—¡Pero si ayer me acerqué a él y empecé a hablarle sin que se dirigiera a mí con anterioridad!

El resto de sus confidentes soltaron una sonora carcajada ante lo que Lady Nowells creía que era ser atrevida.

—Tengo un plan —sonrió con malicia la más rebelde de las Cavendish.

El cuarteto formado por las cuatro damas más bellas de la temporada empezó a hablar a media voz entre gritos ahogados y risas contenidas en el salón del desayuno.

—Karen —interrumpió Gigi entrando en la sala.

—¡Oh Gigi! ¿Cómo te fue ayer el baile? Me han dicho que Lord Cornwall solicitó la mayoría de tus piezas... Siéntate con nosotras por favor.

—Sí por favor Georgiana, siéntate —pidió Sophia Peyton con una gran sonrisa y emoción.

—Me encantaría poder compartir un tiempo con vosotras pero necesito hablar contigo un momento —pidió Gigi nerviosa con sus ojos color esmeralda cargados de súplica hacía Karen haciendo que su melliza se levantara en el momento y la siguiera a un lugar apartado.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué tienes esa cara? —demandó la pelinegra a su hermana cobriza posando una mano sobre su hombro.

—Debo marcharme-Gigi la miraba desconsolada y se apoyaba en una de las robustas columnas de la propiedad.

—¿Audrey ya quiere irse? Seguro que Edwin ya está cansado de estar en este teatro...pero eso no es para que pongas esa cara, tranquila asistiremos a otros eventos...

—No es eso Karen, debo irme yo sola...

—¿Sola? ¿De qué estás hablando? ¿No sabes que Audrey nos prohibió

beber?

—No, escúchame por favor —suplicó a punto de llorar estirando del delgado brazo de su hermana, en comparación al de ella que era de complexión más oronda, hasta un rincón en el que nadie podía oírlas.

—He hecho algo Karen...algo de lo que no estoy orgullosa pero no hay vuelta atrás...y si te digo la verdad no me arrepiento.

—Cuéntamelo, yo te ayudaré como siempre, sabes que estoy siempre para ti, no en vano nacimos juntas.

—Esta vez no puedes ayudarme, lo he arruinado todo, y me siento muy mal por Audrey después de todo lo que ha hecho para nosotras...pero es lo que deseo y lo deseo con todas mis fuerzas.

—¡Pero cuéntame de una vez por todas qué ocurre! Me estás poniendo nerviosa.

—Hermana...he perdido mi castidad, y antes de que empieces con un séquito de amenazas y perjurios debo decirte que ha sido consentido.

—No entiendo nada —replicó Karen llevándose las manos a las sienes— entonces, ¿por qué no habláis con Audrey y Edwin si todo ha sido deseado por los dos? No te avergüences, si realmente los dos estáis de acuerdo...

—Karen, no podemos casarnos...

—Pero ¿por qué?

—Él ya está casado.

—¿Cómo? —frunció el ceño la pelinegra mientras abría la boca indignada—No, Gigi, no te conozco, no puede ser, esto que me estás contando es una de tus bromas.

—Es más complicado de lo que crees y es difícil de explicar, pero tengo que irme, me voy con él ahora mismo. Sólo entrégale esta carta a Audrey por favor, yo no soy capaz...

—Pero no te puedes ir así sin más, sin decirme de quién se trata, ni a dónde te diriges... ¿acaso quieres torturarme? ¿quieres que me vuelva loca? ¿acaso piensas que te dejaré ir así sin más? ¿con un hombre que a todas luces es un aprovechado?

—Karen, por favor, no puedo seguir hablando de esto. Hoy no, espero que me perdones y que cuando nos reencontremos me dejes explicarte todo lo sucedido. Confía en mí.

—Es una locura, tus planes de estudiar medicina, tu familia, tu hogar... todo para huir con un hombre y... ¡encima casado! Creo que no estás actuando correctamente Gigi, y mira quien te lo dice, pero si me pides que confíe en ti

lo haré.

—Oh Karen —se abrazó Georgiana a su hermana entremezclando sus caballeras dispares —Gracias, ni en cien vidas podré agradecer tu apoyo...

Gigi dio media vuelta dispuesta a abandonar el lugar pero Karen la detuvo.

—Sólo dime su nombre.

—Lord Peyton —respondió la joven dejando a su hermana con una confusión terrible y con una carta en las manos.

¿Lord Peyton? ¿El padre de Sophia Peyton? ¿El padre de su amiga? No comprendía nada, se estiró la falda y cogió aire para volver a la mesa junto al resto de la cuadrilla que seguía hablando sin parar sobre el plan de Lady Nowells para conquistar al Duque de Doncaster.

—Esto tiene que ser una broma de las vuestras, no lo puedo creer —repetía Audrey con la carta de su hermana Gigi entre las manos.

—No, Audrey, no lo es.

—¿Pero cómo has podido dejarla marchar? ¿Sabes lo que significa? ¿Sabes que significará para nuestra familia este escándalo? Te salpicará a ti y salpicará a Liza aunque aún queden tres años para su debut. Esto no se olvidará fácilmente...mi hermana, mi propia hermana me ha traicionado.

—Pero Au... quizás tenga motivos... —añadió Bethy cargando a Áurea.

—¿Qué motivos puede tener? ¿Qué motivos puede tener una joven casadera, bella, rica, poderosa...para fugarse con un hombre ya casado? Gigi es tan hermosa, tan única...

Lady Seymour se sentó en uno de los sillones de la recámara que, habitualmente era asignada para ella cada vez que iba a casa de su tía, abatida mientras miraba por la ventana.

—Es tan difícil...ni si quiera he podido darle la carta de papá...

—Audrey...lo estás haciendo bien —se acercó Karen a su tutora mientras colocaba una mano sobre su pelo negro —idéntico al suyo —provocando que ésta enfocara su gélida mirada sobre ella que se negaba a transmitir aquello que todos sabían que estaba sintiendo.

—Bien, ésta ha sido su decisión, a partir de ahora no la nombraremos. Gigi Cavendish ya no tiene el favor de su apellido —sentenció la Duquesa de Somerset incorporándose mientras volvía a enterrarse en su cajón de documentos que firmar.

Elizabeth salió corriendo de la habitación sin poder soportar el llanto, agradeció la presencia de su doncella para que se hiciera cargo de Rony y de Áurea mientras ella se lamentaba por su hermana, repudiada por su propia



familia.

—No puedes hacer esto.

Karen no se había ido de la estancia de su tutora, no se había movido, y no quería hacerlo.

—No hay nada más que hablar Karen, después iré a hablar con la Baronesa y veremos cómo podemos enmendar el daño, lo más seguro que tengas que comprometerte pronto antes de que el rumor...

—¡No! ¡Basta! Agradezco todos tus esfuerzos, agradezco tus cuidados... —inició la pelinegra más joven provocando que Audrey se levantara y clavara su impasibilidad en ella —pero no puedes hacer esto con Gigi...la estás apartando, olvidando, no has tardado nada en pensar como reparar nuestra imagen en cambio ni por un segundo has pensado cómo puede estar ella. Mándala a buscar, envía lacayos para que la detengan, ve tras ella como hiciste con Bethy.

—No puedo, Gigi ya está mancillada por ese hombre y aunque nos duela —arrastró las palabras dejando salir un destello de dolor a través de sus iris azulados —ya no nos pertenece. Si el deseo de Lord Peyton es llevársela y ella quiere ir con él, nosotros no podemos hacer nada, es Gigi quien ha decidido irse...

—Es una soberana mierda. No aguanto más este país, no aguanto más esta sociedad...encima todo arruinado por ese viejo decrepito...no lo comprendo...

—No, Karen, no es un viejo apenas tiene una edad similar a Edwin.

—¿Cómo? Lo he visto, el padre de Sophia...

—¿El padre? Ah, ya entiendo tu confusión, Gigi no se ha ido con el padre de Sophia sino con su hermano, Lord Thomas Peyton futuro Conde de Norfolk.

—Eso me tranquiliza un poco... ¿pero qué harán si él está casado?

-Lo más seguro es que ya tenga en su mano la anulación de su matrimonio actual y se lleve a nuestra hermana a Gretna Green para desposarla, de todas formas, no podrán volver por un tiempo. No aguantarían la presión de la sociedad. La peor parte nos la llevaremos nosotras, afortunadamente esta gente valora más el dinero que otra cosa y no nos importarán, pero no sé si tendremos tanta suerte con las propuestas de matrimonio, qué desastre...

### CAPÍTULO 3-LA ATRACCIÓN DEL PELIGRO

—¿Qué te pasa? ¿No consigues conciliar el sueño? —interrogó Edwin al notar que su esposa llevaba removiéndose por un largo tiempo en el lecho tras dormir a los niños.

—No puedo dejar de pensar en Gigi... ¿habré sido demasiado dura? ¿Tendría que haber ido a buscarla? Si hubieras visto los ojos de Karen... sé que no me tolera, si supieran cuanto he hecho por ellas y para ellas, para que tuvieran una buena educación y posición...sé que a veces no soy cariñosa, pero creo que he intentado colmarlas con todo lo que he podido, sé que no fui perfecta ni lo seré pero yo siempre miré por la familia. Jamás habría huido con un hombre dejando atrás mi legado...mi nombre...aún tengo la carta que papá le escribió en mi cofre, ¿sabes cuánto me duele que siga sin abrirse?

Lord Seymour apoyó la cabeza sobre una mano mientras miraba y escuchaba con atención a su mujer, había pasado tanto tiempo desde el día que la rescató en el lago de Chatsworth House, que apenas se habían dado cuenta que se habían convertido en dos adultos con tres hijos y cuatro jóvenes a las que cuidar; ya que aunque ahora tan sólo quedaban dos damas bajo su protección, nunca podrían desentenderse de las que ya habían partido de sus vidas aunque se hubieran casado, seguían preocupándose por Bethy así como lo harían por Gigi aunque hubiera decidido escapar.

—Creo que debemos empezar a comprender que no podemos controlarlo todo, siempre te he dicho que no des tanta importancia a la sociedad, siempre tendrán algo de qué hablar...y son tan hipócritas que aunque lleváramos una de esas comptas marrones que hace nuestra Alice en la cabeza, seguirían reverenciándonos por donde pasáramos... porque sólo les importa nuestro nombre y nuestro dinero. Lo único que nunca tolerarán es la pobreza y, eso afortunadamente, está muy lejos de nosotros.

—¿Entonces crees que debería haber ido a por ella?

—No, creo que debes dejarla marchar, si Lord Peyton la hubiera forzado o se hubiera aprovechado de ella sabes bien que acabaríamos con él, pero no es el caso. Ella se ha entregado a él y él la ha aceptado, he podido saber a través de unos contactos fiables que ya están de camino a Gretna Green.

—Sí, tengo conocimiento de ello, he mandado un lacayo bastante discreto a seguir-les los pasos, ahora mismo deben estar en Brampton.

—No tardaremos en tener noticias de ellos a través de Gigi misma, no creo que tarde en escribirte o incluso en pedirte que la recibas personalmente y para entonces deberás acceder.

—¿Qué? No, ni hablar. No me importa que se haya entregado a un hombre si lo ama, de verdad que no, pero la forma en la que lo ha hecho ha supuesto una traición hacia mi persona, hacia los Cavendish y hacia el legado y la memoria de mi padre.

—Audrey...

—No, Edwin, no hay más que hablar. Siempre sabré dónde está y qué hace y la ayudaré desde las sombras, pero jamás permitiré que vuelva a sentirse respaldada por mí y mucho menos que se presente en nuestra propiedad como si nada hubiera pasado.

—Orgullosa...-ultimó el teniente Seymour pasando su brazo libre por encima del cuerpo de Audrey atrayéndola hacia él con fuerza para depositar un ardiente y pasional beso sobre sus finos y rosados labios fundiéndose así en el ardor de la pasión como si el tiempo no hubiera transcurrido para ellos — ¿Olvidas cómo te deshacías entre mis manos cuando tan sólo eras una joven casadera? —susurró Edwin deteniendo por un momento los movimientos rítmicos de su mujer, la cual se deleitaba con cada roce del viril cuerpo de su marido, haciendo que ésta hiciera una mueca de fastidio rápidamente eliminada por el delirio del momento.

Lady Sophia Peyton se dirigía a su alcoba tras una noche aburrida en la que tuvo que dedicar sonrisas fingidas y soportar conversaciones banales, cuando de pronto una fuerza arrolladora como si la propia noche la engullera le tapó la boca y la arrastró hasta un recóndito lugar sin darle oportunidad a moverse o quejarse hasta que su captor decidió que era el momento de liberarla.

—¿Pero qué? —gritó enfurecida girándose hacia la persona que la había secuestrado dispuesta a propinarle una buena bofetada, sin embargo, paró a tiempo cuando vio que se trataba de su buena amiga Karen. —¡Karen! ¿Puedo saber qué te ocurre? ¿Acaso tu hermana no te ha dicho que no bebas?

—No he bebido tonta, quería hablar contigo.

—¿Pero si hemos estado toda la noche juntas en el salón!

—Pero había demasiada gente sin contar a la Baronesa de Humpkinton que se ha tomada al pie de la letra lo de vigilarme cuando Audrey no está. Quiero contarte algo que espero que no arruine nuestra amistad y si así fuera me decepcionarías aunque te comprendería. Sin embargo, prefiero que lo sepas por mí antes...

—Tranquila, lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, fui yo la que los ayudaba a verse a escondidas desde que habíamos llegado a casa de tu tía, para nada va a arruinar nuestra amistad. Me agrada Gigi y la prefiero mil veces a ella como cuñada que a esa... bien, creo que no soy yo quien debe airear los asuntos truculentos de la vida de mi hermano por mucha confianza que te tenga, así que prefiero que ellos nos lo cuenten todo en cuanto vuelvan y que cuenten aquello que crean conveniente.

—¿Pero tu cuñada está aquí? Lo digo para estar preparada si se diera el caso en que quisiera vengarse de mi hermana a través de su familia, con lo que le pasó a Bethy ya no confío en las mujeres con el corazón roto.

—¿El corazón roto? Virgin apenas tiene corazón y tranquila, no se encuentra aquí. No te preocupes, todo estará bien.

—Eso espero, mi hermana Audrey está que se sube por las paredes por eso no ha asistido a la fiesta de esta noche, además ha dicho que la repudia... ¿puedes creerlo? A su propia hermana.

—Dale tiempo, la reputación es todo lo que nosotras tenemos, lamentablemente no somos más que un trofeo al que pasear y si esa imagen se ve dañada...ya no valemos nada. Tenemos la fortuna de que no hay nada que el dinero no pueda arreglar. No creo que Audrey la repudie por siempre, todo el mundo sabe el afecto que os profesa.

Ambas amigas permanecieron apartadas hablando sobre sus respectivos hermanos y como afrontarían la situación una vez conocida la noticia durante un largo rato hasta que decidieron que era el momento de retirarse, Lady Peyton siguió su camino truncado y Karen se fue en dirección contraria hacia sus aposentos meditando cómo podía ser que Gigi no confiara en ella para contarle algo así. En esos momentos entendía un poco a su tutora, ¿por qué ese secretismo? ¿Acaso no habían compartido toda su vida juntas? No obstante, su melliza le pidió que confiara en ella y así lo haría.

A pesar de encontrarse inmersa en sus pensamientos no le pasaron por alto los pasos que llevaban siguiéndola desde hacía algunos instantes, de un movimiento rápido y al doblar una esquina del pasillo, detuvo su paso y sacó un pequeño puñal de su liga; un puñal que colocó en el cuello de su rastreador cuando desorientado por la rapidez de la joven, quedó indefenso en ese nuevo pasadizo.

Lord Henry Manners levantó sus grandes manos en señal de paz sin abandonar su sonrisa bribona ni su mirada de bandido, una mirada puesta en esa joven que cada vez lo sorprendía y lo atraía más.

—Me habían hablado de tu destreza con las armas, pero no sabía que

tendría el placer de sufrirlo personalmente —arrastró las palabras Henry mientras acercaba un poco más su cuello al filo del puñal disfrutando del peligro y la bravura de Karen.

—¿Por qué me sigues? ¿Qué quieres? —espetó la mezzosoprano sin un ápice de cordialidad ni intimidación a pesar de que el Duque le sobrepasaba dos cabezas y tenía unos hombros que podrían soportar a cuatro mujeres como ella sobre ellos.

El Duque de Rutland apartó de un tosco y fugaz movimiento la daga de la debutante al mismo tiempo que clavaba contra la pared la mano que aún sostenía el arma. Se acercó aventuradamente al aliento cálido de Lady Cavendish ante su mirada oscura y amenazante que no titubeaba ante el poder ni la fuerza del opresor.

—Quería saber qué día quieres que celebremos nuestra boda —expuso acariciando la cintura femenina que quedaba pequeña en sus dedos y que provocó que ésta se contrajera con su tacto.

—Creo que ya fui lo suficiente clara la primera vez y si no desistes en tu empeñamiento no me importará que seas un Duque ni cuánto dinero tengas, cuando menos te lo esperes caerás desplomado sobre el frío suelo, aparta tus manos de mí ahora mismo. —repuso la pelinegra sin tartamudear ni apartar la mirada de los ojos avellana de Henry que más que asustados parecían divertidos.

—¿Me estás amenazando? —apretó su fornido cuerpo contra el de ella, haciendo que las respiraciones se entremezclaran y dejando ir una pequeña risa a través de la nariz, extasiándose del perfume intenso de Karen; sin embargo, el semblante del Duque dio paso a una mueca de fastidio cuando notó el frío del acero en su cerviz. Soltó el agarre de su presa y se giró con cara de aburrimiento hacia el intruso —Ah, usted —dijo con hastío el Duque de Rutland en cuanto vio a Asher.

—Apártese de ella.

—Henryyy —resonó entre las paredes una voz femenina que claramente pretendía parecer seductora —Henryyy ¿dónde te has metido? Llevo casi una hora esperándote...

El Duque al oír la llamada de lo que era claramente una noche de lujuria y desenfreno, se limitó a inclinar la cabeza hacia el Conde en actitud burlona y luego miró a Karen al mismo tiempo que cogió su mano para depositar un beso sobre ella que duró más de lo apropiado.

—Futura esposa mía, en otro momento vendré a por ti —declaró frente la

mirada de fastidio de la joven que no tardó en apartar la mano de un tirón y que se quedó mirando como Lord Manners se iba como si no hubiera ocurrido nada y gritando el nombre de un tal “Griselda”, realmente a ese caballero le importaba bien poco la sociedad en la que vivía y eso, en el fondo, la divertía aunque no quisiera admitirlo.

El Conde de Derby enfundó su espada al mismo tiempo que miraba de arriba abajo —con clara desaprobación a la joven —que también hacía lo propio con el puñal, dejando ver al hombre presente toda su esbelta y blanca pierna como si él no estuviera hasta que éste carraspeó.

—¿Sucede algo? —interrogó con cara de desconcierto la dama mientras se recolocaba la falda dispuesta a irse.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —la detuvo Lord Stanley.

—¿Y qué debería decir? —se giró de nuevo clavando sus ojos negros que cabalgaban entre el enigma y el destello, provocando que toda su cabellera negra quedara colgada de un solo lado mientras su escotado vestido se apretaba contra el movimiento dejando mudo por unos segundos a su interlocutor.

—No sé si se da cuenta pero acabo de salvarla de un posible infortunio, a no ser que dadas las circunstancias usted deseara que ese fatal desenlace sucediera. Una dama educada y de buenas maneras, agradecería mi intercesión y daría una explicación a aquello que, fácilmente, podría haber mal interpretado y que no he querido hacerlo dándole el beneficio de la duda —habló políticamente provocando que la risa de Karen inundase el lugar.

—¿Salvarme? ¿Usted a mí? Mire —se levantó el lado opuesto de la falda en el que había guardado el puñal mostrando, sin ningún reparo, otra daga más larga y afilada que colgaba de su muslo —era cuestión de segundos que esta maravilla de aquí le atravesara el cuello —habló sin ningún rastro de dificultad y timidez dejando caer los pliegues de su ropa otra vez hacía bajo —no soy una de esas damas que necesitan de su protección y que luego le rendirá pleitesía por su buena obra de caridad. Y en cuanto a lo que usted interprete de lo sucedido me trae sin cuidado.

Lord Asher Stanley no podía soportarlo más así que cogió a Karen y la empujó hacia el interior de una sala oscura.

## CAPÍTULO 4 —ELIXIR

Asher empujó con osadía a Karen sin despegarla de su torso, quedando así la opaca melena de la dama hacia él, abrasándolo con el roce de sus bucles pegados a su cuello. La había llevado hasta el interior de la recámara que Ludovica Pembroke le había asignado al llegar a su mansión, la misma recámara desde la que había escuchado a la joven que ahora tenía en sus brazos hablando con Henry.

—¿Se puede saber qué hace? —demandó Lady Cavendish con voz firme pero con cierto y ligero truncamiento mientras el Conde retenía con fuerza sus dos brazos con una sola mano como si de una prisionera se tratara; la mantenía de espaldas con respecto a él, sentía la respiración del tirano en su nuca y como ésta golpeaba con fuerza contra sus mechones brunos. Aprovechando la posición y sin emitir palabra ni sonido alguno, más que una respiración agitada, Lord Stanley introdujo la mano que tenía libre en la falda de la joven mientras sus largos y ásperos dedos la desarmaban. Primero, desenfundó su puñal más pequeño de su liga derecha y luego, cruzando toda la inmaculada y tersa piel de la debutante extrajo la daga más larga y punzante de su muslo izquierdo, no sin rozar aquellas zonas que jamás nadie había tocado y que provocó en Karen un escalofrío que recorrió su cuerpo. El motivo por el cual no lo atizaba y se iba sin más lo desconocía, la causa que la retenía en esa habitación masculina sin pronunciarse la ignoraba; tan sólo sentía que nunca le había resultado tan emocionante y apabullante perder el control sobre su

cuerpo y alma.

Una vez los dos aceros fueron confiscados, Asher los dejó caer al suelo haciendo que éstos repicaran metálicamente contra él, cuando las notas agudas aún vibraban contra sus tímpanos giró a la dama de un movimiento brusco pero controlado hacía él. Enfocó su mirada y no vio en ella pavor o timidez, si no soberbia, fuerza y amenaza. No eran los ojos de una debutante sino los ojos astutos y profundos de una *cockney*, una mujer acostumbrada a buscarse la vida en los barrios más bajos de Londres a pesar de ser una de las mujeres más ricas y poderosas de Inglaterra.

Era salvaje, peligrosa y ¡por Dios! magnética; el misterio que la envolvía, su aroma embriagador, su mirada ...su Condenada mirada... ¿era una bruja? Cuanto más la miraba y buscaba en sus pupilas, más se perdía, ¿era terrenal? Desde que la había visto en el balcón tan sólo podía recordar el sabor de sus labios y el olor de su perfume, el cual había quedado impregnado en su piel como si éste quemara, el mismo que estaba incendiando sus tráqueas en ese preciso instante. No había podido atender ni cortejar, en toda la noche, a Lady Norfan, una dama de modales impolutos y docilidad extremas que la hacían perfecta para el puesto vacante de esposa y a la que ya debería haber pedido su mano, tal y como su madre exigía. Pero no había podido hacerlo, el perfume de alelís de la joven Norfan le parecía insulso e ingrato al lado del recuerdo del de Lady Cavendish, así como su mirada azulada y flácida se le antojaba demasiado corriente y predecible en contraste con esas dos orbes oscuras y asfixiantes que lo estaban analizando, que buscaban en él alguna debilidad. La cercanía de su cuerpo voluptuoso era cálida pero fría a la vez, la energía que le transmitía era oscura pero a la vez brillaba. ¿Qué clase de hechizo era ése? ¿Era un ser humano o un ser creado especialmente para torturarlo?

—Di, ¿quién eres? —exigió el almirante a escasos centímetros de la faz aterciopelada y femenina que centelleaba con la luz de una extinta y efímera vela que reposaba sobre una mesa robusta.

Karen dilató y contrajo sus pupilas adaptándose a la claridad del iris del Conde, movió sus órbitas opacas buscando un rastro de flaqueza en sus translúcidas esferas añiles y aspiró profundamente su aliento dulce mezclado con el aroma de cuero y madera que desprendía su tosco y trabajado cuerpo. Profundizó y absorbió las notas de bajo que las cuerdas vocales del emisor desprendían hasta hacerlas llegar a cada rincón de su alma y de su ser. No encontró debilidad, no encontró faltas, Lord Asher Stanley era un muro,



un muro de piedra y estaba curtido frente a cualquier adversidad. No era un Conde, era un almirante, un luchador. Por una fracción de segundo desvió su mirada para fijarse en la barba dorada que cubría su mentón varonil y pronunciado, así como repasó el camino del vello áureo hasta llegar a la frondosa cabellera rubia que caía con gracia y masculinidad sobre el rostro cuadrado y hercúleo de Asher, el cual seguía inmóvil, clavado sobre el de ella.

Asher no quería moverse, la mirada de escrutinio de la joven le provocaba satisfacción y un estallido en su estómago de orgullo masculino que no quería perder. Parecía que por primera vez lo estaba mirando, a pesar de que ya se habían visto con anterioridad.

—¿Quién eres tú? —respondió ella tan sensual, que no se percató del tono erótico con el que había cargado su pregunta.

Antes de que la melódica voz de Karen se esfumara de la corriente aérea, Asher asaltó los labios entreabiertos de ese ser místico como si quisiera devorarla, como si quisiera descubrir que había en ella. Le daba sed, y por mucho que bebía de ella, no se saciaba. Hubiera deseado tener cien manos para poder llegar a cada rincón de su piel y no sufrir la ansiedad que estaba ahogándolo por tener que conformarse en el tacto de su cadera entre sus dos únicas manos. El éxtasis se acrecentó cuando notó que ella lo respondía con la misma intensidad y necesidad.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué clase de embrujo es éste? —interrogó Asher con voz gutural y ronca con algo más parecido a un gruñido que a una pregunta, levantó a su hechicera por la amplia cadera y la posicionó sobre la cama —sólo puedo pensar en ti desde que te encontré en esa noche estrellada —sus ojos estaban ahogados de deseo, su cuerpo emitía peligrosas ondas de calor, y volvió a fundirse en el elixir de su boca. Preso del delirio, deslizó su manga derecha y luego la izquierda dejando ver todo aquello que podía ver con el corsé, besó cada parte de su piel que si bien era blanca, una gota de café ensombrecía el lienzo. Se embriagó de su fragancia y succionó y lamio todas aquellas partes que estaban al descubierto sintiéndose victorioso y complacido con cada jadeo de la mezzosoprano —Dime que pare ahora, si no no podré hacerlo...dime que pare... —apoyó su frente sobre el pecho acelerado de Karen asfixiado, mareado y enloquecido.

Karen Cavendish saboreó el agrisulce ruego de Asher sobrepasando todo tipo de respuestas posibles desde "no pares" hasta un "detente". No disponía de la claridad ni la equidad mental como para dar una respuesta conveniente a

la situación. Tan sólo sentía que estar entre los brazos de ese ruin y vil rastrero era como tocar con las puntas de los dedos el mismísimo paraíso y que detener esa corriente energética que corría y se aferraba entre los dos, equivalía a un ataque de autodestrucción, a un golpe duro a sus funciones vitales y a un atentado contra todas aquellas novelas que escribían páginas y páginas de amor y de lujuria. Sin embargo, no era una novela romántica si no que era ella misma a punto de tomar una decisión sin retorno con grandes consecuencias para su realidad y junto a uno de los hombres que menos podía ayudarla en sus objetivos.

El recuerdo de Gigi fugándose y abandonándolo todo por Thomas Peyton le sobrevino a la mente como si la Divinidad quisiera guiarla. El proceso para llegar a ser una mujer independiente y experimentada no pasaba por las manos de un matrimonio forzado a raíz de una noche de disfrute, no obstante, era demasiado soberbia como para pedir algo así que tan sólo lo exigiría.

El Conde de Derby, aún recostado entre el pecho de la nigromántica oyó por toda respuesta a su petición el sonido de un gatillo en su nuca, detuvo su éxtasis para clavar una mirada indescriptible en los orbes que aún centelleaban de placer y que si no fuera por el frío del cañón que sentía en su cogote diría que demandaban que no se detuviese y que continuara sobre ella e incluso dentro de ella.

—¿Cómo? —sintió curiosidad Asher apartándose poco a poco de ese cuerpo pecaminoso tal y como le estaba siendo ordenado por un simple movimiento de mano lateral.

—Olvidaste mis tobillos —Karen se irguió de entre las sábanas masculinas y recompuso su vestido sin parar de apuntar a su infame atacante que la miraba impávido

—Puedes bajar el arma, no es necesario que me apuntes —adujo el almirante imitando a la joven, estirando el cuello de la camisa y pasando la mano entre sus mechones dorados con la intención de peinarlos.

—¿Está seguro? Le recuerdo que hace tan sólo unos minutos me ha empujado al interior de esta guarida en la que ha hecho el intento frustrado de desarmarme para luego...

—¿Luego qué? —interrogó él acercándose a ella con pasos intimidatorios y empujando sin ningún esfuerzo la mano que sostenía el arma hacía un lado, sus pasos eran estudiados, calculados. Por un momento, podía parecerse a su mejor amigo Edwin, pero Edwin estaba dotado de un cinismo y un humor característicos así como de una despreocupación innata hacía todo y con todo;

mientras que Asher, parecía querer tenerlo todo dominado, no había espacio para el humor ni la vacilación así como tampoco para la despreocupación. Su rostro se mantenía siempre serio y a penas, por no decir nunca, lo veían sonreír y reír quedaba lejos.

—¿Usted nunca sonríe? —preguntó sin saber el motivo Karen mientras enfundaba su revólver de nuevo en el tobillo.

—¿Y usted es siempre tan desconfiada? ¿Para qué necesita todas esas armas? ¿Es sólo un juego de niñas o realmente siente que está en constante peligro?

—Digamos que no me gusta quedar a la merced de las decisiones o exigencias de los demás y como mi cuerpo y mi condición femenina no ayudan a hacerme respetar, necesito de un ligero respaldo...además —sus ojos chispearon —amo las armas, aunque mi favorita es el arco... —no entendía que hacía hablando tanto y ni si quiera que hacía hablando aún, el aroma de Asher seguía impregnado en su ropa, en su pelo... y su respiración no estaba lo suficiente lejos como para no sentirse extasiada con ella. Su presencia, le provocaba un anhelo desconocido. Sin querer alargar más la conversación ni el hastío se dirigió hacia la puerta dispuesta a salir, no obstante el ruido de unos pasos la hicieron permanecer en el lugar, no quería que la vieran salir de esa recámara por nada del mundo, ni si quiera si su vida dependía de ello o la habitación empezara a arder.

Muy a su pesar, las zancadas despreocupadas que ya le eran familiares, se acercaban cada vez más a la puerta en la que se mantenía escondida.

—Corre, mi cuñado, viene hacia aquí-gritó en un susurro la protegida de Somerset abriendo los ojos como platos y buscando desesperadamente un lugar en el que esconderse, al final optó por tirarse en plancha debajo de la robusta cama sin importarle tragar la polvareda que levantó ahí debajo ni la poca luz que había en ese rincón; afortunadamente, jamás había temido la oscuridad así como tampoco era una mujer remilgada. Lo único que le preocupó fue la excusa que se tendría que inventar para su doncella en cuanto se presentara con el vestido negro empolvado, nada a la que la empleada no estuviera acostumbrada en realidad.

Inmersa en ese escondrijo concentró toda su mente en el sentido del oído aunque no llegó a escuchar la sonrisa oxidada que se había formado en los finos labios de Asher y es que éste quedó, por cuanto menos sorprendido, al ver a la rebelde, soberbia y misteriosa joven perder toda su áurea de peligro al zambullirse en las profundidades de la cama como si de un mar se tratara.

Los golpes en la puerta no se hicieron de rogar y unos toques descuidados resonaron en la habitación como si el gong del juicio final se tratara. El Almirante no tardó en abrir al teniente, el cual sin pedir permiso entró y se sentó sobre el lecho dejando a la vista de su cuñada sus largas piernas.

—¿A qué debo tu visita? Creía que los lobos no salían de sus cuevas — dijo sin ápice de cordialidad ni simpatía haciendo rebufar el coñac sobre la copa que estaba preparando para su improvisado invitado y, de pasada, sirviéndose una él mismo.

—Hace tiempo que abandoné mi madriguera, te recuerdo que en cuanto me casé con Audrey asumí la responsabilidad de mantener y por lo tanto, casar a cuatro damas. Esa es la razón por la que estoy en este dichoso evento de los Pembroke y por la que estoy en tu habitación.

—¿En mi habitación? —demandó sin mostrarse preocupado ni contrariado, estaba preparado para lo que pudiera suceder, siempre lo estaba.

—Sí, no podía dormir y no he visto mejor opción que la de venir a hacer una visita a un buen amigo...

—Ahora te acuerdas de que soy tú amigo, cuando no puedes dormir...me recuerda a cuando no podías vislumbrar al enemigo y entonces te acordabas de que tenías un Almirante.

—No sé si te has enterado de que una de las mellizas se ha escapado con Lord Thomas Peyton... por lo menos Bethy ya se ha casado, pero Gigi ya nos la ha jugado y con Karen...con Karen temo lo peor...tengo tal obsesión con estar vigilándola que incluso juraría que huelo su perfume...-Edwin Seymour esbozó una de sus famosas sonrisas cínicas aunque sus ojos no la acompañaban, a pesar de sus intentos de mostrarse indiferente y no comprometerse demasiado con las jóvenes, se había tomado su labor a consciencia y aunque jamás lo admitiría, había terminado queriéndolas y protegiéndolas como si fueran sus propias hermanas. Por no mencionar a Liza; que entre todas, era su ojito derecho —¿se puede saber qué haces tú en un lugar como éste? Yo tengo excusa, pero tú... ¿o me dirás que ahora te gusta que las damas casaderas te persigan?

—Mi madre está obsesionada con que me case —respondió taciturno bebiendo del vaso que acababa de servirse mientras se sentaba en un sillón en frente de Edwin, el cual ya había impregnado la estancia con su risa estridente y burlona.

—Ese será el campo de combate en el que morirás, ya te lo dije en Winstey que un mal nacido como tú no muere en la guerra...

—No eres el más indicado para hablar, te recuerdo que me llevas casi cuatro años de ventaja y te echaste tú solo la soga al cuello, al menos a mí me la están echando. Además, tampoco no soy un hombre aficionado al desenfreno como el libertino de Doncaster como para no asentar la cabeza con una sola mujer, es el momento de dar un heredero al condado y no desapruedo la decisión de la Condesa viuda.

—Siempre tan elocuente —asintió cargando la frase con sarcasmo e ironía, al mismo tiempo que tiraba su cabeza hacia atrás para dejar escapar el humo del puro que acababa de encenderse —me pregunto si tu buen sentido común y elocuencia te habrán ayudado a decidir en el momento de esconder a mi cuñada debajo de tu cama—Asher no se inmutó desde el primer momento supo que Edwin lo sabía, no en balde lo llamaban lobo, su sentido del olfato y su astucia eran inigualables y el perfume intenso de la joven no ayudaban a su escondite. Ambos clavaron sus miradas añiles en el otro, se conocían desde hacía demasiados años como para hablar, no hacían falta las palabras cuando se habían cubierto las espaldas entre enemigos y habían compartido munición en la línea de tiro —Tienes que haber tenido un buen motivo para obrar de este modo, de lo contrario pensaré que has enloquecido.

Karen salió de su escondite y toda empapada de polvo y sudor inició una sarta de excusas y mentiras para hacer creer a su tutor que se trataba de un malentendido, mientras Edwin clavaba su mirada de perro viejo en ella sin creerse nada de lo que le estaba contando. Sin embargo, y por el bien de todos, de momento sería mejor dejar pasar el incidente.

—Está bien, puedes retirarte, déjame que hable con tu salvador y de como Lord Henry ha intentado aprovecharse de ti.

La debutante salió sabiendo que Edwin no le había creído ni una sola palabra mas se conformaba con que no hubiera iniciado un pleito con el Conde ni hubiera ido corriendo a Audrey para empezar a pensar en una fecha para la boda. Anduvo hasta su recámara en donde, como lo había imaginado, la doncella puso el grito al cielo al verla.

—No te comprendo, pensé que eras más de mujeres como Lady Norfan, siempre me hablaste de tu esposa ideal, no sé si te has vuelto loco...o esa bala que atravesó parte de tu cabeza te está pasando factura ahora...

Lord Seymour se incorporó de la cama y dejó su copa encima de la mesa que aún sostenía la vela, se acercó a su amigo que aún seguía sentado inmerso en el silencio y colocó una mano sobre su hombro sin mirarlo y con la vista puesta en la salida.

—¿Paraste a tiempo? —preguntó sin un ápice de burla, vacilación o cinismo sino más bien de amenaza.

—Sí.

—Esta vez te han salvado los años compartidos, pero la próxima vez primará mi deber. No te vuelvas a acercar a ella, así no.

## CAPÍTULO 5-BELDADES PROBLEMÁTICAS

—Definitivamente me niego en rotundo a entrar a esa habitación así vestida...o más bien desvestida, ¿qué pensará Lord Raynolds? Conociéndole pensará que sólo busco una noche de diversión y nada más lejos de la realidad —se quejó Lady Catherine Nowells en el penúltimo día de su estancia y, la de todos los invitados, en la mansión de los Pembroke.

—Es lo único que puedes hacer, a tu *amorcito* no le van las mujeres remilgadas y decorosas, debes demostrarle que eres arriesgada y atrevida, saca a la Catherine que llevas dentro y bórrale de su mente la imagen de niña

que tiene de ti, y si llegara a suceder alguna cosa...entonces sería la ocasión para atraparlo...nosotras estaremos al otro lado de la puerta y si gritas " qué angustia" sabremos que es la señal para pillaros *in fraganti*. Si eso ocurre, no tendrá escapatoria, deberá casarse contigo —explicó Lady Towson ante la mirada angustiada, pero cada vez más convencida de Lady Nowells.

—Es cierto Catherine, tienes que coger las riendas de esta situación, no puedes seguir esperando que el hombre que amas te mire sin saber si algún día tendrás oportunidad de estar con él...estás dejando pasar maravillosas oportunidades por él...debes terminar con esa incertidumbre —animó Karen, que se sentía aliviada después de que su cuñado no la hubiera delatado frente a su hermana, aunque no le había quitado ojo en todo el día y tan sólo en la recámara de su amiga Lady Nowells la había dejado tranquila.

—Mira a mi hermano y a Gigi, lo han arriesgado todo por amor, tú tan sólo tienes que esperar en su recámara...y Dios dirá...además tengo entendido que la fama de Lord Marcus no lo persigue hasta el punto de propasarse con jóvenes casaderas, a pesar del incidente de Lady Margaret Trudis, por supuesto...que al final resultó ser toda una calumnia. No creo que se atreva a intentar algo contigo, pero podrás aclarar tus dudas —añadió Lady Peyton sin mover sus facciones húngaras que a veces parecían de porcelana.

—Está bien... está bien... me habéis convencido...no sé qué clase de agrupación hemos formado pero deberíamos ponernos un nombre...-intentó bromear la castaña mientras estrechaba un poco más el nudo de su bata satinada.

—Beldades problemáticas...-repuso de pronto Karen.

—¿Cómo? —torció el gesto Lady Diana Towson.

—Sí, podemos llamarnos las beldades problemáticas...

El sobrenombre hizo reír al resto de las damas, una risa un tanto truncada cuando vieron que el reloj marcaba las once, en tan sólo veinte minutos Lord Marcus Raynolds estaría en su alcoba; tal y como habían estudiado en los últimos días, siempre se encerraba a esa hora aunque luego volviera a salir.

La castaña de ojos azules cogió aire y aunque con los ojos empapados por la tensión, empezó a andar de forma clandestina con el resto de las beldades problemáticas siguiéndole los pasos a través de los pasillos. Cuando llegaron a la puerta de roble de la estancia en cuestión, ninguna habló pero sus miradas fueron cómplices y Catherine no tardó en adentrarse al lugar.

En cuanto entró en el lugar prohibido, en la madriguera de ese villano de Lord Marcus Raynolds notó como el ambiente estaba cargado de su aroma, su

aroma varonil y fresco aunque con unas notas amaderadas. Aspiró el aire haciendo que éste llenara sus pulmones y por un momento soltó una pequeña risa enmudecida al creerse ella misma una psicópata. Había estado vigilando los pasos de Marcus por años, lo conocía a la perfección, desde las sombras lo había estudiado y conocía sus costumbres y hasta sus manías. Y ahora, allí estaba ella, en medio de su habitación después de colarse en medio de la noche a escondidas y, por si fuera poco, se deleitaba con cada nota de su perfume varonil o con cada pieza de ropa que podía ver. Definitivamente, era una loca debido de esa apariencia de sensatez y bondad.

En algunos momentos de su vida, se había planteado si era amor o simplemente una obsesión lo que sentía por ese caballero, si es que podía ser nombrado así; no obstante, su recuerdo se había quedado pegado a su piel y a su mente desde el momento en que Marcus la salvó de ahogarse en ese río helado cuando ella tan sólo tenía trece años.

¿Cómo lo esperaría? ¿Sería mejor que se quitara la bata y se tumbara encima del lecho tal y como Dios la había traído al mundo? ¿O sería más sutil sacarse el cinturón de esta y dejar la tela holgada de manera que se pudiera entre ver su desnudez? Finalmente, optó por la segunda opción y se deshizo del cordón azul para dejarlo reposar sobre el manto negro que cubría la cama.

Unos pasos se acercaban y su cuerpo se tensó, pero éste aún se tensó más cuando oyó que no eran dos pies los que andaban en su dirección sino cuatro. Y si su sentido del oído le era certero, una voz femenina acompañaba a la de Marcus.

Las cómplices de Catherine se habían rezagado en un rincón del pasillo, un tanto lejos de la luz, pero lo suficiente cerca como para observar a la habitación en la que había entrado su amiga, a la espera de que Lord Raynolds apareciese. Todos sus proyectos y sus esperanzas fueron ahogados en cuanto vieron al Duque de Doncaster acompañado de una mujer bastante resuelta y receptiva a los besos y caricias que el mismo le estaba regalando. Quizás sus ojos castos vieron más de lo que debieron ver cuando el famoso libertino empujó a la mujer con tanta ansia hacía el interior de su alcoba, que incluso ellas mismas desearon estar en su lugar, no porque les gustara ese cretino sino para poder sentir por un momento aquello que llamaban pasión; a Karen, la situación, sólo le recordó a Asher y deseó verlo sin saber por qué.

Tras el colapso instantáneo entre las debutantes, se preocuparon por Catherine y se preguntaron si presenciarían algo tan horrible como que fuera descubierta por ambos amantes, sin embargo, no escucharon ni vieron nada y,



creyeron, correctamente, que se habría escondido.

—Marcus... Marcus... —agonizaba de placer la mujer al tumbarse sobre el lecho en el que el Duque la había depositado con demasiada habilidad y erotismo mientras éste besaba cada rincón de la dama con frenesí, rozándola con su barba y penetrándola con sus ojos pecaminosos.

Lady Nowells había conseguido esconderse en un amplio armario en el que apenas había ropa mas no podía escapar de lo que se estaba viviendo en esa estancia; lo vio, lo escuchó y lo sintió. A veces se sintió dolida otras extrañamente acelerada, sobre todo cuando el Duque dejó a la vista su torso y algo más que eso acompañándolo de un movimiento frenético que Catherine desconocía que existiera.

Finalmente, todo terminó pero la joven escondida apenas podía controlar su respiración, no sólo por lo que acaba de contemplar sino por el miedo de ser descubierta.

—Puedes irte-ordenó Lord Raynolds que se había levantado a servirse una copa de whiskey.

—¿Estás seguro de que no quieres que me quede? —insinuó la dama con voz melindrosa recogiendo su ropa y volviéndose a vestir y, fue en esa acción, en la que la mujer encontró un cinturón satinado de color azul que, evidentemente, no era suyo. Y que por la tela, debía pertenecer a una noble de alta cuna.

—Vaya, vaya...tu sed es insaciable... —se burló la pelirroja tirando el cordón añil sobre el manto del Duque, haciendo que éste reparara en él —ni las nobles de alta alcurnia pueden resistirse a ti...

Marcus cogió el satén entre sus manos y reconoció las iniciales que había bordadas al extremo de la tela “C. N”, inmediatamente frunció el ceño y pasó su vista por la habitación hasta dar con la puerta de un grande armario entreabierta.

—Está bien yo ya me voy, hasta otra...y espero repetir...-se despidió la amante satisfecha abandonando el lugar.

—Ya puedes salir —dijo sin más el Duque de Doncaster mirando hacia esa puertecita de la que salió un pie blanco acompañado de las telas más finas y caras que había en el país, nada que ver con la dama que acababa de irse.

Lady Nowells tembló, no era como lo había imaginado, sabía a lo que se arriesgaba al ir a ese lugar de esa guisa pero no esperaba tener que presenciar tal escena y mucho menos soportar la vergüenza de reconocer que lo había visto todo. Salió de su escondite con la cabeza baja, ya no por las

circunstancias sino por la desnudez del hombre que tenía delante.

—¿Se puede saber que está haciendo en mi recámara Lady Nowells? —demandó el caballero —¿No fui lo suficientemente claro cuando se presentó en mi casa el año pasado? Por lo que sé su padre la mantuvo encerrada por un largo tiempo cuando supo de su insensatez y por lo que veo me verá obligado a volver a avisarlo...

—¡No!-exclamó Catherine levantando su mirada transparente y ahogada en lágrimas controladas, enfrentándose a la violácea de ese amor que tanto había soñado —No soy una niña a la que tiene que delatar a su padre...-El Duque la miró de arriba a abajo, ciertamente había cambiado mucho desde el día en que la salvó de ser ahogada, sus caderas se habían ensanchado y sus pechos habían aumentado considerablemente así como sus labios se habían vuelto más carnosos y sus ojos parecían más grandes, no así sus pestañas, que seguían igual de largas y espesas como siempre —Y haga el favor de taparse —añadió queriendo parecer autoritaria con unas mejillas sonrojadas que la delataban.

Sin saber el motivo, el Duque obedeció y cogió una de sus batas de seda negras que a la joven dama le pareció aún más sensual que la desnudez que antes había contemplado. El Duque, era un hombre de más de treinta años y aunque se veía más desgastado que Edwin por sus noches de desenfreno, conservaba su figura y su áurea magnética condenadamente sexual y delirante. A pesar de ello, ella veía más allá y se filtraba por las hendiduras de sus pupilas, encontrándose de vez en cuando con el verdadero hombre.

—Bien, ¿contenta? ¿y ahora puedo saber el motivo que la ha traído hasta aquí? ¿No me dirá que disfruta viendo cómo...?

—¡Noo!;Por supuesto que no! —contrapuso horrorizada sin saber muy bien qué explicación dar-supongo que tan sólo quería demostrarle que...que siempre lo he amado y que ya no soy una niña, que soy una mujer...-habló sin tartamudear dejando caer su bata azulada sobre sus tobillos y mostrándose al hombre que tenía delante su desnudez, el cual la miró como si fuera la primera vez que hubiera visto a una mujer.

El Duque observó a ese cuerpo blanco e inmaculado y tragó saliva, ¡por Dios que ya no era una niña! Se acercó como el tigre se acerca a su presa, mientras ésta se estremecía al sentir la mirada de su depredador sobre ella, estaba lista, estaba lista para lo que fuera...sin embargo, lo que ocurrió la desorientó. El tosco Duque recogió la bata de sus pies, no sin rozar su piel intacta, y se la volvió a colocar, un acto que excitó más a Lord Raynolds que todos los corsés que había quitado.

Los orbes de Catherine temblaron ante las del Duque buscando en su interior una explicación, veía deseo en su faz, sin embargo no lo veía reaccionar. No la tomaba como tomó a esa mujer hace unos instantes. ¿Acaso ella no era suficiente para él?

—¿Acaso no te gusto? ¿Es eso? He visto lo que has hecho con esa mujer, ¿no te gustaría hacerlo conmigo? —interrogó con toda su inocencia provocando en el destinatario de sus palabras una oleada de posesión ante la pieza que tenía justo a dos centímetros de él.

—Ni que me pagaran haría algo semejante contigo...-se sinceró Marcus haciendo que el interior de la joven se rompiera en mil pedazos, vio cómo se rompía, podía escuchar el crepitar de su alma desvaneciéndose para luego echar a correr y cerrar la puerta con un estruendoso portazo tras ella —...tú mereces mucho más —terminó la frase en la soledad y cortándose con el vaso que había roto entre sus dedos, unos dedos que habían escogido ensangrentarse antes que corromper a Lady Catherine Nowells.

## CAPÍTULO 6-APARIENCIAS CONTRADICTORIAS

Lady Ludovica Pembroke había organizado, para conmemorar el último día de su evento anual, infinidad de actividades, decoraciones y platos que se paseaban de arriba a abajo de la mansión en manos de los sirvientes, lo cuales harían su propia fiesta cuando todo ese volumen de trabajo hubiera terminado.

Por su parte, los invitados habían mandado a sus doncellas o ayudas de cámara, que prepararan para ese día al menos tres mudas, una para el paseo de la mañana, otra para la tarde y, finalmente, el vestido de gala de esa noche que tenía todos los ingredientes para convertirse en una noche emblemática.

La Condesa había decidido aprovechar la mañana para dar un paseo por la zona, arriesgándose a llegar a algunos acantilados para que pudieran deleitarse con las vistas. La mayoría de los huéspedes estaban encantados con la idea, sobre todo aquellos que ya habían conseguido alguna alianza a través del matrimonio con algún otro miembro de la nobleza y, esa excursión era la excusa idónea para que los futuros matrimonios pudieran conocerse un poco más bajo la atenta mirada de carabinas y tutores así como para terminar de acordar algunos aspectos de la nueva unión.

Era curioso, que las jóvenes más bellas de la temporada eran las únicas que no tenían un compromiso sobre la mesa, no es que no hubieran recibido

propuestas o no tuvieran pretendientes encandilados; sin embargo, como no podía ser de otra forma, las beldades problemáticas tenían demasiado sentido de la auto crítica y crítica en general como para sucumbir a los encantos del primer, segundo o tercer caballero que pasara por delante de ellas con un clavel perfumado.

Lady Catherine Nowells tras la noche accidentada, había decidido que era el momento de abrir su corazón a alguien más , no podía permitirse perder más tiempo tras un hombre que era de todo menos idóneo para el matrimonio y es que a diferencia del resto de sus compañeras de aventuras, a ella sí le primaba casarse pronto para poder asegurar el futuro de su familia la cual no estaba pasando su mejor momento económico , aunque hacían todo lo posible para no demostrarlo, y nadie lo había notado ni si quiera sus amistades más cercanas.

Su madre, benévola con ella, había aceptado su negativa hacia todos los nobles adinerados que habían desfilado para pedir su mano; sin embargo, su padre ya no podía tolerar más esa situación, no era que quisiera casar a su hija a la fuerza pero tampoco podía permitirse seguir manteniéndola sin ningún beneficio a cambio. La joven Nowells, se lamentaba asiduamente de su condición de mujer, ¿quién querría ser tratado como ganado? Mas su creencia en Dios y su propia autoestima, que no era baja, le hacían agradecer su femineidad cuando veía la tosquedad y necesidad del género masculino, repitiéndose en muchas ocasiones: ” *no hay nada peor en este mundo que un necio que se cree listo*”; se maravillaba con la forma que su madre tenía de persuadir a su padre para que declinara todas las propuestas de matrimonio con astucia y sutileza.

No obstante, no podía ni quería seguir escudándose detrás de su progenitora, debía afrontar la realidad y, por ese motivo y, muchos otros, estaba caminando al lado de Lord Meldrum, un joven noble adinerado y con título que se mostraba interesado en ella desde hacía unos días.

—¿Habéis visto al compañero de Catherine? —preguntó Lady Sophia Peyton recolocándose su tocado, un tanto excesivo para un paseo matutino, al mismo tiempo que hacía una mueca.

—No sé cómo lo soporta, no para de hablar —repuso Lady Karen Cavendish aguantando una risa burlona.

—Pero no habéis visto lo mejor, mirad —señaló disimuladamente con un movimiento de cabeza, Lady Diana Towson, haciendo revolotear su cabellera tostada.

Las dos jóvenes no tardaron en seguir la dirección de la indicación que se

les había dado para descubrir que Lord Marcus Raynolds, andaba a escasos metros de la pareja y con una expresión más bien inquietante que asustaría a más de uno.

—¿Qué querrá ahora? ¿A caso no dijo que jamás podría verla como a una mujer? Aunque Lord Meldrum me parezca melindroso y charlatán es mil veces mejor que ese truhan —refunfuñó Karen con el ceño fruncido —está claro que hay gente que vive para destrozar la vida de los demás.

—Se está acercando a ellos...me da la sensación de que quiere interferir —informó de lo evidente Lady Towson fingiendo un sobresalto con la mano puesta encima de sus labios, ya que no era una mujer fácil de sobresaltar.

—No lo permitiré, tiene derecho a rehacer su vida...

—¿Qué vas a hacer Karen?

Sin embargo las notas de soprano de Sophia quedaron en el aire en cuanto vieron a Karen avanzar con zancadas peligrosas y nada disimuladas hacia Lord Raynolds pero éstas mismas palabras quisieron volver a entrar en el interior de su propietaria cuando ésta vio, junto a Diana Towson, como su amiga colocaba sin ningún pudor y con postura autoritaria una mano sobre el hombro de Marcus obligándolo a detenerse. Por fortuna, gran parte de la comitiva que salió de expedición estaba un poco más delante siguiendo los pasos del anfitrión así como Lady Nowells y Lord Meldrum fueron ajenos al pleito que estaba aconteciendo a tan sólo unos pasos detrás de ellos.

—¿Qué pretende? —espetó sin ningún reparo la joven clavando sus ojos oscuros sobre los dos orbes púrpuras del casquivano, el cual no tardó en apartar su mano de su hombro con el suave pero firme toque de su bastón dorado.

—No es de su incumbencia Lady Cavendish así que haga el favor de apartarse —rogó autoritariamente haciendo que el ruego se convirtiera en una orden, una de esas órdenes que a Karen se le antojaban exigencias masculinas infundadas.

—Escuche bien lo que le voy a decir, sé muy bien de que material está hecho Lord Raynolds, lamentablemente tuve que saber de usted a través de mi hermana Elizabeth a la cual no trató como se merecía. Es sabido que no tiene muchos amigos, y más bien en su agenda abundan los enemigos por no hablar de su nefasta reputación. Así que no quiera enemistarse conmigo también, deje en paz a Lady Nowells, y no es un ruego es una orden.

—¿Acaso su hermana no le ha enseñado nada? ¿Pretende decirme lo que tengo que hacer cuando la supere en edad y en rango?

—¿Y acaso a usted pretende destrozar la vida de Catherine? Sabe muy bien que ella lo ha esperado, que lo ha buscado y ahora lo veo aquí detrás de ella intentando perturbarla ¿Le quema que Catherine hable con otro hombre? ¿Le quema la posibilidad de que se comprometa con otro? Entonces quémese, quémese en el mismísimo infierno pero déjela en paz de una buena vez — habló con contundencia la debutante.

Los ojos violáceos de su oponente se encendieron aunque la joven no supo muy bien si era de ira o de regocijo o, quizás, de ambos. Sin embargo, no pudo descifrarlo porque en ese mismo instante apareció Lord Asher Stanley con su seriedad e imperturbabilidad habituales a un paso seguro y casi calculado llenando el aire con su aroma que se imponía al aire fresco del acantilado junto a su cuñado Edwin, que lo venía siguiendo con las manos puestas en sus bolsillos y mirando hacia el mar con total desinterés.

—Aquí estás Marcus —saludó sin más Edwin al ver a su viejo amigo —a penas te hemos visto en toda la mañana.

—Estaba manteniendo una conversación de lo más interesante con tu protegida —habló de ella como si no estuviera delante provocando que su tutor enfocara su mirada de desaprobación sobre ella, meditando sobre si le daría un segundo de paz en toda su época de casadera, tan sólo se había rezagado un poco y ya la encontraba hablando con un caballero a solas, aunque por su expresión estaba seguro de que no conversaban de lo bonito que era el paisaje.

Lady Towson y Lady Peyton no tardaron en el ir al rescate de Karen y se colocaron a su lado para darle apoyo frente a los tres hombres, de los cuales no se sabía decir cuál era más complicado o más intimidatorio aunque ninguno de ellos conseguía amedrantar el carácter esencialmente batallador de la melliza Cavendish. La aparición de las dos damas haciéndose las desentendidas provocó que la tensión se disipara y las saluciones pertinentes fueron dadas. Presentaciones que fueron interrumpidas por unos gritos ensordecedores y que se hicieron eco en el área a pesar de que provenían de una distancia considerable.

—Catherine...-murmuró en un grito Lord Raynolds clavando su bastón de oro macizo sobre el suelo y andando como alma que lleva el diablo.

A Karen le retumbó el bombeo de la sangre sobre sus tímpanos, fue como si el mundo hubiera desaparecido y su único fin fuera localizar a su amiga la cual se había convertido en parte de su familia hacía mucho tiempo, primero a través de Bethy y ahora a través de ella.

Las piernas fortalecidas de la joven Cavendish corrieron hacia el origen del grito ya extinguido viendo como Lord Marcus Raynolds se precipitaba al agua para llegar al cuerpo de una joven que se estaba ahogando por el peso del vestido y que parecía inconsciente después del impacto. Obcecada por llegar a ella, por salvarla, siguió corriendo sin intención de detenerse al llegar al filo del precipicio; debía salvarla. Había sido su culpa, lo comprendió en una fracción de segundo en cuanto vio que la muchedumbre se arremolinaba alrededor de Lord Meldrum y Edwin Seymour lo apresaba en su condición de teniente. Si no hubiera detenido a Lord Raynolds...

Siguió y siguió y no paró atención a los gritos desesperados de Diana y Sophia, sin embargo, toda su corriente intrínseca y su fuerza motriz fueron detenidas por sólo dos brazos que la retuvieron por la cintura justo en ese lugar donde la tierra se rompía para dar paso al vacío.

—Déjame, suéltame, tengo que ir a por ella —suplicó Karen haciendo todo el esfuerzo de moverse hacia delante, sin mirar a su opresor aunque no era necesario, su aroma lo delataba.

Lord Asher Stanley no dijo nada, no habló ni se inmutó; tan sólo se limitó a detenerla. A evitar que se precipitara en busca de su amiga, la sostenía por la cintura y notó el movimiento de sus anchas caderas al querer andar. Ese tacto pasó desapercibido para el resto de los presentes angustiados con el suceso y achacando la proximidad de los jóvenes a la situación, nadie sabía que sólo esas manos podían retener la fuerza descomunal de Karen, nadie podía saber que esas dos almas, tan dispares, estaban predestinadas a equilibrarse.

Ninguno de los presentes podía comprender qué había sucedido, tan sólo habían visto a la joven Nowells precipitarse al vacío y habían atado cabos rápidamente cuando vieron a Lord Meldrum como a la única persona que estaba con ella. No sabían por qué ni cómo, pero no cabía duda de que él había tenido algo que ver.

Todos corrieron en la medida de sus posibilidades a descender la cima para llegar a la orilla de ese mar; ese mar que se hubiera tragado una vida si no hubiera sido por la sorprendente intercesión de nada más y nada menos que el famoso vividor y libertino de Marcus Raynolds.

Al llegar al pie de la montaña, agradecieron a Dios que la joven ya estuviera en tierra a pesar de que yacía con los ojos cerrados sobre la húmeda playa. Lord Raynolds hacía lo imposible para reanimarla hasta que ésta escupió una pequeña cantidad de agua, no sin dificultad, provocando la ovación de un público improvisado.

Karen se quedó a unos metros observando la escena con Asher detrás de ella, mientras Edwin llevaba al presunto homicida a las autoridades. No quería acercarse, no quería provocar que el Duque de Doncaster dejara de mirar a Catherine de la forma en la que lo estaba haciendo.

Lo vio, lo entendió. Lord Marcus Raynolds, Duque de Doncaster amaba a Lady Catherine Nowells, no sólo por haberse tirado al vacío en su búsqueda cuando todo el mundo la había dado por perdida, si no por la delicadeza en que ese rudo rufián sostenía el cuerpo de la joven entre el suyo propio al mismo tiempo que apartaba sus mechones castaños como si de hebras sedosas fueran.

Las directrices no tardaron en llegar, doncellas y carruajes fueron movilizados para llevar a Catherine a la seguridad de la mansión Pembroke donde el médico no tardaría en hacer acto de presencia. La joven Nowells fue tumbada en el mejor carruaje que el Conde tenía junto a Diana Towson y Sophia Peyton que habían insistido en acompañarla. La multitud se fue disipando hasta dejar a Lord Marcus Raynolds sólo tras un séquito de admiraciones y agradecimientos que a él poco le importaban y así lo demostraba colocándose su camisa sin dirigir la mirada ni a Duques ni a Condes que querían premiarlo.

Una vez en la soledad, Karen se acercó al caballero y le brindó el bastón enfocando su mirada con una actitud muy diferente a la que había tenido con él minutos antes. Era lo más cercano a una disculpa que Lady Cavendish podía ofrecer pero fue suficiente para Marcus, que cogió el báculo con un movimiento ascendiente y descendiente de su mentón en señal de aceptación de ese perdón velado.

—Debe aprender a controlar su temperamento Lady Cavendish —rompió el silencio Asher en cuanto vio como se alejaba Marcus dejándolos solos, no sin antes dedicarle una mirada socarrona a su viejo amigo.

—Y usted debe aprender a no entrometerse, le he dicho varias veces que no soy una dama a la que salvar, y si espera que se lo agradezca...

—Usted no es una dama a la que salvar, usted es una dama soberbia y arrogante escondida tras esa máscara de dignidad.

—¿Soberbia yo?

—Sí usted.

—¿No se ha visto en el espejo? Anda como si tuviera un palo en el culo.

—Qué ordinaria, me pregunto dónde estaría su madre a la hora de educarla.



Los ojos de Karen se oscurecieron más de lo habitual haciendo saber a Lord Stanley que se había introducido en arenas movedizas.

—No se preocupe, mi madre hizo mucho para educarme —repuso la joven llevándose instintivamente las manos sobre la espalda, acto que no pasó desapercibido por el almirante.

## CAPÍTULO 7 —MADUREZ INESPERADA

El almirante no se contuvo, no podía hacerlo; avanzó hacia esa joven hipnotizadora con la que su aspecto de hechicera se acrecentaba junto al repicar de las olas, atormentándolo. La cogió con cierta firmeza ante la actitud desafiante de ella, con Karen no funcionaban las sutilezas ni los remilgos, así que bajó el vestido hasta sus hombros, de un sólo estirón, agradeciendo que fuera un vestido de campo fácil de quitar y exento de corchetes y lazos.

Asher contuvo su respiración mientras Karen permanecía con los ojos cerrados, sin saber cómo ni por qué, en un insignificante instante se había permitido mostrar a un completo desconocido aquello que nunca había mostrado.

Lord Stanley pasó sus toscas y endurecidas yemas de los dedos sobre las decenas de pequeñas cicatrices que se amontonaban sobre la espalda de la

joven, una joven que debería mostrar una piel impoluta y jamás corrompida de ese modo. Al acariciar esas heridas cicatrizadas, algunas hechas a fuego y otras a golpes, provocó en Karen un estremecimiento que le recorrió por toda la espina vertebral llegando a poros que no sabía que existían y a lugares escondidos.

—¿Esto te lo hizo tu madre? —cuestionó Asher en un leve y cariñoso susurro que no pretendía ser entrometido sino preocupado y, en parte, enfadado sin saber el motivo.

—Como habrá podido comprobar mi hermana y yo somos las más rebeldes de todas las Cavendish y mi...madre...por llamarla de alguna forma, nos hacía recapacitar con pequeños castigos, tal y como ella decía. Durante mucho tiempo pensé que me lo merecía hasta que comprendí que nadie tiene derecho a quebrantar un alma, ni si quiera la de un niño —confesó sintiéndose extrañamente segura entre las manos del Conde, que se habían ido enredando en su cuerpo hasta estrecharla, abrazándola por detrás y respirando sobre su cuello.

—¿Y su padre lo permitía?

—Mi padre era demasiado bueno para poder saber nada de esto y nosotras...simplemente callamos —la voz de la huérfana se quebró por lo que pareció un segundo para volver a mostrarse firme y sonora como siempre, y es que recordar a su padre no le era fácil.

Lord Asher Stanley hizo girar sobre sí misma a la joven hasta poder ver sus ojos, los cuales eran un muro, inquebrantables. Parecía inmune a lo que estaba contando, sin embargo, un pequeño destello de luz en ellos le decía que en su interior había un pozo de sentimientos amargos y ahogados a consciencia.

—No debería haber vivido nada semejante —sentenció sin dejar de presionarla contra su torso prohibiendo el paso del aire entre ellos, para poder depositar fácilmente un acalorado beso sobre sus gruesos labios. Cargó todos sus sentimientos de protección y desvelo en ese beso, electrizando la cavidad húmeda en la que ya se había adentrado y de la que se había vuelto adicto sin saberlo. Karen sintió como si parte del peso que llevaba en su consciencia fuera momentáneamente trasladado, desprendido. Ese nervio y esa ansiedad que la perseguían se vieron apaciguadas dando paso a otro tipo de tensión más agradable y que ya había experimentado con él, siempre con él. Era extraño como dos completos extraños se acoplaban a la perfección, besándose como si siempre lo hubieran hecho. Pero no llevaban tiempo haciéndolo, sino más bien

eran nuevos el uno para el otro, y un ardor no tardó en aparecer, de hecho, siempre estaba allí cuando estaban uno cerca del otro.

El ardor se intensificó a través de esa unión entre sus labios hasta que Asher descendió su mano hasta las anchas caderas de la joven obligándola a tumbarse, ejerciendo una leve pero decidida e irrevocable presión a la que ella accedió satisfactoriamente.

La fina arena cobriza les sirvió de manto para yacer sobre ella, facilitándoles la coyuntura y el recreo de saberse uno del otro, sin abandonar esos besos cálidos y abarrotados de deseo empezaron a conocerse a través del tacto; él paseaba su ruda mano desde el inicio de su vestido hasta el final de él, levantándole así la falda para poder deleitarse con la sedosa piel de sus muslos, invadidos por ligeros que sostenían dagas. Ella, se maravillaba del ancho y duro cuello del áureo, apretándole la dura piel con intensidad, desgarrada de placer por las caricias atrevidas que se le estaban proporcionando.

El mar amenazó en secarse cuando el fuego de ambos se disparó en el momento que Lord Stanley decidió abandonar el elixir de la boca femenina para adentrarse y mordisquear aquellas zonas que jamás nadie había explorado, harto del velo que cubría su cuerpo, arrancó su vestido regalándose la visión de la ambrosía personificada. Ella tan sólo podía sostener los mechones dorados entre sus dedos, regocijándose de placer con el juego de la lengua de Asher, la cual iba de un rincón a otro sin dejarle respirar. Succionó, besó y lamió todo aquello que pudo hasta que decidió que era el momento de adentrar su mano en esa zona prohibida y, a la que no le faltaba humedad, fascinado por ese contacto sedoso que se escurría entre sus dedos.

Karen se retorció y gimió hasta que decidió incorporarse y ponerlo debajo de él, el cual quedó gratamente sorprendido y se dejó llevar por los besos aún inexpertos de la joven que se esparcían por su robusto cuerpo; la debutante coló sus finos dedos entre los botones de la camisa con desesperación de conocer qué se encontraba debajo de ella, sin embargo, tuvo que agradecer la ayuda de Asher cuando éste desabotonó más de uno. Una vez, el séquito de botones fueron abatidos abrió de par en par la tela blanca dejando a la vista un torso fornido, esculpido y vetado por un vello brillante que incitaba a ser acariciado con vehemencia y adoración.

Harto de ese placer que la joven le dedicaba inocentemente al jugar con sus dedos sobre su pecho, volvió a colocarla debajo de él para asegurarse de que la joven estaba lo bastante preparada para lo que estaba dispuesto

hacer, colando su mano en su carne más tierna y removiendo sus dedos en ese lugar hasta que la propietaria del mismo respondió llegando a la cima del éxtasis y enalteciendo el orgullo del almirante, el cual sintió que ver a Karen desvanecerse entre sus manos era lo más excitante que había hecho jamás, deseando que el momento fuera eterno y que la faz distendida de la pelinegra no desapareciera.

La debutante sintió como algo nuevo le recorría desde el bajo vientre hasta la garganta liberando un sonido que desprendía gozo y placer en cada registro de su melodía; sin embargo, sintió como si algo no estuviera completo por eso, instintivamente, llevó la mano en el centro del varón descubriendo que la dureza del lugar nada tenía que ver con la ternura del suyo propio. Presa de curiosidad, descendió aquello que le privaba de la vista deseada y se maravilló ante la hermosura del hombre, agarrándola entre sus manos.

Asher lo sintió, era el momento, el momento de hacerla suya de una vez por todas y para siempre; no la conocía, lo poco que conocía de ella no le gustaba, pero ¡Por Dios! que lo llevaran al infierno si no la deseaba más que el aire que tenía que respirar para vivir. Nunca había cometido locuras, jamás se las había permitido, pero ella era una pitonisa, lo seducía y lo atraía como si no existiera nada ni nadie más en la Tierra. Dispuesto a acabar con ese padecimiento que se había apoderado de él esa noche estrellada, quiso introducirse en su interior...

—¡No! ¡Detente! —suplicó Karen de golpe —Detente por favor —se sintió egoísta, con él y consigo misma, pero no permitiría arruinar su vida de esa forma. Asher paró aunque para ello necesitó toda la fuerza interior de la que poseía y la encaró, en ella no había miedo ni arrepentimiento sólo orgullo y decisión. Ella jamás se entregaría a él, y así se lo quería dejar claro, a pesar de que hacía tan sólo unos instantes, había sido tan suya como su propia vida —No quiero...no quiero hacerlo —el almirante se separó y enmudecido la observó y la escuchó —te conozco, lo he oído miles de veces entre mi hermana y mi cuñado, eres el serio...el arrogante...el perfecto...y buscas a una mujer sumisa, de modales impecables...esa no soy yo, no dejaré mis proyectos, mis metas para rendirte pleitesía, ya rendí sumisión durante muchos años y ahora quiero ser yo misma, necesito hacerlo. Necesito demostrarme que soy algo más que la propiedad de alguien —se colocó de nuevo el vestido mientras Asher la imitaba abotonándose la camisa sin apartar la mirada —he escuchado que tu madre busca una Condesa, una Condesa con todas sus condiciones, no puedo ser yo... y sé que si ahora me entregara a ti, tu sentido

del deber te obligaría a pedir mi mano y no quiero, no deseo casarme contigo ni que tú lo hagas conmigo. Sólo nos une esta locura, el deseo, ¿qué más nos une? ¿Podemos compartir una vida entera unidos tan sólo por el fuego de una pasión?

Asher quedó impresionado, le costó saber si delante tenía a una debutante o a una mujer vivida, sus palabras eran sabias y había demostrado estar dotada de más sentido común que él mismo, a pesar de que él se vanagloriaba de ser el sensato en numerosas ocasiones. La ayudó a levantarse, una vez estuvieron correctamente vestidos y peinados, y empezó a andar sumido en el silencio, la miró y la estudió: su grácil caminar, tan atrevido y tan enérgico, su pelo negro cayendo con gentileza sobre su cintura, rozándole con alevosía la cadera; una cadera que se ensanchaba para dar lugar a unas piernas firmes, su mirar, sus oscuros ojos...esos ojos ambiguos, tan oscuros y brillantes a la vez...temibles pero reconfortantes...su olor...sus cicatrices... ¿Tan sólo era pasión lo que sentía por ella?

## CAPÍTULO 8-REFLEXIONES

Las respuestas de Catherine a las autoridades acerca del intento de homicidio por parte Lord Meldrum hacia su persona, fueron inconexas y ambiguas; sólo dejó en claro que el joven había intentado acabar con ella y, por ese motivo, el criminal pasaría el resto de su vida en el calabozo dando gracias a su rango por no ser ejecutado.

La paz reinó de nuevo en la mansión de los Pembroke cuando dos importantes veredictos fueron pronunciados: el de las autoridades, las cuales quedaron satisfechas y el del doctor, que dio las indicaciones pertinentes para la recuperación de la joven dama, la cual debería permanecer en cama por más de dos semanas, impidiéndole así el viaje con carruaje hasta su casa.

Lady Ludovica Pembroke estaba encantada con el suceso, siempre dentro de lo que podía uno alegrarse en situaciones como esa, puesto que tener a la hija de un Conde en su casa era motivo suficiente para vanagloriarse de su buen hacer y su comprensión hacía la joven accidentada, a la cual cuidaría como si fuera su propia hija tal y como hizo saber, a consciencia, a gran parte de los invitados que sonreían ante la insistencia de la Condesa de Pembroke en querer parecer un alma cándida.

No obstante, el resto de los invitados sí se irían y por eso las actividades y festividades seguirían su curso. Aquellos juegos y divertimientos que se tendrían que haber celebrado a medio día ya fueron descartados, pasando directamente al cricket del atardecer y a los canapés de mantequilla con colas de langosta, una exquisitez francesa que llenaban las bandejas de sobriedad y novedad.

Los hombres se amontonaron queriendo formar grupos de cricket mientras las mujeres se arremolinaban a las tumbonas de tela blanca junto a zumos recién exprimidos y todo tipo de viandas a escoger.

—Tenemos que darle gracias a Dios que los rumores sobre la fuga de Gigi y ese Thomas no se hayan discurrido, la gente parece tan interesada en disfrutar de la temporada que no hemos tenido que soportar más que algunos comentarios viperinos por parte de las más entrometidas; hemos tenido suerte que la familia de él no haya querido que la noticia se escurriera en demasía e incluso me atrevería a decir que están satisfechos con lo ocurrido; sobre todo por cómo nos mira y nos sonríe la hermana, Sophia —explicó Audrey sentándose elegantemente sobre una de las lonas blancas junto a Mary, Anthon y Alice mientras Bethy hacía lo propio con Rony y Áurea.

—¿Has sabido algo de ellos? ¿Sabes si ya se han casado? —se interesó la más dulce de las Cavendish mientras colocaba el sombrero a su pequeña — que parecía tener alergia al sol —provocando una ligera mueca de altivez en su hermana mayor que quiso hacerse la desentendida mientras daba a Alice un sorbo de zumo.

—Bien, sí se han casado...me alegro por ellos...

—Audrey...

—No, Bethy, no me convencerás...espero que todo le vaya muy bien a nuestra hermana, pero no debería haberse olvidado nunca de la importancia de nuestro nombre y nuestra familia, además... —la primogénita del difunto Duque de Devonshire iba a continuar pero los ojos abiertos como platos de la Baronesa, que había permanecido en silencio durante todo ese rato, la

alertaron y la alentaron a seguir el camino de su mirada hasta llegar... ¡a Karen!

Karen había decidido que era demasiado aburrido quedarse tumbada en esas butacas para señoras, así que ella junto a Lady Diana Towson y Lady Sophia Peyton, se propusieron jugar a ese juego que los hombres iban a desarrollar; para ello, se habían equipado con los vestidos más ligeros que tenían de color blanco y habían cogido prestados algunos bates para poder participar. Al principio, pocas personas habían reparado en ellas, pero cuando se inmiscuyeron en la repartición de equipos haciendo sofocar a más de un hombre ante tal proposición, todas las miradas fueron puestas en ellas.

—Ni hablar señoritas, no pueden jugar —repuso uno de edad avanzada que pretendía ser el árbitro.

—¿Puede darnos una razón lógica que vaya más allá de nuestra condición femenina? —replicó Diana que bajo el sol parecía más tostada.

—Simplemente las mujeres no pueden jugar—sentenció Lord Henry Manners colocándose el bate sobre el hombro haciendo que la madera quedara pequeña ante él.

—No veo por qué no, sabemos las normas, he jugado miles de veces con mi hermano —informó Lady Peyton haciendo gala de sus facciones esculpidas a la perfección y presumiendo de una pequeña gorra que parecía hecha para la ocasión.

—Karen no creo que a tu hermana le haga gracia —advirtió Edwin con esa mirada ambigua tan característica provocando un movimiento de hombros ascendiente y descendiente en la joven queriendo demostrar que poco le importaba su criterio.

—Estoy seguro de que no saben cómo son las reglas del juego y sólo nos entorpecerían —agregó Lord Asher Stanley mientras el Duque de Doncaster, Marcus, asentía.

—¿No me diréis que tenéis miedo de perder contra nosotras? —provocó la pelinegra Cavendish desafiando con la mirada a Asher el cual parecía inamovible mientras hacía bailar una pelota de cuero entre sus manos.

Todos los varones empezaron a reír y a burlarse de tal afirmación hasta que la Condesa de Pembroke, Ludovica, medió entre los dos bandos creados hasta permitir que las jóvenes jugaran con ellos, agregándose ella misma al equipo femenino para que no hubiera más conflictos. Aunque todos sabían que, en realidad, era una excusa para jugar ella misma puesto que en el fondo tenía esa alma rebelde de la que su hija Helen presumía.

—Definitivamente, el mundo está cambiando —se estremeció la Baronesa estirando su cofia negra hacía bajo y mostrando una mirada de desaprobación hacia el campo —no sé cuándo Dios me hará el favor de darme la paz que necesito, ya no estoy hecha para esta sociedad... ¿dónde se ha visto que cuatro mujeres se mezclen de semejante forma con hombres?

—¡Señora Royne! No hable de ese modo —la regañó Bethy que la quería como a la abuela que nunca tuvo.

—Una vez leí en uno de los libros de Edwin que adaptarse a los cambios es señal de ser una persona inteligente—meditó Audrey con su habitual impasibilidad, observando como su hermana bateaba la pelota con energía y recordando a su hermana Gigi con gran pesar.

—Entonces querida mía, yo soy una completa idiota, y moriré idiota —refunfuñó la Baronesa de Humpkinton levantándose con la ayuda de la doncella para volver dentro de la propiedad donde seguramente se retiraría a descansar junto a un buen té con galletas.

—Son tiempos de cambio —habló Bethy cuando la Baronesa se había ido —ya estamos a mediados del siglo XIX y por lo que sé por Robert, con la revolución industrial que está teniendo lugar y la insistencia del parlamento de establecer una democracia, cada vez los habitantes de Inglaterra tienen más derechos...sin importar si son hombres o mujeres.

—Es cierto, el otro día contraté a una mujer en una de mis fábricas como química, ha estudiado en Suecia esa profesión aunque fue repudiada por su familia...Bethy, no me mal intérpretes, estoy a favor del desarrollo de la mujer...pero es tan importante aún el decoro en nuestra sociedad, parece mentira que nosotras, siendo aristócratas estemos más atadas que una mujer corriente...somos monedas de cambio. Lo sé, sin embargo, no puedo perdonar la falta de respeto que ha tenido Gigi hacia nosotras...puedo tolerar que Karen juegue con ese bate junto a los lores más importantes del país pero no que mi propia hermana no haya sido capaz de confiar en mí cuando yo lo he dado todo por ella...no digo que me deba algo, pero por lo menos...

—No digas nada más Au, te comprendo perfectamente, sólo espero que algún día puedas perdonarla.

El partido no fue ganado por el equipo femenino aunque lejos de lo que pensaba el sector masculino, tampoco fue fácil ganarlas. Demostraron saber las normas así como tener aptitudes para correr y batear sobre todo las más jóvenes, Karen era una perfecta bateadora; Diana corría como un lince y Sophia parecía saberse el manual de instrucciones a la perfección.



Las damas estaban sudadas, agotadas y despeinadas por no decir que lucían un aspecto totalmente desaliñado, deseaban retirarse para prepararse para el gran baile final; sin embargo, muchas mujeres fueron hacia ellas para felicitarlas por su buen partido, puesto que aunque no se habían atrevido a participar sí que lo hubieran deseado, lo que no esperó Karen fue que Asher también se le acercara para darle la enhorabuena.

—Buen partido Lady Cavendish, tan sólo tiene que mejorar un poco el sprint cuando sale...

—¡Lord Stanley! —interrumpió Lady Norfan, la joven a la que Asher había estado cortejando desde que había iniciado la temporada —ha hecho un gran juego, lo felicito, aunque no entiendo muy bien cómo funciona pero no me cabe la menor duda de que usted que ha sido el mejor —alabó la joven recolocando su moño rubio y perfecto invadiendo el espacio con su aroma de alelíos.

Karen supo que era el momento de retirarse y así lo hizo dejando al que sería el futuro matrimonio de la temporada a solas, eran perfectos: los dos tenían el pelo impecablemente dorado y peinado, así como eran igual de correctos y formales, incluso diría que hablaban en el mismo tono de voz.

—Ella no tiene nada que hacer contra ti —la sacó de sus pensamientos Diana Towson.

—¿Cómo? —preguntó Karen mientras andaba apresuradamente hacia su habitación.

—No creas que no me he dado cuenta de como lo miras...ni de como él te mira a ti...esa Lady Norfan podría ser su hermana pero no su esposa.

—De todos modos no es de mi incumbencia, eso sólo los atañe a ellos... yo tengo mis propios planes —respondió Karen queriendo parecer creíble cuando en realidad algo en su interior se desmoronaba al ver a Asher junto a la antítesis personificada de ella misma.

—Panterita, ¿dónde vas tan rápida? —las detuvo Lord Henry Manners con los ojos puestos en Karen la cual replicó algo por lo bajo en seguida.

—No le importa Lord Henry y apártese de mi camino.

—Que sepas que sigue en pie mi propuesta, recuerda...la libertad a cambio de sólo tu mano.

—Sí, ¡Já! ¡Mi mano! Será eso lo que usted quiere de mi...

—Qué mal concepto tienes de mi panterita-ultimó Henry viendo como la joven Karen se iba corriendo del lugar, escapando de él.

—Será mejor que la deje en paz —habló Lady Towson captando la

atención de Lord.

—¿Y usted quién es? No parece una fina dama inglesa...la piel muy tostada y el pelo demasiado decolorado.

—Soy la hija de Jacob Towson, no poseo ningún título, sólo el dinero de mi padre —respondió sin titubear la joven provocando una mirada socarrona del Duque que tenía delante.

—Está bien joven sin título pero con dinero de su padre, ¿me regala su nombre?

—No lo podría pagar ni con todo el dinero del mundo...y no puedo regalárselo —respondió la aludida soberbia y, en parte, ofendida no queriendo sucumbir al irresistible atractivo de Henry.

—Estás preciosa —alabó Audrey al ver a su hermana vestida de rojo, color que destacaba aún más la oscuridad de su pelo y de sus ojos.

—Lo sé, este vestido es una pasada...la costurera ha hecho maravillas.

—Me parece un poco atrevido —se sonrojó Bethy al ver un color tan fuerte en una debutante.

—Una vez, yo también decidí abandonar los vestidos de debutante a pesar de que seguía soltera... —repuso la tutora acercándose a Karen y cogiéndola por los hombros cariñosamente —supongo que debo permitir que empieces a demostrar tu verdadera esencia, sólo espero que cualquier cosa que te suceda me la cuentes, no tengas miedo de mí...si en algún momento he parecido...

—No te tengo miedo, pero sí respeto y siempre te lo tendré. Sin ti, nada de esto sería posible —reconoció la joven abriendo los brazos queriendo señalar todos los vestidos, joyas y dedicaciones que recibía de parte de su hermana mayor para poder darle una vida que con su madre jamás hubiera tenido, ni que decir del vestido que llevaba en esos momentos, por lo menos Audrey se esforzaba por aceptarla.

—¿Puedo saber por qué no quieres casarte? —interrogó la pelinegra más mayor clavando sus ojos azules en los negros de su protegida.

—¿Cómo? ¿Cómo no voy a querer casarme? Es el sueño de toda mujer...yo...

—Por favor, no me mientas, no creas que no he visto como espantas a todos los pretendientes adrede, dime la verdad.

Karen dudó, titubeó... ¿cómo podía decirle que quería dejarlo todo e irse a otro país? Pero era su hermana, y ella quería sinceridad.

—Está bien, si quieres la verdad te la diré, en realidad no quiero casarme. Quiero ser libre, independiente, nuestra hermana Alice está en Francia y

quisiera ir con ella. Ha montado un pequeño taller de costura y quiero ayudarla, he sabido que allí hay más oportunidades para nosotras, mi sueño es montar una escuela para mujeres de todos los rangos.

Bethy dejó ir un grito ahogado mientras Audrey seguía mirándola como si no le hubiera contado nada, sosteniendo sus hombros entre sus manos, unas manos frías como sus ojos.

—¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? —fue todo lo que dijo Audrey.

—Sí. Lo sé, sé qué esperas de mí que sea la dama perfecta, que me case y tenga hijos. Que os dé honor y un título, pero...no lo deseo, no deseo títulos... no deseo nada más que mi libertad. No quiero casarme Audrey, jamás.

Audrey soltó su agarre y miró por la ventana en silencio, apenas había luna pero sí muchas estrellas que iluminaban la oscura noche. Su tiempo había pasado, estaba pasando, sólo le quedaban dos hermanas por casar. Una se había casado hacía dos años, otra de ellas lo había hecho a escondidas y... Karen...Karen no quería hacerlo mientras a Liza aún le quedaba mucho tiempo para ello. Parecía que era ayer cuando su padre aún la acunaba en su pecho mientras ella le pedía ser Duquesa de Devonshire a sabiendas que jamás podría serlo. Sin embargo, su padre luchó por sus sueños, solicitó a la Reina en numerosas ocasiones ayuda para ello, hasta que al final a través de su hijo Anthon, pudo conseguir algo similar a tener el título del ducado. Ahora, su progenitor ya no estaba, sólo estaba ella para procurar el bienestar de la familia y su hermana le pedía que no la casase, no sólo eso, quería irse del país para trabajar. Una dama inglesa de alta alcurnia en Francia y trabajando; cada vez se daba más cuenta que esa imagen que tanto le había importado cada vez iba perdiendo y careciendo importancia en pro de sus sentimientos; el primero, fue Edwin...y ahora sus hermanas. ¿Qué hubiera hecho su padre? A su padre no le importó lo que pensara la sociedad ni quedar mal con el próximo en la línea de sucesión por ella...Dejó ir un fuerte suspiro ante la atenta mirada de las dos pequeñas que ya se habían hecho mayores.

—Está bien Karen...pero espero que sepas las consecuencias de no casarte en la edad propicia...o como tú dices, nunca. Serás tildada de solterona y todo lo que ello conlleva.

—No me importa. de verdad que no Audrey...

—Y en cuanto a tus deseos de ir a Francia...convenceré a Edwin para que vayamos un tiempo, él quería ver unos negocios allí como yo controlar alguna tienda en París que acabamos de abrir. Te llevaré donde esté Alice pero luego

volveremos aquí, es lo único que te pido, que volvamos aquí y te ayudaré con todo lo posible para montar una escuela femenina, pero no podrá llevar nuestro nombre, contrataremos a alguien que lo haga por nosotros... podrás ir y dirigirla pero no con nuestro apellido, ¿está bien?

Karen lo confirmó, su hermana era una mujer de negocios, acostumbrada a negociar y fuerte. Muy fuerte, aunque se escondía tras esa imagen de perfecta dama; no era lo que soñaba pero se acercaba bastante, así que asintió dando su conformidad, sabía que era todo lo que podía conseguir de ella y, en todo caso, llegado el momento ya vería si podía ir torciéndolo a su gusto.

-De momento, bajemos al baile —agregó Bethy acariciando un mechón de pelo de su hermana con cariño.

## CAPÍTULO 9-UN JUEGO

El salón brillaba sin necesidad de luz, grandes lámparas de lágrimas colgaban de los techos pintados con imágenes hedonistas así como los ventanales dejaban pasar la luz de aquellas estrellas persistentes que se negaban a quedar apagadas ante los candiles de fuel que adornaban las paredes tapizadas. Era inmenso y espacioso, sin embargo, parecía pequeño desde la parte superior de la gran escalinata que estaba descendiendo una de las familias más ilustres del lugar.

Karen bajó los escalones con su vestido rojo del brazo de Edwin, seguida por Audrey y la Baronesa así como de su hermana Bethy. Se sentía arropada por su familia y, lo más importante, había podido sincerarse con su tutora. No era fácil que alguien aceptara a una debutante el hecho de querer ser una solterona, pero por alguna extraña razón, Audrey había aceptado y accedido a sus deseos en gran parte. Mariposas de emoción invadían su estómago,

sintiéndose como si el mundo se la abriera a su disposición. Afortunadamente, y si todo seguía el plan establecido, ese sería el último evento al que asistiría para luego ir a Francia. No iría sola, sin embargo, podía ir y además acompañada, echo que facilitaría su cometido o eso esperaba.

Por lo que había podido escuchar antes de salir de sus recámaras, Audrey ya había hablado con Edwin y éste había accedido a comprar los billetes en primera clase de uno de los buques internacionales más importantes y más nuevos que poseía Inglaterra para llegar a tierras francesas para la próxima semana.

Al llegar al pie del escalón, fueron anunciados como merecían y respondieron a la multitud congregada a su alrededor con ligeros toques de cabeza y sonrisas fingidas. La mejor en esa disciplina era Audrey, no fallaba en sus miradas condescendientes ni en sus labios estirados a la perfección y medidos según el destinatario de su atención. Elizabeth, por su parte, había mejorado mucho respecto con su timidez y también se desarrollaba propiciamente en el ambiente si no fuera por ese rubor o ese tartamudeo que de vez en cuando la invadían; por otro lado, Edwin ignoraba a las personas como si éstas no existieran mas al ser hombre no se lo tomaban tan en cuenta su actitud distendida como sí hacían con la propia Karen, de la que esperaban timidez, remilgos y saluciones entusiastas al ser una debutante... nada más lejos de la realidad, y era que, a pesar de que hacía el esfuerzo de mostrarse educada y tan perfecta como su predecesora, su carácter pronto salía a la luz y sus comentarios mordaces acallaban a más de una de esas lagartijas.

Karen agradeció a Dios poder ver a sus dos amigas al lado de uno de los ventanales, casi sentadas en su repisa mientras conversaban animadamente, ajenas a todos aquellos caballeros que tenían la vista puesta en ellas ya que Lady Diana Towson y Lady Sophia Peyton eran, junto a Karen Cavendish, las debutantes más bellas de la temporada. No dudó en despedirse lo más rápido que pudo de sus acompañantes, para correr con ellas y así escapar de todo ese escaparate de frivolidades en el que la Baronesa viuda disfrutaba como si hubiera nacido para ello. Nadie diría que la Baronesa de Humpkinton, la Señora Royne, se convirtiera con el pasar de los años en una abuela para todas las hijas de antiguo Duque de Devonshire.

La joven pelinegra no tardó en poner en conocimiento de sus dos confidentes la conversación que había mantenido minutos antes con su benefactora ganándose la admiración de ambas y las felicitaciones por parte

de ellas.

—Si todo va según lo previsto, este será el último evento al que tengo que asistir en calidad de chica casadera; en cuanto lleguemos a Francia intentaré empaparme lo más rápido posible de las corrientes que ahí están surgiendo para plasmar todo ese conocimiento en la escuela que aquí abriré.

—Te admiro Karen, espero que en esa escuela pueda ir yo también, me encantaría poder aprender algo más que piano y costura —confesó Lady Sophia Peyton abanicándose elegantemente con un abanico emplumado traído de Oriente Medio.

—Si fuera por mí te acompañaría, me han dicho que los franceses son mucho más abiertos en todos los sentidos...ya me entiendes, y que en el lecho son mucho más atrevidos —convino Diana Towson con una mirada pícaro provocando risas ahogadas en sus amigas que la miraron como si no tuviera remedio.

—Oh querida, una joven casadera no debe hablar de los asuntos matrimoniales —dijo Karen imitando la voz de la Baronesa haciendo que las risas nerviosas de las tres muchachas inundaran gran parte del salón atrayendo a las fieras hambrientas.

—¿Puedo saber qué es tan divertido? —interfirió Lord Henry Manners haciendo callar a las damas con su comparecencia intimidatoria, nunca acababan de acostumbrarse a su altura y a su corpulenta espalda así como tampoco a su barba que acompañaba a una comisura de labios un tanto desgastada por el paso de los años pero que lo hacían ver más atractivo.

—Nada que le incumba —espetó Karen removiendo su larga caballera negra mientras lo enfrentaba con su mirada altiva.

—Yo que sólo quería unirme a vuestra diversión...

—Escuchadme todos —la voz de la Condesa de Pembroke llenó la estancia tras los toques insistentes de una cuchara contra la copa —bien, ahora que tengo su atención, quiero agradecerles que un año más hayan querido compartir el inicio de la temporada con nosotros y para conmemorar el final de este evento, he ideado una serie de actividades que se detallan en los panfletos que el señor Royce está repartiendo —informó mientras los asistentes aceptaban los folletos de la mano del mayordomo y daban ojeadas curiosas al mismo-como veréis, y como no podía ser de otra forma, empezaremos con una gran cena pero a diferencia de las cenas tradicionales ésta se dará en el jardín para que podamos disfrutar del tiempo tan agradable que tenemos; en segundo lugar, aquellos que deseen, podrán disfrutar del juego

que hemos ideado y que explicaremos más tarde y, por último, disfrutaremos de los fuegos artificiales que mi Rudolph, el Conde de Pembroke, ha preparado para todos ustedes que cerrarán el gran baile final.

La estancia se llenó de murmullos entusiasmados y preguntas acerca del juego misterioso que nadie pudo resolver puesto que sólo los anfitriones lo conocían. Damas y caballeros no tardaron en seguir a un séquito de mayordomos y lacayos que los condujeron a un lado del jardín especialmente acomodado para la ocasión. Una imponente mesa se erigía en el centro de unos árboles que rodeaban el lugar, donde grandes velas y lámparas iluminaban los rincones y la succulenta comida que reposaba sobre los platos de porcelana tallada y refinada. Los invitados fueron sentándose según su grado en las sillas, quedando los Duques y los Condes separados de los ricos y adinerados. De esta forma, a Karen no le quedó más remedio que soportar a Henry Manners toda la cena, ya que al ser Duque de Rutland lo sentaron justo delante de los de Somerset.

—Qué bien que nos sentaran cerca —empezó el Duque mirando hacia Audrey y Seymour mientras devoraba el lechón que le habían servido provocando un leve asentimiento del matrimonio que no entendió muy bien la repentina alegría de Lord Manners por estar a su lado —Bien, no me andaré con rodeos, deseo casarme con su protegida Lady Karen Cavendish —Audrey enfocó su mirada estática sobre Henry ante el ofrecimiento público agradeciendo que alrededor de esas palabras sólo estuvieran Bethy, la Baronesa y el Duque de Doncaster, Marcus Raynolds. Edwin se limitó a clavar sus ojos celestes sobre los orbes del Duque, en los que no había burla ni jocosidad, sino más bien determinación y seguridad.

—Como comprenderá no es el lugar...-inició Audrey tratando de no atragantarse con la cabeza de una gamba.

—Entonces busque el lugar Lady Seymour... quiero y deseo desposar a su hermana y estoy siendo educado y cortés, de otra forma tan sólo cogeré lo que deseo y me lo llevaré —explicó como si no acabara de amenazar a una de las familias más fuertes de Inglaterra provocando que Edwin Seymour esbozara una de sus famosas sonrisas diabólicas ante la exigencia del Duque que no pasó desapercibida por ninguno de los oyentes.

—Se le olvida que yo no soy un objeto, un ser inanimado al cual coger y disponer de su gusto —espetó Karen presa de la rabia y apretando sus dedos contra el acero del tenedor hasta el punto de que sus yemas se tornaron blancas mientras una mano rosada, la de Bethy, se posaba su hombro con la intención

de aplacar el impulso de la menor. Por el momento, nadie estaba escuchando esas palabras más que los más cercanos pero si Karen se enervaba hasta los habitantes del pueblo sabrían de la propuesta de Lord Manners.

—Lo que está usted insinuando puede ser peligroso —agregó Lord Marcus Reynolds que no iba a tolerar tal exigencia hacia su amigo Edwin ni que nadie se adelantara a su viejo camarada Asher que, a todas leguas estaba prendado de esa joven, con un tono amenazante al mismo tiempo que dejaba relucir su mirada violácea.

—Sí, sé a que pesar de ostentar el mismo título mi poder no llega al de los Seymour ni al de los Devonshire así como tampoco igualo la fortuna de los de Doncaster, pero mi deseo es casarme con esta joven aquí presente y no soy un hombre dado a renunciar a mis deseos. Soy un Duque, puedo ofrecer a Lady Cavendish un título y una buena vida, así que acepten mi propuesta. Juro tratarla como se merece y no incurrir en falta, sé que mi fama no es de las más halagadoras pero respetaré mis votos.

—De todas formas es una propuesta que debemos considerar, la semana que viene partimos a un viaje hacia Francia, a la vuelta le daremos una respuesta —respondió fría y quedamente Audrey queriendo evitar una disputa entre su marido y Lord Henry Manners, el cual miró hacia Karen y asintió conforme con el plazo de espera para volver a su lechón.

El transcurso de la cena no se vio envuelto por más conversaciones incómodas, hasta que los caballeros se retiraron a fumar a una sala contigua al jardín mientras las mujeres descansaban y hablaban de temas banales, tales como qué les había parecido su estancia en Pembroke o qué harían después de abandonar la propiedad de la Condesa.

—¿Lord Henry Manners? —preguntó por segunda vez Lord Asher Stanley a sus dos amigos mientras sostenía su puro con cierta prepotencia.

—Sí, diablos, ¿acaso no oyes bien? Ése bastardo se ha atrevido a exigirle a Seymour que le entregue a su protegida.

—No importa, de todas formas mi cuñada no desea casarse y mi esposa se lo ha tolerado así que si se atreve a dar un paso en falso acabaremos con él sin más —pronunció Edwin mientras daba un corto trago al whiskey pareciendo aburrido por la conversación sin pasarle desapercibido el cambio de faz del Conde de Derby, que dentro de su normalmente cara inexpresiva se irradiaba cierto rastro de rabia.

—Creo que tu cuñada es la única mujer en el mundo que no desea casarse, ¡qué idiotez! Con esto, no estoy apoyando a Lord Manners pero tampoco me



parece sensato que permitáis a una joven decidir tal cosa —Asher habló tan obcecado con el tema que le pasó por alto la mirada cómplice entre sus dos camaradas.

—Cualquiera diría que quieres casarte tú con ella —se burló Marcus.

—No soy yo el que se tira desde un acantilado para salvar a una dama en apuros —repuso Asher ante un incómodo Marcus que se removió ante su declaración.

—Bien, caballeros, es hora de que volvamos al jardín estoy seguro de que mi esposa estará deseando contarles el entretenimiento que ha ideado —invitó un rechoncho y bigotudo Rudolph Ravorford estirando un brazo hacia la salida en cuanto vio que los cigarrillos estaban extintos y las copas vacías.

Los hombres desfilaron hacia el exterior, el Conde de Derby no podía apartar la mirada sobre a una malhumorada Karen que seguía con los brazos cruzados sobre su pecho y, a diferencia del resto de damas, no estaba conversando con nadie. Era tan extraña, tan distante pero a la vez parecía tan conocida. Giró su cabeza hacia Lady Norfan, ella estaba sentada perfectamente y hablaba quedamente con su compañera de mesa, su mano enguantada acariciaba una copa mas le resultaba tan común, tan corriente...

—...así que el juego será el siguiente —explicaba Lady Ludovica con emoción —esta mañana mis lacayos y yo hemos establecido una ruta dentro del bosque y al final de ella, hay un manantial en el que mi mayordomo estará esperando. Se establecerán parejas por sorteo, las cuales irán saliendo de la línea de salida, con diez minutos de diferencia cada una; por el camino deberán resolver acertijos o pasar pruebas y aquellos que consigan llegar a la meta serán los ganadores. El objetivo es llegar donde estará esperando el señor Royce habiendo superado todas las pruebas y no temáis porqué todo el camino hasta la meta está indicado con luces o con sirvientes que esperan para daros indicaciones-El siseo corrió entre la nobleza, algunos fascinados por el ingenio de la anfitriona otras negándose a tal absurdo, sobre todo los más mayores-...los que queráis participar escribid vuestro nombre en los papeles que os hemos repartido y se mezclaran en una caja para establecer las parejas.

La mayoría de las mujeres casadas que pasaban la cuarentena decidieron retirarse al gran salón en el que se ofrecería música y baile para aquellos que no querían participar mientras que los hombres en su totalidad decidieron demostrar su masculinidad a través del juego y no tardaron en anotar sus nombres y apellidos en las tarjetas que una amable sirvienta iba recogiendo.

—¿Juegas Karen? —preguntó Lady Diana Towson acercándose a ella — puede ser muy divertido —intentó convencerla ante el ceño fruncido de ésta que seguía irritada por la osadía de Henry.

—¡Vamos! Puede que sea la última vez que tengamos oportunidad de hacer algo las tres juntas —animó Lady Peyton recordando que su amiga se iría a Francia con planes muy distintos a los de quedarse entre ellas.

—Está bien... —aceptó mientras estrujaba la pluma entre su mano y garabateaba "*Karen*".

Muchas jóvenes casaderas bajo el permiso de sus tutores también se apuntaron viendo en ello una oportunidad para poder conocer más a posibles pretendientes o futuros maridos.

—¿Jugamos? —instó Edwin a su esposa la que negó de inmediato levantándose en busca de sus hijos seguida de Bethy y la Baronesa.

—Juega tú —fue toda su respuesta dando un apasionado pero casto beso sobre los labios de su esposo que ya tenía escrito su nombre en un papel.

## CAPÍTULO 10 —¿CONFÍAS EN MÍ?

La cara de Karen era todo un relato digno de contar a parte en cuanto escuchó a su tía pronunciar su nombre al lado del de Asher, por desgracia para Lady Norfan y para ella misma, que hubiera preferido soportar a Henry Manners que a ese estirado.

Las parejas fueron siendo nombradas, estaban Lady Diana Towson con Henry Manners, Lady Sophia Peyton con Lady Norfan, Lord Edwin Seymour con Lord Marcus Raynolds, etc.

Tras los cambios de vestuario entre las damas, que escogieron atuendos más cómodos; los primeros en salir fueron el Conde de Pembroke junto a otro noble de similares características tanto en edad como en rango, luego uno tras uno fueron iniciando la ruta. Karen andaba sin pronunciar palabra al lado de Asher, que tampoco hablaba, aunque la tensión en el aire se palpaba. El camino que seguir estaba bien iluminado y había un sirviente a cada pocos pasos para ayudar a los participantes a guiarse o con lo que fuera menester, así como las parejas al final se iban amotinando en la primera prueba que consistía en un acertijo, y aún nadie lo había resuelto.

El aire fresco que emanaba de las hojas de los árboles hacía henchir el pecho de Karen y hacerla sentir como si estuviera en Devonshire cabalgando a solas mas el momento de paz se esfumó cuando al llegar a ese punto en el que todos estaban estancados vio a un Henry que no lo quitaba el ojo de encima.

—¿Haría el favor de cambiarme la pareja? —preguntó el Duque de Rutland al Conde de Derby sin importar la cara de desconcierto de su acompañante, Diana Towson.

—No vería justo que cambiáramos las reglas del juego, se ha establecido un sorteo y hay que respetarlo —repuso el Almirante queriendo parecer lo más neutral posible sin que se le notara el encrespamiento.

—¡Lord Stanley! —exclamó Lady Norfan acercándose a Asher mientras lo cogía por el brazo y esbozaba una sonrisa de lo más coqueta mientras fingía tener miedo —es horrible que nos hagan pasar por el bosque a estas horas de la noche, ¿a usted no le da miedo? —preguntó con tanto remilgo que Karen rodó los ojos de hastío.

—¿Puede decirme el acertijo? —preguntó Lady Cavendish queriendo ignorar a esa melindrosa que acababa de acaparar la atención de su acompañante con su pestañeo fingido.

—Claro señorita, si sabe la respuesta deberá escribirla en este papel y entregármela de modo que otros no puedan leerla; es el siguiente: está intentando salir de un laberinto y hay tres puertas delante de usted, una da al infierno; la otra, a un asesino; y, la última a un león que no ha comido en tres meses...¿cuál escogería? —la joven meditó unos instantes, intentado concentrarse a pesar de la conversación claramente coqueta entre Asher y Anne Norfan, hasta que lo supo y empezó a escribir sin comentárselo a su acompañante, si se equivocaba estaban descalificados y si acertaba podrían pasar, tan sólo habían pasado dos parejas desde que había iniciado el juego y, Henry, que había estado esperando expresamente a que llegara el objeto de su deseo también se apresuró en escribir la respuesta para no quedar detrás de ella ante la mirada confusa de Diana que había decidido entablar conversación con Sophia más que preocuparse en saber la resolución de la adivinanza.

—Panterita, panterita... fíjate que has llegado tú y me has inspirado —refirió Henry esbozando una de sus sonrisas ladinas mientras entregaba el cartoncito al mismo tiempo que ella a la sirvienta que asintió hacia ambos jugadores levantando una pequeña cuerda para que pasaran.

Asher abandonó la conversación con Anne en el momento que escuchó a ese rufián referirse a Lady Cavendish por un sobrenombre del todo inadecuado, un choque térmico corrió por su cuerpo haciéndolo avanzar en zancadas intimidatorias a la pareja que ya pasaba a través de la cuerda sin esperar a nadie.

—Espere Lord Manners —suplicó Diana corriendo tras él que no se había dado cuenta de que había desaparecido inmersa en la conversación con Sophia.

—Debería haberme consultado antes de entregar la nota, Lady Cavendish —reclamó Asher removiendo su melena dorada y con los ojos encendidos sobre esa joven que movía las caderas con facilidad a pesar del terreno abrupto.

—No quería molestarlo, vi que estaba ocupado con su prometida —repuso la joven a unos metros de Henry y Diana que iban discutiendo.

—No es mi prometida.

—Ay, perdone mi inexactitud verbal —se burló Karen —su futura prometida, Asher iba a replicar pero la segunda prueba fue vislumbrada.

—Señores —anunció el lacayo —esta prueba consiste en lanzar esta bola de hierro hasta esta distancia quien no lo consiga no pasará, para las damas la distancia es más corta...tan sólo hasta aquí —señaló el sirviente.

El chispeo entre las miradas competitivas de Asher y de Henry fueron notables, cierto era que Henry presumía de un cuerpo más robusto pero Asher tampoco se quedaba atrás y era diez años más joven que él, además de poseer un torso trabajado y no expuesto a una vida de excesos.

Ambos se frotaron las manos con la tierra para poder soportar mejor el liso de la esfera de acero y el primero en cargarla fue Henry, se posicionó y lanzó llegando a la línea que el sirviente había indicado. Con el logro, sonrió triunfal hacia Asher que le tomó el relevo e hizo lo propio para realizar un buen lanzamiento, lanzamiento que realizó a la perfección sobrepasando el objetivo; al contrario de Henry él no mostró orgullo por ello pero sí que miró hacia Karen por si ésta tenía alguna expresión ante la demostración que acababa de hacer mas se encontró con que ella miraba hacia otro lugar como si todo lo que él hiciera le resultara irrelevante.

—El turno de las señoritas —anunció Henry.

Diana no temía a la prueba, era una joven fuerte y, además acostumbraba a jugar con sus hermanos a juegos parecidos así que se preparó todo lo que la falda del vestido le permitió y lanzó sobrepasando el límite femenino. Cuando vio que lo había superado levantó las dos manos en señal de victoria y abrazó a su amiga la cual no tardó en posicionarse.

—Vamos panterita —animó Henry acrecentando la irritación de Asher que éste intentaba aplacar.

Karen tenía los brazos atléticos, femeninos pero bien musculosos, no en balde había pasado gran parte de su vida practicando el tiro en arco así que cuando lanzó la esfera ésta rozó el límite masculino dejando a los dos hombres un tanto descompuestos pero maravillados.

—¡Qué bien!; Pasamos las dos! —saltó de alegría Diana mientras Karen sonreía con satisfacción.

Los cuatro siguieron andando, las damas hablaban entre ellas y los hombres permanecían callados, no sin mirarse de vez en cuando con cara de pocos amigos hasta que llegaron a un puente que se estiraba a lo largo de un precipicio. El puente estaba compuesto por tablones de madera y tan sólo una cuerda realizaba la función de pasamanos y con el movimiento del viento parecía que se ladeaba. Al inicio de éste había otro lacayo que pareció entusiasmado de ver a más humanos en el lugar.

—¿No tendremos que cruzar ese puente? —interrogó Diana con pavor acercándose al sirviente.

—Vamos, no me dirás que ahora te harás la remilgada —provocó Karen.

—No es eso, temo a las alturas desde niña...

—Damas, caballeros; deben cruzar este puente mas uno de los miembros de la pareja debe ir con los ojos vendados mientras el otro lo guía —informó el joven que sostenía un cubo de cintas.

—¿Qué? No, yo no voy a hacer esta prueba, lo lamento pero para mí es imposible cruzar ese puente —Lord Manners la miró enfurecido, si ella no participaba en esa prueba quedaban descalificados y no tenía ningún interés en dejar a Asher a solas con Karen.

—Vamos, mujer, no me vengas ahora con miedos cuando en tu familia habréis pasado cosas peores-ensartó Henry haciendo que Diana entrara en cólera.

—¿Cómo se atreve? Mi familia no ostentará ningún título pero podemos comprar su casa dos veces.

—¿Eso crees jovencita? —amenazó Henry acercándose peligrosamente a la dama.

Asher y Karen se miraron entre sí y miraron el puente al unísono.

—¿Confía en mí? —preguntó Asher a la pelinegra cogiendo una cinta del cubo ignorando la discusión que estaba teniendo lugar entre Lady Towson y Lord Manners. Lady Cavendish hizo temblar sus pupilas sobre los iris azulados del Conde, buscando en él algún rastro de mofa o vacilación mas su pregunta era sincera.

—¿Puedo confiar en usted? —respondió ella aceptando que Lord Stanley le atara la tela alrededor de los ojos, no sin sentir como su áspera mano rozaba su frente y su pelo; instándola a más, queriendo más.

El almirante estiró la mano desnuda de la joven, que abandonó los guantes en la prueba de tiro, sintiendo su cálida piel aunque una corriente fresca se desprendía de su pulso firme, un pulso que a pesar de la situación no estaba acelerado. Una vez en el primer tablón, el caballero cogió la otra mano de Karen y se la puso encima de la cuerda para que se sujetara mejor.

—Da pasos cortos pero seguros y nunca te sueltes de la cuerda como tampoco de mi mano —susurró el Conde haciendo que su voz se disipara con el viento pero que llegara a la dama que se agarraba con tenacidad a él.

Ambos iniciaron la travesía, cuando Asher daba un paso ella también, al llegar al medio del puente éste se inclinaba hacía abajo como la barriga de un pez, haciendo perder el equilibrio a Lady Cavendish, la cual a pesar de sus esfuerzos cayó sobre el almirante que tuvo la destreza de no dejarse empujar hacía la madera sosteniéndola con los dos brazos y clavando sus talones en el

tambaleante puente que tembló por el brusco movimiento. Sin preguntar ni mediar palabra, Lord Stanley cogió en brazos a la joven, no sin escuchar una serie de improperios e injurias hacia su persona, y atravesó el puente a paso ligero hasta llegar al final haciendo retumbar sus mocasines encuerados contra las tablas.

Al final del pasaje había otro sirviente para comprobar que la joven no se había quitado la venda en el transcurso mas éste quedó en el olvido en cuanto Karen se quitó la dichosa venda y encaró a Asher.

—¿Qué se ha pensado? No debería haber confiado nunca en usted.

—Pero si la he traído sana y salva —contestó el almirante sin mirarla y retomando la marcha tras entregar la tela al empleado que no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

—No es eso, a veces no es cuestión de terminar un trabajo o realizar una acción si en el desarrollo de esta traspasa la barrera del respeto hacia la otra persona. El fin no justifica los medios señor Stanley.

—¿Tan grave es que la haya levantado? —paró en seco el Conde mirándola fijamente a los ojos después de haber dejado al sirviente a unos metros de ellos —¿hubiera preferido actuar como esa pantera que dice Lord Manners qué es? ¿Por qué es usted tan ingrata y no reconoce una ayuda por una vez?

—Se trataba de superar la prueba entre los dos, no de que usted la superara por ambos, por eso es que jamás podría casarme con usted; esto sólo es un prelude de como sería nuestro matrimonio, hablaría por mí y tomaría decisiones por mí sin consultármelo y yo tan sólo sería un cuerpo a merced de su voluntad sin voz.

—¿Por qué pierde el tiempo pensando en eso? Usted no podría estar casada con nadie, es más, no desea estar casada con nadie, así que encuentro totalmente infructuosa esta conversación.

—¿Y cómo sabe usted que no deseo casarme con nadie?

—¿Acaso sí?

—Quizás podría estarlo con alguien que respetase mis aspiraciones y mi personalidad y no intentara anularme o secundarme.

—Usted confunde a una mujer con cualidades con una mujer anulada, es propio de una esposa respetar las decisiones del esposo no por eso es menos o queda en segundo lugar, ocuparía el lugar que merece como madre de sus hijos y anfitriona de todas sus veladas.

—¡Oh que honor! ¡Honorable gran Conde! Plaño profundamente a la mujer

que se case con usted a no ser que esa mujer sea tan insulsa y falta de carácter como para desear esos lugares tan importantes que le otorgará como engendradora profesional y sirvienta de sus invitados.

El sarcasmo de Karen intentaba ser ofensivo, pero el tono de sus palabras y las mismas en sí provocaron la risa natural y masculina en Asher, causando que la debutante quedara sorprendida y a la vez orgullosa y fascinada por haber hecho reír al hombre más serio e intransigente de Inglaterra, tal y como lo describían en la sociedad.

—¿De qué se ríe? No es nada gracioso —intentó parecer gruñona sin conseguir ocultar una sonrisa que luchaba por salir a la luz. Por toda respuesta, el Conde la cogió por la cintura mientras seguía riendo y la empujó fuera del camino hasta que la oscuridad los abrazó.

## CAPÍTULO 11-PUNTO DE INFLEXIÓN

Cuando la oscuridad cayó como un manto sobre los cuerpos de los dos amantes éstos sucumbieron a esa pasión que tantas veces los envolvía y los había envuelto, se fundieron en besos interminables y caricias ardientes en lugares prohibidos. Sus respiraciones se agitaron y se entremezclaron hasta volverse una sola, Asher se deleitaba al enterrar sus dedos en el frondoso y sedoso pelo de Karen y ésta, a su vez, hacia lo mismo con su barba bien cuidada. A penas había luz mas la tenue lámpara de algunas estrellas curiosas les bastaba para poder conocerse mejor.

La risa del almirante pronto fue extinguida dando paso a susurros desesperados que navegaban a través de las corrientes eléctricas del cuerpo de la dama abriéndose más a ese hombre que aplastaba con un solo beso todas sus fieles convicciones.

—Es usted tan sublime —murmuró el Conde de Derby a su oído haciéndola estremecer —usted no se ha visto en los ojos de un hombre, es como perder el sentido —confesó deslizando su mano por el cuello de la joven, el cual amenazaba con romperse por los fuertes latidos que colisionaban contra sus paredes, la sangre amenazaba con desbordarse en cualquier instante, Karen sentía que iba a morir mas sería la muerte más placentera que existiera en ese mundo; esos dedos curtidos por armas y entrenamientos, siguieron descendiendo hasta llegar a ese pequeño hueco que



ambos senos abrían orgullosos, las yema del dedo índice pareció enloquecer en ese minúsculo espacio hasta que la mano exigió devorar, famélica, el resto de la carne; posándose, frenéticamente sobre uno de los turgentes pechos apretándolo con frenesí, obligándolo a ahogarse contra la tela que aún lo cubría.

Tan sólo los rodeaba un prado y lo que éste podía contener, pero poco les importaba el lugar si éste les permitía poder amarse, o lo que fuera que era eso. Era una locura, parecía una insensatez y amenazaba ser una irresponsabilidad; sin embargo, hubieran deseado que la tormenta más feroz los tragara con tal de poder seguir en ese trozo de paraíso que formaban juntos.

La debutante respondió al contacto desesperado del noble deslizándose con sus propias manos que, a pesar de la emoción no temblaban, las mangas de su vestido dejando a la vista su piel tersa y blanquecina; ofreciendo una visión más que suficiente para acallar las desnutridas voces que llamaban a la cordura en Asher. Ella deseaba su contacto, sus caricias directas sobre sus pechos que se estiraban hacia el cuerpo masculino queriendo absorberlo entre ellos, con complacencia él se dejó atrapar y sucumbió a la sensualidad de ambos: acariciándolos, besándolos, succionándolos ...arrancando con todo ello pequeños pero sonoros quejidos de regocijo en su dueña.

La situación era tan embriagadora que Karen ya no se sostenía entre los brazos de su captor y deseaba desvanecerse sobre el suelo haciendo que el caballero se quitara su frac para que sobre él pudieran depositarse con más comodidad.

Besos y más besos llenaron los espacios, parecían interminables y con cada uno el siguiente se hacía más necesario obligándolos a detenerse para poder respirar aunque el propio aire se hacía insulso y molesto entre ellos.

—Quiero hacerla mi esposa, quiero hacerla mía aquí y ahora y pediré su mano, lo juro por mi honor; permítase terminar con esta agonía que nos persigue desde que nos encontramos bajo esa noche estrellada en el balcón de los Pembroke. El destino ha querido unirnos una noche más bajo los astros, rindámonos a él. Sé mi Condesa —murmuró el almirante colando su mano bajo la larga falda de Lady Cavendish, escurriéndose entre la sedosa piel inmaculada, chocando con ligeros llenos de armas...armas que habían quedado inutilizadas.

—¿Podría aceptar mi naturaleza? ¿Aceptaría que saliera a cabalgar cada madrugada con pantalones masculinos? ¿Toleraría que su mujer viajara a

Francia para codearse con los sectores más liberales de su sociedad? ¿Soportaría que su Condesa financiara y liderara una escuela femenina nunca antes abierta en Inglaterra? ¿Podría aguantar que los pasillos de Palacio se llenaran de rumores acerca de la intolerable actitud de la Condesa de Derby? —escupió Karen, queriendo que su respuesta tan sólo fuera afirmativa, queriendo que aceptara para poder entregarse a él.

—Puedo aceptar su naturaleza —respondió el Conde internando su mano en la humedad de la joven, una humedad que ya conocía del día en que se encontraron en la playa mas que parecía nueva para él y así parecería siempre. Ella era como la noche, inesperada, cambiante; a veces oscura, otras veces iluminada...la quería para él, quería sentirse su dueño, sentirse dueño de algo que nadie jamás había podido controlar. Su juicio se nublaba al recordar que era la más indómita de las Cavendish la que tenía entre sus brazos, entregada...preparada para él. Su áurea de misterio seguía adherida a su cuerpo pero poco a poco se iba siendo desvelado, con cada roce...cada gemido.

—Tengo secretos... ¿podrás vivir con ellos? —interrogó ella deseosa de sentirlo en su interior.

—Si tú puedes con los míos...-Asher sintió que la joven estaba lo suficiente abierta como para adentrarse en ella, por eso dejó salir a aquello que apretaba contra la tela de pantalón y se introdujo en el interior de Karen; superó todas las barreras hasta llegar a su profundidad, la joven a penas se aquejó ni parecía dolida a pesar del pequeño rastro de sangre que acababa de dejar sobre su vestido más bien al contrario, parecía disfrutar con cada embiste y sacudida acercándose más a él y llegando al culmine de ese inesperado amor juntos.

La joven pareja que acababa de unirse se mantuvo en silencio por unos instantes, unos minutos quizás...hasta que recuperaron el aliento, hasta que desearon despertar.

—Esta misma noche hablaré con Edwin y pediré tu mano, trataré de no contar lo sucedido...puede que se niegue porque cree que no deseas casarte; deberás poner de tu parte para que entienda que deseas casarte conmigo.

—Está bien —aceptó Karen intentando no parecer demasiado extraña ante las palabras exigentes de Lord Stanley, que volvía a reflejar su rostro adusto y serio de siempre.

—La semana que viene os invitaré en la casa de Bath, asistirás con tu hermana y te presentaré a mi madre. Intenta no hablar de tus ideas progresistas,

mi madre es una dama postrada en las antiguas costumbres y los buenos modales y desea que la futura Condesa de Derby sea igual.

—¿Alguna orden más? —replicó la joven cruzando sus brazos sobre su pecho.

—No son órdenes Karen, son indicaciones. Si quieres ser mi esposa...

—¿Yo quiero ser tu esposa? ¿A caso no quieres ser tú no mi esposo también?

—Sí...no me refería a eso...por favor escúchame, sabes que a pesar de ser un simple Conde, mi familia es muy cercana a la corona y nuestras visitas a Palacio son frecuentes. Lo sabrás a través de tu hermana, ¿verdad? —miró hacia ella esperando una respuesta afirmativa que fue concedida —se espera de mi futura esposa exquisitos modales pues deberás codearte con las doncellas de la Reina y quien sabe si algún día hasta coincidir con ella...

—Oh, ¡qué gran oportunidad! Para mi esa mujer es como cualquier otra y no me importa si estoy a su lado o no...

—¡Por Dios Karen! Lo que acabas de decir podría ser considerado alta traición, yo mismo debería apresarte por ello mas no lo haré porque sé que las mujeres acostumbraís a hablar en demasía —los ojos brillantes de la joven se tornaron oscuros y lo enfocaron, fue una mirada tan intensa que Asher no supo si le estaban hablando de verdad o sólo era su imaginación —no me mires así, no he querido desvalorarte...

—Bien, está bien —intentó tranquilizarse Karen —puedo aparentar ser la mujer más educada y remilgada así como la más consagrada a Dios y a la Corona pero primero he de ir a Francia, mi hermanastra me mandó una carta la semana pasada y me ha invitado a ir, es mi gran sueño poder visitar ese país además he contactado con algunas agrupaciones de mujeres que pueden orientarme sobre la escuela...

—Sobre eso, lo dejaremos para más adelante —cortó sin más Asher repeinándose su melena dorada mientras se vestía cuadrando cada milímetro de ropa sin mirar a Karen —ahora no es el momento de viajar, y sobre la escuela no creo que sea buena idea que nos vean relacionados con ese asunto, podría desprestigiar la familia Stanley... seguro que cuando quedes embarazada todo esto se te habrá olvidado, estarás demasiado ocupada con el niño. Es normal que las jóvenes de tu edad sueñen con comerse el mundo, pero hay que vivir en la realidad...

—Mi realidad será la que yo desee —repuso Lady Cavendish que también se había vestido y se había levantado, su tono de voz ya no era el de hacía

unos segundos y sentía como su corazón se deshacía por momentos —dijiste que aceptarías mi naturaleza.

—Y la acepto, me encanta ese espíritu rebelde y podrás ir a cabalgar hasta jugaremos a cricket juntos...pero entiende, hay límites-explicó Lord Stanley cogiendo la barbilla de Karen entre sus dos dedos gesto que la joven detestó apartando su mano de un golpe seco.

—Los límites me los pondré yo, todo esto que dices...tus indicaciones... no es aceptarme, no lo es. Antepones tu prestigio, no me escuchas y me tratas como a un ser inferior. Eres un hipócrita escondido bajo esa máscara de entereza y formalidad, por mí puedes seguir andando con ese palo en el culo el resto de tu vida pero no me enterrarás contigo; detesto esta sociedad y a los que son como tú. No puedo ni quiero estar contigo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Crees que alguien te querrá después de haber perdido tu virginidad?

—Nadie tiene por qué saberlo, no lo digas. No seremos felices, ¡Oh Dios mío! —se exasperó la joven cogiendo su pelo entre sus manos —¿cómo pude ser tan necia? Mi hermana está dispuesta a no casarme, sabe de mis planes, si no se lo dices no tiene por qué saberlo nadie, nunca. Olvidémonos. Yo seguiré con mis objetivos y tú podrás casarte con esa mujer perfecta con la que sueñas.

—¿Y yo soy el hipócrita? ¿Renunciarías a esto que hay entre tú y yo por tus propios planes egoístas? ¿Renunciarías a lo que sientes por mí por no sé qué historia de una escuela? ¿Has pensado que pudieras quedarte embarazada? ¿Qué harías con mi hijo?

—Escúchame bien Asher Stanley, no te pertenezco. No soy de tu propiedad, “esa historia” de una escuela es mi sueño, pero ya no hablemos de eso...hablemos de tu carácter. Sólo una mujer insulsa y sumisa puede vivir contigo, jamás aceptarás a una mujer que tenga sus propias motivaciones y decisiones. ¿Quieres arruinarlo todo por una pasión? —Asher rompió la barrera que se había formado entre ambos y la abrazó.

—¿Una pasión? ¿A caso no me amas?

—¿Me amas tú a mí? ¿Se puede amar a alguien en tan poco tiempo? ¿Se pueden arruinar dos vidas por un amor inmaduro?

—Muchas preguntas sin resolver...no sé si te amo, ni si quiera sé si tú me amas...desconozco si tengo cabida en ese corazón egocéntrico e independiente tuyo. Sólo sé que todas las mujeres me parecen corrientes, aburridas y poco apetecibles desde que te vi. No me importa si han pasado tres días o tres

décadas, esto —cogió su mano y se la puso sobre el corazón —esto me dice que no te deje escapar, me dijo que entrara en tu interior a pesar de saber que me ataría a ti para siempre...

—No tiene por qué ser así, guardemos lo ocurrido como un bonito recuerdo... como la resolución de un amor que no pudo ser.

—¿Por qué no puede ser?

—No puedo ser una Condesa que vive sólo de las apariencias, ir a una corte a aparentar algo que no soy, no sabes nada de mí... —Asher la calló atrapando sus labios entre los suyos, pero un grito ahogado rompió la calma del lugar obligando a los dos a mirar hacia el origen del mismo, encontrándose con unos cuantos ojos que los observaban gracias a unos candiles que colgaban de sus manos.

—Como no os localizaban... —se excusó Marcus Raynolds después de que una sobresaltada Anne Norfan abandonara el lugar corriendo.

—Vamos... —se adelantó tía Ludovica cogiendo a su sobrina Karen y empujándola fuera del lugar con cariño pero con el semblante compungido.

Lord Edwin Seymour, por su parte, aguijoneó con sus ojos celestes a Asher y ladeó sus labios en forma de "te lo advertí".

—Pensé que no querías casarte—recordó Audrey a punto de entrar en el despacho que el Conde de Pembroke había tenido la amabilidad de prestar para resolver la situación y en el que ya estaban Edwin y Asher. Karen no respondió tan sólo la miró avergonzada.

—Qué quieres que te diga niña, yo prefiero este escándalo a que te hubieras quedado como una solterona, una muchacha tan bonita... —intentó animar la Baronesa conduciendo a la joven hacia su recámara con su mano ya manchada por el paso de los años.

## CAPÍTULO 12-LA CARTA DE PAPÁ

Karen Cavendish se removía entre las sábanas inquieta, el calor se filtraba a través de sus poros y no era tan sólo por la temporada más bien cálida en la que se encontraban, sino también por todo lo sucedido durante el día o más bien, la noche. Tras lo ocurrido, sus tutores se reunieron con Lord Asher Stanley y establecieron los acuerdos del compromiso mientras los fuegos artificiales adornaban el cielo por gracia de Lord Pembroke.

La noticia pronto se divulgó, como si de pólvora se tratara, llegando a todos los oídos de los invitados que no tardaron en dar rienda suelta a todo tipo de comentarios, algunos envidiosos otros jocosos y otros tantos burlescos. Sobre todo, no dudó la sociedad inglesa en comparar a ambas mellizas Cavendish, a pesar de que Asher no estaba casado ni tenía la intención de fugarse con Karen, era inevitable que las lenguas más viperinas compararan el proceder poco decoroso de ambas jóvenes de misma edad y sangre.

Todo aquello que los pomposos y estirados nobles pudieran decir de ella poco le importaba, estaba acostumbrada a que la compararan con sus dos hermanas mayores y que le recordaran lo poco que había salido a ellas. Sin embargo, no era indiferente al estrago que había causado en su hermana Audrey, su tutora no había hablado con ella más que dos palabras cruzadas. La sentía distante, Audrey era distante, pero esa distancia no era la habitual. Podía leer la decepción en sus ojos, sus ojos inexpresivos pero tan conocidos por ella que no le pasaban desapercibidas las pequeñas modulaciones que hacían sus pupilas en función de sus sentimientos.

La Baronesa viuda y su hermana Bethy habían sido las únicas que se habían quedado a su lado hasta que ella fingió quedarse dormida y, precisamente, a través de ellas pudo saber que su boda con Asher se celebraría en tan sólo treinta días. Ni si quiera le habían preguntado, ni si quiera la habían avisado...tuvo que conformarse con las migajas informativas que Bethy había podido obtener. Era como si su cuerpo ya no le perteneciera, parecía que su alma había sido vendida y de lo que no había duda alguna era de que su vida se estaba filtrando a través de sus dedos para acumularse sobre las manos de Asher.

¿Cómo había podido confiar en él? De todos los hombres que había en Inglaterra, él era el menos apropiado para poder entenderla; por si no había tenido suficiente con la conversación que habían mantenido en la intimidad del

bosque, Bethy y la Baronesa habían pasado gran parte de la velada recordándole quién era el Almirante Stanley.

*“Una vez me explicó Robert, que Lord Stanley es uno de los caballeros más cercanos a la Corona, por eso siempre se muestra tan correcto y disciplinado. Cualquier desliz podría costarle el favor de la Reina, él no es el hombre más rico del país ni el más poderoso así como tampoco posee un gran título pero poseer un buen lugar en la Corte lo es todo...de seguro querrá llevarte con él a Palacio, deberás mostrarte impolutamente perfecta si no quieres que hablen de ti más de lo que ya lo harán después del escándalo”* , le comentó Bethy que aún se secaba algunas lágrimas plañideras por ver a su hermana en semejante situación.

*“Niña, deberás ser muy tolerante, conozco muy bien a su familia. Sobre todo conozco a su madre y no es una mujer fácil, de seguro querrá que todo sea a su manera pero tú muéstrate educada y servicial hasta que no engendres un heredero al condado”*, le aconsejó la Baronesa viuda.

Por todos esos comentarios y deseosa de paz, había fingido quedarse dormida. Cuanto más las escuchaba, más sabía que había cometido el error de su vida. Podría culpar a aquellos que los habían descubierto mas en el fondo sabía que Asher hubiera terminado exigiendo su mano aunque ella le hubiera insistido una y mil veces que lo último que quería era casarse con él, así que la única culpable era ella. ¿En qué mundo pensó que podía saber lo que era el amor antes de iniciar su vida de libertad? Lo había tenido todo en sus manos y lo había perdido.

Hastada del agreste contacto de las sábanas contra su cuerpo ardiente, las apartó de un sólo manotazo levantándose con un salto agresivo que terminó en un resoplido similar al de un caballo relinchando. Estaba enfurecida, ardía en cólera. Con ella misma, con Asher...con el mundo.

Decidió prender fuego a un candil para poder acercarse mejor al estuche en el que guardaba su arco, abrió el cuero con una pequeña llave que siempre colgaba de su cuello y rebuscó en él hasta dar con una carta que aún conservaba su sello. El sello era del ducado de Devonshire, era la carta que su padre le había dejado en su nombre para cuando cumpliera la edad casadera así como parte de las tierras en Bath que compartía con Gigi. Su hermana le había hecho entrega de la misma hacía un par de días, mas se había visto incapaz de abrirla. Eran las últimas palabras que recibiría de su padre...las últimas.

Arrodillada en el suelo y con el candil a su lado, rompió el emblema de su

familia para poder acceder al contenido de la misiva y con gran concentración acompañada de un leve fruncido de ceño leyó:

*A mi hija Karen Cavendish,*

*recuerdo el día en que naciste, lo hiciste minutos antes que tu hermana Gigi; a penas te movías, parecía que la oscuridad se había cernido sobre tu pequeño cuerpo pero no me resigné a verte morir, te sostuve entre mis brazos intentando darte ese calor que habías perdido en el alumbramiento. A punto de rendirme, alcé la vista hacia la ventana y, en ese mismo momento, una estrella fugaz atravesó la oscura noche y fue en ese preciso instante en el que tú inundaste Chatsworth House con tu llanto. Bendito llanto, que fue el más fuerte que jamás había escuchado.*

*No te rendiste ese día ni lo hiciste jamás, ni si quiera dejabas que lo hicieran los demás. Eres esa estrella que guía al viajero, ese punto de luz en medio de las tinieblas, no te apagues...No te oscurezcas ni dejes que mentes más débiles que la tuya apaguen tu llama interior.*

*Sé que harás grandes cosas, has nacido para luchar y eres una gran combatiente en todos los sentidos.*

*Te ha amado con locura,*

*Tu padre.*

*PD: Como ya sabrás, las propiedades de Bath quedan a tu nombre al lado de las de tu hermana Gigi además de una dote cuantiosa a tu disposición para cuando te cases pero si algún día no sabes a dónde ir ... busca la casa que lidera tus tierras; en ella, encontrarás todo aquello que necesites.*

No lo dudó, era el momento de sobreponerse a todas esas apariencias y convenciones para empezar a pensar en sí misma. Lo sentía en el alma por Audrey, ella era su hermana y su tutora además de un gran apoyo mas no podía renunciar a su vida, a su propia vida por no dañar su reputación... ¿qué era la reputación al fin y al cabo? Era una horca, una cuerda asfixiante alrededor del cuello que cuanto más le entregabas más te apretaba. Era el momento de acabar con ella, de cortarla...de romper cadenas.

Todo lo que necesitaba lo tenía en la carta de su padre; posiblemente, llegó a conocerla tanto como para saber que algún día necesitaría oír sus palabras “no te oscurezcas”, ” has nacido para luchar”. Lord Anthon Cavendish supo que sin su apoyo, su hija hubiera permitido que la ataran a una vida no deseada.



Karen no era una mujer dada a llorar pero le era inevitable sostener la lágrima de añoranza que quería desvanecerse en su mejilla, su progenitor la había ayudado tanto...no sólo en ese instante en el que su futuro dependía de importantes decisiones sino desde pequeña la aceptó como era. Mientras sus hermanas jugaban con muñecas ella quería aprender a montar caballo o a jugar cricket y Lord Anthon Cavendish se lo permitía enseñándola y animándola a ello, a pesar de que nunca supo que su propia esposa castigaba a la niña por su comportamiento día tras día. De todas sus hermanas, ella fue la que más golpes recibió mas la sonrisa de su padre era aliciente suficiente como para continuar siendo ella misma. Y ahora, volvía a brindarle la oportunidad de ser ella en contra de todos aquellos que la rodeaban.

¿Qué favor se haría a sí misma quedándose? ¿Qué favor haría a Asher si se casaba con él sabiendo que no le podía ofrecer todo aquello cuanto él necesitaba? ¿Qué bien hacía a su hermana Audrey si se casaba con un hombre y después huía? Porque eso es lo que acabaría haciendo, huir. No sería capaz de soportar a una suegra imponente ni mucho menos las hipocresías de una Corte. Era el momento, el momento de irse.

Se despojó de su camión blanco y se colocó un sencillo vestido negro encuerado que usaba para sus prácticas de tiro con arco, luego cargó un pequeño saco con todo aquello que le era imprescindible para su camino; no debía olvidar que iba a ser una mujer sola en medio de la noche y como tal debía ir prevenida. Con esa precaución no dejó ni una sola arma en su armario no así vestidos que decidió que no le hacían falta. Con todo el afecto que podía sentir por su padre se guardó su carta en su pecho y tocó sobre esa zona dos veces prometiendo en silencio ser fiel a los consejos recibidos.

Abrió la puerta con cautela, afortunadamente estaba todo oscuro y no había nadie en los pasillos; era demasiado tarde, incluso para los más vividores. Cerró tras de sí con sigilo y con pasos estudiados inició la salida de la propiedad de los Pembroke, por el camino debía pasar por la recámara de Lady Nowells así que aprovecharía para despedirse de ella ya que no podría estar a su lado los siguientes días de su convalecencia, tal y como le había prometido. Al llegar a ella, se adentró en la recámara de Catherine inundada del perfume de orquídeas que siempre ostentaba. Para evitar que gritara, posó su mano sobre su boca al despertarla e hizo bien porque tal y como había imaginado, la joven habría alertado a toda la casa si no la hubiera amordazado temporalmente.

—¡Karen! —gritó en un susurro Lady Nowells con el ceño fruncido

tratando de enfocar a la joven Cavendish en medio de la oscuridad tras ser liberada de su agarre.

—Catherine, he venido a despedirme, es muy largo de explicar tan sólo quería contarte algo antes de irme. Lord Marcus Reynolds te ama, no desistas, sólo tienes que actuar justamente al revés de como lo has estado haciendo hasta ahora.

—¿Me quiere? ¿Cómo puedes decir eso?

—Él fue quien te salvó cuando ese mal nacido te tiró del acantilado y lo vi en sus ojos, vi que te ama.

—No sé qué contestar... —expresó con sinceridad la joven mirando a su alrededor desorientada por la situación y por las palabras, además de los efectos del medicamento que le estaban obligando a tomar.

—No digas nada, tan sólo hazme caso, dale celos...no sé...finge que ya no te mueres por él...

—Está bien, pero... ¿tú a dónde vas? No entiendo nada. ¿No es peligroso que salgas sola a estas horas?

—Estaré bien no te preocupes-ultimó Karen incorporándose de la mullida cama de la accidentada dirigiéndose a la salida mientras Catherine la miraba con turbación sin poder sostener los párpados por mucho más.

Karen se sintió liberada en cuanto a Catherine, no habría podido irse sin haberse sincerado con ella con respecto a sus apreciaciones acerca de Marcus, al menos, que una de las beldades problemáticas fuera feliz... aunque de momento nada se sabía del resto de las integrantes, seguramente Lady Peyton y Lady Towson tendrían más suerte que ella y no se verían obligadas a huir por la puerta de atrás.

Se deslizó por las escaleras cual gato pardo y se dirigió al establo tras dejar la puerta principal a unos pasos de ella. Afortunadamente, traía consigo a su semental, por exigencias suyas no se movía de ninguna residencia sin que su fiel caballo no fuera también trasladado. Era negro y, a pesar de la oscuridad, su pelaje brillaba con intensidad. Tal era la complicidad entre montura y amazona que al acercarse ésta, el animal cabeceaba de felicidad.

—Ssshht pequeño Abiah tenemos que salir —habló ella a media voz mientras lo ensillaba con delicadeza y le acariciaba el lomo.

Una vez cintas y espolones fueron atados, montó de un sólo salto y espoleó el caballo a trote para no hacer mucho ruido, saliendo de las caballerizas, Abiah y Karen se fundieron con la noche. Tuvo la certeza de cubrirse también el rostro y las manos, de esa forma era difícil apreciarlos en medio de la

oscuridad. Cuando estuvo a una distancia considerable de la propiedad de su tía, espoléó una vez más al semental y éste inició una marcha rápida. Si todo iba según lo previsto, llegaría a sus tierras por la mañana.

Se concentró en el camino y en dirigir al caballo mas un ruido tras de ella la alertó así que se apartó de la tierra aplanada y se introdujo en medio de la espesura de los árboles con un movimiento rápido para ver quién le seguía. Era Lord Henry Manners, con presteza desenfundó su revólver y apretó el seguro haciéndolo resonar en medio de la nada, llegando a los oídos del Duque de Rutland que daba vueltas sobre sí mismo tratando de encontrarla.

—Panterita, no es necesario que me apuntes con tu arma, vengo en son de paz —gritó él al aire recibiendo por toda respuesta un disparo cerca de su caballo que lo hizo relinchar y levantarse hasta el punto de hacerlo caer. Gracias a Dios, Henry era un hombre lo bastante corpulento como para soportar esa caída y no le costó lo más mínimo ponerse de pie lo suficiente rápido como para coger las riendas de su montura y evitar que ésta se escapara. —Karen, por favor...

—¿Ahora soy Karen? —interrogó ella delatando su posición y saliendo de la maleza al mismo tiempo que hacía voltear a Abiah alrededor de Henry, que seguía en el suelo, sin dejar de apunarlo —¿Me estás espiando?

—Si lo prefieres te llamo Panterita y en cuanto a lo de espiarte, sí lo hago.

—¿Qué quieres Henry? —tuteó ella también, con cierto tono de hastío.

—Quiero que sepas que mi propuesta sigue en pie a pesar del escándalo que has formado con el señoritingo de Lord Asher Stanley. Perdono tu desliz, cástate conmigo.

—¿Has bebido? ¿Has enloquecido? ¿A caso no sabes que mi matrimonio ya está pactado con Lord Stanley?

—¿Entonces por qué huyes? ¿No tienes un matrimonio que celebrar?

—No quiero casarme, ¿no escuchas?

—Pero ¿por qué?

—No tengo tiempo para tantas explicaciones.

—Está bien entonces cuéntamelas por el camino —sentenció Lord Manners volviendo a montar a su caballo y dispuesto a seguirla —vamos, baja el arma sé que no me matarás.

—Pero podría herirte...

—¿Y alertar a todos los invitados de los Pembroke cuando llegara con una pierna ensangrentada y frustrar tu plan de huida además de tener serios

problemas con la ley?

—Está bieeen, ¡Oooh! Eres exasperante.

## CAPÍTULO 13-SEÑORITA CAVENDISH

Podía vislumbrar entre la humedad del amanecer, el pequeño palacete que su padre le había dejado; lejos de sentirse agotada por llevar tantas horas cabalgando sin descanso, se sentía emocionada y hubiera hecho correr a Abiah con tal de terminar con la distancia que la separaba de su propia casa, mas no quería forzar a su montura; Abiah aguantaba bien pero ya tenía unos años y no convenía sobre esforzarlo por una simple emoción.

El camino no se había hecho tan adusto como pensaba; Lord Henry Manners, lejos de lo que había pensado, se había convertido en un grato acompañante. No la juzgaba, ni la cuestionaba tan sólo se limitaba a escucharla; al inicio, se había mantenido rehacía a entablar conversación con él, sin embargo, al pasar las horas se dio cuenta que era un hombre con agradable oratoria y de fácil carácter. Lejos de lo que había creído el primer día que lo vio, no era para nada el ególatra o el maleante que quería aparentar sino más bien era cercano y mesurado.

—Es esa de ahí-comentó Karen haciendo que Henry fijara su vista a lo lejos.

—Por lo menos aún nos queda media hora, estoy asombrado, no te has quejado en todo el camino es como si no te doliera nada —confesó sinceramente Henry al ver que la joven soportaba largas horas a caballo sin inmutarse.

—Lo mismo digo —repuso ella burlona haciendo que el Duque ladeara la cabeza de un lado a otro con una sonrisa conformista al ver que era imposible que Lady Cavendish mostrara signo de flaqueza alguna.

Tal y como había previsto el jinete, llegaron a la propiedad tras treinta minutos. De cerca, el edificio era más imponente. No era tan grande como el de Chatsworth House, pero sí que lo era un poco más que la casa de Bath de su hermana Audrey. Desmontó sin evitar sentir un leve calambre en sus muslos mas con un masaje rápido consiguió quitárselo en gran medida, no quería perderse ningún detalle de lo que la vista le estaba ofreciendo: ventanales enormes que iban de una esquina a la otra, dos grandes chimeneas que coronaban el tejado y el escudo de armas de los Cavendish que se erigía orgulloso en medio de la mansión.

—¡Señorita Cavendish! —salió de pronto un hombre pasados los setenta, acompañado de una mujer de similar edad que parecía su esposa.

—¡Oh mi niña! —exclamó la mujer vistiendo con un delantal blanco con los brazos abiertos hacía ella haciendo sentir incómoda a Karen por no poder responderla con el mismo afecto puesto que no los conocía...o no los recordaba. El estupor de la joven no pasó desapercibido por el anciano matrimonio —¡Han pasado tantos años y eras tan pequeña! ¡Es normal que no te acuerdes! Yo te conocí cuando eras así —narró la anciana señalando con la mano una altura de escasos palmos del suelo —te trajo tu padre cuando a penas podías andar, dijo que quería que te conociéramos porque llegaría un día en el que tendríamos que servirte —continuó la mujer cogiendo a Karen por el brazo y empujándola hacia el interior sin dejar de hablar, la joven la miraba con asombro no sólo por el trato afectuoso con el que le estaba hablando sino por la energía que desprendía a pesar de su edad-lamenté tanto la muerte de tu padre...era un gran hombre —recordó la empleada mientras su marido hacía pasar al Duque tras de ellas —pero no me habían informado de que te habías casado... —ultimó la anciana dando una mirada rápida a Henry.

—Oh no, no es mi marido —se apresuró a aclarar la joven provocando que el rostro de la empleada se deformara por instantes mas la anciana, que sabía cuál era su lugar, se recompuso al instante.

—¡Oh disculpe mi torpeza señorita! Con la emoción no nos hemos presentado ni mi esposo ni yo. Soy la Señora Donoval y él es mi esposo, el Señor Donoval; estamos encargados de la organización y el mantenimiento de su propiedad en la que hay actualmente, veinte empleados —siguió contando la Señora de pelo canoso mientras estaban de pie en el recibidor, un recibidor para nada ostentoso pero que cumplía todos los requisitos de una casa adinerada —sé que no son muchos señorita pero si lo desea, ahora que está en la casa, podemos contratar a más.

—De momento bastará, por el momento me gustaría que prepararan una habitación para mi amigo el Duque de Rutland —presentó mientras los ancianos hacían la reverencia protocolaria hacia el noble —para que pueda descansar, y preparen una para mí.

—Inmediatamente, ¿algo más Lady Cavendish?

—Ponga un lacayo al servicio de Lord Manners por todo cuanto pueda necesitar así como avise a alguna de las doncellas que se encargue de mi comida y de atender mi recámara.

—Sí señorita —obedeció la anciana retirándose al instante presurosa de cumplir las peticiones de la joven dama.

Una vez a solas admiró el lugar, dio un leve rodeo de cabeza para poder llegar a cada rincón de la casa con la vista. Los techos estaban decorados con sencillas formas hechas con yeso, las paredes eran blancas y el suelo amaderado; elegantes y refinados muebles llenaban las estancias sosteniendo sobre ellos candiles y retratos así como estatuas y jarrones. La iluminación era espléndida, los grandes ventanales dejaban pasar los rayos de sol con facilidad y grandes y largas cortinas abiertas colgaban de sus rieles en tonos marrones y bronce.

Dio cortos pero decididos pasos dispuesta a ver cada una de las estancias, no necesitaba de guía puesto que estaba dotada de un gran sentido de la orientación y así fue como fue pasando estancia por estancia, entre cada una de ellas apenas había puertas tan sólo altos y grandes arcos que permitía pasar de una a la otra. Al desplazarse por el interior, pudo ir encontrándose con diferentes empleados los cuales todos se mostraron diligentes y serviciales saludándola con cortas reverencias o movimientos secos de cabeza; ella, por su parte, se interesó en saber todos y cada uno de los nombres de aquellas personas que estaban bajo su mando, gesto que los fieles lacayos y doncellas agradecieron.

Cuando ya tuvo toda la primera planta en su mente, incluidas cocina y despensa, subió a la segunda en la que no tardó en apreciar que el largo pasadizo que había en ella estaba repleto de retratos; pasó a través de él lentamente para poder observar a cada una de aquellas personas que estaban en la pared de su casa. A muchas de ellas no podía reconocerlas mas la mayoría eran familiares de su familia paterna, sobre todo, mujeres. La planta estaba llena de recámaras pero supo cual era la suya por el nombre que había inscrito en su puerta " *Karen Cavendish*". Pasó su mano por el relieve de piedra que adornaba el marco de la puerta y sintió un vuelco en el corazón al

saber que su padre había dejado cada detalle preparado pensando en ella, era como si él hubiera sabido que iría a esa casa en busca de refugio ya que muchos jóvenes herederos no llegaban a ver nunca sus propiedades, por tener muchas o por venderlas queriendo el dinero. Giró el pomo absorbiendo ese instante en su memoria, y cuando entró, quedó estática.

Quedó estática al observar el resplandor de su alcoba, el techo conformaba un gran dibujo enyesado con pequeñas pinturas hedonistas mientras que en el suelo reposaba una gran moqueta que cubría casi por completo la estancia a conjunto con las largas e interminables cortinas magenta que querían cubrir las esplendorosas ventanas. Junto a la pared, en el centro, una gran cama reposaba orgullosa con su cabecera, la cual llegaba hasta la bóveda presumiendo del escudo de los Cavendish rodeado de telas sedosas que querían formar una pequeña cortina para quien durmiera en ese lugar. De hecho, el escudo de los Cavendish no era el único que se ostentaba en ese lugar, a lo alto de las ventanas se erigían dos escudos diferentes en cada una. Uno, era de la familia materna de su padre y, el otro, el escudo de los Duques de Devonshire.

No obstante, nada podía quitarle protagonismo al retrato que se alzaba airoso arriba de la cómoda y que quedaba justo en medio de las dos ventanas, y por consiguiente, escudos. Era su abuela Georgiana, la madre de su padre, y justo a la otra esquina de la habitación colgaba el suyo propio de cuando apenas debía tener doce años. Si se fijaba bien, había cierto parecido entre ella y su abuela, ambas lucían una cabellera negra y la mirada oscura. Se sintió en familia, en casa, a pesar de que no había nadie más que ella y de que su padre y su abuela murieron hace tiempo. Sintió como todos los músculos, agarrotados por el viaje y la tensión de los acontecimientos, se distendían.

—Señorita —anunció la joven doncella tras de ella que se atrevió a llamarla viendo que la puerta estaba abierta.

—¿Sí?

—La señora Donoval me ha mandado a llenar su bañera con agua caliente, ¿puedo pasar?

—Por supuesto, ¿cuál es tu nombre?

—Glicer, señorita.

La joven empleada se dispuso a llenar la tina con cubos candentes hasta que hubo una cantidad de agua razonable, y luego quiso despojar de sus vestiduras a su señora para que pudiera entrar en ella mas Karen decidió despedirla y hacerlo por ella misma.

Cuando todo el polvo del camino fue ahogado en agua caliente y la pesadez de las piernas fue aliviada con el suave toque del paño, decidió vestirse con uno de los trajes que había en el guardarropa; no eran muchos, mas había uno que parecía menos anticuado que el resto por sus formas sencillas y color claro así que se lo puso sintiéndose extrañamente cómoda en él. Era exactamente su talla.

Los párpados empezaban a pesarle mas se negaba a rendirse al cansancio antes de terminar la inspección que había iniciado, curiosa por conocer el que sería su hogar por un tiempo antes de que reuniera el capital y la documentación necesaria para ir a Francia.

—¡Ah! ¡Dios mío! —se exaltó la señora Donoval llevándose la mano en el pecho cuando vio salir a Karen de su estancia.

—¿Qué sucede? —interrogó ella extrañada.

—Nada, nada señorita Cavendish... —se serenó la anciana —tan sólo que por un momento pensé que era usted el fantasma de Lady Georgiana.

—¿Qué está diciendo? —quiso saber Karen un tanto irritada.

—Por favor, no se enfade señorita, es que es usted tan parecida a ella cuando era joven... y ese vestido era uno de sus favoritos decía que le gustaba llevar esa clase de trajes sencillos aunque en su época no estaban nada bien vistos. De hecho, fíjese si le tenía aprecio, que fue el mismo que llevó el día que la retrataron con tu padre Lord Anthon... venga le mostraré el cuadro — Lady Cavendish siguió a la anciana, con sus palabras en mente, hasta llegar a una pequeña puerta de roble con vidrios de colores que conformaban el dibujo de una pantera negra —este era el despacho de Lady Georgiana, no era nada común que una mujer tuviera uno, pero ella quiso tener el suyo propio...

—Yo pensé que la casa de la abuela era la que tiene mi hermana Audrey en posesión, aquí mismo en Bath pero a unas millas al oeste. De hecho, me consta que hay una sala que decoró ella misma y que mi hermana ha hecho llamarla por su nombre en su honor.

—Sí, es cierto, esa era la casa en la que ella se crio, pero cuando se mudó con tu abuelo a Chatsworth House la casa de tu hermana quedó para ella como un lugar en el que ofrecer fiestas o pasar largas temporadas con sus hijos mientras ésta misma se convirtió en su refugio personal. Cuando las obligaciones del Ducado de Devonshire o las que tú mismo abuelo le imponía le sobrepasaban, siempre acudía a esta residencia, por eso hizo en ella cuanto quiso, desde su propio despacho hasta su propio campo de tiro; sabiendo que nunca nadie vendría a buscarla aquí. Por fortuna, tenía a sirvientes muy fieles



que cuando tu abuelo la buscaba en la otra casa de Bath, la avisaban para que fuera inmediatamente a recibirlo. Pocas veces alguien supo que ella en realidad se encontraba en estas paredes. Como si dijéramos...era el único lugar en el que podía ser ella misma mientras en la otra todo era un escaparate y en Chatsworth House, obligaciones.

—No tenía ni idea...

—Tu padre lo descubrió poco antes de que ella falleciera, con su muerte, él heredó sus dos casas y cuando vino a esta quedó asombrado.

—¿Usted conoció a mi abuela?

—¿Conocerla? Perdone mi atrevimiento si le confieso que fuimos grandes amigas a pesar del respeto que siempre le mostré como mi señora. Esa era otra de sus peculiaridades, odiaba la diferenciación de clases y nos trataba a todos como a una pequeña familia. Fue una lástima que muriera tan joven.

—¿Le habló alguna vez de mi madre? —el gesto de la anciana cambió y se limitó a asentir con la cabeza mientras corría las cortinas del despacho dejando entre ver el primer estudio femenino que Karen había visto. En él había libros de toda clase, desde los típicos para señoritas hasta los más complicados en economía, así como la mesa a pesar de ser imponente y de madera oscura tenía detalles femeninos como colores y cervatillos tallados.

—Es maravilloso —expresó la nieta dando una vuelta sobre sí misma sin querer perderse nada hasta llegar al cuadro del que le había hablado la ama de llaves —¿Es éste? —preguntó de forma retórica puesto que no había duda, era ella, su abuela. Y llevaba el mismo vestido que ella en esos mismos instantes. Pasó su mano por la tela blanca, como si con ella pudiera tocar a su antecesora sin dejar de mirar los ojos intensos que la pintura transmitía. Era verdad, eran idénticas.

—Sufrió mucho, no la comprendían, y llegaron a inventar verdaderas atrocidades sobre ella.

—¿Y el abuelo?

—No era un mal hombre, estuvo muy enamorado de ella, pero los estragos de su reputación en la sociedad hicieron mella en su relación llegando a pasar meses y meses separados por disputas que nunca tenían fin. Él tan sólo le pedía que guardara apariencias y a pesar de los intentos de ella, siempre salía a luz su verdadera esencia. — *“esto mismo nos pasaría a Asher y a mí”*, se dijo a sí misma Karen sin responder.

—¿Tan escandaloso era su proceder?

—La moda era muy estricta y clara, mas ella quería destacar y llevar

atuendos diferentes e incluso demasiado provocativos. Además, tenía una tendencia extraña en entrar en asuntos políticos llegando a discutir con poderosos nobles contrarios a sus ideales. Quizás en estos tiempos hubiera sido más comprendida...

—No lo sé... —contravino Karen pensativa fijando la vista en la puerta otra vez, “*panteras*”.

- ¿Por qué panteras? —se extrañó la joven al recordar como Henry la llamaba panterita.

—Eso ya no sé explicárselo —contestó la anciana con cierto gesto que le decía a Lady Cavendish que no quería decirle la verdad —Mejor me retiro si no necesita nada más de mí, debo de controlar que la cocinera prepare un buen faisán para usted y su invitado.

—Está bien puede retirarse —accedió por esta vez la pelinegra no queriendo forzar la conversación y deseando escudriñar por todos los rincones en busca más información o, simplemente, recuerdos.

## CAPÍTULO 14-LA HISTORIA SE REPITE

Jamás había escuchado la historia de su abuela, Lady Georgiana Cavendish, sabía que había sido una mujer fuerte y luchadora pero no pensó que llegaría a ser tan parecida a ella. Ahora entendía mejor a su padre...y, a su madre. De seguro, la insistencia de su madre, Elizabeth, fue tal porqué temía que su destino fuera el mismo que el de su suegra mas no justificaba los años de golpes y mal tratos. Se podía decir que ella y su hermana Audrey eran las más parecidas a ella, sin embargo, Audrey era más protocolaria y vivía de las apariencias mientras ella detestaba toda esa panda de hipócritas estirados. La casa bonita y empapelada para Audrey y la casa refugio para ella. Cuanto más lo pensaba más entendía todo.

No se había movido del despacho de Georgiana, que ahora era suyo, y

seguía removiendo cajones y estanterías, deleitándose con escritos de su puño y letra en los que relataba sus estados anímicos o disputas con su esposo Guillermo así como anotaciones o cartas de amistades.

*“Aún no comprendo que maldad vio Guillermo en que llevara mi vestido de muselina blanca a la corte...”*

*“¿Qué mal hay en que una tenga mis propias convicciones políticas? ¿Acaso no soy un ser pensante?”*

*“No pude quedarme callada ante el comentario de Lord Meldrum, jamás toleraré semejante desprestigio hacía las mujeres aunque con ello deba soportar el desprecio de Guillermo hasta fin de año”*

Eran algunas de las frases que leía y en las que se sentía identificada a pesar de que habían pasado tantos años, la situación para la mujer no había mejorado un ápice, tan sólo los vestidos se habían vuelto menos aparatosos. La experiencia de su antecesora debía servirle para ella en el presente, no podía cometer los mismos errores, ahora estaba más segura que nunca de que había obrado correctamente. Jamás hubieran sido felices Asher y ella y sabría Dios como hubiera terminado la situación. Era mejor que él se casara con Lady Norfan... era la mujer perfecta para él. Sólo deseaba que no la odiara para siempre por haberlo abandonado.

—¡Por Dios que si la encuentro la voy a asesinar! ¿Qué se ha creído esa niña con ínfulas de reina amazona? ¿Qué puede dejarme en evidencia delante de toda la Corte? ¿Qué soy un hombre al que abandonar a un mes de la boda?

Habían pasado dos semanas y seguían sin dar con el paradero de Karen; gracias a Dios Audrey tuvo la certeza ,el día de su fuga ,de abandonar la casa de los Pembroke por la mañana con tal de que los invitados pensarán que su hermana se había ido con ellos tan temprano que no la habían podido ver, mas fue imposible detener al Conde de Derby que llegó al castillo de Dunster preso de cólera tras esperar durante quince días a que su futura esposa apareciera por su propiedad después de haber mandado reiteradas misivas a sus tutores que respondían con excusas y evasiones.

—No me importan los años juntos Edwin, ¡me has traicionado! ¡Deberías haberme informado de su huida el primer día! ¡Y no hacerme esperar días y días! ¿Tienes idea del daño que has causado a la familia Stanley? Primero tuve que convencer durante días a mi madre sobre mi elección, debo decirte que no estuvo nada de acuerdo con que fuera Karen mi futura esposa... dijo no sé qué de que se trata de otra descarada como su antepasada...pero no me importó, no me importó porque cometí un fallo y debo hacerme cargo de ella...

—¿Un fallo? —fue todo lo que le preocupó al Duque de Somerset de todo el discurso de su viejo amigo Asher.

—Sí, querido amigo, puede ser que tu cuñada esté embarazada de mí en estos momentos...

—Eres un bastardo, ¿y vienes aquí con esos aires a exigirme que te entregue algo que cogiste por tus propios medios?

—Deberías estar agradecido de que quiera hacerme cargo de ella a pesar de todos sus desplantes, otro en mi lugar la hubiera dejado correr...

—Te diré algo Asher —empezó el teniente levantándose de la silla y acercándose al almirante que estaba de pie alterado —no la quieres dejar correr porque estás hasta tus malditos huesos por ella, supiste perfectamente que nos acercábamos a vuestra posición en ese bosque y aprovechaste para besarla y atarla a ti porque estoy seguro que aunque ella se haya entregado a un mal nacido de culo tieso como tú, no desea atarse a tu vida de protocolos y reverencias. Así que di lo que te debo, porque nosotros cargamos con tu responsabilidad, no deseo entregarte a mi protegida —ultimó arrastrando sus palabras a escasos centímetros de la faz de su camarada.

—Debería retarte a un duelo, ¿acaso no conoces los derechos de un hombre? Se entregó a mí, yo deseo casarla, tú me la entregas. No hay otra —contrapuso Asher con la mano en el revólver y la vena de la sien a punto de estallar.

—Basta-interfirió Audrey, entrando en el despacho delatando su posición de oyente tras la puerta —basta los dos, no es necesario que lastiméis vuestra amistad por mi hermana. Es mi hermana, yo soy responsable de ella...aunque creo que ella ya es lo suficiente mayor como para tomar sus propias decisiones...Lord Stanley —encaró Audrey al enfurecido Conde —lamento mucho toda esta situación pero Karen ha tomado su decisión y ni yo ni mi marido podemos hacer nada al respecto, ni si quiera sabemos donde está. Puede ir en su busca si lo desea y trate de convencerla a ella, no a nosotros. Si ella decide casarse con usted, gustosamente aceptaremos la unión —afirmó provocando un gruñido en Edwin que volvía a estar sentado y calaba un cigarro con desdén —pero si ella no desea este matrimonio, no la forzaremos, aunque esté embarazada. Ella tiene su propia renta que la casa de Bath le ofrece y puede vivir cómodamente aunque tuviera un hijo —Audrey detuvo un momento su discurso percatándose de algo pero lo reanudó con presteza —si tuviera un hijo ella podría sostenerlo.

—¿Ha pensado el futuro de su posible sobrino? Sería un bastardo, no

consentiré que mi hijo sea un bastardo. Si descubro que ella espera un hijo, acudiré a la ley y no creo que a la iglesia ni a la Reina les haga gracia toda esta situación.

—Ten cuidado de que no sea yo el que me descontente —amenazó Lord Seymour.

—Créame Lord Stanley, ni con todo el peso de la ley podría hacer que Karen se casara con usted si ella no lo desea, le sugiero que intente conquistarla no poseerla.

Lord Asher Stanley abandonó la estancia dejando humo tras de sí, no era ningún necio, había notado el titubeo de Lady Seymour al hablar de la propiedad de Karen. ¿Conquistarla? ¿En qué se estaba convirtiendo el mundo? ¿Un mundo en el que una mujer que ya había sido suya tenía que convencerla para desposarla? Otra joven casadera estaría haciendo la lista de invitados a esas horas pero ella no...ella estaba jugando al escondite. Jugando con sus vidas y, posiblemente, con la de su futuro heredero.

—¿Sabías desde el principio dónde estaba verdad? No creas que él no lo ha percibido.

—Querido Edwin, siempre sé donde están mis hermanas, y quería que él supiese donde está Karen...tengo la esperanza de que la convenza... sé que ella debe sentir algo por él. Si no, no se hubiera entregado a él...aunque no sé qué clase de matrimonio sería. No tienen nada que ver.

—Dejemos que sean ellos los que se entiendan, por el momento tú te has portado muy mal conmigo...no me dijiste nada...

—Tenía miedo de que le dijese a Lord Stanley y quería darle tiempo a Karen para que pensara...

—No me des excusas... —dijo él cerrando la puerta del despacho y empujando a Audrey sobre la mesa con deseo —me debes una... —besó su cuello con frenesí provocando un pequeño gemido en ella.

—¡Mamá! ¡Anthon le está estirando el pelo a Alice! —gritó de pronto Mary desde fuera.

—¡Eres una entrometida! —contrapuso Anthon empujando a su hermana.

El matrimonio se miró cómplice y la madre se recompuso el vestido para salir a poner orden.

—A la noche no te escapas de tu castigo... —avisó Lord Seymour antes de que su esposa saliera por completo del estudio.

Los días le habían pasado demasiado rápido, el tiempo que dedicó en conocer la casa y en reorganizar algunos menesteres de la misma a su gusto fue

el suficiente como para sentirla suya. Fue toda una novedad y fascinación, descubrir que tras la casa había un pequeño campo de tiro en arco, las dianas eran estáticas de madera y aunque a algunas les hacía falta repintarlas o cambiarlas servían para poder usar su arco y no perder el entrenamiento.

—Es tan parecida a Georgiana —comentó la señora Donoval a su esposo observando a la joven tensar el arco desde uno de los ventanales.

—Temo por su bienestar, ¿no se te hace extraño que haya venido sola hasta aquí sin estar casada aún? Conociendo a su benefactora no creo que le haya dado el permiso para estar aquí.

—Eso no nos incumbe Timmy, ella es nuestra señora y es a ella a la que debemos nuestra fidelidad.

—Por supuesto, mas no puedo evitar pensar que esté metida en un lío.

—En ese caso la ayudaremos.

—Como hacíamos con Georgiana...

—Exactamente —sentenció la anciana dando unos toques al hombro caído del señor Donoval.

—¿Has visto a Lord Manners?

—Soy vieja, no ciega.

—La historia se repite...

El Duque de Rutland aún no había abandonado el lugar, insistía en quedarse con ella y a Karen no parecía molestarle su presencia.

—¿Hacemos un duelo? —animó él cogiendo su propio arco con flechas.

—¿Por qué insistes si siempre pierdes? —repuso ella socarrona levantando una ceja hacía él.

—Digamos que me gusta la sensación esa de que una mujer me domine... —contraatacó él.

—Vulgar.

—No finjas remilgos —rió él tensando su arco y lanzando su flecha muy cerca de una de las que Karen acababa de lanzar.

Aunque Henry no tenía un vocabulario o unas respuestas muy refinadas, se había mostrado respetuoso con ella en todo momento, hecho que le extrañaba un poco a la joven mas que con el pasar de los días le pareció normal llegando a acostumbrarse a su compañía.

—Henry... —inició ella tras un pequeño duelo sentándose en uno de los bancos del jardín.

—¿Sí?

—Me pregunto por qué insistes en quedarte a mi lado. Ya han pasado dos

semanas, al principio pensaba que intentarías algo conmigo...

—¿Quieres que intente algo contigo? —se burló.

—No, escúchame por favor, quiero saber...no sé... ¿es tu sentido de la caballerosidad? ¿no tienes ocupaciones?

—Parece que te molesto.

—¡Henry! No me molestas, ¡al contrario! Pero no podemos fingir que es una situación normal...

Lord Henry Manners dejó caer su cubo de flechas y cogió a la joven de la nuca, entrelazando sus dedos entre sus mechones oscuros y acercándose a ella peligrosamente, uniendo su perfume con el suyo. Karen abrió los ojos, más de lo habitual, y miró a esos finos labios rodeados por una barba endurecida por el pasar de los años. Eran más de veinte años lo que los separaba pero todo lo que el Duque tenía en edad lo tenía en atractivo y carisma, su cuerpo no tenía nada que envidiar al de un hombre joven...ella llevó instintivamente las manos sobre la ancha espalda de su amigo, lo deseaba y aceptó ese beso que él le estaba regalando hasta que no pudo soportarlo más y lo apartó. No era que no lo deseara, le gustaba, le encantaría que la hiciera suya en el lecho pero no sentía por él nada más que atracción y afecto, nada comparado con Asher. No tenía la fuerza suficiente como para apartar a Henry Manners mas él se dejó hacer enfocando su mirada sobre la de ella, una mirada acuosa y llena de sentimiento que ahogaba los pozos oscuros de la joven.

—¿Lo amas? ¿Amas a ese arrogante?

—Sí...Henry lo amo...no podría engañarte...no puedo...

El Duque se mantuvo en la posición con su mano en la pared y con el cuerpo de Lady Cavendish entre el suyo mas su cabeza se inclinó hacia abajo, lejos de los labios tentativos de ella.

—Te estuve esperando por tantos años... —confesó Lord Manners con su voz ronca.

—¿Qué quieres decir?

## CAPÍTULO 15 —UNA VEZ EN LA VIDA

—¿Qué quieres decir Henry? —repitió Karen al ver que el Duque no contestaba provocando que éste empezara a narrarle toda la historia.

Lord Asher Stanley se plantó en Bath en menos de tres horas, espoléó a su montura con bravura y con algunas preguntas y algunos sobornos pudo al fin vislumbrar el escudo de los Cavendish al este del condado. “*Conquistala*” recordó el consejo de Lady Seymour y miró a su alrededor queriendo improvisar algún presente para que no pareciera el

perturbado psicópata que realmente era cuando se presentara frente a ella.

¿Unas flores? No, seguro que se las tiraría por la cabeza. ¿Un dulce de la taberna más cercana? Tampoco, se lo estamparía en medio de la cara. ¡Claro! ¿Cómo había sido tan idiota? El anillo. Con todo el ajetreo se le había olvidado comprar uno así que volvió a espolear su pobre caballo que maldecía el día en que su dueño lo había comprado y se plantó en la aldea más cercana, como era de esperar, no había ninguna joyería. Posó el dedo gordo y el índice sobre su barbilla y meditó por un segundo ¡lo tenía!

—Disculpe señora, ¿cuánto por su anillo? —se apresuró en preguntar a una mujer que parecía tener más o menos la misma complexión que Karen y que ostentaba un sencillo anillo de oro. No era para nada un anillo acorde al rango de la joven destinataria, pero al menos daría buena impresión a primera vista y para la boda ya le regalaría uno mejor.

—¿Cómo se atreve? Este anillo me lo regaló mi esposo, no está en venta. —repuso ofendida la mujer cargando una caja de pescado hacía un pequeño puesto de alimentación.

—Mire señora no tengo tiempo, le ofrezco quinientas libras —Asher sacó un saco lleno de monedas de oro y se lo tiró encima de la mesa entre dos peces con la boca medio abierta. La pescadera lo miró pensativa.

—Mil libras...

—Pero si no vale ni cincuenta...

—Entonces nada.

—Está bien, está bien aquí tiene —cerró el trato el joven Conde tirando otro saco de monedas lleno sobre un lenguado.

La mujer rodó su esfera dorada a través de su dedo y se lo entregó al caballero el cual pensó que quizás hubiera sido mejor buscar a una mujer con otra profesión. No podía llevar ese anillo en semejantes condiciones olorosas a su futura esposa, así que lo pasó por una fuente y se lo guardó en un pequeño bolsillo de su camisa, a la altura de su pecho.

“¿Cuándo me he vuelto tan estúpido?”, se preguntó volviendo a subir a su montura y poniendo rumbo hacía la mansión en la que se estaba escondiendo la futura Condesa de Derby.

Al llegar, se repeinó el pelo y se tiró un poco de agua sobre la faz para eliminar los restos de polvo del camino. Se cuadró y estiró su espalda para empezar a andar hacia la puerta mas no le hizo falta hacer resonar el picaporte, una anciana lo abrió instantes antes.

—¿Quién es? —interrogó la señora Donoval con el ceño fruncido y



alzando la barbilla hacia el intruso.

—Soy el Conde de Derby, Lord Asher Stanley. Dígale a su señora que he venido a buscarla.

—Mi señora no está —mintió la ama de llaves cuando vio a Karen haciendo señas negativas desesperadamente desde el salón —ahora si me disculpa... —intentó cerrar la puerta la señora sin éxito ya que Asher colocó su pie a tiempo en medio y empujó lo suficiente como para adentrarse, al hacerlo vio como Karen corría con la intención de escapar de nuevo mas él también corrió tras de ella y la persiguió a través de al menos cinco salones y recámaras incluidas algunas ocupadas por doncellas o lacayos dejando a todos boquiabiertos.

—Ven aquí —gritaba Asher tras de ella.

—¡Jamás! No me llevarás a esa vida insulsa, no quiero ir a la Corte, no quiero...

—Cállate —ordenó él cuando la atrapó sosteniéndola sobre sus brazos y apoyándola sobre un diván azulado que reposaba en medio de una sala solitaria —cállate de una vez... —se cernió sobre ella y aprisionó sus labios hasta que ella cedió en su empeño por zafarse. La besó como si no la hubiera besado jamás, rozó sus labios como si nunca hubiera rozado ningunos otros antes, se deleitó con cada pedacito de su piel rosada y tierna hasta que su cuerpo le pidió aire —nunca vuelvas a alejarte de mí ...

—¿Por qué? Es lo mejor...no seríamos felices... te importan demasiado las apariencias y a mi demasiado poco... no quiero vestirme según las reglas ni sonreír cuando me lo ordenes, quiero ser libre Asher...sé a ciencia segura que pasaríamos más tiempo en disputa que en armonía —recordó a su abuela —haznos un favor y aléjate de mí, no te convengo... no voy a dejar mis objetivos...

Asher se puso de rodillas sentando a Karen en el diván en mejor posición para sacar el anillo de su bolsillo.

—Asher... —retomó el discurso Karen.

—Espera, espera un momento —la interrumpió él —Sé que no será fácil, sé que tienes miedo...si te soy sincero yo también lo tengo pero no podemos romper esta unión que se ha establecido entre ambos. Esto...esto que flota entre tu y yo es algo que tan sólo se encuentra una vez en la vida. No me importa el vestido que lleves ni tus aficiones, sólo quiero compartir mi vida contigo. Sí, sé que piensas que soy un estirado y que llevo un palo..., pero he decidido que si te casas conmigo me retiraré a la casa de campo lejos de la

Corte para que no tengamos que estar tan cerca de aquello que te incomoda. Sólo te pediré que me acompañes en alguna cena, cuando sea estrictamente necesario.

—Panterita te estaba buscando —resonó la voz de Henry en el salón.

La cara de Asher pasó de ser cordial y afable a una extraña mezcla de autosuficiencia e indignación, guardó el anillo en su puño el cual apretó con fuerza y se incorporó con cierta lentitud para enfrentar al dueño de esa voz que acababa de interrumpirlo.

Lejos de que la mirada del Duque de Rutland pareciera incómoda o intimidada por la presencia del prometido de la joven presente, parecía disfrutar con la situación; es más, si no hubiera sido que Henry parecía demasiado simple para eso, se podría decir que incluso buscaba provocarlo deliberadamente.

Ambas miradas chocaron como si lo hubieran hecho dos armaduras en el campo de batalla y sólo ellos tuvieron conocimiento de la cruenta y sanguinaria guerra que se estaba librando entre ellos. La tensión era palpable, tan palpable que hizo que la estancia se tornara un tanto oscura y el aire fuera irrespirable.

—Hm —soltó Asher de forma presuntuosa y con una sonrisa que quedaba lejos de la simpatía o la cordialidad —Lord Henry Manners.

—Lord Asher Stanley —repuso Henry alzando una ceja y torciendo ligeramente el gesto hacia la derecha, desafiante —No sabía que teníamos visita.

El Conde miró hacia Karen haciendo temblar sus pestañas de la rabia mientras su cuello empezaba a enrojecerse, clavó sus ojos celestes en los pozos oscuros de la joven que no tardaron en vibrar bajo el estricto interrogatorio que Asher le estaba haciendo sin hablar. La joven tan sólo negó con la cabeza mientras sostenía la mirada enfurecida del que tenía que ser su marido y no era fácil hacerlo ya que ésta empezaba a pesar sobre la suya.

—Déjame que te explique... —inició Lady Cavendish alzándose del diván y encarándolo desde una posición más igualitaria.

—No hay nada que explicar —sentenció el almirante dejando la alianza sobre la mesa principal.

—No sabía que el condado de Derby estuviera pasando por tan malos momentos como para no poder comprar una alianza acorde a lo que se espera de un aristócrata-interfirió de nuevo Henry paseándose hasta el anillo y cogiéndolo entre sus manos con cierto desdén haciendo ver que lo estaba

estudiando.

El almirante se había estado conteniendo por su rango y por caballero, mas ese comentario caló en el fondo neurálgico de su espina vertebral haciéndolo enloquecer y olvidándose hasta de su propio nombre, se abalanzó sobre Henry y le asestó el primer golpe en el cigomático provocando que el receptor se llevara la mano sobre la primera gota de sangre que empezaba a descender y soltara una pequeña sonrisa satisfecho y burlón. La respuesta no tardó en llegar, Lord Manners respondió con la misma contundencia y así consecutivamente tornando el bonito salón en un caos; golpes en la mejilla, empujones, maldiciones...hasta que los dos terminaron sobre el suelo debatiéndose sobre cuál iba arriba o abajo para poder terminar con el otro mediante estrangulación o golpes en el cráneo.

Lady Cavendish a penas se había inmutado, no era una de esas damas que se pondría a gritar o a llorar suplicando que pararan. Tras unos minutos del lamentable espectáculo que ambos le estaban ofreciendo, sacó tranquilamente de su liga el pequeño revólver que siempre llevaba encima y disparó sobre la madera del suelo, muy cerca de los dos caballeros que detuvieron su trifulca al instante clavando sus miradas varoniles sobre la mujer que sostenía el arma entre sus manos como si de un pequeño pájaro se tratara.

—Basta —dijo sin más Karen viendo como ambos se separaban —basta los dos. Quiero que salgáis de mi propiedad inmediatamente.

—¿Qué está ocurriendo señorita? —demandó el señor Donoval preocupado tras escuchar un disparo.

—Señor Donoval acompañe a Lord Manners a su alcoba y preparen un caballo para él, se marcha —fue toda explicación que la dama dio a su sirviente sin mirarlo puesto que tenía su mirada clavada en el Duque de Rutland que salió de la estancia intentando no parecer demasiado ridículo por estar bajo las órdenes de una mujer.

—¿Me dejarás explicarte? —inquirió Karen una vez Asher y él volvían a estar solos.

—No tienes que explicarme nada, es más que evidente —repuso el Conde bajando la cabeza un instante para volver a clavar sus ojos en los de la que creía que sería su esposa —has preferido quedarte aquí, lejos de mí y cerca del Duque, debo confesar que me ha extrañado por tu parte. Pensé que sólo era un cotidiano cortejo por parte de Lord Manners, como él suele hacer con todas...nunca imaginé que os encontraría...juntos. ¿Tan horrible es para ti imaginarte a mi lado? Te entregaste a mí en ese bosque, me consta que fuiste

mía... otra mujer...cualquier mujer estaría en mi casa planeando con mi madre cómo sería el banquete...pero tú...tú te escondes aquí, y no sé...no sé qué has llegado hacer...

—No he hecho nada... —repuso la joven con los ojos llorosos mientras ladeaba la cabeza suavemente de un lado a otro.

—Quiero creerte...al principio, me convencí de que sólo venía en tu busca por si había alguna posibilidad de que llevaras en tu vientre un hijo mío...pero cuanto más me acercaba a ti, cuando el camino cada vez se hacía más corto... sentía como mi corazón se abría, como si tu aroma llegara a mí, a pesar de estar a cientos de kilómetros. Por un momento pensé que podría convencerte, convencerte de que podía amarte y sacrificarme por ti...pero tú no estás dispuesta a sacrificar nada por mí, ¿cierto?

—¿El amor es sacrificarse por otro o aceptar a cada uno como es?

—El amor es cuando el dolor de otra persona te importa más que el tuyo propio... —ultimó Asher saliendo de la estancia y dejando a Karen intentando que el aire no se le escapara de sus pulmones porque si lo hacía, si exhalaba... rompería a llorar desconsoladamente.

—¡Espera! —logró articular con los ojos rojos por la contención — ¡Asher, espera!

Lord Asher Stanley se giró hacia ella con una expresión que intentaba ser imperturbable mas no lo conseguía ya que sus ojos oscilantes lo delataban.

—La vida para las mujeres en este mundo no es fácil... somos tratadas como ganado, como simples monedas de cambio...por eso sabes que la virtud para una dama de mi posición lo es todo —explicó frunciendo el ceño y con toda la firmeza que podía reunir —te entregué aquello que se supone que es lo más sagrado para la hija de un Duque... y lo hice porqué pensé que podríamos amarnos...no sé...¿no sé qué diablos vi en ti! Por Dios que desde que te conocí me pareciste el hombre más engreído y petulante que jamás había conocido...tu espalda siempre tan recta, tu cuello siempre tan estirado... tus reverencias estudiadas y tus sonrisas fingidas. Por no mencionar tu delirio por la Corte y tu cercanía a la Reina, siempre de un lado para otro cubierto de conspiraciones y de rumores. Los comentarios que me llegaban de ti tampoco no ayudaron a la visión que tenía sobre tu persona...Sin embargo, había algo en todo tu teatro que me decía que escondes un mundo interior mucho más interesante, me lo demostraste esa noche estrellada cuando lejos de irte corriendo...escapando de un escándalo...me cogiste impulsivamente e hiciste lo que realmente sentías...pensé que conmigo eras diferente...llegué a pensar

que sacaba de ti algo que nadie más podía ver... —los ojos de Asher se iban abriendo e iluminando así como su posición corporal se hacía más cercana a la dama que intentaba expresarse y lo hacía maravillosamente bien —todo eso me llevó a que esa noche te permitiera entrar en mi interior, que me abriera a ti de todas las formas que una mujer se puede abrir a un hombre...pero me sentí engañada...te pregunté si me aceptarías pero después de consumir... empezaste a atarme y a atarme como si una cadena rodeara mi cuello...eran grilletes. Unos grilletes muy bonitos, pero al fin y al cabo, grilletes. Escapé, es cierto. Primero fue por miedo...lo reconozco, tuve miedo de dejar de ser yo misma...tuve miedo Asher...y no estoy acostumbrada a tenerlo...cogí mi caballo y vine aquí. Pensé muchas veces en volver, en ir a buscarte...pero después del miedo vino la razón y comprendí que había actuado correctamente. ¿Qué futuro nos espera? Dices que amar es cuando el dolor de otra persona te importa más que el tuyo propio... ¿Entonces cómo puedo permitir que arruines tu posición por mí? Sé que hay personas adictas a los tejemanejes de las cortes reales y tú eres una de ellas, ¿te imaginas estar casado con la antítesis de todo lo que tu mundo representa? Fuiste consejero del rey antes de que Victoria subiera al trono. Vives de esto... ¿qué harás en un campo? Té marchitarás...tu esencia se marchitará...y no deseo verte sufrir. Déjame ir... —se rompió Karen y se cayó sobre el diván llorando sobre sí misma.

Asher la observó, parecía tan frágil en ese momento, era la primera vez que veía una sombra de debilidad en Karen. Se acercó a ella y la reconfortó entre sus brazos mientras la mecía cariñosamente. Su pelo negro se enredó entre sus antebrazos y sus lágrimas empañaron su camisa hasta que ella se calmó y se separó de su fuerte pecho para mirarlo, para volver a clavar sus dos orbes negros sobre él.

—¿Conoces la historia de mi abuela? —Asher negó con la cabeza en silencio sosteniendo el cuerpo de la joven aún entre sus manos —dicen que me parezco mucho a ella... mi abuelo, era como tú. No fueron felices Asher...los unía una pasión, el amor... pero en la vida real vivieron más tiempo separados...dañándose...aunque me permitieras ser como soy, cuando vieras que la mayoría de la sociedad te da la espalda y tu reputación menguara ¿me seguirías queriendo igual?

—¿Das por hecho de que te quiero? —soltó una pequeña sonrisa cómplice Lord Stanley.

—Sí...-confesó ella con sus manos sobre el torso del almirante y

mirándolo como si no se hubieran visto jamás.

—Eso es porque tú también me quieres...

—Sí...

—¿Aun así crees que no podríamos estar juntos? —ella afirmó con un toque de cabeza —admiro tu decisión y tu valentía...definitivamente nunca he conocido a una mujer como tú...eres la persona más fuerte que conozco. Sobrepones la razón a tu corazón...no es fácil... —convino él estrechándola un poco más entre su cuerpo —Creo que no sólo te quiero, sino que te amo... te amo y te amaré Karen Cavendish...

—En cuanto a Henry...

—Por favor no me hables de él —repuso adustamente mirando hacia otro lado dolido.

—Quiero aclarar-insistió ella moviendo su barbilla hacia su dirección y obligándolo a mirarla —que no es más que un buen amigo.

—Está bien Karen...no me des más explicaciones...sea como sea no es sensato lo que has hecho, si alguien se enterara, quedaría en tela de juicio la paternidad de tu hijo...nuestro hijo...además que él podría reclamar tu mano si quisiera...

—No lo hará, él no me ama...

—Yo diría que él siente algo más por ti que una bonita amistad Karen.

—Necesito escapar de Inglaterra...no soporto ni un minuto más esta situación —se angustió ella zafándose del abrazo de Asher y mirando hacia el suelo con expresión compungida —me ahogo Asher...necesito libertad — volvió a enfocarlo —necesito saber quién soy y qué quiero.

Asher dejó ir un fuerte suspiro y se incorporó, la miró por unos instantes y salió de la estancia con un movimiento rápido.

Karen lo miró extrañada, no esperaba que se fuera tan rápido y sin decir nada más comprendió que él también quisiera librarse de esa carga que estaban llevando los dos. Se quedó pensativa durante un breve período de tiempo y decidida a abandonar la estancia, pero Asher volvió a entrar con paso decidido y con un pequeño cofre entre sus manos.

—¿Dónde has ido? —preguntó ella confusa.

—He ido en busca de mi montura, siempre llevo todo lo que necesito en un pequeño zurrón que cuelga de ella. Toma —estiró el brazo el almirante entregando el cofre a Karen.

—¿Qué es?

—Dinero.

—¿Dinero? No puedo aceptarlo. ¿Por qué me darías dinero? —interrogó ella sorprendida mientras abría la caja y veía en ella dinero suficiente como para comprar una hectárea de tierra si quisiera —no puedo aceptarlo, tengo mi propia renta, no me falta nada en esta casa... —desestimó ella volviendo el arcón a su propietario.

—Pero no tienes dinero suficiente para ir a Francia-dijo sin más él mirándola con intensidad.

—¿Cómo? —miró ella con los ojos a punto de salir de sus órbitas y llevándose una mano en la boca presa de la emoción. —No puedo creerlo... ¿con todo lo que te he causado? Y quieres ayudarme...

—Quiero que seas feliz. Sólo prométeme una cosa —posó su mano derecha sobre su faz delicadamente —que tendrás cuidado.

## CAPÍTULO 16-CAMINOS

—¿Y bien? ¿Has podido localizarla? —interrogó la Condesa viuda de Derby a su hijo, ataviada de un riguroso negro y con el gesto severo. Ivonne Stanley, era una mujer que pasaba de la cincuentena. Conservaba su melena dorada y sus ojos celestes pero el pasar de los años y los tormentos vividos, hacían mella en su rostro.

—No, mamá no la he podido localizar —repuso Asher hastiado por la constante vigilancia de su madre y mintiendo con tal de no perjudicar aún más la reputación de Karen.

—A saber dónde estará esa Cavendish, no dudaría de que ya se hubiera fugado del país... igualita que su abuela...

—¿Por qué sabes tantas cosas de su abuela? —interrumpió el hijo quitándose las botas y clavando su mirada cargada de duda sobre su

progenitora, la cual dio un pequeño respingo que rápidamente intentó enmascarar.

—Lo sabe todo el mundo hijo mío...pero dejando atrás a su predecesora...nos ha hecho pedir una autorización para vuestro matrimonio, haciendo correr a todo el mundo para que ese certificado llegara en nuestras manos en menos de un mes porque no fue capaz de ...contenerse hasta el día de la boda- explicó llevándose una mirada para nada afable por parte de Asher —además, está la Reina y su corte... qué vergüenza cuando sepan que hemos sido plantados...si es que no lo saben ya... mañana, cuando te presentes frente a ellos ,no te extrañe que los rumores corran a tu alrededor... ¡mi hijo abandonado por su prometida!

—Déjalo, ¿quieres? —quiso terminar con la conversación Asher llevándose las manos a la cabeza y empezando a deshacerse de su camisa dispuesto a entrar a la tina de agua caliente que rebosaba en medio de su recámara.

—Ha llegado una carta con el sello real —informó Ivonne estirando su mano para ofrecer la misiva al Conde de Derby, el cual detuvo su deseo de sumergirse en el agua caliente para leerla de inmediato. En silencio y con las venas de la sien cada vez más hinchidas, leyó las palabras que allí estaban escritas por uno de los más fieles consejeros de la reina y que juraba cumplir órdenes.

—¿Qué dice? —se preocupó la Condesa viuda intentando descifrar en el rostro de su primogénito qué había en esa carta que lo estaba alterando.

—Es de Lord Edward, dice que como ha llegado a oídos de la reina que mi futura esposa no está dispuesta a casarse, prefiere que valore la posibilidad de casarme con Lady Anne Norfan por su ascendencia sajona puesto que esto implicaría una mayor alianza con los Coburgo...más ahora que su cuñado Ernesto ha ascendido al trono —explicó con desdén dejando la misiva sobre su cama con cierto desprecio y llevándose sus manos sobre la cintura mientras miraba hacia el infinito.

—¿No estarás dudando sobre lo que tienes que hacer? Sabes perfectamente que cuando la Reina dice que “prefiere que valores” es en realidad una orden... si quieres seguir siendo merecedor de su favor. Su Majestad fue misericordiosa cuando te concedió el permiso de casarte con esa altanera y ahora, te está dando la oportunidad de salvaguardar nuestro honor tras toda esta situación... además, ya estuviste cortejando a Lady Anne por un tiempo, no te costará trabajo fijarte en ella...el amor viene con el paso de los



años de convivencia...

—Cállate —ordenó con voz de súplica Asher por primera vez a su madre haciendo que ésta retrocediera dos pasos y lo mirara extrañada por su nuevo comportamiento-no sigas hablando... —la encaró —sé muy bien cuales son mis obligaciones para con la reina no debes recordármelo, ahora déjame solo. Te lo ruego —la miró con los ojos enrojecidos y con una mirada que Ivonne Stanley jamás había visto en él.

La Condesa viuda obedeció temerosa de que, realmente, su hijo amara a Lady Cavendish; porqué el amor llevaba a cometer insensateces y más, si éste iba dirigido hacía una persona insensata.

Lord Asher Stanley tiró contra el suelo todo aquello que había encima de la mesa principal de su alcoba causando tal estruendo que llegó a oídos de todos los habitantes de la propiedad que no estaban acostumbrados a esa clase de actos. Por fortuna, los sirvientes de los Stanley eran fielmente leales a sus señores, e hicieron ver que no escuchaban nada; sobre todo, cuando la Condesa viuda pasó al lado de ellos con la cara enrojecida.

Fue la primera vez que el ayuda de cámara de Asher tuvo que llevar una botella de whiskey tras otra durante toda la noche a la recámara de su señor, mientras éste balbuceaba palabras incomprensibles haciendo retumbar el nombre de Karen contra las paredes del edificio. Estremeciendo con sus gritos a las doncellas y a su propia madre que oró hasta que consiguió dormirse.

—Señorita he encontrado el personal adecuado para que la acompañe durante el viaje —anunció la señora Donoval tras pedir permiso a Lady Cavendish para entrar en su alcoba.

—¿Quiénes son? —preguntó ella con curiosidad al mismo tiempo que revisaba con sus propias manos el equipaje que llevaría a Francia.

—Le están esperando en el salón principal —convino la anciana con una sonrisa amable.

—Entonces vayamos —ordenó la joven dirigiéndose con presteza al lugar donde los sirvientes de más confianza la acompañarían durante el viaje a cambio de una buena compensación económica que ahora podía permitirse gracias a la ayuda de Asher. En ocasiones se sentía tan injusta con él y con ella misma, mas no podía afligirse...no era el momento de sucumbir a los deseos personales.

—Ella es la señorita Joanne Ledisim —presentó la señora Donoval señalando a una joven robusta y con marcados rasgos de ascendencia Irlandesa- ha sido instruida para poder acompañar a una dama de alta alcurnia

a cualquier evento o situación —Joanne hizo una pequeña reverencia ante su señora bajando la cabeza ligeramente y sonriendo quedamente, a lo que Karen hizo una señal positiva a la anciana transmitiéndole su beneplácito con la elección.

—Y él es el señor Lawrence Theodor, ha servido en esta casa por más de veinte años —señaló a un hombre de avanzada edad pero que conservaba el porte y la fuerza necesaria para cargar un arma, era evidente que la señora Donoval se había esmerado en encontrar a un hombre con la edad suficiente como para que nadie pudiera confundir la relación entre ella y el mismo. El hombre inclinó su cabeza en señal de respeto.

—¿Tienen preparado su equipaje? —preguntó sonriente su nueva señora a lo que ellos se apresuraron en responder afirmativamente agradecidos de que los aceptara como sus acompañantes.

—Glasgow me ha informado que Karen cogerá el primer barco hacia Francia mañana por la mañana —informó Audrey a su esposo en la tranquilidad de la recámara y lejos de los oídos de Liza que no cesaba en preguntar por sus hermanas.

—¿La detenemos? —quiso saber Edwin despojándose de su sobre camisa.

—Me pregunto cómo habrá conseguido el dinero suficiente para ello...- reflexionó Lady Seymour mientras se tumbaba encima de la alta cama ducal y evadiendo la pregunta de su marido con maestría.

—Asher —pronunció sin más el Duque de Somerset meditando si tomar represalias contra el Conde de Derby por favorecer tal desacierto mientras se apresuraba en acompañar a su esposa en la cama.

—Exacto, Lord Stanley...realmente debe amarla...Karen ha pisoteado la intransigencia de tu amigo hasta el punto de que él acceda a ayudarla, ¿quién lo diría que precisamente sería el immaculado Asher el que ayudaría a la insurgente de mi hermana?

—Sea como sea, los franceses no toleran a los ingleses...así como nosotros no los toleramos a ellos...estamos en paz, mas las reticencias entre ambos países siguen en auge. No le será fácil. —explicó asumiendo que su esposa no estaba dispuesta a detener a su hermana.

—Se ha complicado tanto...la hubiéramos podido ayudar en sus planes... sin embargo, ahora, ha puesto en su contra a toda la corte inglesa que debe ver a Lord Stanley como una víctima de los desaciertos de mi hermana, si ahora interfiriéramos en su camino incluso nosotros podríamos vernos perjudicados

ante Su Majestad...-será mejor dejarla ir, eso ayudará a que las aguas se calmen aquí, viajaremos a Francia como teníamos previsto y allí nos reuniremos con ella. Mientras tanto Glasgow seguirá su pista.

## CAPÍTULO 17 —EL VIAJE A FRANCIA

—¡Vamos Joanne! ¡Anímese! Mire que vista tan maravillosa, parece que el agua no tiene fin —exclamó radiante Karen mientras se sujetaba al guardamancebo con fuerza y determinación admirando la belleza del océano atlántico.

—Lo siento señora, no consigo acostumbrarme... —confesó la señorita Ledisim tragando saliva con fuerza y sentándose en una de las banquetas dispuestas para las damas y caballeros de primera clase así como para sus acompañantes.

—Mi señora, su camarote está listo, ¿quiere que mande a traer su desayuno? —quiso saber el señor Theodor tras cerciorarse de que el camarote poseía todo cuanto Lady Cavendish podía necesitar.

—¡Oh Lawrence! Mande a traer un buen guiso de ternera y una botella de champán, ¡esto hay que celebrarlo! —repuso repleta de alegría Karen provocando que su doncella se llevara la mano sobre los labios con sólo de pensar en comer tal aparatosa comida y causando una leve sonrisa en su lacayo que admiraba la fortaleza de la joven.

Afortunadamente, Karen había podido comprar el pasaje hacia Francia en uno de los navíos más preparados y actuales en el que sólo personas de alta sociedad podían embarcarse, ya fueran ricos mercaderes o nobles de baja o

media alcurnia. Decidida a no derrochar el dinero y, conforme con la seguridad que el buque le prestaba, había alquilado un camarote a media altura quedando en medio de ricos comerciantes y bajo las pisadas de los nobles que daban en el piso superior. Además, ya no se trataba de una cuestión solamente económica, el estar apartada de la nobleza (aunque ésta fuera de baja casta) la prevenía de ser reconocida o de preguntas indiscretas.

—¡Karen! —escuchó de pronto tras de sí mas no se sobresaltó al reconocer a la propietaria de esa voz de soprano.

—¡Diana! —se giró ésta corriendo a abrazar a Lady Towson —¿qué haces aquí? —interrogó Lady Cavendish cuando el abrazo llegó a su fin.

—Puede considerarse normal que la hija de uno de los propietarios de las navieras más prósperas del país esté comprobando que la nueva adquisición de su padre funciona correctamente mientras él está en la cabina de mandos... lo que no puede considerarse normal, es que la hermana de la Duquesa de Somerset esté viajando en un camarote para comerciantes con la única compañía de una dama...

—Por favor, no me juzgues —pidió Karen cambiando su expresión y entrando a su camarote mientras invitaba a Lady Towson a seguirla para poder hablar más tranquilamente.

—No lo hago, pero entiéndeme...no te había visto desde que cruzaste ese puente en el bosque de los Pembroke junto al Conde de Derby...tan sólo he sabido de ti que te ibas a casar con Lord Stanley tras un escándalo y aún estoy esperando la invitación...supongo que no soy digna de asistir a un enlace entre nobles —explicó indignada y ofendida su buena amiga que había estado esperando con ansias una invitación que nunca llegaba y que había terminado atribuyendo la ausencia de ella a su condición.

—Oh no, no.... —se apresuró a aclarar Lady Cavendish mientras apretaba los hombros de su amiga con determinación —pensé que te habrías enterado, supongo que la noticia aún no ha llegado más allá ...al final no habrá boda. Me escapé.

—¿Cómo? —exclamó Diana abriendo su boca como un gracioso pez y sus ojos como si estos quisieran saltar hacía fuera.

—Es una historia larga que contar...

—Diría que tenemos tiempo... —convino Lady Towson dejándose caer sobre un sillón acolchado mientras esperaba pacientemente que Lady Cavendish le contara todo lo sucedido, la cual hizo lo propio sobre la cama para sentirse cómoda para afrontar las horas de conversación que se

avecínaban.

—Lady Cavendish —nombró el señor Theodor tras unos toques estudiados en la puertecilla de la cabina —estamos a punto de llegar al puerto de Caen.

—Está bien Lawrence ahora salgo —repuso Karen vibrando de saber que por fin había conseguido su sueño... ¡estaba en Francia!

—Me ha pasado muy rápido el tiempo...y siento que me han faltado cosas por contarnos-cogió Diana las manos de Karen captando su atención de nuevo —no dejo de admirar la generosidad de Lord Stanley al darte el dinero para cumplir tus propósitos pero temo que cuando lo hayas echo te arrepientas de haberlo dejado atrás. No tengo dudas de que te ama, pero en su posición es necesario que se case y si has roto el compromiso de esta forma... ¿habrá forma de repararlo?

—No puedo pensar en esto ahora Diana, debo concentrarme en lo que he venido a hacer aquí. Sé que es muy novedoso que una joven deje a su prometido, por no decir casi imposible, pero ya no hay marcha atrás ni quiero ir hacia atrás.

—Está bien-aceptó Diana alzándose del sillón y recolocando la tela de su vestido —¿a dónde irás ahora? Nosotros volvemos a Portland.

—Alquilaré un carruaje hasta París, allí buscaré a mi hermana Alice.

—¿Tienes una hermana que se llama Alice y vive en Francia? Pensé que sólo eráis cinco.

—Es otra historia digna de contar en otro viaje.

Las calles de Caen estaban adoquinadas con piedras abruptas y el puerto lleno de vendedores ambulantes y mujeres de vida fácil mas Karen no se amilanó, sabía que los pueblos portuarios estaban llenos de viajeros y maleantes.

—Rápido Lawrence encuentra un carruaje que nos lleve a París —ordenó la joven mientras se quedaba en una esquina junto a su doncella tratando de no mirar a nadie y así no llamar la atención. Había tenido la precaución de vestirse con las ropas más sencillas y eso la estaba ayudando.

El señor Theodor no tardó en aparecer con un carruaje bastante acorde al rango de la dama que iba a llevar y subieron en él inmediatamente tras dar unas monedas a dos niños limosneros.

El camino hasta París fue agotador, más de doce horas estuvieron sentados sin contar algunas paradas estrictamente necesarias que hicieron en los lugares más decentes que podían encontrar, sin embargo, eso no fue suficiente para menguar la curiosidad de Karen de mirar por la ventanilla mientras la señorita

Ledisim dormía profundamente.

El clima era diferente, más cálido y seco favoreciendo el crecimiento de flores y todo tipo de vegetación; el sol permanecía exuberante y no había rastro de un cielo gris como el que acostumbraba a haber en Inglaterra. Las mujeres que se había ido encontrado vestían tejidos más ligeros y de colores más vivos así como algunas llevaban adornos florales en el pelo.

París estaba repleta de altos edificios y catedrales católicas; la ciudad era bañada por el río Sena alrededor del cual se aglomeraba la población en plazoletas o modernas cafeterías que eran el núcleo de grandes artistas de todas las especialidades. El ambiente general proliferaba liberalismo y progresión aunque se notaba la decadencia del rey actual por las constantes manifestaciones de pequeños grupos republicanos en algunas calles.

—¡Es ahí! ¡Es ese el taller de costura de mi hermana! —anunció Karen al ver un pequeño escaparate con un gran cartel que anunciaba " *Mode et couture parisienne*" y tras haber dado la dirección exacta a la que quería llegar al cochero.

—Espere señora a que el carruaje se detenga, ¡señora! —las advertencias de la doncella fueron en vano porque Lady Karen Cavendish saltó del vehículo en movimiento aunque este había aminorado la velocidad. La joven no podía contener sus ansias de reencontrarse con su medio hermana y más habiendo compartido poco más que un disparo en la pierna después de saber sobre su parentesco.

La inglesa abrió la puerta por sí misma y se adentró en el lugar repleto de telas y trajes novedosos para ella, el tintineo de una campana que colgaba del techo y que chocaba con la madera de la puerta cada vez que alguien entraba alertó a una joven de pelo castaño a salir para atenderla, la cual no pudo ocultar su estupefacción al verla.

—*Bonsoir* —saludó la joven con el mejor acento francés que había podido aprender su institutriz, la señorita Worth —estoy buscando a Alice Smith.

—¡Karen! —salió de pronto tras una puertecita una bella joven de pelo dorado tirando al suelo un pedazo de tela que estaba cosiendo y abrazando a la joven pelinegra que la miró con asombro y emoción —¡oh Karen! ¡Pensé que jamás te volvería a ver! Me reconfortaron tanto tus cartas... y las del resto por supuesto...pero no sé por qué siempre he sentido una conexión especial contigo.

—¡Alice! He soñado cada día con venir aquí y verte... ¿la pierna bien? Quería pedirte perdón en persona...

—No te preocupes por favor, la herida cicatrizó bien y lo más importante es que gané a cinco hermanas, gracias a ti por perdonar mi traición y ofrecerme la posibilidad de escapar para mejorar mi vida —convino la mayor abriendo los brazos y queriendo mostrar la satisfacción de tener su propio negocio. —Vamos pasa dentro, tengo té.

El tintineo de la campana avisó de la llegada de una doncella nerviosa y preocupada por su señora que lo primero que hizo fue fijar su mirada en la joven Cavendish para poder exhalar el aire aliviada.

—Joanne, espere fuera con Lawrence, ahora saldré.

—De acuerdo mi señora —se apresuró en obedecer la joven con una inclinación de cabeza al mismo tiempo que salía del lugar arrastrando su capa verde.

—¿Y Audrey? ¿No sabe nada de que estás aquí? —se alarmó Alice al oír toda la historia de su hermana menor.

—Conociéndola no creo que no sepa nada de mí, debe tener sus contactos... pero no sé cómo ha reaccionado, si me ha repudiado al igual que Gigi...o si está decepcionada...o enfadada...

—Sea como sea admiro tu valentía —confesó sinceramente la costurera poniendo su mano sobre el antebrazo de la dama que la miraba en busca de un punto de apoyo.

—Te lo agradezco —ultimó mirando alrededor y contemplando a las tres chicas que cosían sin parar —¿trabajan para ti?

—Gracias a Dios, si no yo sola no podría sacar adelante todos los pedidos —sonrió señalando un bulto de ropa acumulada.

—Debo entender que tienes éxito —sonrió también la pelinegra recomponiéndose de la marea de sentimientos que le causaba recordar todo aquello que había dejado atrás.

-Sí, vienen mujeres de alta alcurnia solicitando todo tipo de atuendos.

—¿Es muy diferente la moda francesa de Inglaterra?

—Supongo que ya te habrás dado cuenta de que aquí se usan muchos más colores así como vestidos más abiertos y de tela menos pesada. Pero lo mejor es el polisón.

—¿El polisón?

—Oh hermana... ¡es un gran invento! A penas se está empezando a usar por las más atrevidas pero se trata de dejar atrás la pesada crinolina, es como si dijéramos...la mitad de una crinolina. Mira —mostró Alice dejando su taza de té y levantándose en busca de una estructura flexible que, ciertamente, era

la mitad de las acostumbradas a usar en Inglaterra. —Además, está el colorete...y esa tintura negra para los ojos que muchas nobles están usando.

—He visto algo en Inglaterra también...son como pinturas pero para la cara.

—Tengo un pequeño juego, ¿quieres que te pinte con él? —se entusiasmó Alice sacando de un cajón un estuche con pequeños compartimentos divididos.

—Nada me complacería más.

Alice Smith se esmeró en dejar bella a Karen no sólo por ese nuevo invento que era para ellas las pinturas faciales sino por el vestido que le regaló para que se probara.

—¡Pareces toda una parisina!

—¿Tú crees? —intentó bromear Lady Cavendish estirando de su vestido de color grana —entonces me irá bien para buscar hospedaje, he pensado en alquilar una habitación en el Gran Hotel, me han dicho que es un lugar apropiado para nobles y que muchos personajes ilustres se hospedan en él.

—Hermana, ¿acaso quieres ofenderme? No permitiré que vivas sola en una habitación de hotel pudiendo quedarte conmigo, mi piso no es a lo que estás acostumbrada pero no le falta de nada...deja que cuide de ti mientras estés aquí.

Karen lo pensó por un momento y no encontró mejor opción que la de quedarse junto a su hermana, así no levantaría más polvo sobre su reputación ya enterrada en las catacumbas del viejo Egipto.

—Por supuesto, me haría muy feliz quedarme contigo. Pero no pienso quedarme sin hacer nada, enséñame a coser.

—Ni hablar, Audrey me colgaría de lo más alto de Notre Dame si se llega a enterar de que trabajas aquí, tú no has venido para esto... Amelie acércate —demandó la dirigente a su empleada que se dio prisa para obedecer — Amelie te presento a mi hermana Lady Karen Cavendish —Karen esperó la común reverencia hacia su persona pero lejos de eso la joven le dio dos besos en la mejilla dejando a Karen entre la conmoción por la novedad y el placer de la normalidad del trato —perdona a Amelie, en Francia las mujeres se saludan así...

—No, no es nada, me gusta la simpleza de los actos —se apresuró en explicar la inglesa con una sonrisa sincera.

—Amelie es miembro de un grupo de militantes feministas lideradas por Flora Tristán, a menudo se reúnen en mi casa o en casa de alguna de las que



están divorciadas...la mayoría son consideradas parias por la sociedad, como sabrás aún queda mucho por hacer...aunque se ha proclamado la república una vez no pudimos votar, este problema no lo tenéis en Inglaterra ya que nunca ha habido un parlamento democrático pero en cuanto el acceso de la mujer al trabajo o a la escolarización es un sueño para nosotras como para vosotras... Amelie, mi hermana quiere abrir una escuela femenina en Inglaterra mas aún no sabe cómo puede hacerlo, ¿Crees que podríamos aceptarla en nuestras reuniones?

—Por supuesto señora, esta misma noche nos podemos reunir en su casa, avisaré a Flora para que asista.

Karen removía sus manos inquietas, escasos minutos eran los que faltaban para que las mujeres acudieran a la reunión. Era la primera vez que iba a asistir a un acto social para algo más que mostrar sus joyas o hablar de cuantos frascos de perfume gastaba a la semana, por primera vez se sentía útil y, lo más importante, sentía que estaba haciendo algo verdaderamente importante.

El piso de Alice era alquilado; sin embargo, como ella había dicho, no le faltaba de nada. Las paredes estaban empapeladas recientemente con un estampado floral muy agradable y los muebles se distribuían con elegancia entre el comedor y las tres habitaciones. La cocina, era pequeña mas era limpia y tenía todo lo indispensable.

—De verdad no es necesario... —insistía Alice al ver a la doncella de Karen llevar los dulces y la leche hacía la mesa del comedor.

—Es un placer para mí servir a mi señora —contrapuso Joanne mientras ofrecía a Lady Cavendish una bandeja llena de succulentos y coloridos trozos de pastel que jamás había visto y que tomó con gusto.

—Espero no hacerte sentir incomoda —convino Karen llevándose un barquito relleno de crema a la boca.

—Para nada, sólo que no estoy acostumbrada a que alguien haga las cosas por mí —sonrió su hermana con simpatía mientras ella misma echaba un huevo en una olla.

—Joanne siéntese —rogó Karen levantándose de la silla y cogiendo por ella misma una taza de leche ante la mirada horrorizada de su empleada.— Hemos tenido suerte de que el piso de abajo estuviera libre, así Lawrence ha podido encontrar un lugar para él durante mi estancia aquí. ¿No es verdad?

Unos toques en el picaporte hicieron que el barquito de crema tambaleara sobre la mano de la joven rebelde y se dispuso a abrir la puerta no queriendo

parecer una dama remilgada que espera a que su doncella lo haga todo por ella. Al hacerlo, se encontró con Amelie y varias mujeres más, algunas muy jóvenes y otras envejecidas; sobre todo, una en particular que a pesar del pasar de los años, unos preciosos tirabuzones oscuros enmarcaban su faz con gracia.

Alice no tardó en abandonar la cocina con un plato en la mano, repleto de comida para recibir a sus invitadas.

—Bienvenidas, por favor sentaros y comed.

Una vez cada una en su sitio la anfitriona hizo las presentaciones pertinentes provocando que se repartieran besos en las mejillas sin fin.

—Ella es Flora Tristán —finalizó Alice llegando a la anciana con los tirabuzones hermosos.

—Es un placer, he oído hablar mucho de usted —alabó Karen que la conocía por algunos extractos de periódicos que había podido leer en la que la retrataban como a una gran luchadora por los derechos de los obreros y de las mujeres.

La conversación entre las militantes fue animándose y Karen, por primera vez en su vida, pudo compartir sus pensamientos y su filosofía con alguien más que pensaba igual que ella.

—... ¿podéis creerlo que ni en Reino Unido ni en Francia no hay ninguna mujer que se haya licenciado en una Universidad? —interrogó Karen indignada y animada por el camino de la charla.

—Eso no es verdad —la cortó Flora Tristán —hay una mujer que se graduó en la universidad de aquí de París mas tuvo que hacerse pasar por hombre y licenciarse como médico hombre.

—Aún peor...porqué esa mujer ocupando la misma labor que un varón, la están anulando.

—Cierto... —concordó Amelie.

—Es horroroso...-se alteró otra que había sido repudiada por su familia tras abandonar a su marido, el cual la había pegado tanto que tenía una cicatriz en medio de la mejilla.

—Por eso, deseo poder abrir una escuela secundaria para que las mujeres puedan desde jóvenes instruirse en algo más que la música y la historia.

—Necesitarás mucha fuerza política, una mano en la Corte para que la Reina Victoria autorice tal cosa...de lo contrario, poco se puede hacer...si abriéramos una escuela sin los permisos necesarios, sería cuestión de minutos que la guardia regional nos llevara presas por alteradoras del orden e

insurgentes —aconsejó Flora.

—Puedes ayudarte de tu hermana, Lady Audrey Seymour...es conocida por su influencia en Inglaterra, seguro que ella puede lidiar por ti...

—Cierto-meditó Karen —el problema sería quien impartiría esas clases ya que si ponemos a profesores masculinos dirían que estamos corrompiendo el sistema mas las mujeres no están lo suficiente cualificadas como para impartir algunas materias...

—En América hay bastantes licenciadas —recordó Alice —así como he escuchado que en Italia hay varias mujeres impartiendo clases en Universidades...

—Necesitaría hablar con ellas...contactar con esas mujeres, saber si estuvieran dispuestas a ejercer como instructoras en Inglaterra.

—En eso yo puedo ayudarte-se ofreció la anciana que había viajada por medio mundo conociendo a féminas que compartían los mismos ideales.

Las ideas y las reflexiones sobrevolaron el ambiente hasta una hora tardía y en el momento en que las activistas abandonaron el lugar a Karen le rodaron unas lágrimas por las mejillas.

—¿Qué ocurre?

—Nada Alice, soy feliz...he cumplido un sueño...

## CAPÍTULO 18-SACRIFICIOS

Los días pasaron y Karen se acostumbró rápidamente al lugar, claro estaba que la buena predisposición y el buen ánimo que tenía ayudó a eso. Se esmeró por adaptarse al piso de Alice, llegando a limpiar su propia ropa a pesar de las quejas de la señorita Joanne que no terminaba de entender por qué su señora quería realizar esas tareas tan poco apropiadas para ella. Sin embargo, lo que no sabía Joanne era que Lady Karen Cavendish disfrutaba siendo una persona corriente con obligaciones corrientes.

No había reverencias ni sonrisas fingidas, no tenía que fingir que alguien le caía bien ni reír ante el comentario petulante de algún noble que intentaba

ser gracioso, cuando en realidad, lo máximo que podía causar en las personas de su alrededor era incomodidad.

Con la ayuda de Lawrence, Karen paseó por todo París; por norma general, los parisinos eran ciudadanos bastante afables mas se había encontrado con alguna actitud discriminatoria por su origen inglés que ella rápidamente había sabido ignorar.

Por otro lado, creía que engordaría tanto como lo había hecho su tía Ludovica puesto que no paraba de comer un dulce tras otro, y es que los franceses resultaron ser unos maestros de la repostería. Y con esa obsesión suya por devorar a cada pastelito de crema que encontraba o mazapán, llegó al piso de Alice cargada con una bolsa llena de jugosos dulces a los que engullir.

—Veo que por lo menos te estás alimentando bien —resonó la voz de Audrey tras ella haciendo que la bolsa cayera al suelo dramáticamente.

Karen sintió como si el corazón fuera a abandonar su cuerpo escalando su garganta, se giró hacia su tutora y se quedó estática esperando la reprimenda. No osó mirarla directamente a los ojos, no por miedo, sino por respeto; por eso, bajó la cabeza inmediatamente dejando que su hermana mayor la estudiara con detenimiento. Lo que jamás esperó fue que la mujer más fría y distante que jamás había conocido la abrazara.

—¿Audrey? —sintió la necesidad de preguntar al dudar si sería una impostora la mujer que la estaba abrazando pero no hubo duda de que era Audrey cuando ésta se separó de su cuerpo y clavó sus gélidos ojos sobre ella.

—Karen Cavendish, de todos tus desaciertos este ha sido el peor sin duda. Primero, me convenciste para que no te casara...accedí a ello. Luego, eres la causante de uno de los escándalos más ruidosos de la temporada y, como si eso no fuera poco, te escapas y rompes tu compromiso con Lord Stanley para venir aquí a mis espaldas. Es imperdonable tu actitud, puedo comprender hasta cierto punto tus ideales, pero no a costa del nombre de nuestra familia. ¿Te acuerdas cuando lloraba por no poder heredar el ducado de Devonshire por ser mujer? ¿Te acuerdas cómo tuvimos que luchar por conservarlo? Pero jamás hice nada que pudiera comprometer nuestro estatus, porque el poder es lo que nos hace fuertes, la gracia de la Corona es la que nos concede ayuda, el prestigio es el que nos hace superiores...

—Entiendo...pero yo no soy como tú...no puedo fingir ni aparentar, y sinceramente, tampoco lo deseo. No deseo convertirme en una marioneta de la sociedad. —contestó la menor causando que su hermana soltara un imperceptible suspiro de desesperación.

—No lo entiendes Karen, tú puedes hacer que los demás sean tus marionetas si juegas las cartas de forma inteligente.

—Creo que nunca llegaríamos a entendernos en este aspecto Audrey...

—Ciertamente no —concordó la Duquesa sentándose en uno de los sillones de la sala observando a su alrededor con curiosidad.

—¿Cuándo has llegado? —quiso saber Karen sentándose a su lado.

—Hace un par de horas, Alice me dejó pasar para esperarte mientras ella continuaba trabajando en el taller, me ha hecho muy feliz verla por primera vez sabiendo que compartimos la misma sangre. Me ha pedido varias veces perdón por todo lo ocurrido con madre y Edwin, sin embargo, yo le he dicho que está todo olvidado.

—Ella sólo fue una víctima más de la locura de una mujer perturbada. ¿y Edwin?

—Ha preferido ir a ver un almacén que tenemos aquí para conocer en persona el capataz del lugar. Por lo menos has sido lo suficiente cauta como para viajar con una doncella y un lacayo.

—Audrey, si supieras...he conocido a gente fantástica, creo que estoy cerca de poder abrir una escuela femenina en nuestro país...verás...-Karen pasó largos minutos relatando todas las conversaciones que había mantenido con Flora y las demás chicas dejando a su hermana sorprendida a pesar de que poco podía expresarlo. —¿Crees que podrías mediar por mí en la Corte para poder abrir el centro?

—Karen...nuestra reputación femenina ahora mismo ya está bastante por los suelos...ya no se trata solamente de ti, te recuerdo que nuestra hermana huyó con un hombre casado. Solamente me faltaría pedir semejante disparate —los ojos negros se abrieron —bien, no lo considero un disparate, pero comprende que para la mayoría de la sociedad sí lo es...podría llegar a peligrar el ducado de Devonshire en manos de Anthon, te recuerdo que aunque él sea el Duque yo soy la que hace funcionar el título y nuestro tío, que nunca ha cesado de intrigar a nuestras espaldas, estaría encantado de que diera más motivos para que la Reina me retirara su favor. No puedo hermana, no puedo ayudarte. Y recuerda que nuestra hermana Liza aún está bajo nuestra protección, ¿has pensado en ella?

La verdad chocó con la activista como si el tejado de Chatsworth House le cayera encima.

—Claro que he pensado en ella, pero quizás me he acostumbrado tanto a que tú pienses en todas, que he olvidado ciertos aspectos.

—Esa es la realidad, tío David no ha cesado en su empeño por conseguir el ducado, y aunque ahora tenemos la protección de Edwin y una aplastante fortuna a nuestras espaldas, si damos signos de inmoralidad o de malversación de nuestro poder podríamos ser destituidos de ciertos privilegios; y es un riesgo que no estoy dispuesta a correr...Karen, ¿estás bien?

—Sí, ¿por qué? —preguntó ella extrañada.

—Estás pálida... —Audrey Seymour abrió sus orbes tempestivamente y se levantó enfurecida.

—¿Qué ocurre?

—¿Cuándo fue la última vez que manchaste?

Karen se incorporó del sillón y se acercó a su hermana cogiéndola por los brazos.

—No digas nada por favor, no puede saberlo.

—¡Se va a casar con otra! ¡No puedes permitirlo!

—¿Se va a casar? —preguntó de forma retórica la futura madre sintiendo como si algo en su interior se rompiera en mil pedazos, sintiéndose egoísta por no ser capaz de alegrarse por la felicidad del hombre que tanto la había ayudado —Que se case, yo cuidaré de mi hijo, tengo todo lo que necesito para hacerlo...

—Pero no tendrás un apellido que darle. ¿No te das cuenta? Si no quieres casarte con él, debemos encontrarte un marido rápido...

—Audrey, por favor...no deseo casarme. Quiero enseñarle a mi hijo que hay cosas más importantes en esta vida que un apellido. Quiero que sepa que la ambición y los títulos no lo son todo...

Lady Seymour estiró su espalda y alzó su barbilla respirando hondo para evitar que una lagrima traicionera se deslizara por sus pestañas.

—Está bien, entonces supongo que esta será la última vez que nos veamos —pronunció estoicamente Audrey dando un abrazo rápido a su hermana y saliendo del lugar apresuradamente para que no la viera llorar.

—Ya tengo las respuestas de las catedráticas de Italia —anunció Flora en medio del salón de Alice haciendo que Karen saliera por un momento de sus pensamientos, unos pensamientos que la habían atormentado desde la marcha de Audrey.

—¿Qué han respondido?

—Tres de ellas están dispuestas a viajar a Inglaterra, si la escuela se abriese, para impartir medicina y biología —la sala se llenó de aplausos emocionados por la buena noticia.

—Es fantástico —se alentó Lady Cavendish.

—Sin embargo, no he podido conseguir que la catedrática de Economía accediera, alguien debería hablar con ella personalmente para convencerla. Es reacia a abandonar Italia sin la seguridad de que en Inglaterra no será perseguida por ser quien es.

—¿Cree que la podríamos invitar aquí? ¿En Francia?

—Le haré llegar una invitación, si accede a venir, entre las dos intentaremos convencerla —ideó la sufragista reconocida, recibiendo un asentimiento de cabeza por parte de Karen contundente y firme —también estamos ideando iniciar la publicación mensual de un periódico que trate, básicamente, sobre el empleo y las modificaciones de las leyes en cuanto a la igualdad de sexos. Para que mujeres de todas las clases puedan estar informadas de su situación legal y política actual.

—Hemos pensado que podrías ayudarnos... —agregó Amelie mirando a Karen fijamente.

—¿Y cómo podría hacerlo?

—Financiándonos, deberemos pagar una suma cuantiosa a la imprenta que acceda a imprimir nuestras publicaciones, al menos al principio...hasta que la sociedad se acostumbre al nuevo panfleto.

—Podría ser peligroso —intervino Alice —si los sectores más conservadores saben que estamos detrás de promover el conocimiento entre la

población femenina de este modo, no dudo de que quisieran terminar con nosotras.

—No podemos tener miedo ahora Alice, estamos aquí para cumplir unos objetivos, estoy aquí para servir de utilidad...contad con mi apoyo — sentenció Karen de forma contundente.

Cuando los miembros de la coalición femenina que habían formado abandonaron el lugar, Alice se acercó a Karen y posó su mano sobre su hombro sin que ésta la mirara.

—Los franceses no se tomarán muy bien que una inglesa fomente “la corrupción” femenina en su país, es peligroso hermana.

—Son riesgos que estoy dispuesta a asumir. No vine aquí...no lo he perdido todo para ahora echarme atrás... —en el trasfondo de sus palabras se coló un deje de resentimiento.

—¿Qué quieres decir? —se preocupó Alice sentándose a su lado y cogiendo su mano —algo me dice que no es el hecho de haber dejado Inglaterra lo que te tiene así... ¿ha sido la visita de Audrey?

—Han sido las noticias que Audrey me ha traído más bien...

—¿Es sobre ese hombre? ¿Asher? —Karen por toda respuesta movió la cabeza verticalmente y dejó que sus lágrimas se derramaran sobre su faz silenciosamente estruendosas-Va a casarse — explicó con voz ahogada.

—No deberías contarle lo de tu...lo de vuestro hijo.

—No puedo volver a arruinarle la vida, su reputación lo es todo... ¿y que rompiera otro compromiso para volver a mí? Sería repudiado por toda la Corte e incluso por la cambra de los Lores, un hombre que no puede mostrar entereza con su vida personal... ¿cómo puede hacerlo ante el pueblo? Lo tacharían de voluble, de interesado...

—¿Pero no crees que tiene derecho a decidir?

—Alice —nombró Karen posando su otra mano sobre la que su hermana aún mantenía encima de ella y mirándola fijamente —él se sacrificó por mí ayudándome a llegar aquí, le importó más mi sufrimiento que el suyo propio... ahora yo debo hacer lo mismo.

—Sólo espero que no te arrepientas...

—Lord Asher Stanley, ¿quieres recibir como esposa a Lady Anne Norfan y prometes serle fiel tanto en la prosperidad como en la adversidad, amándola y respetándola durante toda su vida?

—Sí quiero-aceptó el Conde de Derby mirando con los ojos vacíos al tupido velo blanco que cubría la faz de la que iba a ser su esposa.



—Lady Anne Norfan, ¿quieres...

La mente de Asher voló hasta Karen deseando que la mujer que estaba al lado fuera ella mas no lo era, ¿dónde estaría ahora su verdadero amor? Quería odiarla por haberlo destrozado, por haberle arrancado la piel a tiras con esas dagas que siempre presumía de llevar con ella...seguro que estaría cumpliendo su sueño, que era feliz...la amaría en secreto, para siempre.

—...Que el hombre no separe lo que Dios ha unido. Bendice señor esta unión, y que estos anillos, signo de la fidelidad que se deben, sirvan para recordarles el amor que los une por Dios nuestro Señor. Entrega esta alianza a tu esposa y recuerda que es signo de tu amor y tu fidelidad.

El Conde obedeció y deslizó el caro anillo de diamantes por el anular de la novia, recordando el día que tuvo que pagar el doble de lo que costaba ese caro anillo por uno mucho menos valioso.

—Bonito anillo señora —alabó Joanne al ver que Lady Cavendish tocaba la alianza de forma ansiosa y lo hacía rodar sobre su dedo pensativa.

## CAPÍTULO 19-EJEMPLARES Y REPUDIADAS

—Por favor no llores más —suplicó Lord Asher Stanley a su esposa, pasando-le la mano por su frente con la intención de calmarla. Habían pasado ocho meses desde la boda y, con los días, había llegado a profesar un profundo afecto hacía a ella aunque no a amarla.

—¿Cómo no voy a llorar? Me acaban de decir que no podré ser madre nunca Asher...no podré darte un heredero...no podré cuidar de nuestro hijo... soy yerma... —trató de justificar sus lágrimas incontrolables con las manos abiertas y las venas hinchadas, rota por el dolor, impotente y frustrada consigo misma llegando a enrojecer su piel porcelanosa.

Tras varios intentos por concebir un heredero sin resultados, los Condes de Derby habían decidido acudir al médico de la familia, el cual buscó por todo el país a un doctor especializado en la salud femenina y que había decretado que Lady Anne Norfan no era capaz de concebir, era estéril.

Lord Asher se sentó turbado a su lado apartando sus manos de ella y hundiéndose en sus pensamientos, con la mirada perdida, distanciándose involuntariamente de su esposa. Por mucho que intentaba enamorarse de ella, querer-la... le era imposible sentirse cercano a Anne, porque el recuerdo de Karen irrumpía en él cuando menos se lo esperaba.

—¿Otra vez estás pensando en ella? Ni si quiera en estos momentos eres capaz de centrarte solo en mí...-se quejó la joven haciendo vibrar sus orbes azules y apartándose su pelo dorado con ímpetu —siempre esa mirada, ese muro que nos separa...todo por ella.

—Anne, por favor, no hables así... sabes que te has ganado un lugar en mi corazón —intentó aplacar el desasosiego de su mujer cogiendo sus manos entre las suyas y mirándola fijamente con los ojos cargados de culpa —eres todo lo que un marido puede desear... eres amable, atenta, tierna...y muy bella.

—Pero no soy ella —replicó agria zafándose de sus manos y colocándose frente a un gran ventanal que iluminaba su recámara.

Lady Yvonne Stanley había escuchado la conversación entre su hijo y su nuera desde la puerta, y no podía cuanto menos, que detestar aún más, a esa mujerzuela de Karen. Aún con el paso del tiempo, seguía interponiéndose entre la felicidad y su hijo... Anne era todo lo que una suegra podía pedir, era comedida y respetuosa además de bastante obediente y fiel a sus consejos.

—Perdonadme mi intromisión —entró Ivonne en la recámara conyugal delicadamente captando la atención del joven matrimonio —pero hay otras formas de tener un heredero si no se puede de forma natural...y nuestra posición alejada de la Corte durante estos últimos meses pueden jugarlos a nuestro favor...

—Madre no empieces con tus artimañas...-advirtió Asher.

—No, déjala por favor, quiero oírla —abogó Anne desesperada por tener

a un bebé entre sus brazos.

—¿Estás segura de lo que quieres hacer? —quiso saber Alice tocando la voluminosa barriga de su hermana con estima.

—Estoy convencida de que es lo mejor para todos, he estado reflexionando y no es justo que Condene a mi hijo a una vida sin nombre... aún le queda mucho a esta sociedad por entender que un niño o, una persona es mucho más que su apellido...y esa es una lucha que debo hacer yo sola, no puedo arrastrar a otra vida conmigo...no sería justo, no sería justo que sin saber cómo pensará...quién será...lo obligue a esto...a mis ojos será mi hijo, pero a ojos de la sociedad será un... —trató de explicar Karen llevándose la mano sobre su vientre y con lágrimas en los ojos.

—Bastardo —terminó la frase Alice con una mirada comprensiva.

—Exacto, ya he contacto con un mediador de confianza...Lawrence lo ha buscado y tiene buenas referencias, es de fiar y sé que encontrará a una buena familia que desee tener a un hijo y no pueda.

—¿Pero y si te nombra? Recuerda que nadie puede saberlo...ni mucho menos llegar a oídos de Asher...no sabemos que represalias tomaría.

—No lo hará, todo el proceso es completamente anónimo...los que adopten a mi bebé no sabrán quien soy así como yo no sabré quienes son ellos...es también una manera de evitar futuras reclamaciones, piensa que hay madres que pueden arrepentirse después...

—¿Y tú no lo harás?

—Cada día de mi vida...-rompió a llorar Karen dejándose consolar por los brazos de su hermana —me arrepentiré de cada abrazo que no le podré dar...-sollozó —de cada caricia o consejo que no le podré dedicar...pero es por su bien Alice —ultimó separándose del cuerpo de la mayor y mirándola con determinación —es por su bien —repitió convenciéndose a si misma de lo que era mejor para el bebé que llevaba en su vientre.

Lady Cavendish se encontraba reposando sentada en uno de los sillones del apartamento de Alice mientras Joanne cosía plácidamente en silencio. La catedrática en Economía había accedido, finalmente, a trasladarse a Inglaterra para impartir clases en la escuela que Karen quería abrir. Fue un echo digno de celebración, sin embargo, lo que inundaba de dicha los corazones de esas mujeres activistas era que, por las calles de París, ya circulaba la tercera edición del Diario socialista por la Mujer. Había tenido más éxito del esperado y estaba llegando a diferentes sectores de la sociedad.

Ahora, quedaba conseguir la documentación necesaria para abrir la

escuela femenina en Londres. Quedaba totalmente descartada la posibilidad de recurrir a Audrey para ello, no sólo por la negación que le había dado el día que se lo pidió, sino porqué desde el día que supo que estaba embarazada no se había vuelto a poner en contacto con ella...y le habían llegado rumores de que había sido repudiada por los Seymour y por el ducado de Devonshire. No pudo evitar soltar una pequeña risa irónica, al final, tanto Gigi como ella habían terminado siendo unas parias.

Unos toques enérgicos en la puerta la sacaron de sus pensamientos, dejó que Joanne fuera a abrirla puesto que ella tardaría el doble tan sólo con intentar levantarse.

—¿Está mi hermana? —escuchó preguntar a una voz familiar.

—¡Gigi! —exclamó de euforia Karen intentándose levantar del sillón para ir a abrazar a su melliza.

—Karen, no te levantes por favor —corrió la joven pelirroja a abalanzarse sobre la joven embarazada. Por un momento, se transportaron a la infancia, como si hubieran estado separadas tan sólo por unas horas. El abrazo se hizo duradero y palabras de auténtica devoción fueron inundando la pequeña estancia.

—...Aún no puedo creer que estés aquí —se maravilló la futura madre mirando a su hermana con los ojos abiertos, temiendo que fuera un sueño.

—No podía ser de otra forma, Bethy me informó de tu estado y corrí para venir a verte.

—¿Y tu esposo?

—Thomas querido, pasa —invitó Gigi separándose por un instante de su hermana para coger el brazo de su esposo y traerlo delante de Karen la cual lo miró de arriba a abajo buscando algún defecto pero, ciertamente, parecía un buen hombre.

—Encantado de conocerla Lady Cavendish, Georgiana me ha hablado mucho de usted-inclinó un poco la cabeza el futuro Conde de Norfolk.

—El placer es mío Lord Peyton —correspondió con otra breve inclinación del mentón.

—¿Puedes esperarnos fuera amor? —pidió Lady Peyton con una sonrisa amorosa.

—Por supuesto.

Cuando el caballero abandonó la sala, Gigi corrió a sentarse al lado de Karen emocionada por volver a verla pero con un deje de tristeza en los ojos. Ya no eran esas dos niñas, eran dos mujeres.

—No tenemos mucho tiempo, Thomas ha venido para hablar con sus socios y yo aproveché para que me trajera...sin embargo, nuestro navío sale esta tarde de vuelta a Inglaterra.

—No te preocupes, sé que has hecho todo lo posible... —perdonó con la mirada a su hermana, agradeciendo que hubiera hecho el esfuerzo de visitarla en otro país.

—Me gustaría poder estar en el alumbramiento, pero sé que serás fuerte y darás al mundo un hijo sano y valiente como tú, espero que cuando a su Audrey se le pase...podamos llevarlo a Chatsworth House...ya sabes que es una tradición llevar a cada nuevo miembro de la familia ahí —la mirada de la joven Karen se oscureció más de lo habitual, escondiendo el brillo tras unas nubes tempestivas —¿Qué ocurre?-se preocupó Gigi de golpe.

Lord Peyton, al ver que su mujer se demoraba en demasía, volvió a entrar en la estancia y estipuló recoger a Gigi un poco antes de que el barco zarpara mientras él iba a resolver algunos asuntos. Ese tiempo para las hermanas fue oro bañado en diamantes, aprovecharon para ponerse al día de todo cuanto había acontecido en sus vidas.

—...Es de vital importancia que se la entregues en persona, no dejes que nadie lo haga por ti, ¿lo has comprendido bien?

—Sí mi señora —repuso Lawrence Theodor depositando la misiva que Karen Cavendish le estaba entregando en uno de los bolsillos interiores de la camisa con tiento y concentración.

—Entonces, apresúrate, no nos queda mucho tiempo... —instó la joven llevándose la mano sobre el abultado vientre y mirando a su fiel lacayo con cara de circunstancia.

Gigi había vuelto a Inglaterra mas había dejado con ella la promesa de hacer saber a Asher que estaba a punto de traer al mundo a su hijo. Al principio se negó en rotundo a la petición de su melliza, sin embargo, tras horas de razonamientos y argumentos la convenció con que hacer saber al futuro padre de la criatura sobre lo acontecido era lo más sensato. Hubiera preferido no estorbarlo o importunarlo ahora que estaba casado, lo último que quería era causarle daño o estropear su matrimonio, sin embargo, ¿no sería egoísta privar a un padre de su hijo? Quizás él pudiera adoptarlo bajo algún pretexto que no le trajera vergüenza y desdicha a su vida. No podía negar, que temía por su reacción, pero era un riesgo que debía asumir.

Lo que estaba claro, es que no podía quedarse con él, no es que no lo amara, ¿cómo no amar a un hijo? Es más, se arrepentiría cada día de su vida

de no poder estar a su lado. A pesar de sus ideales, de su lucha por un mundo mejor, no podía negar lo evidente...y era que quedarse con ese bebé era arrastrarlo a una vida de insultos y desgracia. La sociedad aún no estaba preparada para ver a una madre soltera y, aunque le partiera el alma, era lo mejor para su futuro hijo. Debía protegerlo por encima de cualquier cosa, incluso de ella misma. Era un sacrificio necesario por el bien de él, aunque eso comportara un dolor aún superior al que sintió cuando perdió a su propio padre.

Aún quedaba mucho por hacer en ese mundo, y sabía que ella tan sólo era un grano de arena en medio de la gran polvareda que se necesitaba para soterrar a todos esos tabús y restricciones: las mujeres eran peor que mulas de tiro, vistas como objetos que sólo servían para procrear, monedas de cambio sin decisión propia. No podían estudiar, no podían trabajar, ni tener propiedades a su nombre si no las heredaban o algún hombre se las entregaba, así como no podían viajar sin el permiso de un varón o casarse con quien quisieran. Si se quedaban embarazadas fuera del matrimonio eran tratadas como leprosas y a sus hijos los abucheaban por donde pasaran, no podían divorciarse y sólo el marido las podía divorciar aunque eso conllevara a morir muchas veces a manos de sus cónyuges... Ella, era consciente de todo eso, y había decidido entregar su vida para contribuir a mejorar algunos aspectos pero no podía llevar con ella a un niño inocente y hacerlo sufrir.

De pronto, una corriente de agua tibia invadió sus piernas sin poder detenerla seguida de un calambre abdominal en el bajo vientre.

—¡Alice!¡Alice! —gritó Karen con energía y andando con dificultad hacia su habitación para sentarse.

—¿Qué ocurre? —se apresuró su hermana mayor en preguntar lo evidente cuando vio a la primeriza llevarse las manos al vientre y gritar de dolor — ¡Joanne! Avisa a la comadrona, ¡ya viene!

Tras horas de un largo viaje sin detenerse y cumpliendo las ordenes de su señora, el señor Theodor llegó al condado de Derby sofocado, hizo resonar el picaporte con fuerza. Un agradable mayordomo lo atendió haciéndole saber que su señor se encontraba en Buckingham.

Lawrence desapareció como alma que lleva el diablo tras saber el paradero del Lord Stanley y cogió el primer carruaje que encontró disponible hacia el Palacio Real.

—Tengo un mensaje que dar a Lord Stanley, el Conde de Derby —informó el lacayo a uno de los guardias del lugar después de dos horas más de

travesía.

El Conde apareció con su andar seguro y estirado, tan característico de él, haciendo volar sus mechones rubios con cada paso que daba hacia el interior de una sala que habían dispuesto para él y su visita.

Los ojos, que nadaban entre el azul y el verde, se clavaron en el sirviente preguntando sin hablar. Por toda respuesta, Lawrence sacó de su bolsillo la misiva y se la brindó al imponente hombre que tenía delante.

*“Apreciado Asher:*

*Siento y lamento tener que interferir en tu vida ahora que has contraído nupcias, debes saber que lo último que deseo es causarte algún daño o perjuicio.*

*Sin embargo, no me hallo en disposición de pensar en mí, sino en otra persona...tu hijo, nuestro hijo. El bebé está en camino y no deseo arrastrarlo conmigo, en el desprestigio y la deshonra, por mucho que con esto me contradiga y sea infiel a mis propios principios... debo protegerlo.*

*Quedo en espera de tu respuesta,*

*Karen.*

—Detente —ordenó Asher al mediador encorvado.

Era un secreto a voces, que matrimonios poderosos incapaces de concebir, habían contratado los servicios del señor Monny para que les proporcionara un bebé que pudiera pasar por suyo. En el transcurso de ese hecho, no se hacían preguntas, tan sólo se pagaba una fortuna para silenciar a aquellos que podían estar al corriente de la artimaña. Por eso, Ivonne Stanley, no había dudado en explotar los fondos familiares para reunirse con el hombre que podía proporcionar un heredero a la familia sin tener que pasar por un divorcio con Anne Norfan.

El señor Monny, acababa de salir del gran salón en el que había mantenido una extensa charla con la Condesa viuda de Derby sobre las condiciones de la adopción, sin dejar de agradecer a Dios que Anne no hubiera salido a penas de la casa familiar en todo ese tiempo y, de esa forma, fuera mucho más creíble el nacimiento de un futuro Conde en la familia.

Lord Stanley hizo una seña para que el mediador lo siguiera hasta un despacho apartado y solitario en el que ni los sirvientes se acercaban, tras cerrar la puerta se encaró al hombre cheposo y de facciones pérfidas.

—El niño que tienes que adoptar está en esta dirección —entregó una tarjeta.

La cara del intermediario se ladeó y esbozó una sonrisa cómplice y

demandante.

—Aquí tiene —respondió a la demanda Asher con una buena suma de dinero — nadie debe saber esto, y cuando digo nadie es nadie, ¿entiendes? — imperó refiriéndose a su propia madre.

—Entendido mi señor-complació el hombre con una pequeña reverencia acariciando con deseo el succulento soborno que ya tenía entre sus manos.

—Una cosa más, cuando llegarás a ese niño, le dirás a su madre de parte de quien vas y le entregarás esta carta —extendió una misiva sellada con su emblema.

La madre novicia acurrucaba a su bebé de apenas dos días en sus brazos, había sido un niño, un niño sano y fuerte que se alimentaba del pecho de su progenitora con ansias. El olor que desprendía se le antojaba a Karen un pedazo del paraíso y su tacto contra su cuerpo era una sensación jamás conocida anteriormente, su vida le había parecido insulsa hasta llegar a ese momento en que oyó el llanto del pequeño inundar la habitación.

Ningún amor podía compararse al que sentía por él, y cada minuto que pasaba a su lado le parecía un regalo y una bendición de Dios, era felicidad en estado puro.

Sin embargo, la sombra de la realidad invadió el lugar, cuando Alice entró en la estancia con cara compungida mirando a su hermana y su sobrino con profundo sentimiento.

—Ha venido ese mediador con el que te pusiste en contacto hace días.

—Dile que ya no necesito sus servicios, no entregaré a mi hijo a unos desconocidos por muy ricos y poderosos que sean, Asher no me ha respondido por lo que cargaré yo misma con el destino de mi hijo y, si es necesario, cambiaré de país y diré que soy viuda.

—Supongo que ese hombre, el señor Monny, es gato viejo porque me ha entregado esta carta...

Karen abrió los ojos haciendo que las estrellas que nadaban en su interior chispearan por un instante al ver el emblema del condado de Derby en el sello del sobre.

—Te lo sujeto para que puedas leerla —se ofreció Alice deseosa de cargar a su sobrino entre sus manos; aún era pronto para definir-lo, pero sus ojos apuntaban a ser como los de su madre mientras que el pelo era una pequeña capa de terciopelo dorada.

*“Que nuestro hijo no pague por nuestras acciones”*

Era la única frase escrita en medio del amplio papel, a Karen le inundaron



un mar de sentimientos confusos y ambiguos. Por un lado, estaba feliz de que el padre quisiera hacerse cargo del pequeño, por otro, le dolían la escasez de palabras; seguramente, Asher la odiaba y la detestaba. Pero el sentimiento de desamor quedaba en un segundo plano ante el desgarró que le causaba tener que separarse de su propio hijo. Sintió como si algo en su interior se rompiera, como si le estuvieran arrancando el corazón de un manotazo de forma cruel y sanguinaria.

Cogió de entre los brazos de su hermana al pequeño y lo apretó contra su cuerpo como si de esta forma pudiera retenerlo junto a ella, depositó un cálido y duradero beso sobre su tierna cabeza con todo el amor que cabía dentro de ella dejando que una lágrima traicionera resbalara sobre su mejilla y cayera sobre la manta que resguardaba a su hijo del frío.

—Alice, ¿puedes acercarme la plaquita? —solicitó la joven sin dejar de mirar a su hijo y cogiendo de la mano de su hermana una cadena de oro de la que colgaba una chapa con una fecha de nacimiento y un nombre " *William*".

## CAPÍTULO 20 —DESTINOS CRUZADOS

Los días y las noches se tornaron vacías e insoportables para Karen Cavendish, la cual no había vuelto a mostrarse igual de radiante y enérgica, como siempre, desde que había entregado a su propio hijo al padre del mismo. Sus cuantiosas ingestas de comida se habían reducido considerablemente hasta el punto de alimentarse sólo de lo necesario para no

desfallecer haciéndole perder peso y verse considerablemente desmejorada.

Tan sólo había algo que conseguía enajenarla por efímeros instantes de su profunda depresión y era el avance de los proyectos sufragistas junto al resto de las partidarias al movimiento. La revista socialista femenina era todo un éxito, mayor del que habían esperado y todas las posibles catedráticas estaban dispuestas a viajar a Inglaterra para su escuela, sin embargo, a pesar de todas las cartas que había enviado a la Corte Inglesa no había recibido respuesta alguna para que le concedieran el permiso para ello.

En esos precisos momentos se encontraba redactando la cuarta carta rogándole a Su Majestad, La Reina Victoria, que le concediera la gracia y el favor de valorar el asunto que venía exponiendo-le desde hacía varias semanas. Se encontraba sola puesto que su hermana tenía trabajo que atender en el taller de costura y Joanne había salido a comprar unas hierbas que decía que mejorarían el ánimo y la salud de señora.

Se encontraba sumida en encontrar palabras adecuadas para dirigirse a la máxima autoridad de su país cuando de pronto escuchó un fuerte golpe en la puerta del apartamento, alguien la había tirado al suelo y quien fuera que fuese iba en su búsqueda a paso veloz y agresivo. Sin dudarle, se apresuró en sacar el pequeño revólver de su liga y a esconderse tras la puerta a esperar que el intruso irrumpiera en la recámara.

La espera no se hizo muy larga, un hombre de mediana estatura y andares obscenos se adentró en su alcoba armado con un cuchillo; ella, presurosa de aprovechar la ventaja del desconcierto soltó el seguro avisando al maleante de su posición, mas tan sólo le dio tiempo a voltearse para enfrentarse a la mujer, que no dudó en dispararlo en la pantorrilla dejándolo tendido sobre el suelo.

Karen cogió el mismo cuchillo de que llevaba el hombre y se lo colocó en el gaxate apretando su filo contra la piel del atacante mientras éste, sudoroso y enrojecido, no podía apartar la mirada de la bala que le había atravesado la carne.

—Mírame —exigió Karen cogiéndolo por la barbilla con fuerza y obligándolo a encararla. El herido la miró, preguntándose qué extraña criatura era aquella que tenía sobre él, su belleza era femenina y sus ojos dos pozos oscuros e intrigantes mas su fuerza y su energía parecían las de un animal feroz o un valiente guerrero. —¿Quién te ha mandado? —el hombre hizo una mueca reacia a hablar —tienes dos opciones, o hablas y te ayudo con esto-propuso la joven apretando sobre la herida y haciendo que el maleante gritara de dolor — o escondes al sucio y vil rastrero que te mandó aquí y termino de clavar tu

propio puñal en tu cuello.

—No sé quién es, pero debe ser alguien muy poderoso —repuso con dificultad sintiendo por un momento como la presión del cuchillo se aflojaba —me contrataron de forma anónima y me dijeron que acabara con usted.

—¿Le dijeron por qué? —apretó el entrecejo la dama armada, preguntándose quien quería matarla.

—Tan sólo me dijeron que antes de matarla le dijera unas palabras.

—¿Cuáles?

—”Sucia ramera inglesa, has de pagar por haber corrompido a nuestras mujeres”

Lord Asher Stanley llegó a su propiedad, como hacía cada día tras un largo y duro día en la Corte Inglesa. Al hacerlo, contempló a Anne cargando al pequeño William entre sus brazos, estaba intentando hacerlo dormir mas parecía que éste se resistía a hacerlo sin dejar de llorar.

—No consigo hacerlo dormir —explicó lo evidente la Condesa de Derby tras ver que su marido la observaba

—¿Por qué no dejas que la nodriza lo intente?

—Me gustaría poder establecer un vínculo con él ya que no ha nacido de mis entrañas y no puedo amamantarlo, al menos quisiera que se acostumbrara a mis brazos —relató cariñosamente la joven de pelo dorado acurrucando al reticente bebé entre sus brazos y meciéndolo con amor —dice la Condesa viuda que es normal al principio, debe extrañar a su madre...

“*Ya somos dos*”, contestó mentalmente Asher sintiéndose despreciable y culpable por tales pensamientos. Sin embargo, por más que lo intentaba, no era capaz de sentir más allá de un profundo afecto y respeto por su esposa. Lejos habían quedado el amor apasionado y los sentimientos verdaderamente puros, se habían ido junto a Karen. Una joven, que consiguió arrancarle el corazón y quedárselo para ella.

Por un lado, la odiaba por su egoísmo, le había ocultado su embarazo y se había marchado lejos de él. Pero por otro lugar, era una mujer digna de admirar, honorable y fiel a sus principios; era una pieza única e inalcanzable que por mucho que observaras jamás podías terminar de descifrar. Toda ella, era odiosamente atrayente e increíblemente fantástica. Complicada, escandalosa y brillante.

—¿Quieres cogerlo tú? —propuso la sencilla Anne con una sonrisa común pero bonita, sacando de sus pensamientos a su esposo, haciendo que éste alargara las manos hacia el pequeño sin emitir palabra.

Extrañamente y, para sorpresa de la joven, el bebé se acalló y se tranquilizó en brazos del rudo hombre.

—Es fantástico —se asombró Lady Stanley admirando la destreza de su esposo con el niño —fue todo un acierto por parte del mediador el escoger a un bebé tan parecido a ti, creo que ni hecho expresamente, hubiéramos escogido mejor... realmente, ya lo amo como si hubiera nacido de mi vientre —condujo su fina y blanca mano, delicadamente, sobre el diminuto puño del heredero.

Asher, sintió por un momento una calma que no había sentido desde hacía meses, y se dejó llevar por el momento en la calidez de la estancia. Quizás, la sencillez y la simplicidad estaban infravaloradas.

—¿Y lo has dejado escapar? —interrogó Alice extenuada de preocupación mientras cogía las manos de su hermana entre las suyas.

—¿Qué querías que hiciese? ¿Qué lo matara? Eso tan sólo hubiera complicado más las cosas, ¿cómo trasladaríamos el cadáver en medio de la ciudad? Me acusarían de asesinato.

—Si hubiéramos hablado con las autoridades...

—No podemos confiar en nadie Alice, quien sea que estuviera detrás de esto, es poderoso...y no olvides que somos extranjeras... si realmente están detrás de mí, la muerte de ese hombre tan sólo hubiera servido para facilitar las cosas a mis enemigos.

—Tienes razón, quizás sería hora de que volvieses a Inglaterra, ahí estarás más segura. En tu propiedad, con tus lacayos...y aunque estés repudiada, la sombra de Audrey te protegería.

—¡Querida! —irrumpió en el salón Amelie llegando apresuradamente tras saber de la noticia y abrazando a la joven que había llegado a apreciar realmente durante ese tiempo —¿estás bien?

—Sí, por fortuna no hubo que lamentar más que una puerta rota... —intentó sacarle hierro al asunto.

—Te traigo noticias, hemos sido invitadas a la Corte Francesa por parte del Rey Luis Felipe I de Francia, por lo visto...tras el éxito de la revista quiere conocer a las damas que hay detrás en persona. Se ha mostrado interesado en escucharnos.

—Podría ser una trampa Karen —se apresuró a intervenir la mayor.

—No se atrevería a manchar de sangre la corte, sin embargo, sí que debo reconocer que me extraña el repentino interés del monarca en conocer el movimiento femenino. ¿Cundo debemos ir?

—Más bien dirás, cuándo debes ir...

—No comprendo.

—La invitación sólo recae en la persona que financia el movimiento — extendió la misiva real a la joven que leyó con detenimiento cada letra.

—Esto no me hace gracia hermana...

—No tenemos más posibilidades, para salir del país debo presentar mi identificación, si rehúso presentarme frente al monarca del país en el que vivo podría considerarse traición. La invitación de un Rey nunca es tal cosa, sino un mandato.

—Te echaré de menos—se despidió Lady Anne Norfan de su marido mientras éste aceptaba el beso que su esposa le regalaba con cariño.

—Ten cuidado por Francia, es un lugar lleno de impíos y de pecado — convino Ivonne Stanley con su espalda erecta y su mentón torcido.

—Está bien mamá —respondió aburrido el hijo mientras daba un afectuoso beso en la sien de William.

La Reina Victoria le había encargado trasladarse a la Corte de Francia como embajador; debía negociar unos asuntos relacionados con las rutas comerciales que, últimamente, estaban afectando a ambos países. Debía llegar a un acuerdo en el que se estipulara que los mercaderes franceses respetarían los navíos ingleses que llevaban cereales y lino a Suecia y, a cambio, ellos aceptarían que pasaran por Portland para llegar al Nuevo Continente cargados de menesteres.

Hacía casi un año que Karen no tenía que engalanarse para una ocasión similar a la de acudir a la Corte Francesa. Por ello, cuando fue a ver su cómoda, no encontró ningún traje que fuera acorde a tan lujoso evento. Se había acostumbrado a vestir sencillos vestidos de algodón con simples decoraciones a base de flores frescas o alguna pasamanería de la moda francesa actual.

Tuvo que agradecer sobremanera a su hermana Alice, que se prestara a realizarle un guardarropa compuesto por tres trajes con sus medias, sombreros y guantes a conjunto. Por lo visto, la blonda costurera, tenía esos vestidos preparados para Karen desde hacía tiempo mas no se había atrevido a entregárselos hasta ese momento.

—¡No sé qué decir! ¡Son preciosos! —se entusiasmó Lady Cavendish dejando entrever una sonrisa que hacía tiempo que se había apagado —tienes unas manos de oro.

—Los he hecho con todo el cariño que puede ofrecer una mujer a su

hermana. Sabía que algún día los necesitarías.

Como el temporal era más bien frío, decidió que llegaría a la Corte con el vestido más grueso que tenía, uno de color blanco con brocado dorado. Y, por si el grosor de la tela no era suficiente para aliviar la frialdad, se cubrió con una capa negra aterciopelada que, a su vez, le daba un aire distinguido y elegante. En cuanto al pelo, lo dejó caer bien peinado sobre su espalda, sin más amarre que una sencilla tiara brillante.

Así fue como en un carruaje alquilado, Karen Cavendish viajó hasta Versalles junto a un baúl que cargaba su lacayo y la compañía de su doncella, Joanne.

El palacio de Versalles era impresionante, grandioso e imponente. Daba la sensación de que toda Francia podría caber en él, altos y bellos edificios se alzaban alrededor de un amplio patio central, que a su vez, se rodeaba por extensos jardines que parecían no tener fin. Las mujeres, lucían hermosas con vestidos muy actuales y con maquillajes elaborados. Sin desmerecer a la Corona Inglesa, nada tenía que ver aquel complejo y precioso edificio con el sencillo y taciturno Palacio de Buckingham.

Al mostrar su identificación, los guardias reales que custodiaban la verja dorada la dejaron pasar de inmediato llegando así hasta la majestuosa y principal puerta. Descendió del carruaje con la ayuda de Lawrence y se adentró en el esplendoroso "*Chateau*", comunicándose con el mayordomo en un perfecto francés.

El sirviente real, hizo que el lacayo y la doncella de la joven se dirigieran a una recámara asignada a la hija del difunto Duque de Devonshire, para depositar así sus pertenencias cómodamente; mientras ésta, era conducida hasta una sala principal, en la cual había otras personas reunidas entablando conversación.

De la sala, colgaban grandes lámparas de lágrimas, una detrás de otra; las paredes y los techos estaban cubiertos por pinturas helenistas. La sala en sí era puro arte en todo su esplendor. Sin embargo, el paso de la revolución francesa había hecho mella en esas estancias, dejando desperfectos en puertas y marcos.

En realidad, Versalles no era la residencia habitual del Rey Luis Felipe sino que residía habitualmente en el Palacio Real, al norte del Louvre. Se decía, que sólo usaba esa maravilla de residencia en ocasiones especiales o eventos. De hecho, el Rey Luis Felipe, era el único monarca europeo que había tenido que sufrir lo que era la pobreza, durante su exilio.

El Rey había sido amable con él, en su condición de embajador inglés, le había extrañado que la reunión y la estancia fuera en Versalles en lugar de en la residencia habitual del monarca mas se adaptó perfectamente al nuevo destino aunque le parecía petulante y excesivo. Podía comprender, en cierto modo, que el pueblo hubiera decidido acabar con ellos; aquello, era pantagruélico, salas y más salas repletas de lujos y arrogantes objetos. Eran pomposos, y nada comedidos, así como se respiraba una completa falta de pudor y normas del decoro.

Las mujeres llevaban pronunciados escotes y no había ninguna que no llevara la cara pintada, así como el propio rey presumía de llevar los ojos marcados con lápiz negro. Sin desmerecer a la Corte Francesa, nada tenía que ver aquél ostentoso Palacio con la respetable y moderada Corte de Su Majestad la Reina Victoria.

En ese preciso instante, se encontraba en la sala principal manteniendo conversaciones banales y aburridas con otros invitados y algunos miembros de la Corte, hasta que el salón enmudeció tras los golpes del báculo del mayordomo contra el suelo, Asher volteó hastiado para ver quién sería, esa vez, el pomposo recién llegado.

—Lady Karen Cavendish, hija del difunto Duque de Devonshire de Inglaterra.

El aburrimiento se disipó como si una ola enfurecida se lo tragara; sus ojos celestes se abrieron como si la sola imagen de Karen en el recibidor fuera suficiente para alentarle a vivir. Y es que, estaba resplandeciente, era la expresión de la belleza en carne viva, nunca había visto a una mujer más hermosa que ella. El vestido blanco con dibujos dorados cubierto por un elegante terciopelo negro sólo realzaba su encanto natural, una noche estrellada. Paradójicamente, la volvía a encontrar bajo esa sinonimia; la primera vez, fue bajo el oscuro cielo repleto de estrellas y ésta, ella misma era eso.

Hechizante, embriagadora fémica que son su sola presencia conseguía que cada poro de su piel se abriera para poder controlar la corriente sanguínea que se establecía en todo su cuerpo; volviéndose un ser inútil y sin razón, aferrándose al aire exhalado por la causante de todo su delirio como si éste se tratara de un extraño elixir que le proporcionaba la vida. Una vida que parecía insulsa y sin sentido lejos de ella. Ella y sólo ella, su amor...su antítesis.

Había pasado casi un año sin verla, no obstante, parecía que fue ayer

cuando la tuvo entre sus brazos; aún podía sentir su piel aterciopelada entre sus manos y sus ojos chispeantes clavados en los suyos propios.

Poco a poco el salón se iba llenando de su perfume, escandalosamente penetrante. Karen, Karen Cavendish, madre de su hijo y su amor verdadero. La culpable de su desdicha, egoísta idealista, inconformista luchadora, arrebatadoramente indomable. Cual felina se deslizó por el lugar atraída por conversaciones de mujeres y hombres, sobre todo hombres, presos del hechizo que la joven emitía con su sola presencia. No tardó una doncella, en librarla del manto negro que la cubría, dejándola ver como a un astro resplandeciente sin más oscuridad que la de su propio pelo; sedoso y fino pelo, que le llegaba hasta la cintura, provocando un deseo feroz de estrecharla entre sus brazos.

Ella, aún no lo había mirado, no lo había visto. Sin embargo, la mirada del Conde era tan intensa que pareció lanzar un pequeño dardo hacia la receptora, que no tardó en girarse hacia él como si éste la hubiera llamado con su propia voz.

## CAPÍTULO 21 —SENTIMIENTOS ENCONTRADOS

Karen se adentró en ese fastuoso salón, repleto de caras desconocidas, tras ser anunciada por el Mayordomo Real. Como siempre que acudía a un evento social, el resto de los invitados parecieron gravitar hacia ella como si se tratara, verdaderamente, de una hechicera. Hombres y mujeres se acercaron a la bella joven para iniciar conversaciones banales.

Tratando de volver a retomar la facilidad de palabra en situaciones como esa, de pronto notó una sensación conocida entre tantos desconocidos. Había algo en el ambiente que le resultaba familiar mas no sabía identificarlo.



Cuando la doncella la liberó de la capa, sintió como un escalofrío recorría su espina dorsal; sin embargo, no era el frío lo que le había causado tal estruendo interior, sino él. Aún no lo había visto, pero sentía su mirada sobre ella y sus notas de cuero amaderadas inundando la sala.

Él no la llamó, no se acercó. Pero ella lo había escuchado, lo había sentido. Se giró para encontrarlo y clavó sus ojos negros sobre los de él. Sobre Asher, el amor de su vida, el único hombre al que había conocido y el padre de su hijo.

Se quedaron solos sin estarlo, tan sólo existían ellos dos y todo aquello que se decían a través de la mirada. Las conversaciones alrededor se silenciaron y los colores se disiparon, así como el propio aire quedó inservible entre medio de ambos.

Los ojos de Karen volvieron a brillar de esa forma tan suya y, que hacía tanto tiempo que no lo hacían, como si la sola presencia de Asher le devolviera la razón de vivir; observó cómo sus mechones dorados caían sobre su faz cual seda gualda, enmarcando sus facciones masculinas que contenían dos pozos de agua fresca y vibrante, que vibraban con verla.

Sin desviar la mirada del objeto de la misma, Karen dio pasos inconscientes hacia él dejando atrás al grupo que se había formado a su alrededor y, que la miraban, desconcertados. Sintió como un ligero temblor se apoderaba de sus piernas y de su pecho al sentirse cerca, cada vez más, del mismísimo elixir de su vida, del Conde de Derby. Sin quererlo, sintió como él la abrazaba y la acurrucaba entre sus brazos a pesar de que aún no había llegado a su altura.

No obstante, su marcha se vio detenida por la intromisión del Mayordomo Real:

—Su Majestad el Rey Luis Felipe I de Francia.

Todos los presentes no tardaron en acotar su cabeza en señal de respeto, incluidos Asher y Karen, aunque aún con la cabeza inclinada seguían mirándose de reojo.

El Rey pasó entre medio de sus súbditos e invitados con cierto porte orgulloso hasta llegar al medio del salón.

—Señoras y Señores —inició Su Majestad, haciendo que todos se alzarán y centraran su atención en el solemne anfitrión —es para mí, un motivo de gran alegría teneros en Versalles. En esta ocasión, tengo la satisfacción de recibir entre nosotros a ilustres extranjeros. Por un lado, a Lord Umberto Conti de Italia —el nombrado inclinó una vez más la cabeza con serenidad y sonrisa

cortés , al ser señalado por el Rey de Francia ante sus súbditos —por otro, a Lord Asher Stanley como embajador de Inglaterra —el Almirante hizo lo propio, riguroso con el protocolo —y, por último, a la hija de un difunto pero grandioso Duque Inglés, Lady Karen Cavendish —la joven pelinegra respondió al halago con una pequeña reverencia y una sonrisa sincera que no pasó desapercibida por el Monarca, acostumbrado a la falta de sinceridad y a gestos fingidos.

Los asistentes fueron conducidos hacia el jardín, donde había largas mesas con manteles blancos repletas de fuentes y más fuentes de dulces y canapés deliciosos. Afortunadamente, dicha parte del exterior estaba completamente cubierta por grandes cristales que hacían el efecto de invernadero, protegiéndolos así del frío.

Fue en ese momento, en el espacio de tiempo en que la multitud se dispersó alrededor de las mesas y formó grupos de conversación, en el que Asher se acercó a Karen. Lo hizo midiendo los pasos, bajo la atenta mirada de la misma y preguntándose qué le diría. En realidad no tenía ni idea de qué le iba a decir y, raramente, se quedaba sin palabras.

Lady Cavendish siguió las indicaciones del servicio para salir sin dejar de observar a Lord Stanley, el cual se dirigía hacia ella con su conocido andar habitual.

—Lady Cavendish —inició el Conde inglés con unas palabras simples pero cargadas de sensibilidad y sensaciones.

—Por favor, llámame Karen —suplicó la sufragista sin soportar que se dirigiera a ella de forma tan distante y dejando escapar una risa nerviosa pero contenida.

—Está bien, Karen —convino el caballero intensificando su escrutinio sobre la dama que se mostraba un tanto nerviosa. Estando cerca de ella, podía advertir unos pequeños surcos debajo de sus ojos, anteriormente inexistentes. Había estado llorando y, por lo visto, por mucho tiempo —Karen, ¿cómo estás? —se preocupó el almirante.

—Todo lo bien que puede estar una madre lejos de su hijo —repuso a media voz para que nadie más que Asher pudiera oírla. viendo como el semblante de éste cambiaba, dispuesto a hablar —antes de que digas nada, sé perfectamente lo que he hecho y lo que merezco por eso sé que mi hijo estará bien contigo y con...

—Anne —acabó el noble viendo que la joven no sabía el nombre de su esposa.

—Anne —imitó ella fingiendo una sonrisa que no sentía al hablar de la mujer que estaba con su gran amor, un amor que ella desestimó por su propio bien, así que no le quedaba otra opción que intentar alegrarse por él aunque nadie la creyera-estaré eternamente agradecida por todo lo que has hecho por mí.

—Tengo curiosidad para saber cómo bailáis los ingleses —interrumpió el Rey sin que ellos se hubieran dado cuenta de que éste se había acercado y, antes de que los dos interceptados pudieran desestimar la sugerencia, el soberano hizo una seña a la orquesta; la cuál, empezó a tocar una pieza típicamente inglesa. Todos los ojos se posaron sobre ellos y se vieron obligados a acceder.

Asher ofreció su mano de forma decidida y firme a Karen; la cual, respondió al gesto, un tanto dubitativa y es que el simple roce de sus dedos fue suficiente para avivar la llama de la pasión sobre esas cenizas que mantuvieron el calor de su eterno amor encendido. Todos, incluido el Rey, volvieron a desaparecer de su alrededor. Y tan sólo existían ellos dos y la pieza que los violines entonaban.

Karen, se llevó los dedos del almirante a sus labios y posó un delicado y casto beso sobre ellos antes de iniciar la danza, como si ese gesto se tratara de un prelude habitual en ésta; sin embargo, ambos sabían que no lo era, sino que se trataba de una muestra de afecto puro y sincero que Asher respondió de igual forma imitando el acto.

—No sabía que en Inglaterra fueran tan efusivos en sus bailes —comentó una dama francesa de pelo cardado mientras daba un pequeño mordisco al canapé que tenía entre manos.

—Ni yo —repuso otra de nariz ganchuda llevando el dedo sobre un pastel repleto de almíbar.

Decididos a no perder el contacto visual, colocaron una palma de la mano sobre la otra, y dieron vueltas sobre ellas sin dejar de mirarse intensamente, hablando sin hablar, amándose sin querer. Luego dieron la oportunidad a sus otras dos palmas a tocarse y, así girar hacia la otra dirección. Hartos de estar unidos por un solo nexo, juntaron las cuatro manos mientras daban pasos hacia delante y atrás, siempre mirándose con énfasis, furor, afecto, cariño y una extraña comprensión. Karen sintió la necesidad de voltear sobre sí misma con la ayuda de Asher, inclinando su cabeza al hombre que tanto la había amado y la amaba, pero él no dejó que ella se sometiera de ese modo sino que tras ese pequeño acto de sumisión, la levantó y la hizo girar sobre él mirándola desde

abajo. Ella le devolvió el gesto con una mirada de agradecimiento y dejándose llevar. Asher, la dejó sobre el suelo y posó su mano sobre la mejilla femenina, ella lo imitó y dieron vueltas sobre sí mismos en esa posición, afectuosos hasta que la música paró y ellos tuvieron que separarse con una corta reverencia.

Habían sido demasiadas emociones, muchos sentimientos encontrados y un deseo incontrolable; por eso, Karen se excusó ante el Monarca y se retiró del salón apresurando su paso para llegar a su alcoba. A penas podía controlar su respiración y su pecho subía y bajaba sin querer sosegarse.

Al llegar a su recámara, se cerró en ella y lloró desconsoladamente agradeciendo que sus sirvientes no estuvieran. ¿Cuánto había perdido en el camino de su lucha? No se arrepentía de todo lo que había aprendido en Francia y de todo lo que había podido ayudar a la causa social y feminista. Sin embargo, al volver a ver a Asher se había intensificado su melancolía y su estado depresivo. ¡Por Dios! ¡Estaba casado! No quería sentirse celosa y no lo haría, no tenía ese derecho. Por eso mismo, se sentía culpable, no debería haber bailado con él. No fue un simple baile, fue toda su vida en una canción, fue revivir su pasado y su presente; sin pasar por alto el cúmulo de sentimientos que se habían desatado con el contacto físico y visual. Se sentía Condenada por querer más, por desear estar entre sus brazos y dormir sobre su fuerte pecho.

Ella, había sido fuerte, había renunciado al amor de su vida por sus convicciones y se había visto obligada a entregar a su hijo por sus decisiones pero empezaba a tambalearse. Echaba de menos a Audrey, su bien amada hermana. No sabía nada de ella desde hacía tiempo y eso, aunque no lo había querido admitir, la torturaba. Así como no saber nada del resto de sus hermanas o, incluso, de la Baronesa de Humpkinton. Se río sola en medio de las cuantiosas lágrimas que se derramaban sobre su vestido, al verse a sí misma echando de menos las regañinas de la Baronesa viuda, la cual se había convertido en una abuela con el tiempo.

La sacaron de su pozo unos toques elegantemente estudiados y protocolarios sobre la puerta.

—¿Quién? —demandó con la voz un tanto quebrada pero por toda respuesta sólo vio que el pomo de la puerta giraba y Asher, el Conde de Derby, entraba sin pedir permiso y clavando sus ojos marinos sobre los de ella.

Karen corrió para secarse todas las lágrimas pero fue vano, el almirante ya

las había visto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó confusa la joven sintiéndose extrañamente aliviada con su presencia.

—He venido a negociar unos asuntos comerciales... ¡ah! ¿te refieres en tu recámara? —ella asintió intentando coger aire después de todo lo que había estado llorando —creo que tenemos que hablar. ¿Por qué ocultaste tu embarazo? Debería odiarte y repudiarte por ello. Es nuestro hijo Karen, ¿si no hubiera llegado a tiempo qué hubieras echo con él?

—Asher...jamás lo hubiera abandonado, tenía previsto fugarme y hacerme pasar por viuda. No quería que viviera una vida de humillaciones, castigado por mis errores, quiero que tenga oportunidades y sea feliz. Y no te lo oculté, no lo sabía la última vez que nos vimos. Lo supe poco antes de que Audrey me dijera que te ibas a casar.

—Así que lo supiste antes de que me casara, ¿por qué no me avisaste? ¿Por qué no me detuviste? ¿Tan horrible hubiera sido una vida conmigo y tu propio hijo? —se alteró Asher hinchando sus venas frontales y cogiendo a la joven por los brazos con determinación pero sin llegar a hacerle daño.

## CAPÍTULO 22-NUEVOS HORIZONTES

No había rastro de la soberbia que alguna vez había habido en el rostro de Karen, seguía transmitiendo fuerza y misterio pero sobre sus ojos pesaban la pena y la amargura.

—¿Cómo detenerte? No podía ser más egoísta de lo que ya había sido... viniendo hasta aquí tras haberte dejado plantado en medio del compromiso y todo lo que eso acarreó para tu reputación. Si te hubiera informado hubieras roto otro enlace y eso habría supuesto un duro golpe a tu posición. No quería perjudicarte... Nuestros caminos siempre han ido por separado aunque nos empeñáramos en juntarlos... Uno de los dos tenía que dejar su esencia para poder estar juntos y no podía permitirlo.

Asher se calmó un poco y soltó el agarre de la joven aunque tan lentamente que no pudo evitar rozarla haciendo que cada vello de Karen se tensara y, al mismo tiempo, el suyo propio también lo hiciera.

—No sé si algún día podré perdonarte —le dio la espalda llevándose la

mano sobre su pelo áureo —dices que lo hiciste por mí pero yo solo veo a una mujer obsesionada.

—Y yo tan sólo veo a un hombre hipócrita —espetó la joven llenándose otra vez de ese carácter tan suyo y dándole la espalda también.

—¿Hipócrita yo? —volvió a entrar en cólera el almirante girándose para toparse con la espalda de Karen.

—Sí tú —lo enfrentó encarándolo y señalándolo con el dedo con energía —puede que yo haya cometido errores y puede que sea la repudiada y la egoísta o la mala pero te recuerdo que fuiste tú el que me metiste en ese bosque oscuro y me prometiste la luna para poseerme, pero en cuanto tuviste lo que quisiste cambiaste tu actitud y te transformaste en el hombre que te dije que no quería. Y, no creas, que con el tiempo y la experiencia no he entendido que me besaste expresamente para que nos descubrieran y así creerte mi dueño. Lo que nunca esperaste que fuera capaz de escapar.

Asher relajó su postura y se descolocó un poco al darse cuenta de que tenía razón en eso, era verdad que había escuchado a la multitud acercarse y entonces, en un intento desesperado de no perderla provocó el escándalo.

—Te amaba, no quería perderte...por eso hice eso. No me justifico, es verdad que cometí el error de querer poseerte pero luego comprendí que debía respetarte por eso te ayudé a venir aquí.

—Lo sé Asher...ambos nos hemos hecho mucho daño... —inició otra vez el llanto.

—No llores más por favor —suplicó el Conde posando su mano sobre su mejilla empapada intentando secarla con afecto mas ese gesto, al inicio conciliador, desató la pasión que había entre los dos y se abalanzaron uno sobre el otro con ambrosía.

Asher cogió por la nuca a Karen con el desesperado intento de que no se disipara tal y como lo había hecho tantas veces en sus sueños rotos durante ese año. La apretó contra sus labios sediento de su roce, deleitándose con su suave tacto y adentrándose en su cavidad con fervor. Temeroso de que se apartara, la rodeó con su brazo reteniéndola cerca de él, sintiendo su cuerpo contra el suyo y vibrando junto a su respiración acelerada.

Karen rodeó el cuello de su placentero opresor con sus brazos hundiéndose en él y dejándose llevar por el rítmico movimiento que hacía Asher dentro de ella, pronto sintió como sus piernas se debilitaban por el deleite y, como si el Conde leyera sus pensamientos, la elevó sobre sus brazos y la tumbó sobre la cama apretando toda su virilidad contra ella.

Él, agónico de placer, apretó sus manos sobre la cintura de Karen y abandonó sus labios para devorar su cuello haciéndola suspirar y sollozar de regocijo. Harto y enfurecido por la tela que le impedía llegar a los pechos de la joven la rompió enérgicamente dando paso a dos tersos y voluminosos pedazos del paraíso a los que se evocó al instante para darles las ofrendas que merecían. Ansioso de adentrarse en ella, levantó su falda mas unos toques en la puerta lo detuvieron.

Karen, intentando recomponerse mientras el respetable embajador inglés se escondía en el interior de un armario, se echó una bata por encima ocultando su vestido roto y mandó a pasar.

Era uno de los lacayos de Versalles y venía a informarla de que la comida se serviría pronto.

Una vez el sirviente salió, Asher también lo hizo mirando a Karen con devoción mas con un sentimiento de culpa escrito en su rostro.

—Estás casado —dijo sin más dando forma a lo que pesaba en el ambiente en esos instantes —no quiero hacerte daño, tampoco a Anne... sé que es una buena persona...

—Lo es —concordó Asher recordando la mirada azulada de su esposa — será mejor que me vaya.

La comida se desarrolló con normalidad tan sólo sobresaltada por los novedosos y esplendorosos platos que la Corte Francesa ofrecía a sus comensales. Tras la comida, se retiraron a un espacio acomodado para conversar o tocar algún instrumento.

Fue en ese momento, en el que el Rey se dirigió directamente y por primera vez, a Lady Karen Cavendish.

—Espero que esté disfrutando de su estancia en la Corte —adujo el Monarca.

—Por supuesto Su Majestad, jamás había visto tanta grandiosidad —alabó la joven.

—¿Ni en Inglaterra?

—Digamos que amo a mi país pero soy objetiva, la belleza de esta Corte no puede compararse con la simplicidad de la de Inglaterra —confesó sinceramente Karen provocando la risa del Rey.

—Admiro su sinceridad Lady Cavendish pero debo admitir que me extraña que la hija de un respetado Duque esté viviendo como una simple costurera en París —abordó el soberano haciendo saber a la sufragista que estaba al corriente de su situación.

—Majestad, aquí encontré lo que no podía encontrar en mi país, me siento honrada de poder vivir aquí aunque sea como una simple costurera.

—¿Y puedo saber qué ha encontrado aquí?

—Libertad, grandes mujeres y conocimiento.

—Lady Cavendish, soy el único monarca que ha tenido que ganarse el puesto por sí mismo, tuve que exiliarme para resguardar mi cabeza en su lugar —bromeó Luis Felipe I llevándose ambas manos alrededor del cuello —por eso puedo entender en cierto modo su forma de actuar y que no le importe lo que digan de usted, a mí tampoco me importa lo que digan de mí. Al final uno aprende a luchar por sus objetivos. Por eso, ahora que he podido conocerla en persona, la respeto porque veo en usted a una mujer sincera y luchadora. Sin embargo, ante todo soy el Rey de Francia, y como comprenderá el hecho de que una noble inglesa esté financiando un movimiento sufragista en mi país no me agrada en demasía.

—Su Majestad, no pensé en mi nacionalidad cuando actué sino en las mujeres, luché por esa causa no por mi país.

—Lo sé, pero no lo ven así mis consejeros, dichosos de buscar asuntos que resolver en cada rincón. No quiero obligarla a abandonar Francia y nombrarla persona non grata y no lo haré si desiste en su empeño en financiar el movimiento. No estoy dispuesto a que otro de mis nobles intente matarla otra vez —Karen abrió los ojos, el Rey estaba admitiendo que había sido alguien de la nobleza el que la había mandado a matar —no quiero que su hermana Lady Seymour se enfurezca con mi país, me consta que es una mujer muy influyente y poderosa que goza con la cercanía de la Reina Victoria y no quiero generar disputas entre ambos países.

—¿Sería diferente si no fuera quién soy?

—Si no fuera quien es ya estaría muerta —clavó Luis Felipe I su mirada indulgente sobre la joven —creo que una persona sincera, merece sinceridad.

—Le agradezco su sinceridad Majestad —comprendió la joven que el Rey estaba presionado por los nobles y, en realidad, la estaba salvando —me iré del país en cuanto termine mi estadía en su Corte.

—No tiene por qué irse, tan sólo abandone su financiación.

—Lo sé, y agradezco su invitación mas si no puedo seguir con lo que había venido a hacer, prefiero volver con los míos.

—Entiendo, pero por favor, mientras tanto diviértase —ultimó el gobernante yendo a entablar conversación con un grupo masculino francés que la miraba de soslayo.



El Conde se le acercó tras su conversación con el monarca, la había estado observando mientras hablaba con Luis Felipe I.

—¿De qué hablaba contigo el Rey? De hecho, ¿qué haces en la Corte? — quiso saber el embajador.

—No quiere que siga con el grupo socialista en el que me había integrado, el otro día intentaron acabar conmigo...y no quiere derramamiento de sangre inglesa en su país y menos sangre noble.

—¿Entonces volverás a Inglaterra?

—No me queda otra, al menos he podido encontrar muchos contactos y conocimiento sobre cómo abrir una escuela...sólo me falta el permiso de la Reina pero no atiende a mis ruegos.

—No sé si sabes que ahora mismo estás repudiada —dijo sin intención de ser ofensivo Asher.

—Sí, lo sé, porqué no quise casarme contigo —repuso cortante Karen.

—No he querido parecer engreído, sólo quería decirte que si la Reina no atiende a tus ruegos es porqué ahora mismo tu palabra y tu influencia no es válida, sólo si Audrey volviera a aceptarte en la familia o si te casaras con un respetable noble...

—¿Quieres casarme con un noble? —bromeó Karen dentro de la amarga situación.

—Sólo intento hablar contigo como si fuera un amigo.

—Pero jamás podemos ser amigos —recordó Lady Cavendish alzando sus cejas y dando a entender a Lord Stanley que lo que había entre ambos no podía confundirse con una simple amistad por muy buena complicidad que tuvieran, ya que siempre terminarían desnudos y en la cama.

—Tienes razón, sea como sea, me gustaría que intentases comunicarte con Audrey. Lo poco que sé de ella es que ama a los suyos y no creo que se resistiera mucho a volver a aceptarte.

—Seguiré tus consejos.

## CAPÍTULO 23 —EL PESO DE LAS ACCIONES

Alice estaba desconsolada, entendía los motivos y se sentía tranquilo porque sabía que su hermana estaría mejor en Inglaterra que en Francia pero el hecho de separarse de ella le causaba un profundo mal estar y tristeza que la tenían al borde del llanto a cada instante.

—Y llévate esto también —colocó un paquete de galletas de mantequilla en el equipaje de Karen.

—¡Oh Alice! Eres tan atenta —abrazó la pelinegra a su medio hermana sintiéndose también apenada por tener que separarse de ella, no sólo por compartir su sangre sino porque a lo largo de mucho tiempo se había convertido en su confesora y apoyo incondicional —¿Por qué no vienes conmigo a Inglaterra? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Me encantaría pero ¿qué hago con el taller? He empezado un proyecto y debo terminarlo.

—Prométeme que algún día vendrás por lo menos a vernos, aún tienes que pasar tiempo con Liza.

—Cierto, la pequeña Liza...la recuerdo muy pequeña...debe estar muy crecida.

—La última vez que la vi ya era toda una señorita muy bella, diría que ella es la más bella de todas nosotras, es como si fuéramos todas en una sola pero con su propia esencia por supuesto.

—Muero por verla.

—Señora el carruaje ya está en la puerta —intervino Lawrence, su fiel lacayo.

—De acuerdo, ya bajo.

Ambas hermanas se despidieron con un caluroso abrazo y Karen bajó las escaleras despidiéndose mentalmente del hogar que también la había tratado y de Francia en general. Había enviado comunicados a todas las partidistas de que abandonaba el país y Elizabeth se encargaría de relatar a las más allegadas el por qué de su marcha y su conversación con el Rey.

Le había gustado conocer a Luis Felipe I, a pesar de su posición, se mostraba llano y humilde cuando debía hacerlo. Sentada en el vehículo de alquiler y con un largo viaje hasta el puerto de Caen con la compañía de la dulce Joanne, se ensimismó en sus pensamientos y reflexiones valorando todo el transcurso y su paso por París. Lo había logrado, había cumplido un sueño y se sentía orgullosa mas todo quedaba enturbiado con el recuerdo de William, su hijo. Había tenido que sacrificar mucho, cuando viajó sabía que dejaba

muchas cosas atrás pero jamás imaginó que debería renunciar al fruto de sus entrañas. Era un dolor permanente, desde que se había separado de él, nada conseguía evadirla por completo ni si quiera lo deseaba incluso en ocasiones había deseado la muerte.

Por otro lado estaba Asher, el gran amor de su vida, casado con una buena mujer pero no con ella. Hacía esfuerzos por no corromperse con ese pensamiento pero le costaba, al fin y al cabo lo amaba y lo había dejado ir. Con todo, aún quedaba un objetivo por cumplir, la escuela. No había llegado tan lejos para abandonar su principal objetivo.

Las colinas de tierra blanquecina se irguieron orgullosas ante la vista de Karen, faltaba poco para pisar el puerto de Portland y las llanuras ver desde Inglaterra se abrían paso en el horizonte. Cuanto había detestado a ese país y ahora se daba cuenta que no era el lugar sino la gente lo que la había hecho escapar de ahí puesto que el aire humedecido y el frescor del ambiente parecían devolverle el aliento que había perdido en Francia. Inspiró profundamente llenando sus pulmones y abriendo sus vías respiratorias. Su mirada no se apartó de su país hasta que pisó tierra firme con los ojos humedecidos.

El señor Theodor, como siempre, no tardó en encontrar a otra calesa que los llevara hasta su residencia en Bath. Parecía que sus fieles acompañantes, Joanne y Lawrence, también sentían regocijo de volver a pisar tierra inglesa puesto que sus semblantes se habían tornado más distendidos y esbozaban sonrisas radiantes.

Otro costoso camino hizo mella en los viajeros para llegar a la mansión, haciendo que cuando llegaran los tres fueran directos a tomar un baño y a dormir.

Tras horas de descanso y recuperación, Karen salió de su estancia en busca de la señora Donoval para que la pusiera al día de los menesteres de su propiedad la cual, gustosamente, relató al detalle todo cuanto acontecía a la administración del lugar pidiendo opinión a su señora en algunos aspectos.

Lady Cavendish paseó por los pasillos dándose tiempo para admirar cada estancia y cada retrato llegando así, de nuevo, al estudio de su abuela Georgiana. Se adentró en él y se sentó en el sillón principal soltando un leve suspiro y quedándose nuevamente dormida.

—No pensé que te encontraría durmiendo —la voz de Audrey resonó en la estancia provocando que Karen abriera los ojos, tanto, que tuvo miedo de que se le salieran de las órbitas Primero, pensó que era parte del sueño pero no.

Era real, su amada hermana estaba frente a ella con su posición erguida y su mentón alto clavando sus ojos impenetrables en ella, ojos que no escapaban a los pozos profundos de Karen y que vislumbraba en ellos cierta felicidad.

—¡Audrey! —la pequeña, que ya no era tan pequeña, se levantó como si volviera a ser esa niña que se esconde tras la falda de su protectora y corrió a abrazarla rompiendo en llanto. Lady Seymour pasó su mano por encima de hombro como toda muestra de cariño pero que para Karen significó un gran abrazo de vuelta.

—Mi pequeña bandida —nombró la mayor tal y como la nombrara de niñas haciendo que la pelinegra más rebelde potenciara su llanto.

—Pensé que la de los lloros era yo —ironizó la dulce Bethy mirando con cariño a Karen, la cual no tardó en abalanzarse sobre ella también.

—Niña, ¿no te han dicho que es muy mala educación llorar a gritos? —replicó la Baronesa internándose en el despacho con su bastón.

—¡Oh Baronesa! —exclamó la joven corriendo hacia la anciana para depositar un beso amoroso sobre su frente.

—Siéntate —instó Audrey cogiéndola por los brazos y acompañándola hacia un diván de la sala para después sentarse ella también seguida de Bethy y la señora Royne.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó Karen intentando serenarse.

—He mantenido siempre a mis fieles pajaritos pendientes de ti, así como lo están de Gigi. Lástima que no detectaron a tiempo el ataque que sufriste, me dijeron que había sido un noble y que todo había sido hecho con la máxima discreción y que por eso no lo habían podido detener. Me alivié al saber que estabas bien aunque Lord Poitiers no creo que se alegrara mucho al recibir la cabeza de un cerdo envuelta en papel de seda y con una preciosa nota.

—¿Lord Poitiers?

—Sí, fue el noble francés que mandó al mercenario, por lo visto es un estricto conservador que pegaba a su mujer que no soportó que ésta se revelara tras leer unos artículos de la revista que financiabas. Consideró tu estancia en Francia como una amenaza y mandó acabar contigo, por supuesto, informé inmediatamente al Rey Luis Felipe I y supongo que él te instó a volver antes de que sucediera una desgracia.

—No tengo palabras Audrey, siempre estás pendiente de nosotras aunque nosotras te lo hayamos pagado tan mal... ¡espera! ¿y por qué no me mandaste a mí la carta informándome del culpable?

—¿Y que te presentases en la propiedad de Lord Poitiers con un arma?

—He mejorado.

—De todas formas era más fácil convencer a un Rey que a ti, si yo te hubiera escrito directamente corría el riesgo de que no decidieras volver, de esta forma no ha habido más remedio.

—Tengo curiosidad sobre qué había escrito en la nota que recibió ese canalla de Poitiers —interfirió Bethy.

—Bien, querida hermana, alrededor de la cabeza del pobre cerdo se ató una nota que decía así: *“El próximo serás tú”*.

—¡Dios mío! —se llevó la mano en la boca Bethy conmovida mientras Karen reía como hacía tiempo que no lo hacía, sintiéndose como en los viejos tiempos mas la sombra de William se cernía sobre su risa obligándola a enmudecer y tornando sus ojos más oscuros.

—William está bien, Anne lo cuida con cariño —informó Audrey poniendo una mano sobre la de Karen leyéndole el pensamiento.

—Lo sé, me encontré con Asher en Versalles y me contó del afecto de su esposa hacia el bebé pero no es eso...es como si me faltara un pedazo de mi constantemente.

—Yo perdí a mi hijo en la guerra, el tuyo está vivo y vive bien —intentó consolar a su manera la anciana.

Las horas pasaron y Bethy y la Baronesa se retiraron a descansar mas Audrey y Karen siguieron con la conversación.

—¿Significa esto que ya no estoy repudiada?

Audrey se levantó de su sillón y se sentó junto a Karen acurrucando-la entre sus brazos, esa fue la muestra de afecto más expresiva que su hermana le había profesado jamás —¿cómo repudiarte? Ha pasado mucho tiempo desde lo de tu compromiso y ya nadie se acuerda, lo de tu embarazo, nadie lo sabe... y no sólo eso, llevas mí misma sangre y mi apellido, jamás te abandonaría y menos en estos momentos. Te debo mi vida y Bethy la suya y la de su hija. —Karen la miró extrañada al decir que le debía su vida.

—Tú no te acuerdas, eras muy pequeña, pero una vez a madre se le ocurrió castigarme atándome a una soga —dijo que así se castigaban a los pecadores —al principio sólo era un soga atada al cuello pero el taburete en el que me sostenía se tambaleó sin que nadie estuviera para ayudarme y quedé asfixiada por largos minutos hasta que tú llegaste y corríste a desatar la cuerda, jamás lo olvidaré, no te lo pensaste ni te quedaste parada corríste a salvarme.

—Sí que me acuerdo, pensaba que había sido una pesadilla en la confusión de la niñez, jamás pensé que había sido real...no puedo comprender como esa mujer pudo hacernos todo eso, mató a nuestro padre...

—Tenía algún trastorno mental mas ya lo pagó con esa flecha que le atravesó el cuello —miró cómplice a Karen, la cual desvió la mirada inmediatamente.

—Se lo merecía.

—Pero tú no merecías cargar con ese peso, siempre te has puesto cargas que no deberías haberte impuesto. Has hecho grandes cosas pero siempre a costa de tu felicidad, de tu seguridad, de tu propio bienestar y de tu consciencia, cargando con remordimientos y sacrificándote....

—Ahora me estoy asfixiando —se separó por un momento del abrazo de su hermana para clavar sus ojos en los de Audrey —me estoy asfixiando... —repitió con la faz compungida y los ojos vibrantes, desesperada, angustiada, atormentada por el peso de sus acciones, era tan sólo un destello de la mujer que un día había sido.

—No lo permitiré —sentenció la Duquesa aferrando el cuerpo debilitado de su hermana contra el suyo.

## CAPÍTULO 24 —INTRIGAS

Karen volvió al castillo de Dunster, en Somerset, junto a la Baronesa y Audrey mientras Bethy emprendía el camino de regreso a Carlisle junto a Robert. La joven Karen, habría podido quedarse en su propiedad mas deseaba encarecidamente estar cerca de su familia así como ver a Liza, a la cual no veía desde hacía mucho tiempo; concretamente, desde que se fue a casa de su tía, la Condesa de Pembroke, y ya no volvió. ¡Qué incierta era la vida!, ¿quién le iba a decir que cuándo salió siendo una muchacha casadera hacia un evento social, se convertiría en una paria y viajaría hasta la mismísima Francia ella sola?

—¡Karen! —exclamó su hermana Liza, toda una mujercita, corriendo por el recibidor para llegar a abrazarla.

—¡Oh Liza! ¡Mi pequeña! —exclamó la aludida abriendo los brazos para recibir el afectuoso abrazo de la más pequeña de las Cavendish. Tan sólo le faltaban dos años para iniciar su debut social y todos se mostraban

preocupados por la futura debutante; primero, nadie quería que se repitiese algo semejante a lo de Gigi y Karen y, segundo, la joven poseía una extrema sensibilidad y desconfianza hacia las personas. No era como Bethy, no era tímida ni le costaba hablar pero sí que era rehacía y esquiva en cuanto a establecer nuevos vínculos emocionales. No era como Audrey, no era fría sino muy calurosa y efusiva con quienes consideraba que eran parte de su círculo. No era como Karen, no se mostraba impetuosa ni rebelde sino más bien poseía un carácter amanerado y equilibrado. Tampoco era Gigi, no demostraba interés alguno en los estudios, sino más bien se limitaba a escuchar a la Señorita Worth. Simplemente era Liza.

—Bienvenida de nuevo —la recibió Edwin con una ligera inclinación de cabeza en señal de respeto para luego volver a su guarida habitual.

—Gracias Edwin-devolvió la salutación sin poder ocultar su emoción por estar de vuelta a su hogar.

Pasó una agradable tarde junto a la última de las Cavendish y la primera de ellas. Las tres entablaron largas conversaciones y compartieron bonitos paseos hasta la hora de la cena, momento que Karen devoró cada plato como lo hacía antes. Parecía que el contacto con su familia, le había devuelto el apetito y cierto buen humor.

En París no había montado ningún día a caballo y cuando vio a Abiah en los establos de Dunster, tan majestuoso como siempre, no tardó en ensillar-lo y cabalgar por la propiedad sintiéndose ella misma otra vez.

Trotando por la llanura divisó a una figura masculina que se acercaba, una conocida, junto a un lacayo y una doncella que harían la función de “guardianes”.

—Me dijeron que habías salido a montar y me han mandado aquí con un séquito.

—¿Qué haces aquí? —interrogó la joven dejando atrás a las carabinas.

—Supe que habías vuelto y no dudé en venir a ver a mi panterita.

—Espero que no sea por el recuerdo de mi abuela otra vez... —se esgrimió la joven recordando la última conversación que había mantenido con Henry, provocando una fuerte carcajada en él.

—No, realmente te cogí aprecio durante esos días que compartimos y creo que a pesar de que me sigues pareciendo terriblemente atractiva y seductora y...

—Henry...-lo detuvo la joven.

—Sí, que a pesar de que me resultas terriblemente atrayente, creo que

finalmente se ha establecido una agradable amistad entre nosotros.

—Sí, sobre todo desde que me confesaste que estuviste enamorado de mi abuela y que cuando me viste ...digamos que me confundiste con ella —repuso la joven simulando un escalofrío de repulsión.

—Karen, debes comprenderme, no me he casado porqué el recuerdo de Georgiana eclipsaba a cualquier otra mujer...ella estaba tan sola... y en cuanto tu abuelo se obsesionó con su nueva amante ella buscó consuelo en mí...un jovenzuelo inexperto en busca de diversión y placer, a pesar de saber que nunca ocuparía un lugar importante en su vida, le juré amor eterno y que algún día me casaría con ella. Por eso, en cuanto te vi, me pareció que Dios estaba regalándome una segunda oportunidad. No pienses que no comprendí que eras otra mujer, pero me recordabas tanto a ella...

—Entiendo, pero debes encontrar tu felicidad Henry, no entierres toda tu vida debajo de un amor frustrado. Sé de alguien que estaría encantada de conocerte...

—Qué graciosa, media Inglaterra estaría encantada de conocerme —contestó arrogante, sin querer, sabiendo de su atractivo.

—Me refiero a una dama a la que realmente le gustaría conseguir algo más de ti que una noche de pasión.

—¿Casarme? —rio altivo como si fuera el absurdo más grande que jamás le habían contado.

—Algún día deberás hacerlo, ¿o quieres morir solo?

—Sé de algunas féminas que por un buen fajo de billetes estarían en mi lecho de muerte hasta que soltara el último aliento, aunque no pudiera ni sostener mis flatulencias.

—En serio Henry, me produces verdadera lástima.

—Está bien, está bien. Seguiré los consejos de mi nueva buena amiga ¿Quién es esa dama interesada en atarme la soga?

—Diana Towson, una buena amiga mía.

—No sé quién es-sinceró puesto que no conocía a Diana por su nombre sino por ser “la dama sin título pero con dinero de su padre”- está bien, accederé a que me la presentes, ¿y qué hay de ti? ¿de tus grandiosos planes feministas antisociales? —interrogó con tono burlesco.

—En ese sentido he avanzado mucho —empezó a relatar mientras ambos amigos trotaban a la par-he podido conocer a grandes personalidades...

Karen explicó todo cuanto había vivido en Francia, pasando por alto su embarazo, por mucha confianza que tuviera con Henry, jamás mancillaría el



nombre de su propio hijo frente a otra persona.

—¿Y los Duques? Es decir, ¿tu hermana y tu cuñado no pueden ayudarte a conseguir la documentación necesaria para abrir la escuela?

—Nuestra reputación ya ha quedado bastante en entredicho después de esta temporada, y Audrey teme que nuestro tío aproveche la debilidad para reclamar el Ducado de Devonshire, que como sabrás está en posesión de mi sobrino Anthon. Lo último que podemos hacer ahora es provocar tal estruendo colectivo a nuestro nombre, me haría falta alguien que intercediera por mí.

—Entiendo, entonces si quieres yo puedo ayudarte con eso, el consejero de la Reina me debe un favor y podría instarlo a que hablara con Su Majestad sobre el asunto, a ver si de esa forma conseguimos avanzar...

—Te estaría muy agradecida si hicieras eso por mí —el rostro de Karen se iluminó —con esto, por lo menos debo dejarte ganar una de nuestras competiciones de tiro —se permitió reír ante un rostro masculino que fingía ofensa-en serio, te deberé una, estoy en deuda.

—Pienso cobrármela cuanto más lo necesite, no lo olvides- ultimó el Duque de Rutland espoleando a su semental de regreso a Dunster.

—¿Saldrá indemne Doctor? —preguntó angustiado Asher al médico tras saber que su esposa estaba sufriendo de fiebres.

—Sinceramente señor, la salud de su esposa es frágil y no soportará otra noche más —respondió el diplomado pesaroso cerrando su maletín.

Lord Stanley se adentró en la recámara en la que Anne agonizaba, apenas tenía momentos de lucidez en medio del delirio de la enfermedad. Por lo visto, pocos días antes de que él llegara de Francia, la joven empezó a aquejarse de dolor de cabeza para luego entrar en fiebres hasta ese mismo día.

Se sentó a su lado y le cogió la mano, no la amaba pero le profesaba un profundo afecto y respeto y, por eso, permanecería a su lado hasta su último suspiro. Lady Stanley, Condesa de Derby, permanecía con los ojos cerrados y con un paño mojado sobre la frente para aliviar su calor.

De pronto, el llanto de William inundó la estancia desde la alcoba colindante provocando que las pesadas y doradas pestañas de Anne se entreabrieran; realmente, había llegado a amar a ese niño como si fuera suyo. Dios le había dado la oportunidad de cuidarlo siendo ella estéril y lo había acogido en su seno como si hubiera nacido de su vientre.

—William —susurró la madre adoptiva agónica.

—No te sobre esfuerces Anne, William se encuentra bien —reclamó su atención su marido apretando con delicadeza la palma de su mano de forma

efectiva, puesto que un par de ojos azulados a punto de extinguirse lo miraron.

—Asher-pronunció con dificultad- gracias por haberme dado la oportunidad de estar contigo y de tener un hijo, eres un gran hombre —intentó sonreír la joven apretando levemente la mano de su esposo, sabiendo que con su esterilidad, cualquier otro noble la hubiera repudiado y así acabar sus días en la desdicha.

—No tienes nada que agradecerme, eres una gran esposa y una gran madre.

—He intentado ser la mejor madre posible para tu hijo —Asher movió bruscamente la cabeza en su dirección sorprendido —siempre he sabido que era tuyo y de Lady Cavendish, William tiene la misma señal de nacimiento en el hombro derecho que tú...el tiempo...el parecido...demasiadas coincidencias.

—Lo siento —murmuró el caballero inclinando su cabeza bajo la mano blanquecina de su esposa en señal de remordimiento.

—No, por favor, no lo sientas...mi vida ha sido muy corta...

—No digas eso, no pienses en eso —suplicó Asher dejando que una lágrima traicionera resbalara por su mejilla y se topara con su barba.

—Escúchame por favor, siempre he sabido a quien pertenecía tu corazón, incluso antes de casarnos... en la casa de los Pembroke vi como la mirabas, y el escándalo...tras eso, decidí apartarme y acepté el cortejo de otro hombre del cual llegué a enamorarme... —Asher se quedó atónito —pero cuando iba a rehacer mi vida...tu madre apareció en mi casa y prácticamente me amenazó con destruir a mi familia si no te aceptaba en matrimonio, me contó que la Reina Victoria así lo deseaba... sabes que mi familia es noble pero no es poderosa y temí por el resto de mis hermanas que aún están por casar... —el Conde de Derby apretó los puños haciéndolos temblar y sus ojos se enrojecieron presos de la rabia que sentía hacia su madre en esos momentos.

—Siento que mi madre te utilizara... nos hizo desdichados por su propio beneficio...

—No, no me mal interpretes... no he sido desdichada, he llegado a amarte, pues no he conocido a otro hombre que tú y he llegado a sentirme celosa...

—Tampoco tú me mal intérpretes, no he sido desdichado, sólo digo que los dos hubiéramos podido conocer al amor verdadero... —Anne esbozó una sonrisa melancólica junto a una mirada comprensiva, apenas le quedaban fuerzas para hablar, se había esforzado mucho ya.

—Sólo prométeme que cuando yo muera, irás a por Karen...

—Anne...

—No, Asher, prométemelo...ignora a la sociedad, escapa de la Corte, escapa de este mundo... ¿o querrás verte un día como yo? ¿En una cama a punto de morir y sin haber luchado por aquello que realmente amaba?

—Te lo prometo, ahora descansa...y que Dios te conceda el paraíso Anne...

Tras aquella conversación la joven cayó en un profundo sueño, exhausta. Su familia llegó a media noche tras un largo viaje para velarla hasta que, en la madrugada, los dejó.

El Conde no había dormido ni se había separado de ella en ningún instante hasta que declararon su fallecimiento junto a los llantos desesperados de los familiares que inundaron la propiedad. El Almirante salió de la alcoba dejando a su difunta esposa y a su familia política dentro de ella.

—Hijo, espera, tenemos que hablar.

El sólo eco de la voz de su madre lo enervaba, no podía seguir soportándola, había arruinado su vida y la de una buena persona que acababa de morir, por sus propios intereses.

—¿De qué tenemos que hablar? ¿Madre? —alargó la última palabra haciendo que Ivonne retrocediera detuviera su paso hacia Asher, el cual lucía desmejorado y con claros signos de agotamiento.

—Ya veo que necesitas descansar —convino la mujer presurosa de alejarse.

—No, ahora quiero hablar —el Conde dio zancadas rápidas y firmes hasta la mujer cogiéndola por el brazo y arrastrándola hacia el interior de un estudio.

—Ay hijo, ¿qué te ocurre? —se quejó la mujer por el agarre hasta que Asher la soltó de mala manera sobre una silla.

—A partir de ahora vivirás en la casa que padre te dejó en Sheffield. Esta misma mañana emprenderás tu camino hacia ahí, no te preocupes por tus cosas, haré que te las manden. En cuanto al servicio, te llevarás los que yo diga, no quiero a nadie que pueda servir a tus ansias de control.

—¿Pero de qué estás hablando? —se escandalizó la Condesa viuda llevándose una mano sobre el pecho angustiada por tener que dejar el que había sido su hogar por muchos años.

—Lo sé todo, sé que amenazaste a Anne...

—¡Lo hice por ti! Era la única forma de acallar las habladurías que se formaron con esa desparramada de Karen... —Asher se abalanzó sobre su madre y rodeó su cuello con una sola mano.

—No te permito que hables así de la futura Condesa de Derby, ¿lo has entendido? —preguntó soltándola mientras ella afirmaba con un movimiento de cabeza.

—Te has pasado la vida manipulándome, y yo me he dejado. He sacrificado mucho por ti...por el bien del condado, por el bien de la familia... me hiciste cargar con la muerte de padre...

—Fue necesario...

—¡Vete! ¡Sal de mi vista!

## CAPÍTULO 25 —OCASO

*Primavera de 1845. Castillo de Dunster, Ducado de Somerset*

Tras dos semanas desde su regreso a Inglaterra, a su hogar, Karen había recuperado gran parte de su aspecto y salud habituales. Poco a poco iba recuperando su fuerza y su vitalidad gracias a la cercanía de su familia que le resultaba como un soplo de aire fresco sobre su herida. La herida que le había causado tener que separarse de su hijo.

En esa quincena, había establecido la rutina de sentarse a observar la puesta de sol desde una banqueta situada en el jardín de su cuñado estratégicamente. En ese espacio de tiempo del atardecer, el ambiente se tornaba fresco y gratamente satisfactorio para la joven que se placía con las caricias que el viento le regalaba. Al mismo tiempo, aprovechaba para bordar. Se reía de sí misma por esa nueva afición que había adoptado. Jamás le había interesado la costura, ni había tenido paciencia para ello, incluso recordaba haber tirado contra el suelo multitud de diseños que su institutriz se había empeñado en enseñarle. Sin embargo, un extraño alivio le recorría por la sien cuando bordaba pacientemente el nombre de “William”, llegando a soñar que algún día su hijo volvería con ella para poder ver aquello que había tejido para él.

Audrey divisó a su hermana en la lejanía, sentada en la misma banqueta que solía estar desde hacía varios días, se acercó a ella mirando hacia el sol

que iniciaba su descenso y con las manos entrelazadas a la altura de su vientre. Se quedó de pie al lado de Karen hasta que ésta levantó la cabeza de su bordado para mirarla de forma interrogativa. Por toda respuesta, Audrey la miró clavando sus ojos azulados sobre ella:

—La Condesa de Derby, Anne Stanley ha fallecido hace unos días.

Karen abrió los ojos desmesuradamente puesto que no esperaba semejante noticia. Realmente sentía verdadera lástima por su muerte pero sólo podía pensar en su pequeño. Lo que había sabido de la joven Anne era que cuidaba de William como si se tratara de su propio hijo y si ahora ella no estaba, ¿quién haría de madre para esa criatura? No quería ni imaginarse a una desconocida ocupando ese lugar, sin saber cómo trataría al hijo de otra mujer, Anne no podía tener hijos pero si Asher se casaba con una mujer fértil nada le aseguraba de que su hijo fuera tratado correctamente. De pronto, la ansiedad se apoderó de ella dejando sobre el mármol su labor y levantándose impetuosamente.

—¿Y William? —preguntó tras el momento de silencio que se había formado entre ambas.

—Quizás sea el momento de dar un paso Karen... —propuso Lady Seymour acurrucando la mano de su hermana entre la suya.

—¿Quieres decir? ¿Sería apropiado con la muerte de Anne tan cerca? No puedo presentarme en su propiedad sin invitación, no quiero causarle más problemas, tampoco sé cómo estará después de perder a su esposa...ni si me aceptará después de todo lo ocurrido.

—¿Y por qué no se lo preguntas? —quiso saber Audrey alzando una ceja y con una media sonrisa desconcertando a Karen, la cual hizo una mueca de confusión. Pero todo ápice de turbación se esfumó en cuanto detrás de Audrey vio que se acercaba una figura masculina con un bebé en brazos.

La misma tierra que la sostenía se adentró en su ser despertándola del letargo en el que había estado sumida, sintió como Dios le estaba regalando una segunda oportunidad en bandeja de oro y no pensaba desaprovecharla. Los rayos de sol rojizos destellaban contra los mechones dorados del hombre que se le estaba acercando más ella sólo tenía ojos para la pequeña criatura que tenía entre sus brazos. Sólo existía él en ese preciso instante, y ni si quiera ella misma importaba. No le importaba que sus piernas estuvieran a punto de desfallecer de la emoción así como tampoco le preocupaba la falta de aire en sus pulmones por la alteración, única y exclusivamente quería cargar a su hijo en brazos para jamás volver a separarse de él. Nada ni nadie podría haberse

interpuesto entre ella y ese bebé que movía las manos de forma inquieta en ese momento.

Dio pasos cortos y lentos hacia Asher, deseando que no fuera un sueño, deseando que no hubiera enloquecido. Un dulce llanto se propagó a través del húmedo aire chocando con su corazón de forma estrepitosa, haciendo que instintivamente alargara los brazos en su dirección.

Cuando se encontraron a medio camino, Karen miró a su hijo como si no hubiera visto nada más hermoso en su vida. Le había crecido el pelo desde la última vez que lo había visto y sus ojos ya tenían un color oscuro más definido. Sin mediar palabra con Asher, dejó que éste dejara al pequeño en sus brazos, el cual se calmó pocos segundos después de estar en contacto con su madre. Karen lo acunó, lo besó y rio mientras dejaba que las lágrimas de felicidad corrieran por su faz libremente. Era real, era William, y estaba con ella. Con el dedo índice acarició su nariz y su frente suavemente mientras le dedicaba palabras amorosas y promesas haciendo partícipe a Asher de una sensibilidad que desconocía en Karen.

Asher observó la escena y sintió que era el hombre más afortunado en esos instantes, el sol quedaba detrás de Karen haciéndola a ella y a su hijo como la verdadera representación del cielo en la Tierra; iluminándolos afablemente para poder dar paso a la noche, la cual ya despuntaba en el firmamento, a través de un fino hilo oscuro.

—Cásate conmigo —fueron las únicas palabras que Lord Stanley pronunció.

### **En la imagen una de las salas del Palacio de Buckingham**

Los preparativos de la boda se harían en la propiedad del Conde para que Karen pudiera permanecer cerca del pequeño William durante ese mes en el que aprovecharían para anunciar su compromiso. Para ello, todas las hermanas de la futura Condesa de Derby y la Baronesa viuda de Humpkinton se habían instalado en las dependencias de la mansión para acompañar a la joven. Incluso Robert y Edwin se habían trasladado, improvisando así un evento familiar y que daba bastante sentido de la decencia al hecho de que la futura esposa residiera en la casa de su futuro marido antes de la boda.

Por supuesto, y por petición expresa de la Baronesa Viuda, las dependencias de Karen se habían dispuesto justo en al ala contraria a las del Conde; asegurándose así que ninguna mala lengua pudiera hablar más de lo que ya lo debían estar haciendo.

Audrey, para darle más formalidad e integridad al compromiso, había mandado invitaciones a las personas más ilustres para celebrar un baile benéfico en el gran salón principal de los Stanley, momento en el que ella y Edwin anunciarían el enlace de las dos familias de forma oficial.

Sin embargo, siendo Asher miembro honorífico de la Cámara de los Lores y fiel servidor de la Reina Victoria, llegando a ser considerado en muchas ocasiones uno de sus consejeros más leales, era necesaria la aprobación de Su Majestad para que su matrimonio fuera aceptado para todos aquellos que los rodeaban.

Por ello, tras conocer la noticia de que el buen Servidor y Almirante de Asher Stanley tenía intenciones irrevocables de casarse con la intransigente y revolucionaria de Lady Karen Cavendish, la Reina había invitado a la joven más poco protocolaria de Inglaterra a su Corte.

—No, Karen, así no. Debes inclinarte de esta forma —repitió por enésima vez la señorita Worth a su antigua pupila. La familia había hecho venir a la institutriz para que hiciera recordar a la joven Cavendish como debía comportarse en un lugar tan relevante como lo era la Corte y todas las hermanas se reían al ver, a la ya crecida Karen, recibiendo clases que hubiera tenido que aprender a sus doce años.

—Mira Karen es así —intervino Liza acercándose a ella y elaborando una reverencia perfectamente sutil y elegante que la futura Condesa intentó imitar pero se desequilibró llegando a tener que sostenerse a un diván para no caerse, provocando así la risa estruendosa de Bethy y la de Liza mientras Audrey negaba con la cabeza y la señorita Worth se lamentaba de tener que volver a dar clases a esa insurgente.

—No os riáis —reprendió Audrey aguantando sus propias ganas de reír.

Karen se enfureció y mandó a callar a todo el mundo mientras salía de la estancia como alma que lleva el diablo, sin embargo, después de cerrar la puerta tras ella siguió escuchando las risas escandalosas de sus hermanas que llegaban hasta el final del pasillo, incluso la de Audrey. Su ceño estaba fruncido y su cuerpo en tensión, jamás había soportado todo ese protocolo e hipocresías y no lo haría ahora. Iría a la Corte porque daría su vida entera por su hijo y si debía acatar las exigencias de una Reina lo haría pero no aparentaría ser alguien que no era. Sería ella misma y, con eso, esperaba poder agradar a Su Majestad.

—No tienes por qué hacerlo —la sacó de sus pensamientos Asher, el cual se había acercado al lugar atraído por el alboroto, sorprendiendo así a la

joven estaba detenida en medio del pasillo con los brazos en jarras, unos brazos que se relajaron en cuanto el Almirante colocó sus manos sobre ellos de forma conciliadora. —No tienes por qué ir si no quieres, me casaré igualmente contigo, en Gretna Green si es necesario. Ya no me importa lo que la Reina pueda pensar ni el resto de sus vasallos...sólo te quiero a ti.

—No, Asher, debo hacerlo. Es el momento de afrontar la realidad en la que vivimos pero lo haré a mi manera.

—¡Aparta tus manos de ella! —regañó la Baronesa viuda levantando su bastón de forma amenazante hacia el futuro marido.

—Cuidado, puede llegar a hacerte más daño de lo que parece —agregó Robert Talbot que acababa de salir de su estancia y se encontraba con esa escena que tanto le recordaba al tiempo que tuvo que esperar para contraer matrimonio con Bethy.

—Será mejor que me vaya entonces —contrapuso Asher levantando sus dos manos en son de paz desapareciendo del lugar junto a su futuro cuñado.

La mansión de Asher había cambiado de un día para otro, por dondequiera se escuchaban los gritos de Anthon y de Mary peleándose mientras Alice estiraba del pelo blanco de Áurea y ésta lloraba. Pero peor se ponía el asunto en cuanto Rony intervenía entre los mellizos a favor de Mary haciendo que Anthon se enfureciera. Sólo cuando las madres ponían paz podían escuchar aquello que llamaban silencio mas era efimero ya que Audrey y Bethy suficiente trabajo tenían con los preparativos de la boda.

—Papá, Mary no me hace caso, sólo hace caso a primo Rony —se aquejó el castaño de ojos azules a su padre.

—Hazme caso hijo, por experiencia, nunca intentes dominar a la hija de tu madre. ¿Por qué no vas a comprobar que el primo William esté bien dormido? —el pequeño obedeció y corrió hacia la alcoba del bebé.

—Edwin, vamos a salir a cazar ¿quieres venir? —invitó Asher a su viejo amigo con Robert al lado, el cual ya estaba preparado para ir de cacería.

—Supongo que un poco de aire no me sentará mal —convino tras volver a escuchar los gritos de sus hijos a escasos metros.

La gran verja se abrió ante el carruaje oficial de los Seymour, el cual llevaba en su interior a Audrey y a Karen.

Tras pasar por diferentes salas y extensos pasadizos, llegaron al interior de un salón solitario en el que Reina las recibiría. El Palacio de Buckingham era realmente elegante y soberbio por dentro, con moquetas rojizas y techos bronceados de los que colgaban enormes y expensas lámparas de velas.



Audrey hizo una señal a Karen para que sentara en una de las dos sillas aterciopeladas que habían dispuesto para ellas enfrente a un gran diván de seda roja, en el que suponían que la Reina se sentaría. Karen obedeció y se sentó removiendo sus pies.

—Tarda mucho ¿no? —preguntó ofuscada la más joven llevándose una mirada reprobatoria de la mayor.

—Siento haberla hecho esperar Lady Cavendish, asuntos de Estado me han tenido demasiado ocupada —respondió La Reina Victoria entrando por una puerta trasera y provocando que Karen diera un respingo,” *Buen comienzo*”, pensó. Audrey se incorporó de forma correctamente perfecta para elaborar una majestuosa reverencia con la que se habría podido poner en duda cual era la Reina si no fuera por el claro hecho de que Audrey era la que estaba inclinada hacía la verdadera. Karen se levantó como si una mano invisible le hubiera dado un manotazo y se apresuró a hacer lo propio con unos gestos que no engañaban a nadie y que no pasaron desapercibidos por la soberana que la miró de reojo mientras se sentaba e indicaba a sus dos invitadas que hicieran lo mismo.

—Es un placer volver a verte Audrey —se complació la Monarca con una bonita sonrisa, era bella y bastante parecida a Audrey físicamente mas poseía una complexión pequeña — veo que vienes para acompañar a mi invitada.

—Así es Majestad, en esta ocasión he venido para acompañar a mi hermana Karen.

—Karen —se dirigió a la joven mirándola por primera vez directamente —he oído a hablar mucho de ti.

—Espero que de cosas buenas Majestad —contestó de forma natural la joven como si hablara con una amiga mientras Audrey intentaba mantener su posición estrictamente formal cuando en realidad tenía ganas de reprenderla severamente. Pero lejos de lo que Lady Seymour esperaba, una pequeña risa melódica salió de la Reina como si del canto de un pájaro se tratara.

—Algunos dirían que no son tan buenas.

—¿Pero debemos darle relevancia a la opinión de personas ajenas a nuestras personas? —repuso de forma audaz e inteligente Karen sorprendiendo a Victoria de Inglaterra , que había esperado a una mujer basta y vulgar y no a una natural, audaz y valiente que no dejaba de ser bastante agradable.

—Ciertamente no, si hubiera dado crédito a todos aquellos hombres que pensaban que yo no podía reinar, ahora no estaría aquí —Karen inclinó la cabeza con respeto en señal de gratificación con su reinado —

lamentablemente, vivimos en una sociedad en la que estamos destinadas a tener que demostrar día tras día nuestra valía por nuestra condición de mujer. Es por eso, que ayudé a tu difunto padre cuando quiso que su hija, aquí presente, heredera su ducado de alguna forma; sin embargo, sin mi posición jamás la hubiera podido ayudar así como si tu hermana no tuviera la reputación intachable que ostenta tampoco lo habría podido hacer. Debemos entender que nuestra posición nos favorece y jamás nos perjudica, aunque eso conlleve tener que aparentar de vez en cuando alguna sonrisa que verdaderamente no sentimos. ¿Comprendes eso?

—Sí, Su Majestad —aceptó el consejo sinceramente con el semblante serio y un pequeño asentimiento de cabeza con los ojos gachos.

—Debo confesar que no me agradó que uno de mis súbditos más leales deseara desposarse con una sufragista liberal, pero supongo que diferentes puntos de vista pueden venir bien a mi círculo —Karen enfocó a la Reina Victoria presa de felicidad por lo que esas palabras significaban y se removió inquieta en el asiento por la euforia que sentía.

—Es un honor para nuestra familia que acepte a mi hermana como esposa del Conde de Derby —agradeció Audrey mientras Karen no podía hablar de la emoción. La soberana sonrió y se levantó con la intención de abandonar la sala provocando que sus dos invitadas también lo hicieran.

## CAPÍTULO 26-TORRES MÁS ALTAS HAN CAÍDO

Karen se encontraba sola , por primera vez y por poco tiempo, tras haber pasado toda la madrugada y parte de la mañana siendo objeto de todo tipo de preparativos como: un baño en agua tibia con una mezcla especialmente preparada por los mejores perfumistas que Audrey tenía al frente de sus laboratorios a base de sándalo, almizcle, azahar, fresa y bergamota ; retoques en el vestido blanco de encaje y cola con un velo a conjunto; un recogido a media altura y la colocación de todas y cada una de las joyas que debería portar. Sin embargo, la joya que más lucía y que ella más apreciaba era la que llevaba en su dedo anular: la alianza que Asher le trajo a Bath.

Se encontraba precisamente dándole vueltas al anillo cuando de nuevo volvieron a irrumpir todas en el interior de la estancia.

—¡Karen! No te sientes, arrugarás el vestido —se aquejó Audrey mientras Joanne estiraba en las puntas de la larga falda unas arrugas inexistentes con consciencia.

—Toma, lo encargué en Carlisle a una artesana muy hábil —informó Bethy alargando hacia ella un ramo de flores meticulosamente compuesto y atado.

—Es precioso Bethy —admiró la novia.

—Audrey, ¿Y Gigi? —quiso saber Liza un tanto colapsada por toda la gente que había estado hiendo y viniendo.

—Audrey... es la boda de Karen, su melliza... ¿no crees que será muy cruel privarla de eso? —intervino Bethy conmocionada por la falta de la pelirroja llevándose una mirada severa por parte de la mayor.

—Ya le mandé la invitación, supongo que estará con el resto de los invitados en el lugar que se oficiará la ceremonia, no la he hecho venir hasta aquí porque no lo he estimado conveniente —repuso sintiéndose un tanto ofendida por haber sido llamada cruel por su propia hermana aunque no lo demostrara.

—¿En serio? —se emocionó Karen llevándose las manos sobre sus labios para luego echarse sobre Audrey apabullándola con tanto afecto en poco tiempo.

—¡Niña! Arrugarás el vestido —avisó la Baronesa —y ya tenemos el carruaje esperándonos, los invitados deben estar ansiosos y ni qué decir del Conde.

El carruaje era majestuoso, Asher escogió el más nuevo y hermoso que poseía y la Baronesa había mandado a decorarlo con grandes composiciones florales. Un fiel lacayo abrió la puertecita en la cual se erigía el escudo de armas de los Derby de forma orgullosa.

En el interior, debían ir Edwin, Audrey y Karen, sin embargo, Bethy y Liza no quisieron acomodarse en otro vehículo que no fuera el de la hermana que se casaba así que obligaron a Edwin a viajar con la Baronesa Viuda mientras soltaba toda clase improperios y maldiciones que las damas ignoraron por completo.

El clamor de los habitantes de la región se escuchaba por donde pasaran deseosos de ver a la nueva Condesa y, al llegar al lugar, cientos de curiosos esperaban alrededor de un pasillo que habían formado para que la novia y sus más allegados pudieran acompañarla.

Karen respiró profundo, sentía una extraña ansiedad que le invadía el cuerpo, amaba a Asher y no deseaba otra cosa que estar a su lado. Amaba a su hijo y esa era la forma de poder tenerlo cerca, sin embargo, a cada vuelta que daba la rueda del carruaje se sentía más oprimida. ¿Por qué debía ser todo tan aparatoso? Tanta gente y tanto rebombo... Tenía miedo de equivocarse, no sabía si realmente podría ser una buena esposa ni si su matrimonio correría el mismo camino que el de sus abuelos. Soltó un profundo resoplido, alejada del parloteo de sus hermanas, hasta que Audrey colocó su mano enguantada de la seda más cara sobre la de ella. Se miraron, y no hizo falta palabras, debía ser fuerte; su mayor lucha era contra ella misma.

El lacayo dio dos toques alertando de que habían llegado y sus hermanas descendieron una a una dejándola sola, era el momento. El momento de armarse de valor y afrontar su destino, estaba segura de que Asher era el hombre de su vida y que no harían como sus antepasados sino que intentarían equilibrarse y encontrar un punto medio ahora que habían madurado. Cogió aire y salió en cuanto vio a Edwin esperándola fuera; con la ayuda del mozo descendió para cogerse del brazo de su cuñado que inició la marcha hacia el interior.

En la marcha, primero vio a los lugareños mirándola con asombro y admiración, deteniéndose a aceptar un pequeño ramillete de flores que una niña cargaba con el deseo de entregárselo a esa bella dama que desfilaba como una princesa frente a sus inocentes ojos. Después, vislumbró a sus amigas, las beldades problemáticas que habían sido preparadas para entrar en la capilla tras de ella como acompañantes distinguidas.

Finalmente, se adentró en el lugar que el resto de los invitados esperaban para poder verla y ser testigos de una boda que nadie pensaba que podría haberse realizado nunca. A sus lados, familiares y amigos la miraban, pero ella sólo pudo ver a Asher.

Asher Stanley, era el hombre más apuesto que jamás había visto así que se extasió en saberse poseedora de su mirada y de su corazón. Sus ojos se entrelazaron y no se soltaron en ningún momento, hablando entre ellos un idioma totalmente propio, y transformando a los asistentes en seres inexistentes. El medio se escapó de Karen, había conseguido derrotarlo y nunca había estado tan segura de entregarse a ese hombre honorable y bondadoso que sería su esposo.

El Conde le pareció que la oscuridad de Karen se había evaporado por unos instantes, viéndola como a una estrella caída del cielo y que había cogido

forma de mujer. Un ser de luz hermoso y dispuesto a ser amado.

Al llegar a su altura, Karen fue entregada a Asher, el cual la cogió por la mano mirándola con devoción. Sus manos se unieron como ellos lo hicieron en matrimonio ante Dios y todos los presentes.

La celebración sería en los jardines de la residencia matrimonial, así que todos los invitados y los novios se trasladaron hacia el lugar pero esta vez, Karen y Asher viajaban en el mismo carruaje.

Sólo había sido suya una vez en medio de un oscuro bosque pero recordaba ese momento como el más extasiante y sublime de su entera vida. Y, ahora, la tenía sentada delante toda para él, más bella que nunca. Por fin lícita, por fin estaba permitido que la tocara, la besara y le dijera lo mucho que la amaba. Ella, brava como siempre, lo miraba desafiante sin amilanarse como muchas mujeres hacían el día de su boda. Provocadora, estimulante peligro, porque seguía siendo peligrosa puesto que era impredecible, indomable felina.

Al diablo la ceremonia y al diablo los invitados, estaba harto del protocolo, de las obligaciones. Quería encerrarse en una habitación con su esposa y no salir de ella hasta que las funciones vitales perecieran, quería saborearla sintiéndose dueño de su cuerpo y de su alma y, que al mismo tiempo, ella se sintiera de la misma forma con él.

Con el movimiento de la calesa, sus piernas se rozaban provocando leves chispas capaces de incendiar el vehículo.

De una vez por todas, era suyo y lícito, no podía apartar su mirada de él ni de su mirada oscurecida, es más no quería hacerlo. Quería provocarlo y que se lanzara sobre ella, quería sentirlo, saborearlo con la libertad de una esposa para con su esposo. Sentía como el corsé le apretaba su cuerpo estaba deseoso de ser liberado de esa tela que la privaba del contacto directo con el Almirante. Había algo que había soñado hacer y jamás lo había hecho, así que se aventuró a pasear sus dedos sobre los mechones dorados de su marido tal y como tantas veces lo había imaginado, para ello tuvo que inclinarse hacia delante y apoyar su mano sobre una de las piernas masculinas.

La hechicera lo había embrujado por completo con todos sus conjuros y el roce de su mano contra su muslo sólo fue ese ingrediente secreto para arrastrarlo a las catacumbas de la irrealidad y la locura. La levantó de su asiento con un movimiento fuerte y rápido para sentarla sobre sus piernas, momento en que devoró sus labios. Sus labios se le antojaron un sorbo de pócima embriagadora y se aferró a ellos como si no existiera nada más sobre

esa Tierra plagada de elementos banales al lado de esa pitonisa del amor.

Colocó sus manos alrededor de su cintura fervientemente, estrechando su cuerpo contra el suyo propio mientras ella rodeaba su cuello con sus delicadas manos. Ese era su paraíso, el éxtasis y la ambrosía personificadas en una mujer. Sintió como si el sonido de sus besos pudiera llegar hasta la mismísima Corte Inglesa y poco le importó. Sólo le importaba su esposa, su tan esperada y deseada esposa.

Dos toques sonaron en la puerta avisando a los nobles ocupantes de que habían llegado más el lacayo cerró la puertecilla rápidamente asustado y conmocionado intentando erigirse en el exterior del carruaje con un posado neutral y su mirada al frente mientras los invitados miraban al carruaje extrañados.

—Deberíamos salir —paró Karen a su ferviente amante que parecía haber enloquecido mientras se llevaba su mano sobre los labios enrojecidos —sobre todo ahora que aún llevamos ropa —bromeó la nueva Condesa de Derby.

—Que esperen —sentenció Asher volviéndose a aferrar a ella.

—Hay ilustres invitados, daremos mucho de qué hablar... —quiso intentar hacer las cosas correctamente Lady Stanley.

—Nunca pensé que serías tú la que me instarías a ser formal.

—Debemos hacerlo, en la intimidad seremos dos locos desquiciados. Tú me apoyarás en mis insurgencias en la privacidad y yo fingiré ser una dama medianamente decente en público. —Asher apretó el entrecejo fingiendo que estaba reflexionando el pacto que le estaba ofreciendo su mujer.

—Está bien, trato hecho- extendió la mano esperando a que Karen la estrechara como sello de su acuerdo, y así lo hizo.

Ambos salieron del carruaje tras varios y largos minutos en los que los rumores ya habían corrido como la pólvora mientras Edwin y Robert reían a media voz, Audrey aparentaba no estar en el lugar y Bethy parecía un tomatito escaldado mientras intentaba que Liza parara de preguntar ” *Qué pasa*” “*Qué pasa*”. Ni qué decir de la Baronesa, que había inventado una extrema jaqueca para retirarse corriendo.

La primera en ir a recibirlos tras el estupor general fue Gigi que peinó disimuladamente el pelo negro de su hermana mientras la abrazaba.

—¡Oh Gigi! ¡Me hace tan feliz verte aquí! —alabó la recién casada abrazando con fuerza su melliza.

El banquete fue todo un éxito a excepción de alguna que otra lengua viperina que rápidamente fueron cortadas por las intervenciones de Audrey.

—... ¡y ahora que nos deleiten con un baile! —pidió Robert Talbot que fue el encargado de recitar un discurso al reciente matrimonio.

Los Condes de Derby aceptaron e iniciaron una de sus danzas tan particulares y afectuosas en las que quedó demostrado y más que claro para todos los presentes que aquellos dos seres tan dispares, se amaban.

## CAPÍTULO 27-NO COMÚN

El ansiado y esperado momento había llegado, ese instante en el que podrían disfrutar de su intimidad con total libertad y legalidad.

Era un hecho poco frecuente que el matrimonio victoriano se amara verdaderamente y mucho menos probable era que disfrutaran del lecho conyugal, provocando así que las esposas fueran simples receptoras para poder engendrar y , que muchos esposos, buscaran deleitarse en prostitutas; las damas de distinguida clase eran educadas con una severa moralidad en la

que incluso podía ser un pecado disfrutar del placer carnal, por ese motivo, aceptaban que sus esposos tuvieran amantes pero eso sí, todo con la máxima discreción. Se trataba de una doble moralidad que rozaba la hipocresía: de cara a la galería se mostraban rígidos y perfectamente puritanos mientras en la intimidad, en muchas ocasiones, se transgredía la decencia entrando en la promiscuidad.

Sin embargo, gracias a la bendición divina, Asher y Karen sí se amaban. En medio de aquella sociedad inglesa que se vanagloriaba de despreciar el placer, ellos habían sabido sentirlo el uno para con el otro sin remordimientos; llegando a entregarse a la pasión que había entre ambos con el total convencimiento de que, para ellos, no había nada mejor en ese mundo.

Asher esperó un poco a que su mujer fuera despojada del pesado vestido para poder entrar a la alcoba. Tras la boda, inmediatamente había mandado trasladar todas las pertenencias de su esposa en su recámara, deseando compartirla hasta el día de su muerte.

En cuanto vio que las doncellas se apresuraban a salir con la mirada gacha, él también hizo lo propio adentrándose en ese espacio que ya no era sólo suyo sino de alguien más. El primer cambio en el lugar fue el aroma terriblemente sensual y enérgico que invadía las paredes, antes empapadas de un aroma masculino característico.

Lo que no esperó era encontrarse con Karen sumergida en una tina de agua caliente, pensaba que estaría esperándolo con un camisón sobre la cama. Pero con ella nada era común o simple así que se quedó estático observándola mientras ella seguía con los ojos cerrados, ajena a que su largo pelo oscuro se estaba esparciendo sobre el agua y ajena a que su cuerpo era perfectamente visible para él, el cual estaba totalmente extasiado con aquella visión que Dios le había regalado. Tras unos instantes, Karen abrió sus orbes negros enfocando a Asher como si la situación no le fuera extraña y como si hubiera sabido desde el principio que el Conde estaba delante de ella mirándola, estudiándola con fervor.

La joven desprendía una seguridad en ella misma descaradamente desquiciante y envolvente y eso sólo hacía que Asher aún se estimulara más. Como Almirante, había pasado largos períodos de tiempo en alta mar, y había escuchado centenares de leyendas sobre unos seres místicos en forma de mujer realmente hermosos que hechizaban a los marineros, las sirenas. Nunca creyó en eso, hasta ese día. Karen era voluptuosa, sensual y bella y, bajo el agua, sólo se acrecentaban sus atributos y su encanto.



La sirena lo miraba fijamente con sus ojos Condenadamente penetrantes y profundos hasta que con la mano le hizo una seña para que se acercara, a la cual obedeció como si estuviera hipnotizado.

Mientras Asher se acercaba, Karen salió de la bañera lentamente mostrando todo su esplendor femenino a su esposo; haciendo que él se embelesara hasta con el suave roce del pie mojado contra el suelo. La respiración del noble caballero se aceleraba por momentos y no aminoró cuando al llegar a la altura de ella, ésta empezó a desvestirlo sin mediar más palabra que una mirada intensamente tensa.

Ella se complació al poder despojar a su esposo de su ropa, rozando cada parte de su figura masculina con devoción, ternura y amor. Cuando el noble caballero estuvo completamente expuesto a su esposa, ésta lo empujó con afecto hacia la vaporosa tina. Él se dejó hacer, no estaba acostumbrado a que una mujer lo guiara y mucho menos en la alcoba, pero se sentía extrañamente complacido con la iniciativa de Karen.

La nueva Condesa de Derby empezó a masajear con un paño humedecido con esencia de bergamota el cuerpo del Conde desde el exterior como si se tratara de una simple doncella, con la diferencia de que ella estaba completamente expuesta a él, en todos los sentidos. El primero en descubrir esa nueva sensación fue el torso ancho y esculpido, después los afortunados fueron los fuertes brazos y; por último, las piernas llegando a rozar la virilidad masculina. Momento en que Asher no lo soportó más e introdujo a su esposa en el agua caliente junto a él.

Lord Stanley imitó a Karen y empezó a masajearla más esta vez sin paño, directamente con su ruda y tosca mano provocando en la joven suspiros y lamentaciones que fueron ahogadas por un largo y encendido beso.

Harto de la dificultad del lugar, el Almirante se incorporó con Karen en brazos y salió de la tina para dejar a su esposa completamente húmeda sobre el lecho, empapando las sábanas.

—Te amo —confesó Karen mientras aceptaba al cuerpo de Asher sobre el suyo.

—Y yo —sentenció él adentrándose en ella hasta que ambos sucumbieron al clímax.

Asher estaba acostumbrado a levantarse por la madrugada mas ese día en particular deseaba quedarse junto a su Condesa en la cama hasta el día siguiente. Sin embargo, su deseo se vio frustrado al ver que era Karen la que había abandonado el lecho.

Al principio se enfureció, una esposa jamás debía abandonar la cama antes que su esposo, pero luego recordó con quien se había casado y decidió esperar antes de salir enfurecido por la puerta en su búsqueda.

Todo rastro de enojo se disipó en cuanto vio que Karen, con un camisón blanco, se adentraba en la habitación con William en brazos, el cual ya empezaba a sostener su cabeza y a responder mejor a los estímulos.

—Mira, papá —habló con una inusual delicadeza la madre señalando a Asher que tenía su espalda contra la acolchada cabecera mientras el pequeño emitía sonidos cercanos a una risa.

Karen se adentró de nuevo en la cama con su hijo y los tres disfrutaron como nunca lo habían hecho a pesar de ser una familia. Pasaron el día haciendo juegos con el pequeño, cantándole canciones, comiendo, durmiendo... No fue el día apasionado que el Conde había esperado pero fue mucho mejor que eso puesto que poder ver a su familia reunida fue su mayor gratificación.

Por la noche, Karen llevó al pequeño William a su habitación y lo acunó hasta que éste quedó completamente dormido. Dejándolo bajo la supervisión de una doncella que dormía en la misma recámara que el heredero salió de la estancia para volver a la matrimonial sorprendiéndose en encontrar otra tina de agua caliente en su interior.

—¿Y esto? —quiso saber Karen preguntándole a su esposo que sólo llevaba una bata encima.

—Me gustaría verte otra vez dentro del agua.

—¿Sabes que pensarán que estamos locos no? La mayoría de los ingleses ni si quiera toman un baño caliente a la semana, dicen que puedes caer enfermo.

—Eso son supersticiones, así como la mayoría de los ingleses no se casan enamorados —convino él empezando a desvestirla entre sonrisas.

—Tienes razón...

Ivonne Stanley, Condesa viuda de Derby, había estampado contra la pared todo tipo de jarrones, vasos y libros que sus fuerzas le habían permitido al enterarse que su hijo, finalmente, se había casado con la desarrapada y altanera de Karen Cavendish.

No quería perder el control de su Condado simplemente no quería perder. Y es que para ella, que una Cavendish ocupara su lugar era toda una afrenta. Debía acabar con ella como fuera y así lo haría.

## CAPÍTULO 28-ACTOS DE PRESENCIA Y DE

## DESAPARICIÓN

Karen Stanley, Condesa de Derby, se levantó esa mañana como llevaba haciéndolo desde hacía varias semanas para ir en busca de William. Al llegar a la recámara infantil, se encontró con que la doncella ya lo cargaba en sus brazos.

—Se ha despertado pronto hoy —informó la sirvienta al ver a su Señora entrar.

—Está bien, dámelo —quiso cargar a su hijo deseosa de sentirlo junto a ella. Desde que había podido recuperar-lo, sentía el miedo constante de perder-lo otra vez, Asher le había dicho que eso era porque había pasado mucho tiempo lejos del pequeño y así quería creerlo porque si realmente volviera a separar-se de él, enloquecería.

—Tiene una visita mi Señora —informó el señor Lawrence, que se había trasladado a la propiedad en la que residía su Señora como su ayudante más fiel.

—¿De quién se trata?

—Es Lord Henry Manners- informó el lacayo.

Lady Stanley intentó aparentar normalidad con un simple asentimiento de cabeza mas por dentro se le removieron las entrañas. No había olvidado que Henry le había prometido interceder por ella en la Corte sobre el asunto de la escuela femenina, sin embargo, pensó que siendo como era su amigo seguramente se habría olvidado o no le habría dado más importancia. Ahora que estaba casada con Asher, éste podía tomarse realmente mal que otro hombre hubiera intercedido por ella en un asunto que seguramente no le hacía mucha gracia. No sólo eso, tampoco había explicado a su esposo lo que Henry realmente sentía y seguramente, Asher, seguía pensando que Lord Manners estaba enamorado de ella.

Con mucho tiento devolvió su pequeño a la doncella y se dirigió hacia el salón donde el Duque de Rutland la esperaba, pero había llegado tarde puesto que Asher ya estaba dentro.

—¿Cómo te atreves a venir aquí?

—Por favor, Stanley, olvidemos las desavenencias del pasado, he venido como amigo...

—¿Amigo? ¿Después de haber asediado a mi esposa por donde pasara y haberme insultado frente a ella?

—Asher —intervino Karen entrando en el salón provocando que la mirada de los dos hombres recayera en ella.

—¡Panterita! —saludó Henry con su habitual tono de humor provocando que Asher lo cogiera por el cuello de la camisa mientras sus venas frontales se le marcaban.

—¡Asher! ¡Por favor! No me avergüences. Lord Manners es un buen amigo mío, al contrario de lo que puedas creer, él tan sólo está bromeando —trató de explicar la joven a un hombre poco dado a la burla o a las bromas, haciendo que éste dejara el cuello del Duque mientras esbozaba un gesto más serio de lo habitual. —Por favor, escúchame —suplicó Karen cogiendo la mano de su esposo, su intransigente esposo —Henry ha venido para ayudarme con el asunto de la escuela, ¿te acuerdas? Él ha sido quien ha intervenido por los permisos y supongo que vendrá a contarme como se ha desarrollado el proceso —el gesto de Asher se deformó ofendido y enfurecido —¿Qué ocurre? Él se ofreció para ello antes de que nos casáramos...

—¿Qué ocurre? Lo que ocurre es que pensé que ahora que estábamos casados formábamos una coalición y que si te hacía falta un documento yo intercedería por ti y no éste...éste sujeto que te llama "*panterita*" frente a mis narices. Pensé que lo de ir por tu cuenta había terminado.

—Oh, oh —se interpuso Henry llevándose una mirada nada afable del Almirante mientras levantaba las manos en son de paz —déjeme que le cuente Señor Conde —inició irónico, puesto que él era Duque —ya entiendo la confusión, no tengo intención alguna de usurparle el lugar de esposo, digamos que cuando me fijé en su esposa, aquí presente —continuó mirando de arriba a abajo a la Condesa de forma lujuriosa mientras ésta rodaba los ojos —estaba confundido y ahora sólo quiero ayudarla.

—¿Confundido? ¿Qué clase de confusión? —quiso saber Asher que se le empezaba a agotar la paciencia y estaba a punto arremeter contra ese desvergonzado. Lord Manners resopló hastiado por la conversación y la rectitud de su interlocutor.

—Estuve enamorado de su abuela —confesó seriamente mirando fijamente a los ojos azulados de Asher el cual intentó parecer sensato ante tal confesión pero no pudo evitar una sonrisa burlona mientras Karen miraba hacia otro lado avergonzada.

—... ¿Lo veis? La Reina y Los Ministros han firmado el permiso que me permite abrir una escuela femenina mas no me dejarán hacerlo hasta que no presente los nombres de las personas que impartirán clases. Me han recalcado que no pueden ser hombres. Así como también esperan que otro noble con buena reputación se una a mi causa porqué dudan de mis buenas intenciones al

respecto.

—¿Y los culpas? —interrogó Karen a uno de los calaveras más conocidos de la nobleza británica. ¿Qué deberían haber pensado en la Cambra de Lores cuando Henry solicitaba la firma para abrir una escuela de mujeres? Un hombre que vivía una vida de desenfreno y que no aparecía en la vida política ni para votar por un canal de agua. Tenía ganas de reír al imaginárselo pero debía mostrarse serio ante la situación, sobre todo por qué le interesaba que eso saliera hacia delante —Como sea, las mujeres que pueden impartir las clases están dispuestas a trasladarse en cuanto me comuniquen con ellas, tengo sus nombres y pueden hacer acto de presencia en cuanto se lo pidamos. En cuanto el noble...

—¿Cuántos lores votaron a favor de esta propuesta? —quiso saber Asher penetrando en el ámbar del Duque.

—Sólo los necesarios, la mayoría estaban en contra y tuve que tirar de algunos favores para conseguirlo. Después de esto creo que mi reputación ha llegado a los lindares más bajos del inframundo pero me importa un soberano comino —relató el noble que pasaba de los cuarenta años, mientras daba un trago al coñac que su nuevo amigo le había ofrecido.

Asher se quedó callado, pensativo, con su espalda erecta y sus mechones dorados bien peinados. Había pasado toda su vida en el equilibrio, limitándose a ser fiel a Su Reina y no entrometiéndose en demasía en asuntos políticos que podían salpicar-lo pero era el momento de coger el timón de su propia embarcación, de su vida.

—Ese noble seré yo —dijo sin más el Conde provocando que Karen se abalanzara sobre él para abrazarlo eufóricamente. Seguramente, en cuanto Asher hablara con los lores acerca de su intención de participar en la escuela femenina, la primera en toda Inglaterra, sabrían que detrás de todo eso estaba su esposa, Karen; la famosa sufragista que se había ido a Francia para codearse con las feministas más importantes de Europa. Eso le causaría la enemistad de muchos por demostrar una mentalidad progresista pero se ganaría el favor de los sectores más liberales. Por primera vez, dejaría de ser un simple y fiel sirviente de la Reina y se implicaría en política por sus propios intereses.

Las esperadas visitas fueron llegando a la mansión de los Derby tras un tiempo prudencial de la ceremonia en la que Asher y Karen se habían unido en matrimonio. Los primeros en visitarlos fueron, y como no podía ser de otra forma, los Duques de Somerset junto a los Marqueses de Salisbury.

La familia cada vez era más extensa y los salones, a pesar de toda su amplitud, se hacían pequeños ante la presencia de tantas ilustres y carismáticas personalidades.

Por un lado, estaba Audrey sentada en un diván al lado de la Baronesa planeando con Karen y Asher los días que irían a Chatsworth House junto al pequeño William. Mientras, Bethy y Robert intentaban lidiar entre Alice y Aurea que no cesaban en su disputa por Rony. Las dos niñas de apenas dos años se habían congraciado tanto con el heredero de Salisbury que una no podía jugar con él sin que la otra se enfurruñara. Finalmente, estaba Edwin, aislado en un rincón del salón con Anthon y Mary correteando a su alrededor mientras él se limitaba a leer el boletín ignorándolos por completo.

—¿Dónde está Liza? —se apresuró a saber Edwin al percibir que entre la verborrea general del salón no se escuchaban las notas de contralto de la última de las Cavendish. Todos los presentes miraran a su alrededor, incluidas las doncellas y los sirvientes pero no había rastro de la joven. Era muy extraño que Liza se alejara de su familia, es más, era una pequeña dama muy apegada a los suyos y no gustaba de rebeldías ni de juegos.

—La última vez que la vi cargaba a William—informó con espanto Karen al notar que su hijo tampoco estaba entre ellos al mismo tiempo que se incorporaba de un salto y salía apresuradamente de la estancia gritando el nombre de su hermana pequeña, ante la conmoción general que no terminaban de entender cómo podía ser que un miembro de su familia desapareciera frente a ellos.

—Rápido, que dos lacayos la busquen por esta planta yo iré al jardín junto a Asher y Robert que vaya arriba con Roderick —ordenó Lord Seymour tal y como estaba acostumbrado a hacer en el ejército. Los demás obedecieron al que consideraban el cabeza de familia a pesar de que cada uno había formado la suya propia.

Edwin y Asher cogieron de las manos de los lacayos las armas que habían depositado al entrar a la mansión y salieron al jardín junto a unos hombres en busca de Liza mientras Robert, al lado de su lacayo más fiel, se apresuraba a batir todo el piso de arriba.

Audrey, Bethy y la Baronesa se quedaron en el salón con el resto de los vástagos para garantizar que ninguno más desapareciera bajo la protección del mismo mayordomo y algunos sirvientes.

—No entiendo cómo ha podido pasar, frente a nosotros ha desaparecido vuestra hermana y el pequeño William. Es inaudito — dio forma a lo obvio la

Baronesa pasándose un pañuelo de fina seda blanca por la sien pensando que esos últimos años al lado de esas jóvenes había sufrido más espantos que en toda su vida.

—No llores Bethy, haz el favor —suplicó Audrey con poca sutileza mientras cargaba a una Áurea desconsolada por ver a su madre llorando.

—Ay mi Liza, mi William...tranquila pequeña, mami está bien —lloriqueó la blonda cogiendo de los brazos de su hermana a su hija mientras Rony también se abrazaba a ellas.

—Mamá, ¿qué ocurre? —preguntó Anthon que, con sus cuatro años, ya mostraba un carácter elocuente y pausado.

—Nada hijo, tan sólo que tu tía Liza se debe haber perdido con tu primito...

—¿Entonces por qué tanto alboroto? —inquirió la melliza del Duque de Devonshire, Mary, clavando sus ojos gélidamente azules sobre su madre. Audrey no podía escapar de esa niña, era la única que siempre conseguía remover su interior y romper su máscara imperturbable, así que decidió quedarse callada mientras sentaba a Alice a su falda y la mecía.

## CAPÍTULO 29 —LA PANTERA

A Karen se le empezó a henchir la vena yugular al mismo tiempo que todos los músculos de su cuerpo se tensaron, no podía comprender como había podido ser tan estúpida como para permitir tal incidente. Estaba segura de que se trataba de un secuestro, conocía muy bien a Liza y ella jamás se alejaría de su familia por su propia voluntad, ni si quiera dentro de una misma casa.

Su madre había hecho de ella una víctima por mucho tiempo hasta ese día en el que se prometió no volver a dejarse intimidar por nada ni nadie. Sin embargo, había fallado. Se había dejado llevar por la felicidad del momento, por la tranquilidad del hogar y la seguridad que Asher le ofrecía; y ahora, estaba pagando las consecuencias. Alguien quería pasar por encima de ella pero no se lo permitiría.

Quien fuera que fuese el bandido que se hubiera atrevido a cometer

semejante desfachatez, la había sorprendido desarmada mas no sería por mucho tiempo. Corrió todo lo rápido que pudo hacía el desván en el que estaban acumuladas todas sus pertenencias, aún por organizar, y empezó rebuscar entre ellas su arco y sus flechas. Una vez tuvo en su poder a su arma predilecta corrió hacia la alcoba y sacó de un pequeño cajón aterciopelado su pistola.

De nuevo volvía a ser esa joven siempre a la defensiva y alerta, por eso en cuanto escuchó unos pasos tras de ella no dudó en girarse con su arma cargada apuntando directamente hacía el pecho del intruso.

—¡Uo, uo! —se apresuró Robert a alzar las manos en señal de rendición ante su cuñada mientras Roderick inspeccionaba el lugar.

—Robert, eres tú —bajó el arma aliviada.

—Hemos venido a buscarte, un lacayo nos ha informado de que Asher ordena que te quedes en el salón junto a tus hermanas mientras él busca en los alrededores junto a Edwin —explicó el marido de Bethy —Nosotros —continuó señalando a la montaña que lo acompañaba y a él mismo —vigilaremos la propiedad, no tienes por qué preocuparte, te acompañaremos con el resto de las damas —el problema era que Robert no había tenido muchas ocasiones de tratar con la hermana de su esposa y aunque sabía de su carácter fuerte jamás lo había vivido en persona . Sin embargo, sin necesidad de habar mucho más, rápidamente entendió que esa joven que tenía delante poco o nada tenía que ver con su amada Bethy. Los ojos negros de su cuñada brillaron tempestivamente como si fueran dos balas a punto de explotar en su dirección y lejos de amedrentarse ante él o ante la orden de su marido, parecía saborear con alevosía un mandato que pensaba desgarrar con sus afiladas zarpas.

—Creo que has entendido perfectamente que no voy a volver “junto a las damas”, sino que voy a salir por esa puerta —señaló la salida de la recámara —y voy a remover cada milímetro de esta casa hasta encontrar a mi hermana y a mi hijo —convino Karen, la cual había leído en los ojos del Marqués de Salisbury la comprensión de un hecho que no podría remediar.

—Está bien, entonces iremos juntos —sentenció el medio escocés que no permitiría que su hermana política fuera sola.

Con esta rara conjugación de los astros, iban Robert, Roderick y Karen estancia por estancia interrogando a todos y cada uno de los sirvientes que se mostraron tan preocupados por el heredero del Condado como ellos.

—Siento que estamos perdiendo el tiempo —refunfuñó Karen —



seguramente el vil rastrero que haya secuestrado a mi hijo ya esté lejos de aquí, ¿por qué quedarse en la misma propiedad que nosotros?

—Puede que tengas razón, de todas formas, esta mansión es lo suficiente grande como para poder esconderse por un largo tiempo sin ser visto... y tal y como se ha dado el secuestro debe de ser alguien que conozca el lugar... piensa que no hemos oído gritos, que nadie ha entrado con una pistola... — meditó Lord Robert Talbot empujando con el pie la puerta de lo que parecía un despacho abandonado.

La estancia era oscura, daba la sensación de que no se habían pasado las cortinas desde hacía medio siglo sin mencionar que las telarañas colgaban al lado de las lámparas con total libertad y hacían filigranas hasta los cuadros. Karen se extrañó, por norma general los sirvientes limpiaban todas y cada una de las habitaciones aunque éstas no se usaran, podía suceder que en alguna hubiera más polvo que en otra, pero aquello era totalmente inexplicable.

Lady Stanley se apresuró en tirar de las altas y pesadas cortinas haciendo que una nube de polvo se levantara junto a los rayos de sol que se apresuraron en iluminar el lugar. Los tres rastreadores improvisados quedaron sorprendidos, habían pasado por muchas estancias desde que habían iniciado la búsqueda pero ésa era totalmente diferente a las demás. No sólo era la sensación de suciedad y abandono sino que los objetos y enseres estaban removidos como si hubiera habido una confrontación física en ese mismo lugar hacía ya muchos años.

Se trataba de un estudio señorial, grandes librerías rodeaban la estancia dejando al medio una imponente mesa en la que había plumeros y botes de tinta esparramados. Karen rodó los ojos intentando captar toda la información, sintiéndose extrañamente transportada al despacho de su abuela Georgiana. Había algo en el lugar que le recordaba a su antecesora.

—¡Dios mío! —se sorprendió Karen provocando que sus dos acompañantes se alertaran.

—¿Qué ocurre? —se apresuró en saber Robert más la Condesa no respondió puesto que tenía su mirada puesta en una gran escultura que había en una de las esquinas.

“*Demasiada casualidad*”, pensó la joven que no podía dejar de relacionar esa pantera tallada en cobre con las panteras representadas en la puerta del despacho de su abuela. Una extraña intuición la empujó a abrir todos los cajones de la mesa presidencial con brío ante dos estupefactos hombres que no terminaban de entender el proceder de la dama. Abrió uno

por uno, todos los cajones, causando un estruendo que llegaba al medio del pasillo, removió papeles y objetos carentes de importancia hasta que dio con un trasfondo escondido en el último. No podía abrirlo con sus propias manos, estaba cerrado con una llave y temía que si hacía uso de la pistola pudiera dañar el interior así que miró interrogante a Roderick el cual procedió a ayudar abriendo una pequeña puertecilla sin dificultad; momento en el que Karen se cernió sobre el hueco y sacó de él un papel envejecido y un colgante.

*“Amada mía, te he escrito cientos de cartas aunque no he llegado a enviarte ninguna. Aún recuerdo cuando tan sólo éramos dos jóvenes inexpertos amándonos en secreto y esos recuerdos, tan lejanos, me aportan más felicidad que la cercanía del presente. He sabido que tu esposo, el Duque de Devonshire, no te ama. Dudo que haya algún hombre que no te ame encima de esta lánguida tierra, pero sí estoy seguro de que no sabe amarte. No te ha sabido comprender como yo lo hubiera hecho. Dicen que se avergüenza de tu naturaleza y de tus actos cuando yo sólo puedo admirarte por todo ello.*

*¿Tan insoportable hubiera sido tu vida al lado de la mía? Me rechazaste alegando que no querías arrastrarme a una vida de desdicha y deshonor, me dijiste que querías que yo fuera feliz. Pero no lo soy amada mía, sacrificaste nuestro amor por pensar que así salvarías mi reputación y mi nombre pero tan sólo enterraste mi corazón y mi alma. ¡Qué cruel! Fue saber que tus padres te habían entregado a un poderoso y rico hombre cortando así tus preciosas alas, sin embargo, sé por fuentes fiables que has llegado a amarlo, que lloras desconsoladamente noche tras noche mientras él sostiene la mano de su nueva amante por todo Londres. No me duele que lo ames, me duele que seas desdichada. Me atormenta que ambos seamos dos pobres desgraciados, cuando hubiéramos podido ser tan felices.*

*Recuerdo la primera vez que te vi, tan sólo tenía dieciséis años. Mi primo Joseph me retó a entrar en los pasadizos subterráneos y, aunque debo decir que tenía mucho miedo, con una antorcha me adentré en ellos. Esos caminos clandestinos llevaban a diferentes puntos de Inglaterra así como conectaban con diferentes casas señoriales, pero el juego que habíamos dispuesto era el de llegar hasta una pequeña construcción bastante cercana que estaba deshabitada. Yo estaba solo, el conducto era oscuro y sólo tenía la luz de mi hachón pero de pronto, ahí estabas tú. No había miedo en tu rostro, sino diversión, tus ojos brillaban peligrosamente y lejos de*

*asustarme me pareciste un ser mágico. Debo confesar que no entendí que eras un ser humano de carne y hueso hasta que salimos. Llevabas un vestido blanco mientras tu pelo negro caía en forma de manto sobre tus hombros y empezaste a hablar conmigo como si me conocieras desde siempre. Quedé prendado. Cuando llegamos a esa propiedad solitaria me contaste que habías venido al condado por una invitación y que habías querido ver esos famosos pasillos clandestinos con tus propios ojos. Tu valentía me sedujo, por eso te cogí por la cintura y te besé. Mi primer beso. El primer beso de un hombre. Durante toda tu estancia en casa de la amiga de tu madre, nos reuníamos en los pasillos y nos enamoramos, nos besamos y nos amamos. Al iniciar tu debut en sociedad te cortejé con intención de hacerte mi esposa pero ahí fue nuestro final.*

*Como un loco desquiciado, aún recorro esos pasillos en los que te imagino corriendo vestida de blanco y con tu pelo negro volando tras de ti. Oh amada mía, jamás te olvidaré. “*

Karen se llevó una mano sobre sus labios tratando de contener la emoción, y con las manos temblorosas abrió el medallón.

—¿Eres tú? —preguntó extrañado Robert al ver el retrato de una hermosa joven con el pelo oscuro y la tez blanca.

—Sí, soy yo —mintió sin más Karen sin querer desvelar los secretos de la familia de su esposo. Cerró el colgante y se lo colgó de su cuello mientras fruncía el ceño en dirección a la pantera que se erguía imponente. No lo dudó, no lo pensó. Se acercó a pasos decididos al tallo y posó su mano sobre el animal, presionó y ahí estaba: el pasadizo secreto.

Lady Stanley miró a su cuñado y a Roderick y sin hablar se entendieron, los tres cogieron candiles y se adentraron hacía las catacumbas del lugar.

## CAPÍTULO 30 —NO HAY REDENCIÓN

Tuvieron que descender una antigua escalinata de piedra polvorienta, enmarcada por una bóveda que se cernía sobre sus cabezas, para poder llegar al túnel. Cuando llegaron a la boca del mismo, ayudándose de los candiles, se dieron cuenta que se trataba de toda una red de caminos cruzados y que adentrarse en ellos, sin conocerlos, podía resultar peligroso.

Karen observó el lugar, aún no se habían adentrado en los pasadizos, tan sólo estaban en la entrada de ellos, y parecía que se hallaban en una especie

de vestíbulo. El espacio era amplio y tenía diferentes salidas que daban a pasadizos más estrechos. En la pared, estaba grabado el escudo de los Derby como si se tratara de una señal enunciativa. Alrededor del umbral colgaban unas esferas metálicas que seguramente se usaron como soporte para las antorchas.

—Es impresionante-habló por primera vez tras largos minutos Robert asombrándose del ingenio del ser humano. Si esos señores hubieran querido, habrían podido moverse por toda Inglaterra sin ser vistos.

—El problema es que no sé por dónde deberíamos continuar —sinceró Lady Stanley mirando hacia las bifurcaciones.

—Aquí hay pisadas —señaló Roderick a unas huellas casi imperceptibles sobre el polvo que se dirigían a un conducto lateral. Dicho conducto estaba dispuesto por una escalera ascendente y angosta.

Impulsivamente Karen se adelantó decidida a seguir la pista pero Robert la empujó sutilmente tras de él mientras Roderick se quedaba en la retaguardia, de ese modo, la esposa del Conde quedó en medio de ambos hombres.

En cuanto superaron el tramo de las escaleras, avanzaron entre paredes que amenazaban con aplastarlos. La sensación era asfixiante y el aire cada vez más pobre en oxígeno a causa de la gran cantidad de polvo y del hermetismo. Aún con todo eso, Karen no se amedrantó sino que rasgó tres pedazos de su vestido para que pudieran proteger sus fosas nasales.

Anduvieron por ese tramo los quince minutos más largos de sus vidas hasta llegar a otro claro similar a la inicial. El efecto sofocante se aligeró y buscaron alrededor alguna señal que les indicara el camino a seguir.

—No consigo distinguir ninguna huella aquí, el suelo es demasiado pedregoso —informó Roderick.

—Creo que no hará falta —indicó la Condesa de Derby apuntando hacia una flecha grabada en la esquina de una de las salidas.

—Esa flecha parece que fue grabada hace mucho —dudó Robert.

—Cierto, pero estoy segura de que es por aquí —sentenció Karen recordando la carta del padre de Asher, su intuición le decía que ese era el camino que habrían hecho esos dos jóvenes enamorados para encontrarse.

—Está bien —convino el esposo de su hermana tratando de confiar en la intuición de su cuñada-Roderick, marca con una cruz las paredes para que cuando queramos volver no nos perdamos.

Debieron andar veinte minutos más tras esas marcas que alguien hizo tiempo atrás, hasta que llegaron a un vestíbulo tan majestuoso como el que

habían visto en la propiedad de los Derby. No dejaba de ser un lugar subterráneo pero era amplio y tenía soportes para las antorchas así como un escudo arriba de un arco abovedado principal.

—¿A quién pertenece ese emblema? —quiso saber Roderick fijando la vista en el tallo de la pared.

—A los Duques de Rutland...-repuso Karen cada vez más confundida. Henry Manners era el Duque de Rutland, su mejor amigo, y le había confesado haber estado enamorado de su abuela. Sin embargo, ahora había descubierto que el padre de su marido también lo estuvo... ¿Habría sido Henry el que había secuestrado a su hijo? No, no podía creerlo, Henry era un paria y un mezquino pero no había maldad en su corazón. De hecho, ¿qué sentido tendría que la ayudara con la escuela para después dañarla de ese modo?

Debía organizar sus ideas: su abuela murió con cincuenta años y el padre de Asher se enamoró de ella cuando tan sólo tenía dieciséis, por lo que ambos debían tener una edad similar. Su abuela no provenía de una familia noble por lo que carecía de emblema, sólo obtuvo el título cuando se casó con el abuelo, el Duque de Devonshire. Pese a todo, el anterior Conde de Derby se casó con otra mujer, Ivonne Stanley y tuvieron el que era ahora su marido. ¿Qué tenía que ver el emblema de los de Rutland entonces? Era cierto que Henry mantuvo un romance con Georgiana Cavendish pero fue cuando él tan sólo era un jovenzuelo, por lo que el papá de Asher no pudo haber hecho esas flechas en dirección a él cuando sólo tenía dieciséis años.

No había tiempo para seguir divagando, debían actuar, fuera quien fuera el que se hubiera atrevido a atentar contra ella lo pagaría caro.

Roderick empujó la puerta que bloqueaba el paso al edificio y por fin pudieron ponerse al nivel del resto de los mortales. Se trataba de una propiedad en desuso ya que los muebles estaban cubiertos por largas frazadas grisáceas que algún día debieron ser blancas así como tampoco había sirvientes o por lo menos no se veían en esa área.

—Da la sensación de que fuera alguna casa señorial de campo —susurró Robert señalando unos adornos más bien rurales encastados a la pared.

Bien organizados, empezaron a avanzar con sigilo. Miraban a cada esquina y sus sentidos estaban alerta más al llegar a un gran salón con una larga mesa en el centro, Karen se fijó en un retrato que colgaba en uno de los muros empapelados. Lo miró atentamente.

Era una pintura antigua, y los que estaban en ella vestían caros ropajes por lo que deducía que debieron haber sido los dueños de ese caserío. En ella,

había un matrimonio con el pelo oscuro y dos hijos. Karen apretó más sus ojos para poder entender por qué le llamaba tanto la atención ese cuadro hasta que lo vio.

“Henry” y “Ivonne”, ¡eran hermanos! No podía creerlo, hacía apenas unos días que Henry había estado en la propiedad de Asher y no había mencionado para nada a su hermana ni preguntado por ella. Y lo que era peor, ¡Asher no había mencionado en ningún momento que fuera su tío! ¿No lo sabría? ¿O era que no lo habría querido decir? ¡Dios mío! ¿Eran tío y sobrino? Karen no era una mujer dada a marearse pero tuvo que sostenerse de una silla polvorienta para no caerse.

—¿Qué te ocurre? —corrió a sostenerla su hermano político.

—Son hermanos...es su tío...su tío estuvo enamorado de mi abuela y después de mí...su padre estuvo enamorado de mi abuela... su amiga se casó con él...la amiga que la invitó a pasar unos días aquí... —Robert empezó a pensar que la falta de oxígeno que habían sufrido en el subsuelo estaba pasando factura a la Condesa de Derby pero no tenían tiempo para divagar.

—Karen...escúchame...hemos venido a por tu hijo —intentó recuperar-el Marqués con éxito puesto que la joven pareció salir de la ensoñación y reanudar la búsqueda.

No había rastro de nadie, sala tras sala y recámara tras recámara, el lugar estaba completamente deshabitado y los tres empezaron a sentirse frustrados.

—Vamos, estamos perdiendo el tiempo-dijo Karen angustiada.

—Espera —gritó en un susurro Roderick mientras acercaba la oreja a una pequeña puerta que parecía la de un desván. Robert y Karen lo imitaron y colocaron sus orejas pegadas al foco de atención.

—Lo amé desde que tenía uso de razón pero ella, ella tuvo que interponerse. Vino a mi casa y me lo robó todo, a mi amado ...a mi hermano pequeño... todos quedaron prendados de ella. Hasta mi padre la miraba con más admiración que a mí. Yo era monótona, común decían, me casé siendo una solterona... y Edward se casó conmigo sólo para asegurarse un heredero...Y ella... ¡maldita seas Georgiana Cavendish! ¡Ahora has enviado a tu reencarnación para robarme a mi hijo! Pero no lo permitiré, no.... no lo permitiré...

—Será mejor que no entres —avisó Robert entendiendo la situación y preparándose para irrumpir en el trastorno de esa mujer que se hallaba tras esa pequeña puerta pero el llanto de William rompió con cualquier atisbo de prudencia en Karen sacando la pistola de su liga y empujando la puerta

tempestivamente como cual noche tormentosa.

Lo primero que vio fue a Ivonne meciendo al bebé con la mirada perdida al lado de un gran ventanal abierto pero no había rastro de Liza.

—¡Ivonne! ¡Entrégame a mi hijo!

La mujer ya entrada en años pero aún con buena condición física la miró con los ojos llenos de sombras, a momentos parecía que volvía a la realidad y a otros parecía que erraba por el abismo de la demencia.

—¡Eres tú! ¡Eres tú! —gritó presa del pavor tras unos instantes de cavilaciones —¡Has vuelto del más allá para atormentarme! No tuviste suficiente con arrebatarme todo aquello que amaba...

—¡No! Ivonne no soy ella, soy Karen, Karen...entrégame a tu nieto, no estás en condiciones...-trató de hacerla volver en sí aunque quizás hubiera preferido que siguiera creyendo que era un espíritu del más allá porque en cuanto la Condesa Viuda comprendió que no era Georgiana sino la esposa de su hijo su faz se pasó de pavor a depravación.

—Te estaba esperando maldita usurpadora, sabía que vendrías corriendo tras este niño sin nombre. Tienes el mismo sentido del honor que la ramera de tu antecesora, has cuidado a este niño como si fuera tuyo pensando que era el fruto de Asher... pero no. No es más que un sucio bastardo que adoptamos porque mi pobre Anne no podía concebir...Así que tu persecución ha sido en balde... sólo quería traerte, quería acabar contigo. Ya no te necesito —se dirigió a la pobre criatura acercándose a un ventanal dispuesta a precipitar-lo al vacío. Karen no podía disparar, si lo hacía su hijo caería a una muerte segura, pero si no lo hacía esa mujer lo tiraría. Debía pensar con la cabeza fría pero ver a su hijo a punto de morir frente a ella le causaba un tremendo pánico que a duras penas podía sostener.

—¡No! No lo hagas, matándole a él no conseguirás que tu hijo vuelva contigo... sólo terminando conmigo lo harás-trató de negociar dejando de apuntarla con el arma e intentando parecer calmada.

—Tienes razón —abrió los ojos desmesuradamente Ivonne y riendo mientras miraba el arma que portaba su nuera —Disparate y no lo tiraré.

—¡Se acabó! ¡Suelte el niño ahora mismo! —amenazó Robert apuntándola con el rifle pero lo único que consiguió fue que la mujer volviera a sostener al bebé sobre el vacío amenazante.

—Robert, ¡no! —suplicó Karen con una mirada de horror.

—No tenemos la seguridad de que cumpla con su palabra una vez hayas terminado con tu vida Karen...

—Pero por lo menos tenemos esperanza. — determinó haciendo que su cuñado retrocediera resignado junto a Roderick. Nada podían hacer sin que ese niño o Karen terminaran muertos.

—Primero di dónde está mi hermana- exigió Karen dirigiendo el arma sobre su sien, tenía miedo a la muerte pero no se le hacía extraño el sacrificio, se había pasado la vida salvando a los demás de una forma u otra.

## CAPÍTULO 31-MEMORIAS

Edwin Seymour y Asher Stanley emprendieron el camino hacia los dominios de Derby junto a un grupo de lacayos armados en busca de su heredero y de la protegida de Seymour, lo más probable era que el secuestrador hubiese huido y por eso iban a registrar toda la zona mientras uno de sus hombres iba en busca de las autoridades. Sin embargo, Asher se detuvo.

—Vuelve a la propiedad y da la orden de que mi esposa no salga del salón, que se quede junto a sus hermanas —pidió a uno de los sirvientes el Conde. Por poco se olvidaba de Karen, conociéndola seguramente habría salido corriendo por toda la propiedad con el arco en la mano, no le preocupaba mucho porqué sabía que dentro de casa no había peligro pero aun así prefería que se quedara junto a las demás damas en lugar de ir sola.

—Sí, señor —se apresuró en obedecer el mozo espoleando el caballo de vuelta a la mansión.

Reanudando la marcha y tras unos minutos de cabalgar de forma presta y en silencio vieron a una figura masculina montada a caballo acercándose. A medida que iban llegando uno al nivel del otro reconocieron al Duque de Rutland, Henry Manners.

—¿Y este despliegue militar? —bromeó en su tono habitual el calavera



ante dos de los hombres más serios e inflexibles del país.

—Mi hijo y la pequeña de las Cavendish han desaparecido, creemos que han podido ser secuestradas—repuso obstinado Asher que no soportaba a Henry, por mucho que fuera su tío.

Tanto su padre como su madre se habían mostrado siempre reacios a la presencia de Henry hasta que éste dejó de visitarlos; su padre simplemente no entablaba conversación con él mientras que su madre lo repudiaba por su pésima reputación. Así fue como creció Asher, odiando a ese tío que a penas conocía pero que manchaba el buen nombre de la familia aunque como siempre decía su madre, era un alivio que hubiera cambiado su apellido al casarse con su padre porqué así la gente no los relacionaba. La misma rectitud en la que él fue educado hizo que al encontrarse con Henry en sociedad lo repudiara. En el primer encuentro en público con su tío, éste fue a saludarlo cariñosamente pero él se limitó a hablar-lo de “usted” como si no lo conociera, por ese motivo a partir de ese momento Henry siempre se había dirigido a él en el mismo tono con cierto sarcasmo. ” Señor Conde”, “Usted”...eran los calificativos con los que solía dirigirse a él.

Sin embargo, ese talante jocoso en el Duque desapareció por completo en cuanto escuchó las malas noticias.

—¿Y tu madre dónde está? —exigió saber tuteando a su sobrino por primera vez en años dejando un tanto confuso a éste.

—Está en Sheffield —respondió preguntándose a sí mismo por qué daba explicaciones a ese canalla que además de no ser bienvenido en su familia había intentado arrebatar-le a su esposa en el pasado.

—No creo que la “gran” Condesa Viuda de Derby haya aceptado su retiro, seguidme —ordenó posicionándose hacia el oeste con su montura. Edwin y Asher se miraron entre ellos, Edwin sí sabía del parentesco entre ambos porqués en el campo de batalla el Almirante le había contado algunos aspectos personales de su vida, por eso no se extrañó que Henry preguntara por la madre de su amigo con familiaridad pero le extrañaba que eso tuviera importancia en ese momento. ¿Quería decir que la respetable Condesa Viuda de Derby había cometido semejante ultranza? Le costaba creer tal cosa y más viniendo de un hombre que pasaba el setenta por ciento de su tiempo embriagado. Sin embargo, si algo había aprendido Edwin Seymour era que las apariencias normalmente eran contradictorias así que hizo una seña con la cabeza a Asher y éste aceptó el consejo mudo de su amigo.

Asher, Henry y Edwin cabalgaron presto por donde Lord Manners iba

dirigiendo hasta llegar a un caserío señorial de aspecto abandonado.

—¿Esta no era vuestra casa de campo? —preguntó Asher, desconcertado, a su tío; el cual, respondió con un asentimiento de cabeza sin mirarlo .

Era una construcción sencilla pero que cumplía todos los requisitos necesarios para una familia noble como lo habían sido los Manners. La familia Manners seguía manteniendo el Ducado de Rutland en su poder gracias a Henry, más sus arcas y su prestigio habían sido igualmente agotados, así como el título estaba a punto de pasar a otra rama familiar debido a la falta de descendencia del actual Duque.

—Esto es inaudito —se indignó el teniente con la mirada clavada en uno de los grandes ventanales del tercer piso, haciendo que sus dos acompañantes lo imitaran.

Asher sintió como si una mano de hierro le retorciera el corazón sin compasión, ¡Por Dios que no iba a permitir tal atrocidad!

—Ha terminado de enloquecer —fue lo único que aportó Henry al ver a su hermana sosteniendo a un bebé en medio de la nada mientras desmontaba a toda prisa y se adentraba a su antiguo hogar seguido de Asher.

—¡Rápido entrad en la casa y sacad las cortinas, las sábanas... lo que sea que podamos usar para amortiguar la posible caída de mi sobrino! —ordenó Edwin a los lacayos, quedándose en el exterior.

El corazón le latía con más intensidad que ese día en el que tuvo que hacer frente a un buque enemigo en alta mar y, más, cuando acababa de descubrir que su enemigo era su propia madre. El cúmulo de sentimientos eran indescriptibles pasaban desde la ira a la decepción y a la frustración. No dudaría en disparar si era necesario para salvar la vida de su hijo aunque con eso se ganara otro cargo en su fama.

Iba tras su tío ya que éste sabía perfectamente en qué estancia se encontraban su madre y su hijo, sin embargo, toda la corriente sanguínea se concentró en su corazón y en su cerebro en cuanto vio a Karen al final del pasillo, su esposa y el amor de su vida, con una pistola en la sien.

¿Qué hacía Karen ahí? ¿Cómo había llegado? ¿Estaba sola? En seguida vio que no estaba sola, sino que Robert y su fiel mozo, Roderick estaban con ella con las armas bajadas.

Asher dio zancadas rápidas y enérgicas dejando atrás a su tío hasta que llegó a la altura de su esposa, momento en el que apartó la pistola de su cabeza con un solo manotazo haciendo que el arma cayera en el suelo de forma estrepitosa y todos los presentes lo miraran.

Karen lo miró con los ojos centelleantes, había estado a punto de apretar el gatillo pero Asher no se lo había permitido. La había salvado, la había salvado de sí misma. Por primera vez, alguien la había salvado. Pero de poco le valía esa salvación si con ello perdía a su hijo así que retornó su mirada sobre Ivonne pero William ya no estaba. Había apartado la mirada sobre su bebé una fracción de segundo había sido un segundo, pero ya no estaba.

El alma se le desgarró. El mundo a su alrededor desapareció. Sólo podía repetirse a ella misma: *ha sido una fracción de segundo*. Un grito que no parecía humano sino más propio de una pantera inundó toda el lindar de la propiedad. Corrió hacia la ventana para seguir a su hijo pero entonces vio a Edwin. Edwin, bendito fuera el día en el que entró en su familia. William había caído sobre un buen puñado de cortinas y sábanas tensadas por varios hombres.

Lord Seymour vio como el hijo de su cuñada era lanzado al vacío; por fortuna, el caserío no era tan alto y una buena red pudo salvarlo de una muerte segura. Aún con eso, no estaba del todo convencido de que la integridad física de William estuviera intacta así que ordenó avisar al Doctor más cercano al mismo tiempo que sostenía entre sus brazos al pequeño que no cesaba en el llanto.

—¿Cómo has podido?! —bramó Asher mostrando una actitud que nunca antes nadie había visto tras comprobar que su hijo estaba en brazos de su cuñado. Siempre se mostraba estoico, a veces serio pero nunca alterado; no obstante, en ese preciso instante no controlaba su temperamento y su faz estaba enrojecida de irritación así como sus ojos irradiaban cólera.

—Ella es la culpable de todo —señaló la mujer a Karen, la cual la miraba a punto de tirarse sobre su yugular cual felina hambrienta.

—¿Qué querías conseguir matando a mi hijo?!-exigió saber Asher mientras Roderick retenía a la Condesa Viuda y la ataba con una cuerda improvisada.

—Ese niño sólo era un señuelo para que ella hiciera lo que quisiera... pero has aparecido tú... no te pongas así ni si quiera es tu hijo...

—¿Es mi hijo!; El hijo de Karen y mío, mi sangre, tú sangre! —explicó el Conde a su madre que aún creía que ese niño había sido una adopción sin más. Ivonne parpadeó dos veces entendiendo la verdadera procedencia del bebé que acababa de precipitar y su faz se deformó.

—No puede ser...he matado a mi nieto...no puede ser...

Asher levantó violentamente a la mujer ya maniatada y la empujó hacia la

ventana para que viera que William estaba, en la medida de lo posible, bien. Ivonne sonrió al ver que no estaba muerto pero su hijo la zarandeó y la obligó a mirarlo.

—¿Qué te ocurre? Aunque no hubiera sido tu nieto, sigue siendo una inocente criatura, ¿qué tienes en contra de mi esposa?

—¡Ella es la reencarnación del mal! Ha venido para alejarte de mí, como hizo con tu padre y con mi hermano... —relató perturbada sin darse cuenta de que Henry estaba en la misma estancia.

—Fuiste tú la que te apartaste de nosotros —intervino Lord Manners captando la atención de Ivonne que lo miró como si no terminara de reconocerlo. Su sentido del juicio y de la ubicación estaban completamente desequilibrados.

—¿Henry?

—Sí soy Henry, tu hermano, aquel que apartaste de tu vida sin ningún escrúpulo por tu envidia, tus celos...

—Fue ella la que os apartó de mí, ella...

—Deja de hablar y di dónde está mi hermana —exigió Karen harta de los desvaríos de esa mujer.

—Un fiel lacayo la tiene en alguna de las estancias —confesó mientras miraba a Henry melancólica al mismo tiempo que Robert y Roderick salían dispuestos a encontrar a Liza —Ella te apartó de mi Henry...

—Ella ¿quién mamá? ¿Quién?

—Georgiana Cavendish.

*“Mi madre quería que me hiciera amiga del heredero del Condado de Derby, Edward, por eso cuando yo tenía tan sólo trece años lo invitó a nuestra casa para que jugáramos juntos. Él era un poco más mayor que yo, pero eso no nos impidió que saliéramos al jardín a divertirnos. En algunas ocasiones yo lo perseguía a él y, en otras, él a mí.”- relataba mientras miraba hacia un pequeño jardín abandonado que había justo debajo de esa ventana —” como cualquier dama que ve en un apuesto caballero a un príncipe, me enamoré de él perdidamente, primero como una chiquilla pero luego como una joven damisela. Habíamos formado un buen conjunto: él, mi hermano Henry y yo. En estos lares no había muchos jóvenes de nuestra edad y aunque mi hermano aún era muy pequeño conseguimos hacer buenas migas los tres juntos, unidos. Aún me acuerdo de Henry con sus piernas cortas tratando de cogernos mientras corríamos por estos pasillos “ —Lord Henry Manners miró hacia otro lado sin querer mostrar a los presentes lo mucho que*

había sufrido todo ese tiempo lejos de su hermana- ” *Pero, otra vez, mi madre creyó conveniente ensanchar mi círculo social y fue cuando invitó a Georgiana Spencer aquí, la vi por primera vez aquí mismo, en este desván jugando con un pequeño poni de madera. Era muy bella, casi parecía un ser mágico y no me resultó difícil hacerme amiga de ella ya que estaba dotada de un carácter envolvente y cautivador que no dejaba indiferente a nadie. Yo era una simple dama, bonita pero no hermosa; con un carácter agradable pero no fascinante. Un día, le conté que existían unos conductos secretos y quiso verlos, yo tuve miedo así que no la seguí. Cuando volvió me contó que un bello joven la había besado y yo, dichosa al saber que mi amiga había vivido una de esas historias de amor que se narraban en los cuentos, le pregunté por el nombre de su apuesto príncipe. La odié, ahí empecé a odiarla, Edward era para mí y ella lo embrujó. Desde ese día, Edward sólo tenía ojos para ella, cuando salíamos al jardín él sólo quería perseguirla a ella...pantera la llamaba mientras corría tras de ella porque en su perfección esa dama también era una gran atleta. Sólo me quedaba Henry, y me aferré a su cariño como una hermana haría con su hermano, pero pronto vi que a él también le resultaba más interesante esa intrusa que yo...*

—Jamás la encontré a ella más interesante que a ti, ¿era un niño! Y tan sólo quería jugar, ella corría más por eso me alentaba perseguirla...

“Por eso copiaste a Edward y empezaste a llamarla pantera hasta que ella te dijo: para ti, como eres un niño, panterita. No era el apodo, el apodo era una banalidad era la forma en la que ella captó vuestro amor y me dejasteis a un lado...yo no podía correr tanto... ni si quiera podía equipararme a su personalidad. Me acuerdo del día en que Georgiana inició su debut en sociedad, Edward vino corriendo a enseñarme el anillo que le había comprado. ¿Te gusta? Me preguntó. Ni si quiera se había dado cuenta de mis sentimientos hacía él. Le dije a Georgiana que no aceptara a Edward como esposo, que ella no provenía de una familia noble y que sus ideales progresistas podían perjudicarlo en su ámbito personal y profesional. Le mentí, le dije que Edward me había dicho que sólo le pedía la mano por compromiso porque ya la había tocado pero que en realidad veía su futuro muy oscuro a su lado. Ella, tan honorable, me creyó. Nunca supo cuánto la odiaba. Él quedó destrozado por culpa de esa bruja, en cuanto ella lo rechazó él cambió, se tornó taciturno y empezó a ir de una cama tras otra y así fue como tuve que esperar años y años, rechazando una propuesta de matrimonio tras otra, hasta que Edward se dio cuenta que necesitaba a un heredero y se acordó

de mí. De la buena amiga que tenía por vecina y que seguía sin casarse cual florero. Estaba feliz, por fin era mi marido y yo su mujer. Pero en la noche de bodas, en medio del sueño, él la nombró. Y así cada noche, la nombraba en sueños. Seguía amándola, en los eventos sociales seguía mirándola mientras yo desaparecía a su lado, lo descubrí recorriendo los pasillos recordándola... El único apoyo que tenía era Henry, nos reuníamos con frecuencia y yo me desahogaba con él, pero Henry creció y yo me quedé embarazada. Aún recuerdo cuando mi hermano vino ante mí con la cabeza gacha tras varios días sin verlo, él sabía de mi desdicha, del amor de mi marido por Georgiana. Pero ese día había algo en él diferente, una mirada extraña, temerosa. Me lo confesó, se había enamorado de ella. Se había reencontrado con Georgiana y él se había convertido en su amante. Él era tan joven... pero no había nada que hacer.... No pude soportarlo y lo eché de casa, jamás volví a confiar en él. Estuve con Edward hasta el lecho de su muerte y agónico seguía hablando de ella ... no pude controlarme...no pude...lo asfixié”

## CAPÍTULO 32-CRUELDAD

Asher sintió como si el poco aire que le quedaba en los pulmones, después de todos esos sucesos, se lo arrancaran cruelmente con la intención de

asfixiarlo.

¿De verdad su madre acababa de confesar que había matado a su propio marido? ¿A su padre? Siempre supo del carácter controlador e intransigente de Ivonne pero nunca imaginó que su dureza traspasara los límites de la cordura y la humanidad.

—¿Qué acabas de decir? —demandó el hijo dolido apretando el agarre sobre el brazo de esa mujer que ya no reconocía como a su madre.

—Lo asfixié...lo siento tanto hijo mío...tú no tenías por qué saber todo esto... por eso siempre quise que te casaras con una sencilla mujer...una que no te trajera problemas...Anne era tan buena...

—¡Pero no la amaba! Ni ella me amaba a mí, la chantajeaste para que se casara conmigo ... pero por mucho que te duela seguiré amando a Karen el resto de mis días y no me separaré de ella. Tampoco permitiré que le hagas daño. Ya no sólo por nosotros sino por honrar a mi padre y a su abuela, dos jóvenes que se amaron y que, tú separaste! Urdiste planes, intrigaste en contra de tus amigos, pero lo peor de todo es que eres una asesina. Mataste a mi propio padre y por pocas matas a mi hijo. Te detesto, ¿entiendes? Me repugnas —espetó mirando fijamente a los ojos avejentados de su progenitora — Puedo entender que te sintieras dolida, puedo entender que tuvieras celos... pero ¡Por Dios! Eso no era amor, era posesión...a quien amas no lo haces sufrir deliberadamente, al contrario, si amas a alguien te sacrificas. Injurias sobre la difunta Georgiana, pero ella se sacrificó en cuanto creyó que perjudicaría a mi padre, renunció al amor para no dañar-lo-se le aguaron los ojos y su mirada se clavó en un punto sobre la nada- *Entré en la habitación de papá, él estaba muy enfermo así que iba a verlo tal y como llevaba haciendo cada tarde desde la última semana pero me lo encontré asfixiado bajo unos cojines. Corrí para salvarlo, para despertarlo ...pero ya era tarde. Yo sólo era un muchacho y no comprendía muchas cosas. Me dijiste que seguramente había sido algún enemigo de la familia y me convenciste para que no alertara a las autoridades, puesto que si lo hacía verían debilidad en nuestro título, en nuestro poder...me explicaste que como yo era un joven Conde no podía mostrar tal debilidad. Entonces, los rumores de que yo había matado a mi padre sediento de poder empezaron a correr como la pólvora Viví siempre mirando hacia todos lados por si ese misterioso enemigo decidía acabar con mi vida también pero resulta que el antagonista eras tú. Fuiste una mala consejera para todos los que te rodeaban porque solo te moviste por tus propios intereses. Eres egoísta. Eso es lo que eres: egoísta. No te importa*

hacer daño a los demás mientras te salgas con la tuya.

—¡Basta! Basta! No puedo soportarlo más! Eres mi hijo, mi hijo...lo único que he tenido —gimoteó tratando de llegar con las manos atadas a la mejilla de su único vástago con la intención de acariciarlo.

—Aparta tus manos de mí —rechazó el contacto de Ivonne de un manotazo haciendo que ésta cayera al suelo dramáticamente desquiciada.

—Hijo lo siento, lo siento mucho... por favor perdóname... perdóname, perdóname —repetía completamente fuera de control la asesina del anterior Conde de Derby.

—Vamos Ivonne...-intentó acercarse Henry con la pretensión de calmar a su inestable hermana.

—¡No te acerques sucio traidor! —vociferó cuando vio que su hermano se acercaba, haciendo que éste detuviera su paso con el gesto compungido — Georgiana lo has conseguido: me lo has robado todo, incluso a mi hijo — clavó una mirada absolutamente desorbitada sobre Karen- me lo has arrebatado todo: a mi marido, a mi hermano y ahora a mi hijo... todo para ti. Te maldigo, maldigo el día en el que te conocí —escupió hacia ella.

Karen, en lugar de ofenderse, dirigió una mirada de preocupación y complicidad hacia Asher. Sentía una gran inquina y rabia hacia esa mujer por haber jugado con la vida de su hijo y la suya propia, así como por haber arruinado la felicidad de tantas personas; sin embargo, quedaba patente que se trataba de una persona totalmente enloquecida que no diferenciaba la realidad de la fantasía así como tampoco tenía noción del presente ni del pasado.

La madera del suelo crepitaba bajo los pasos agresivos de Roderick, no porque él fuera un hombre de talante violento sino porque su cuerpo robusto y su proceder poco delicado, lo asemejaban a un combatiente de medio siglo atrás. Casi podía tocar los dinteles de las puertas con su larga melena oscura destacando peculiarmente entre los finos papeles decorativos del envejecido caserío.

Tenía una misión: encontrar a la hermana de su señora Elizabeth, la cual había sido secuestrada por la Condesa Viuda con la ayuda de un mozo.

Junto a Ian, Roderick había sido entregado al Marquesado de Salisbury con tan sólo diez años. Sus padres murieron prematuramente y como su tío no pudo hacerse cargo de él, pasó su niñez entre extraños entrenando y forjándose una personalidad duramente severa para llegar a ser un feroz lacayo que, más que servir, tenía la función de proteger y defender a su Señor, Robert Talbot. Debido a sus años de expediciones y de campo abierto poseía una gran



habilidad explorando territorios nuevos o hostiles.

No había rastro de la pequeña Cavendish, una joven de complexión más bien delgada y de pelo largo hasta los tobillos. Roderick no era un hombre dado a la imaginación o a intuiciones banales pero algo le decía que esa pequeña damisela debía estar en graves problemas no sólo por haber sido alejada de su familia a la fuerza sino por estar tanto tiempo a solas con un hombre de dudosas intenciones. Un mozo que había obedecido a una mujer desquiciada.

Hastiado de recorrer el edificio sin éxito paró un momento y meditó, clavó su mirada en un punto sin sentido tratando de reorganizar sus movimientos pero en ese punto sin sentido había algo extraño. Polvo, no era el polvo lo extraño puesto que la casa estaba cubierta por él, sino que éste caía desde arriba. Había creído erróneamente que la planta en la que se encontraba era la superior así que corrió en dirección opuesta al desván en el que se encontraba la Condesa y encontró al final de un pasillo oscuro una puerta casi imperceptible. La abrió de una fuerte patada y entonces lo escuchó:

*“Mírame, ¿por qué no me miras? Quiero sentir esos preciosos ojos sobre mí”* *“Te digo que me mires pequeña ramera”*.

Liza se sentía inmensamente feliz y alegre de estar entre sus familiares más allegados, ese día había escogido un vestido de color rosa claro para la ocasión. Justo empezaba a poder decidir sus propios vestidos, de hecho la institutriz la instaba a ello ya que en dos años sería presentada en sociedad y debía empezar a entender algunos asuntos relacionados con el vestuario femenino. Por primera vez tras mucho tiempo veía como sus personas favoritas y más queridas estaban juntas otra vez aunque faltaba Gigi, pero Audrey le había dicho que Gigi estaba bien y que pronto volverían a verla.

Últimamente Audrey se había vuelto un poco más cercana a ella, sobre todo desde que el resto de sus hermanas ya no estaban en Dunster y desde día en que ella manchó. *“Te estás convirtiendo en una dama muy hermosa”*, la alabó su hermana mayor y tutora aunque ella creía que era más bien poco agraciada y que era mucho más bonita Audrey que ella.

La nueva casa de Karen era muy bonita y sus sirvientes muy amables con ella. No le gustaban los desconocidos pero había un mozo muy agradable y simpático que decía tener una sorpresa para su hermana Karen, que su nuevo cuñado Asher la había preparado pero nadie podía saber nada, sólo ella. Liza pensó que se trataba de alguna tarta sorpresa y que ella debería de llevársela a su querida hermana, por eso junto a William siguió a ese buen sirviente.

Todo se tornó oscuro, le arrancaron a su sobrino de sus manos y la arrastraron entre caminos angostos y pedregosos en los que se cayó varias veces hasta ensangrentar sus rodillas. Ella no habló, no gritó, sólo pensaba en Audrey, Edwin, Karen, Bethy...sólo pensaba en volver a ver a sus mayores y volver a sentirse segura pero no fue así, fue empujada por un largo camino mientras el llanto de William inundaba la oscuridad.

Finalmente se hizo la luz, era el mozo tan amable. Pero su sonrisa había cambiado, sonreía pero no era una sonrisa agradable. Sus ojos brillaban pero tenían manchas negras. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba su familia? ¿Y William?

—Por favor llévame con mis hermanas —suplicó Liza entornando sus ojos turquesa con una voz intensamente aguda. Ese era su tono de voz, agudo pero no desagradable, como si del canto de un ruiseñor se tratara. Su nariz era pequeña y estaba enmarcada por unas graciosas mejillas rosadas mientras sus labios eran carnosos y su pelo claro.

No obstante, el vil hombre no respondió sino que la levantó de la silla en la que la había sentado y la dejó caer sobre un viejo diván mullido sin importarle que se golpeará contra el reposabrazos del mismo.

No tuvo ni mostró compasión por esa joven que justo empezaba a ser mujer, le arrebató todo cuanto pudo dejándola sin alma y sin ser, hasta que ésta entró en un estado de shock idéntico al que sufrió cuando su hermana Audrey estuvo a punto de sufrir lo mismo frente a ella. Odiaba a los hombres y siempre lo haría, eran sucios y malvados. Sólo su Edwin era bueno, sólo él. Su hermano político que se había convertido en su hermano.

Y en la nada quedó suspendida y ni si quiera miró cuando un opulento hombre que le era conocido apartó a ese sucio animal de ella con una sola mano. No miró cuando ese hombre de melena oscura levantó del suelo a ese pérfido rufián sosteniéndolo por el cuello para asfixiarlo. No escuchó cuando su salvador exigió a esa rata inmunda que lo mirara.

—¡Mírame! ¿Por qué no me miras ahora? ¿Eh? —Roderick clavó sus grandes manos en la garganta de ese infame bandido y lo levantó del suelo ahogándolo con su propio peso. Al ver que el hombre no lo miraba, lo sostuvo con una sola mano mientras con la otra le apretaba la mandíbula hacía su dirección.

Karen corrió hacía el lugar del cual provenían los gritos justo después de, que de una vez por todas, Asher se llevara a Ivonne del desván por la fuerza; en ningún momento había dejado de pensar en Liza y temió siempre por ella

pero ver a su bebé al borde la muerte la dejó entre las cuerdas.

Al llegar al foco del problema, vio a su hermana en un diván ensangrentada y con la mirada perdida; no le hacía falta ver más ni preguntar nada para deducir lo que había pasado y menos cuando Roderick estaba asesinando a un hombre con sus propias manos. Descolgó el arco de su espalda y tensó una flecha dispuesta a atravesar las partes innobles de ese rufián para luego matarlo ella misma, sin embargo, la voz de Edwin hizo que todos cesaran.

—Coge a tu hermana y salid —fue lo único que dijo el Duque de Doncaster, tutor de Liza, mientras se adentraba a ese lugar que había sido testimonio de una de las peores atrocidades y clavaba sus ojos celestes sobre a un canalla arrugado sobre sí mismo y que pretendía esconderse de la ira del teniente.

Karen decidió coger a su pequeña hermana antes que saciar su sed de venganza, estaba segura de que la crueldad de Edwin superaría cualquier castigo que ella pudiera imponer a ese bastardo. Al arropar al delgado cuerpo de su hermana menor entre sus brazos sintió como ésta temblaba, temblaba cual hoja en el viento pero no respondía a ningún estímulo. Karen se quebró, quería romper a llorar como jamás lo había hecho, pero no lo haría. No frente a su pequeña y dulce hermana. La cargó sin importarle cuanto pesaba y no la dejó ni si quiera cuando Robert o Roderick se ofrecieron para llevarla.

—Mi pequeña, ya está, mi amada hermana...ahora estás a salvo —susurraba la Condesa de Derby mientras salía de esa casa cargando a la última Cavendish.

## CAPÍTULO 33 —CULPABILIDAD

El médico de la familia, el Doctor Mellison, notificó que William se encontraba en perfecto estado y que tan sólo sufría de algunas contusiones fáciles de curar para alivio de toda la familia, si es que podían sentirse aliviados de alguna forma.

No fue así con Liza, a la cual tuvieron que limpiar y curar con ungüentos delicadamente ya que la joven no toleraba el roce de nadie que no fuera alguna de sus hermanas. Si el Doctor que siempre la había atendido o alguna otra persona la tocaba, seguidamente empezaba a temblar tempestivamente. Tal y como dijo el Doctor Mellison, el daño de la niña Cavendish era más psíquico

que físico. La personalidad de Liza siempre había sido bastante retraída, no tímida, pero sí desconfiada y enfermiza. Nadie se olvidaba del bloqueo psíquico que ya sufrió una vez cuando vio a Audrey al borde de una violación\*; por eso, todos guardaban la esperanza de que en algún momento consiguiera desbloquearse aunque sabían que no sería la misma y que le costaría años recuperarse si es que algún día lo hacía.

Debían hacerla comer entre Audrey y la Baronesa Viuda porque Liza a penas se daba cuenta de que tenía un plato de comida delante y que debía alimentarse. La propia Karen le daba la sopa con cucharadas, mientras Bethy la peinaba con cariño. Todas estaban juntas pero el silencio pesaba en el ambiente, se sentían culpables de alguna forma por lo sucedido aunque el único culpable era el vil hombre que había cometido esa atrocidad.

Asher mandó a llamar los directores del manicomio más cercano y a las autoridades, no sabía qué hacer con su madre. Por un lado era una asesina y, en cierto modo, la culpable de una violación; pero por otro, se trataba de una mujer que había perdido la noción del tiempo y del lugar. Al llegar los profesionales de cada ámbito, relató todo lo sucedido e incluso la propia Ivonne confesó sus crímenes puesto que no tenía la consciencia ni el autocontrol suficientes como para mentir u ocultar algo. Tras horas de deliberación y tras la comparecencia de un juez, llegaron al acuerdo de que sería internada en un centro psiquiátrico destinado a criminales en el cual estaría encerrada en una celda pero también se le daría el tratamiento acorde a su demencia. Así fue como Ivonne abandonó la propiedad, con una camisa de fuerza y en el interior de un carruaje especializado en dirección a un lugar lejano y en el que jamás volvería a ver ni a su hijo ni a su nieto. Asher tenía sentimientos encontrados mientras observaba al vehículo que transportaba a la Condesa Viuda desaparecer en el horizonte; sabía que no podía tener lástima por esa mujer que tanto daño había causado pero, al fin y al cabo, era su madre.

En el mismo horizonte en el que había desaparecido su madre, Asher divisó a Edwin de regreso a la propiedad. Al recuperar a Liza y a William todos volvieron a casa del Conde menos Edwin, el cual había ordenado que lo dejaran solo con el violador.

—Manda que lo entierren sin ninguna seña y supervisa que así se haga — sentenció el Duque de Somerset al llegar a la altura del Almirante mientras dejaba caer de su semental a un bulto ensangrentado.

Asher apartó con un pie la tela que cubría el cadáver y, él mismo, a pesar

de todos sus años en la guerra quedó impactado. Verdaderamente, Edwin no era apodado el lobo por nada. Podía llegar a ser terriblemente cruel y despiadado cuando dejaba correr su verdadera esencia y, realmente, había dejado correr toda ferocidad sobre ese ser inmundo que se había atrevido a ultrajar a su protegida.

—Pero aún respira —percibió en voz alta el Conde de Derby en medio del anochecer frente al patio principal, con la única presencia de Edwin y la suya propia.

—He dicho que lo entierres, entérralo bajo cinco metros de tierra espesa —desmontó Edwin sin mirar al cuerpo que yacía en el suelo y dedicando una mirada significativa a su buen amigo entendiéndose sin hablar.

Lord Edwin Seymour no quería matar a ese bastardo, no quería darle ese honor. Una muerte rápida sería demasiado digna para él, así que tras horas de tortura y placer vengativo dejaría que se asfixiara en la soledad de su tumba sin que pudiera escapar de ella. ¡Por Dios que se arrepentiría! Se arrepentiría de haber osado atacar y profanar a los suyos, a su Liza, a esa pequeña que amaba como a su propia hermana. No podía dejar de sentirse culpable por haber permitido que alguien pusiera un solo dedo sobre ella, de ahora en adelante sería muy estricto con su protección y jamás dejaría que nadie la tocara si ella no lo deseaba. Cuando llegara su debut social, le ofrecería quedarse bajo su protección y eso significaba que si no quería casarse no tendría por qué hacerlo ya que él le ofrecería los medios necesarios para vivir holgadamente e incluso le dejaría en herencia una mansión y una renta cuantiosa para que a su muerte no tuviera que depender de nadie. Podría llevar una vida tranquila junto a sus hermanas y sus sobrinos y jamás nadie la obligaría a hacer nada que ella no quisiera hacer; era una promesa interna que se hacía ese día y que pensaba cumplir aunque tuviera que asesinar a media Inglaterra, porque eso haría si algún otro hombre pretendía acercarse lo más mínimo a ella.

Aún recordaba a Liza cuando tan sólo era una niña, siempre había sido bastante delgada pero poseía un largo pelo y unos ojos grandes que la hacían parecer un ángel. Un ángel que hasta hacía poco jugaba en su regazo con una muñeca a la que había apodado Edwina; *” se llama como tú, tú eres mi hermano ”*, le decía constantemente con esa boquita de piñón rosada. ¡Maldito fuera ese bastardo! Con sólo de imaginarlo sobre ella todos los demonios se le enquistaban por lo que dio un fuerte puñetazo contra la pared preso de la impotencia y la rabia, al mismo tiempo que dejaba correr una lágrima

traicionera en la intimidad del establo. Jamás había llorado o, muy pocas veces, pero Liza lo valía, su niña valía cada lágrima que un poderoso teniente pudiera derramar. El único alivio que le quedaba era el de saber que ese vil animal se retorcería durante uno o dos días bajo tierra hasta que muriese de inanición así, como siempre tendría en su memoria los gritos de clemencia que suplicó mientras les arrancaba la piel a tiras con un afilado cuchillo.

Karen fue en busca de Edwin en cuanto supo que éste había llegado y tras saber que el maldito canalla había recibido su merecido, instó a su cuñado para que visitara a Liza en su recámara. Debían intentar que su hermana saliera de ese estado de enajenación con estímulos positivos y como era bien sabido que la pequeña amaba con fervor a su tutor, era conveniente que éste fuera a verla. Lord Seymour accedió pero primero fue a darse un buen baño, lo último que quería era impresionar a su hermana con su aspecto. Cuando ya tuvo una apariencia decente y borró de su faz la vileza se adentró en la alcoba de Liza con tiento.

A Edwin le pareció que volvía cinco años atrás, Liza estaba sentada al borde de la cama sin mirar a nada ni moverse. La única diferencia era que esta vez Audrey sí estaba con ella, su esposa le hizo una señal con la mano para que se acercara ya que él se quedó parado en la entrada respetando el espacio de la joven. Con el paso despreocupado que lo caracterizaba por donde fuera aunque estuviera cargado de problemas, se acercó al ángel y se acuclilló a su altura para poder coger su mano.

Lord Seymour colocó su tosca mano con suavidad y afecto sobre la pequeña mano blanca de su cuñada intentando transmitirle su cercanía y su apoyo, pero lo único que recibió de ella fue un leve apretón de vuelta en señal de aceptación a su contacto; todo un logro, si tenían en cuenta que con cualquier otro toque se ponía a temblar.

—Perdóname Liza, jamás permitiré que alguien te vuelva a tocar — confesó el hombre parco en palabras tratando de encontrar a la pequeña en sus ojos turquesa sin éxito —perdóname, por favor —inclinó la cabeza el Duque frente a la criatura inocente a la que había fallado y así mantuvo su cabeza, acotada frente a su protegida, hasta que ésta movió una mano muy lentamente y lo obligó a levantar su mentón para mirarla.

—Por favor, hermano, levanta tu cabeza. Eres el único buen hombre que he conocido tras mi padre —cantó con su voz melódicamente aguda clavando sus celestiales ojos sobre los llenos de culpabilidad de Edwin, para luego tirarse a sus brazos y llorar desconsoladamente entre el fornido torso de su guardián;

mientras, Audrey también lloraba por detrás y agradecía a Dios por haberse casado con un hombre tan honorable.

Al día siguiente, la Duquesa de Somerset mandó una misiva urgente a Gigi para que viniera, Liza necesitaba a todas aquellas personas que amaba y no había cabida para los rencores.

\*Piel de luna, capítulo Aristócrata

Karen vio a través del resquicio de la puerta como Liza parecía desahogarse en brazos de Edwin; sabía que no era la curación definitiva a su desdicha y que tardaría mucho tiempo en sanar esa herida, pero al menos era un alivio para todos que expresara su frustración y conmoción, en lugar de enajenarse de la realidad. Con la intención de no interrumpir el momento, decidió dar media vuelta y suspirar profundamente; como si toda la tensión que había vivido a lo largo del día se fuera disipando de la misma manera que la luz del sol lo había hecho.

Anduvo con pasos cansados hasta la alcoba de William y comprobó que, efectivamente, estaba durmiendo bajo la protección del hogar. Había entrado en pánico con la sola idea de perder-lo otra vez y es que sintió que su vida desaparecía al lado de la suya cuando lo encontró en manos de la desquiciada de Ivonne. Nunca olvidaría el consuelo que halló al verlo sano y salvo en brazos de su cuñado después de una caída que podría haber sido mortal para el bebé. Afortunadamente, William, apenas mostraba algunas contusiones que con el tiempo desaparecerían.

Tras unos minutos, Asher también entró en la alcoba del heredero del Condado y se posicionó al lado de su esposa en silencio. Se sentía culpable, en cierto modo, por todo lo ocurrido. No sólo por lo que habían sufrido Karen y William sino también por la violación de la más pequeña de las Cavendish, Liza. Había ocurrido en su propia casa, no había sido capaz de proteger a los suyos. Y ese era un peso que arrastraba y arrastraría por mucho tiempo el Conde.

Como si Karen le leyera la mente, le cogió la mano y lo miró significativamente.

—Lo siento —susurró Asher.

—No ha sido tu culpa.

—Yo creo que sí...No he sabido protegeros.

En el mutismo, Karen estiró de su esposo hacia la recámara conyugal dejando que William tomara un merecido descanso.

—¿Por qué crees que ha sido tu culpa? — preguntó Lady Stanley en la

intimidad de su estancia.

—Creo que no quise ver cómo era mi madre en realidad. Me aferré a la idea de que tan sólo se trataba de una mujer preocupada por su hijo... cuando en realidad se trataba de una persona totalmente desequilibrada —confesó Asher sentándose en una de las butacas azules que reposaban en una esquina.

—Deja de torturarte, no podemos cargar con los actos de nuestros padres —trató de consolar la Condesa mientras ella misma se desvestía.

—¿Quieres que llame a la doncella para que te ayude?

—No deseo ver a nadie ahora mismo... —removió sus ojos oscuros y agotados.

—Al menos déjame que yo te ayude... —se ofreció Asher, incorporándose para desatar el corsé de su esposa con habilidad, sin mediar palabra. No les hacía falta hablar, con saberse uno al lado del otro era suficiente —Creo que ninguno de los dos hemos tenido una madre común —recordó el Almirante pasando los dedos sobre las cicatrices que Karen tenía en la espalda.

—Asher, hay algo que debo contarte... —inició la joven cubriéndose con un camisón tras ser liberada de la cotilla — mi madre no nos amaba, nos odiaba a mis hermanas y a mí por ser mujeres —continuó mientras el Conde volvía a sentarse y ella se quedaba de pie —pero lo peor de todo es que tampoco amó a mi padre, lo engañó al principio de su relación y...y...ella también mató a mi padre —era la primera vez que lo decía en voz alta y se truncó, se quebró cayendo sobre sus rodillas y rompiendo a llorar provocando que Asher se incorporara de nuevo y la levantara sobre sus brazos para depositar-la sobre la cama —lo mató Asher, pero no fue por celos ni por obsesión sino por avaricia...tu madre al menos decía estar perdidamente enamorada de tu padre pero la mía no, la mía sólo quería poder y dominar sobre nosotras...urdió un plan para asesinarlo —relataba sentada en la cama mientras Asher se sentaba a su lado y la escuchaba atentamente —entonces yo...ella estaba a punto de matar a Audrey, aunque creo que al final recapacitó y no le iba a hacer, pero de todas formas yo necesitaba vengar a mi padre. Lo necesitaba... y la asesiné, asesiné a mi propia madre —sus lágrimas corrieron brillantes sobre sus mejillas limpiando esa oscuridad que había permanecido por tanto tiempo en sus órbitas.

El Conde la abrazó y la meció mientras acariciaba su pelo y así pasaron largos minutos hasta que Karen pareció haber terminado con toda el agua que había en su interior.

—Mira —mostró la huérfana desatando el medallón que había cogido del



escritorio de su suegro y entregándoselo a su esposo.

Asher lo abrió y vio en él a una mujer muy hermosa de pelo oscuro muy parecida a Karen y a su padre en el otro extremo, también muy similar a él.

—No me había atrevido a entrar en su despacho desde su muerte, ¿hay más cosas como ésta?

—¿Vamos? —propuso la pelinegra con un centelleo en sus ojos que animaron a su esposo a aceptar.

A altas horas de la noche, y en ropa de dormir ambos se introdujeron en ese despacho repleto de telarañas con la ayuda de candiles, como si de dos niños se tratara. Leyeron cartas que nunca fueron enviadas y descubrieron retratos que fueron contemplados por muchos años.

—Mira esto —alertó Asher a Karen, mientras ésta leía una de esas notas de amor que Edward, el papá de su esposo, dedicó a su abuela. La joven se acercó a él mientras éste sostenía una cajita dorada.

—¿Es un anillo?

—Es el anillo dirás. Es el anillo del que habló mi madre, el que mi padre compró para Georgiana...

—Abre la caja, quiero verlo —suplicó curiosa ella a lo que él obedeció y quedaron maravillados con la pieza de joyería. Se trataba de un diamante negro de dimensiones considerables rodeado de pequeños diamantes blancos sujetos a una esfera de oro grueso. Asher lo sacó de esa cajita en la que debió estar muchos años y leyó la inscripción de su interior: " *A mi noche estrellada*". *E.S.*

-No puedo creerlo —quedó atónito Asher al ver que su padre se refirió a esa mujer de la misma forma en la que él veía a Karen.

—Ni yo, es impresionante, Dios no ha juntado en respuesta a los planes malévolos de Ivonne; piensa que hubieran sido un matrimonio si no fuera porqué ella le dijo a mi abuela que no aceptara a tu padre —repuso Karen leyendo también aquél escrito de hacía lustros.

—Creo que es hora de que mi Condesa tenga un anillo de compromiso acorde a su rango —miró Asher el antiguo anillo que compró a una pescadera y que Karen aún portaba en su dedo índice.

—Ah no, este anillo es mío y lo quiero llevar; mejor aquí —señaló el otro dedo sacándose la alianza de matrimonio para dejar lugar a ese anillo de compromiso que debería haber portado su antecesora.

—¿En el dedo del anillo matrimonial?

—Exacto, en honor a ellos.

—En honor a ellos —repitió Asher al mismo tiempo que deslizaba esa cara joya por el dedo de Karen en el que encajaba perfectamente.

—Hay algo que quiero hacer... ¿te atreves? —miró Karen hacia la pantera que daba a los pasadizos.

—¿Así? ¿Tú con un camisón blanco y yo con una bata?

—Así —rio Karen empujando a su esposo mientras presionaba la cabeza de la estatua y se adentraban en aquellos pasadizos secretos.

—Vamos, cógeme —instó Karen corriendo por el lugar al mismo tiempo que su pelo negro se mezclaba con la tela blanca de su camisón.

Asher sonrió y con la ayuda del candil iba siguiendo a ese ser místico que era su esposa hasta que ambos se detuvieron en seco.

—¿Los has oído? —preguntó Karen sin dejar de sonreír y ojiplática.

—Sí, y también los veo —contestó sin más Asher mirando a su alrededor, viendo sin ver nada.

## CAPÍTULO 34 —GEORGIANA PEYTON

Un carruaje sin insignia paró frente a la propiedad de los Derby bajo la atenta mirada de los lacayos armados; desde el suceso con el heredero del Condado la vigilancia había sido extremada y cualquier movimiento o intrusión era inmediatamente puesto bajo control.

Por ese motivo, cuando el carruaje paró frente a la entrada principal, un grupo de cuatro hombres con rifles se acercaron a él y lo rodearon mientras esperaban que el mozo que lo conducía abriera la puerta.

Una bella dama de pelo rojizo y ojos grandes y verdes descendió del

vehículo con el porte de una dama pero vestida como una pueblerina. Inmediatamente los sirvientes, al no identificar a la joven, la pararon y le exigieron que diera su nombre.

—Soy Georgiana Peyton —repitió por tercera vez sin que los mozos la creyeran puesto que les era inconcebible que esa joven zarrapastrosa fuese la mujer de un noble.

—Vuelve a tu sucia madriguera impostora —arremetió contra ella uno de los lacayos empujándola hacia dentro del carro.

—¿Cómo os atrevéis? —la voz de Karen hizo temblar a sus siervos, para nadie era indiferente el fuerte carácter de la nueva Condesa, aunque ésta hubiera cambiado bastante desde el matrimonio —soltad a mi hermana ahora mismo—ordenó provocando que el bochorno invadiera a los cuatro chicos que obedecieron al instante y bajaron sus cabezas ante la pelirroja suplicándole perdón.

—¡Oh Gigi! —abrazó Karen a su hermana, a la cual apenas había visto durante unas horas en su boda —¿Qué te ha ocurrido? ¿Y tu esposo? —interrogó buscando dentro del carruaje sin éxito puesto que estaba vacío mientras apretaba el entrecejo sin entender nada.

—Es una larga historia —respondió la joven no queriendo explayarse en el patio principal, al mismo tiempo que intentaba darle volumen a la simple falda que llevaba inconscientemente.

—Entremos, Liza estará contenta de verte de nuevo —invitó Karen, dejando las explicaciones para más tarde.

Lady Stanley guio a su melliza hasta la recámara de Lady Cavendish, ya que a penas salía de ella. Durante los últimos dos días habían intentado que Liza saliera de la recámara y que se relacionara, al menos, con sus sobrinos pero todo era en balde. Si alguien quería verla debía ir hasta su alcoba para ello así que Karen abrió la puerta tras la que se escondía su hermana menor, con suavidad para no sobresaltarla. La encontraron acariciando a un pequeño gato que Robert le había regalado y en cuanto Liza se dio cuenta de que Gigi estaba detrás de Karen, dio un pequeño respingo casi imperceptible y esbozó una sonrisa tenue; a la pelirroja se le rompió el corazón puesto que recordaba como, anteriormente, la pequeña solía correr a sus brazos. Liza siempre había sido muy afectuosa con los suyos pero parecía que hasta eso le costaba en ese momento.

—Hola mi amor, mi bella princesa, he venido a verte —inició Lady Peyton acucillándose al lado de Liza y mirándola con estima a través de sus grandes

ojos verdes. —¿Cómo se llama? ¿Edwin? —trató de que la joven hablara, al ver que no se inmutaba y tan sólo la observaba con sus pequeños y bellos ojos turquesa.

—No, se llama Roderick —contestó sin más la joven mientras acariciaba a la pequeña bola blanca que se acurrucaba en su falda.

—¿Puedo tocarlo yo también?

Y así fue como ambas hermanas establecieron un punto de conexión a través del pequeño animal que era el único ser que parecía merecer la atención de Liza mientras Karen se sentaba al borde de la cama feliz de ver a dos de sus personas más amadas juntas.

Al poco tiempo, se unió Bethy al grupo, la cual casi no había osado aparecer frente a Liza porqué lloraba con solo verla. Sin embargo, parecía que la presencia de Gigi era un motivo para sonreír y no para llorar, por eso se adentró en la alcoba y se sentó al lado de Karen mientras las cuatro jugaban con el gatito como si volvieran a ser unas niñas.

—¿Por qué no vas? —preguntó Edwin al ver que su esposa era la única que no estaba reunida con el resto.

—No es necesaria mi presencia —repuso altiva mientras acunaba a Alice en sus brazos y observaba como Áurea y Rony se quedaban dormidos junto a sus primos Mary y Anthon.

—A veces no hace falta que algo sea necesario para hacerlo.

—He dicho que no Edwin y no se hable más —Audrey aún no podía perdonar a su hermana, la amaba pero no podía perdonarle que hubiera escapado en medio de un evento social junto a un hombre casado, sin ni si quiera informarla. Simplemente se fue, como si todo aquello que significaba su lazo de hermandad no significara nada. Al menos si hubiera ido en busca de su opinión o la hubiera advertido de sus propósitos... Actuó como si ella no existiera, como si su hermana mayor y su tutora, la cual había dado tanto por ella, no existiera.

—Vamos Gigi, tienes que dar el paso tú, fuiste tú la que te marchaste no esperarás que sea ella la que venga tras de ti —empujaba Karen a su hermana en la puerta de la alcoba de Audrey para que tocara y entrara.

—Me da miedo —esbozó una cara de pavor al mismo tiempo que intentaba escapar de ahí sin éxito.

—No te he dejado uno de mis vestidos más costosos para nada Gigi, haz el favor de entrar de una vez —se impuso Bethy siendo la mayor de ambas.

Gigi la miró con cara de aceptación, no muy convencida, y tocó dos veces

sobre la madera que cubría a Audrey.

—¿Sí? —sonó una voz de contralto desde el interior bien conocida.

—Soy yo...Gigi... —el silencio inundó los corazones de las tres hermanas que temían que la primogénita no respondiera y dejara a la pelirroja en la puerta.

—Pasa —finalmente accedió la Duquesa de Somerset tras lo que pareció un siglo en el que seguramente la aristócrata pensó en negar la entrada a su hermana repudiada.

Toda la familia de la Condesa de Derby estaba reunida en su propiedad y era motivo de gozo para la joven hasta que llegó el día en que cada uno tuvo que volver a sus propias tierras. Nadie supo de que hablaron Gigi y Audrey ese día pero al parecer no había servido de mucho puesto que Audrey seguía sin hablar con ella aunque, al menos, sí que compartían mesa o actividades.

Los Duques de Somerset fueron los primeros en despedirse del matrimonio Stanley, llevándose consigo a Liza y a la Baronesa Viuda. Karen sintió en el alma despedirse de sus hermanas, sobre todo, de Liza; aunque habían prometido volver a verse en Chatsworth House pronto ya que, como siempre, Audrey deseaba que el pequeño William conociera la casa de su difunto abuelo. Seguidos de la familia Seymour, los Marqueses de Salisbury también abandonaron el lugar junto a sus dos hijos y su fiel lacayo Roderick mientras Bethy dejaba ir un mar de lágrimas por el camino de vuelta a Carlisle. Por último, le tocó a Gigi, aunque Karen insistió en que se quedara con ellos, la joven era firme en volver con su esposo a pesar de la pobreza en la que vivían. Inclusive, Karen le ofreció que invitara a Thomas para que así vivieran los dos en su Condado pero por lo visto, tampoco fue una opción para Gigi, la cual tras los abrazos pertinentes se fue.

La nueva Condesa de Derby se quedó en el recibidor abrazándose a sí misma mientras veía partir a su melliza, ya no quedaba ninguna de sus hermanas en su casa y eso la apenaba. No era una mujer dada a la melancolía pero con el paso del tiempo se iba tornando más sensible con ciertos aspectos.

—Nos hemos quedado solos —se aquejó Karen en cuanto sintió los brazos de Asher alrededor de su cintura, con los ojos vidriosos.

—Dirás, por fin solos —gruñó el Conde apretando el agarre de su mujer para alzarla sobre sus brazos y llevarla a la alcoba mientras las besaba fervientemente.

## CAPÍTULO 35 —LA PERSERVERANCIA TIENE RESULTADOS

Karen removía sus manos, ansiosa mientras esperaba la llegada de Asher y Henry. Ese día por la mañana, tío y sobrino, habían ido a la Cámara de los Lores para presentar los nombres de esas mujeres que impartirían medicina, matemáticas y economía a otras mujeres por primera vez en la historia de Inglaterra, así como el apoyo de Asher al proyecto.

Desde el suceso con Ivonne, Henry y Asher se habían acercado bastante; no sólo en motivo de la escuela femenina sino que también pareció surgir entre ellos un afecto sincero y familiar puesto que ambos eran los únicos parientes cercanos que quedaban vivos o enteros.

—Tranquila, todo saldrá bien —trató de calmarla su amiga Diana Towson.

—Es verdad, estoy segura de que con el apoyo de tu marido no habrá problemas —convino Sophia Peyton.

—Dejemos de hablar de mí, mejor que Catherine nos cuente como le va la vida de matrimonio. ¿Para cuándo un heredero para el Ducado de Doncaster?

—Nadie sabía cómo había ocurrido pero Catherine Nowells y Marcus Reynolds hacía poco que habían contraído nupcias en medio de la temporada social pasada. Sólo las beldades problemáticas sabían cómo se había desarrollado tal suculento suceso y no cesaban de regocijarse en el sonrojo permanente que se mezclaba con las pecas de la joven ya casada.

—¿Y por qué no le preguntáis a Sophia? Ella también está a punto de casarse...

—Mi Señora, el Conde ya ha llegado —la informó su fiel doncella Joanne tal y como le había ordenado Karen que hiciera en cuanto viera llegar a Asher. La joven Condesa dotada del ímpetu que la caracterizaba dejó a sus amigas sin disculparse y salió corriendo en busca de su esposo.

Lo encontró con el semblante serio en medio del vestíbulo, y rápidamente su ilusión se desvaneció.

—Tranquilo, hemos hecho lo que hemos podido... —se adelantó Lady Stanley.

—Me he ganado el repudio de algunos nobles y aquellos que consideraba mis fieles amigos me han dado la espalda...

—Lo siento...

—¿Sentirlo? Esto es lo mejor que he hecho en años gracias a mi nombre —de pronto la faz masculina cambió a una de satisfacción —te he conseguido tu escuela —extendió la mano con un certificado sellado por la Cámara de Lores y Su Majestad La Reina.

—No....-se llevó una mano, la sufragista, a la boca de emoción mientras con la otra abría el permiso —no puede ser...no me lo creo, después de tanto tiempo...

Leyó y releyó las letras de ese preciado documento en el que se permitía al Duque de Rutland y al Conde de Derby financiar la apertura de una escuela femenina para impartir medicina.

—¿Medicina? La escuela debía impartir más materias...

—Mi amor, es lo que hemos podido conseguir, nos hemos aferrado al argumento de que si hay enfermeras por qué no doctoras y que nos serían muy útiles en caso de guerra. Por eso han accedido a votar favorable la propuesta...

—Entiendo, pero no importa, ¡es un comienzo! ¡Un gran comienzo! —abrazó Karen a su esposo presa de la alegría.

—¿Dónde está William?

—Mira, ven —Karen condujo a su esposo hasta la alcoba del pequeño y ambos quedaron asombrados al ver que éste ya empezaba a dar sus primeros pasos —Esta mañana ha empezado.

—Ma....ma.... —musitó el pequeño al ver a su madre tratando de llegar a ella sobre sus pasos sin conseguirlo puesto que cayó a la mitad del corto camino.

—No pasa nada, vuelve a intentarlo —lo alentó el padre incorporándolo y ayudándolo a caminar hasta Karen, la cual recibió a su único vástago con los

brazos abiertos y una bonita sonrisa.

La escuela se abriría en Londres, Karen había sido la encargada de escoger el edificio y se decoró y acondicionó para su función. Compartiría dependencias con un hospital público que la realeza financiaba así las alumnas podrían practicar cuando llegaran al grado pertinente y, los pacientes, podrían empezar a acostumbrarse a que una mujer los atendiera.

Las licenciadas en medicina de otros países, incluidas mujeres de India llegaron al lugar asombradas y entusiasmadas por su nueva función: impartir clases a mujeres que estuvieran interesadas en ser doctoras. También fueron invitadas las otras profesoras, las de matemáticas y finanzas, que darían clases extra a aquellas damas que lo desearan y no haría falta que quedara registrado, por el momento.

La Condesa de Derby se trasladó a uno de los apartamentos que su esposo disponía en la Capital junto a su doncella y su fiel lacayo, Lawrence. Su hijo practicaba los pasos mientras ella ensayaba su discurso. Ella sería la encargada de inaugurar la escuela y para ello debía prepararse unas palabras como la fundadora principal, aunque sólo fuera en las sombras, ya que en los papeles constaban su marido y Henry. Sin embargo, eran meros documentos ya que no había nadie en toda Inglaterra que no supiera quien estaba detrás de todo ese movimiento realmente. Por primera vez, Karen se sintió orgullosa de su posición y su título, se sentía protegida por ellos y a la vez podía ayudar a otras personas.

Llegó el día, el día en que su sueño cogía forma y se materializaba frente a ella. Un sueño cumplido, estaba pletórica y radiante. Se engalanó con un vestido negro, sobrio y elegante con detalles dorados. “*Escuela Londinense de Medicina para Mujeres*”, rezaba sobre la puerta de la escuela y, frente a ella, un pódium. Un pódium en el que ella debía subir y dedicar unas palabras a toda esa gente que la miraba expectante: a primera fila estaban su marido, Henry y su hermana Audrey; en la segunda, las licenciadas que impartirían clases; y, por último, decenas y decenas de mujeres esperanzadas por una nueva era así como algunos hombres de mentalidad progresista que querían formar parte del discurso que la Condesa de Derby estaba a punto de ofrecer.

Karen sabía que su abuela Georgiana había sido una buena oradora, cuya mujer había hablado en público centenares de veces por política, era el momento de demostrar que por sus venas corría su sangre; así que respiró hondo y se dispuso a hacer uno de los actos más importantes de su vida. Subió un escalón tras otro con sus botas marrones y se quedó de pie observando a



aquellas personas que tenían toda su atención puesta en ella. Le pareció que Audrey la animaba desde abajo, pero no tuvo dudas de que Asher sí lo hacía a través de sus ojos azules y claros como el cielo.

*“Nos han anulado y nos han hecho creer que somos simples objetos para complacer al hombre. —inició Karen- “Desde que somos unas niñas, nos educan para ser buenas esposas y buenas madres pero no nos permiten formarnos y desarrollar nuestras habilidades como personas. Porque sí, somos personas. Somos seres racionales, aunque muchos se empeñen en hacernos creer que no, seres capaces de hacer tanto o más que un hombre. Eres una “mujer”, nos recuerdan cuando queremos hacer algo impropriamente femenino, como si la palabra “mujer” fuera algún tipo de peyorativo. Desde aquí y ahora, os animo a que digáis: ¡sí, soy mujer! —las féminas del lugar repitieron la frase con ímpetu provocando un clamor generalizado — “somos mujeres y vamos a hacer grandes cosas, no os preocupéis, seguiremos engendrando entretanto” —miró hacía los hombres que rieron por el humor de la Condesa- “hoy es un gran día para todas nosotras porque , de una vez por todas, se nos permite graduarnos en medicina. ¡Sed bienvenidas!”*

## CAPÍTULO 36 —FINAL

Los quehaceres diarios hicieron que el tiempo para Karen y Asher pasara rápido y, a penas, sin darse cuenta. Las obligaciones del Conde para con la política y la Corte eran tantas como las de Karen para con la escuela femenina.

Sin embargo, siempre encontraban el momento y el lugar para reunirse, y esa ocasión no era distinta. Habían decidido quedar en un hotel para gozar de la intimidad que el apartamento de Londres a veces carecía ya que solía estar lleno de invitados o empleados.

La Condesa llegó al recibidor del fastuoso edificio victoriano, repleto de ilustres extranjeros, ataviada con un revolucionario vestido negro ceñido a su cuerpo y de prominente escote perlado. Inmediatamente, toda la atención fue centrada en esa misteriosa joven voluptuosa que cubría su rostro con un velo de encaje blanco a juego con las perlas que adornaban las comisuras de su pecho.

Era terriblemente atrayente y su áurea desprendía peligro, seguía siendo la hechicera que era antes de casarse y los hombres no tardaron en acercarse a ella con excusas. No obstante, la cautivadora mujer solo tenía ojos para un solo caballero, el único que no se había acercado a ella; uno de dorada cabellera que, la miraba sin inmutarse desde una de las barras en las que se servía todo tipo de licores. Con su andar felino y removiendo sus caderas de forma exuberante, llegó a ese príncipe de traje oscuro y mirada clara.

—¿Puedo invitarle a una copa? —resonó la voz de mezzosoprano más Condenadamente sensual que se había escuchado por esos lares frustrando así, a todos esos pretendientes que levantó de la nada y que, desaparecieron al instante en el que comprendieron que esa gata ya tenía dueño.

—En todo caso, señorita, debería ser yo el que la invitara a una copa. Aunque temo que no sean horas de beber para una delicada dama —Karen vislumbró el intento de provocación y por toda respuesta cogió el vaso de Asher y bebió de un solo trago el whisky que había en su interior, para ello tuvo que apartarse el velo por unos segundos dejando ver a su acompañante unos labios rojizos perfectamente delineados y prominentes.

—Entiendo que es usted una señorita con arrestos pero deberé de cobrarme esta copa que ha arrebatado de mis manos —fulminó con una mirada intensamente significativa a esa joven que intentaba cubrir su deseo tras un encaje.

Lady Stanley sintió un estremecimiento terriblemente placentero ante esa declaración de intenciones por eso decidió iniciar su desliz hasta la habitación

que solían alquilar seguida de Asher, sintiendo su mirada masculina clavada sobre ella y palpando el deseo viril que éste deprendía. No hablaron pero el sonido de la puerta cerrándose tras de ellos, fue el indicador de que estaban solos. Momento en el que Asher detuvo el paso de su esposa y apretó su espalda contra su torso, sintiendo así su calor y su magnetismo. Al mismo tiempo, deslizó sus toscas manos entre las piernas femeninas en busca de armas, aprovechando para rozar lugares recónditos que hicieron vibrar a su dueña. Tiró dos pequeños revólveres al suelo y la giró hacia él —nunca cambiarás—gruñó el almirante apartando ese velo de un tirón para poder llegar a los labios peligrosamente atrayentes de esa beldad problemática. La besó, se introdujo en su cavidad húmeda y se deleitó con un juego perfectamente sincronizado entre ambos que los hizo rozar el éxtasis hasta el punto de desnudarse uno al otro sin separar sus labios. Sus respiraciones se aceleraban cada vez más, y los perfumes de ambos se escudriñaban a través de sus poros haciéndolos sentir los únicos seres vivos de esa tierra —prométeme que no cambiarás nunca —exigió el almirante apretando las caderas de Karen entre sus manos para luego deslizar una mano a la parte más íntima de la dama que ya se había dejado caer sobre la cama.

—No cambiaré —sollozó de ambrosía ella sintiendo como ese serio e intransigente noble caballero se transformaba en un vil y bellaco hombre al adentrarse en ella, moviéndose frenéticamente y con ímpetu hasta sacarle todo lo que ella guardaba en su interior.

Era el momento de volver a visitar a la Reina Victoria, habían pasado unos meses desde la apertura de la escuela femenina y Su Majestad solicitaba la presencia de la esposa del Conde en la Corte. A Karen no le hacía demasiada gracia tener que personificarse en ese lugar repleto de pomposos, pero había prometido ser flexible con las obligaciones de su esposo y, además, se lo debía por haberla ayudado tanto con sus proyectos.

Por eso, se encontraba en la misma sala que la vio por primera vez pero esta vez, sola. No la acompañaba Audrey y Asher se había ido a resolver unos asuntos. Al notar la tardanza de la soberana decidió usar una de las otras sillas como reposapiés pero se lamentó en el acto.

—Celebro que te sientas tan cómoda —resonó la majestuosa voz de la Monarca en la sala haciendo que Lady Stanley se levantara velozmente y tratara de hacer una ceremoniosa reverencia sin éxito y sin sentarse otra vez hasta que la Reina lo hizo.

Su Excelencia la miraba con semblante serio e hizo que Karen se planteara

verdaderamente si iban a colgarla del mástil más alto por haber puesto sus pies sobre una silla real. Pero se alivió en cuanto tras unos minutos de silencio y mutismo, Victoria dejó salir una pequeña risa que no pudo contener.

—Realmente siempre es un placer verte, Karen. Cuéntame, ¿cómo va tu escuela? —quiso saber la Reina obviando el hecho que la institución educativa estuviera a nombre del Conde de Derby y del Duque de Rutland.

—Majestad, es todo un éxito, mujeres de todas las edades y rangos...

## EPÍLOGO

*Residencia habitual de los Stanley, 1847*

Le importaba un reverendo bledo que todo el servicio de la propiedad la mirara con ojos inquisitivos, estaba harta de tener que desplazarse hasta Bath o hasta Chatsworth House para poder disfrutar de una agradable tarde de tiro en arco, de tiro con revólver o tiro con rifle, la cuestión era el tiro. Así que como Condesa de esa aburrida e insulsa propiedad, obedecerían sin rechistar.

—Le he dicho, Señor Benson, que haga el favor de colocar las dianas a sesenta metros como mínimo, no me las coloque tan cerca.

—Pero Señora, está usted embarazada, no debería hacer tantos esfuerzos —convino el mayordomo de barba y pelo blancos.

—Maldita sea Tom, no le he pedido consejo médico, le he pedido que coloque unas simples dianas a una distancia decente.

El mayordomo dirigió su mirada hacia el suelo, obediente, pero sin dejar de remover la cabeza de un lado a otro en señal de negación; en toda la historia y genealogía familiar de los Stanley no había habido jamás una Condesa con tanto genio y tan predispuesta a las excentricidades indisciplinadas.

—Karen, ¿¿se puede saber que es todo esto?! —se indignó Asher al ver que habían arrancado todos los matorrales de su jardín posterior y habían

allanado el terreno —aquí es donde se celebraban los banquetes para la nobleza. En lugar de estar inventando campos de tiro, ¿por qué no organizas alguna cena en la que la gente pueda deleitarse con nuestro bonito hogar?

—¿Y pasarme toda la noche escuchando charlas insulsas y decadentes? No entra dentro de mis planes querido Lord ” *Estirado*”. Ahora que hemos regresado de Londres pienso disfrutar al máximo de todo aquello que satisface mi alma —replicó al mismo tiempo que se dirigía al interior del establo en busca de Abiah.

—¿No pensarás montar en tu estado?

—¡Relámpagos! dejad de tratarme como a una enferma desvalida, ¿acaso creéis que mi intelecto también se ha visto afectado? Sé perfectamente que no debo montar a caballo; tan sólo quiero que mi bonito semental salga un poco de esas cuatro paredes en las que lleva encerrado tantos días, estoy segura de que estará deseoso de libertad y por qué no decirlo, de mi compañía.

Asher decidió regresar al interior de la mansión, no tenía ningún deseo de seguir soportando el irritante humor de su esposa; prefería dejarla con la compañía de su bien domado y adiestrado Abiah, si era sincero consigo mismo. Él, que aún no había sido amansado, prefería mil veces quedarse en su despacho redactando un criterio militar para uno de los generales del ejército desde su punto de vista como Almirante.

La tranquilidad del momento duró poco en cuanto escuchó unos pasos un tanto pesados correr hacía su dirección, primero pasó el abultado vientre y luego ella.

—Ha llegado una carta de Audrey, quiere invitarnos a Chatsworth House para que vayamos con los niños.

—¡Sí! ¡Quiero ver tía Audrey! Y primo Anthon —insistió William con sus mechones dorados adentrándose junto a su madre en el refugio, que había dejado de ser tal cosa, de su padre.

—Audrey miedo, Audrey no —lo cortó su hermana pequeña, Anne, siguiéndolo con pasos torpes —yo, tía Bethy. Tía Bethy, Áurea... —empezó a escalar las piernas de Asher hasta llegar a su regazo.

—Está bien, está bien. Corred a preparar vuestros equipajes.

Los niños corrieron en dirección a sus recámaras en busca de sus bienes preciados tales como figuritas de madera o muñecas de trapo dejando solos a sus progenitores.

—Lo siento por lo de antes —se acercó Karen a su esposo para acariciar su barba mientras él se mantenía firme en su gesto ofendido —vamos, ¿podrás

perdonarle algún que otro cambio de temperamento a la madre de tu tercer hijo? —Asher miró en dirección contraria cual adolescente dolido —sabes que te amo, te amo con todo mi ser.

—¿Está segura de lo que acaba de afirmar Lady Stanley? —esbozó una sonrisa con el orgullo inscrito en sus comisuras al tiempo que cogía a su abultada esposa y la sentaba sobre sus piernas para regalarle un tierno beso cargado de palabras no pronunciadas.

—Jamás estuve más segura de algo —respondió en el momento que sus labios se separaron hundiéndose eternamente en esos ojos añiles. ¿Era su alma tan clara como sus ojos? Estaba segura de que sí.

—Entonces siento romper su corazón bella dama porque no correspondo a sus sentimientos —mintió claramente él, amándola hasta llegar al fondo de sus dos pozos oscuros y saboreando la satisfacción de poder perderse en ellos sin temor. ¿Se escondía el alma de su esposa tras esas ventanas opacas? Estaba seguro de que sí, de que su alma se quedaba tras la noche para no cegar a los simples mortales y que sólo, de vez en cuando, se asomaba a través de las retinas; dejando escapar así, leves destellos de luz que se confundían con vulgares estrellas. Sacrificio, templanza, fuerza.

Un cielo claro y sin nubes, se había unido a una noche estrellada; una rara conjunción de los astros que había dado lugar a un amor sempiterno y único.

## Curiosidades

### París en 1844



Flora Tristán



Flora Tristán existió, fue una escritora, pensadora y feminista francesa fundadora del feminismo. Fue divorciada tras casi morir a manos de su marido, peregrinó por todo el mundo y publicó grandes obras socialistas. Murió en el 1846.

Estudiantes de Medicina



WOMEN STUDENTS OF PHYSIOLOGY AT WORK.

En Inglaterra, la primera escuela en la que se impartía medicina para mujeres fue abierta en 1874 .



## Conclusión

¡Gracias nuevamente por descargar mi libro!

Si lo has disfrutado, por favor deja tu opinión en Amazon. Estaré muy agradecida. Muchas gracias por el tiempo dedicado a este libro.



- Puedes estar al día de las nuevas publicaciones en mi página:  
<https://www.facebook.com/ladymaryElizabeth/>
- Participa y opina en el grupo de seguidoras:  
[https://www.facebook.com/groups/271941016872126/?source\\_id=890740324468144](https://www.facebook.com/groups/271941016872126/?source_id=890740324468144)
- Sígueme en Instagram  
<https://www.instagram.com/maribelsolle/>
- Página web  
[www.maribelsolle.com](http://www.maribelsolle.com)

## Otros títulos del autor

### **Piel de Luna (I Saga de los Devonshire)**

Audrey Cavendish, la primogénita del Duque de Devonshire, era un alma serena y fuerte, algunos dirían que de naturaleza fría y calculadora; sin embargo, lo que muchos desconocían era que desde una temprana edad había sido educada con firmeza y rectitud con el objetivo de venderla al mejor postor una vez llegada la edad casadera y, de hecho, se había convertido en todo lo que se esperaba de una joven de su posición: una señorita con

clase, educada y de reputación intachable.

Pero en su perfección, la bella e impasible Audrey tenía un defecto: una personalidad demasiado fuerte y tenaz para el gusto de la sociedad inglesa que prefería a las mujeres dóciles ¿será capaz de casarse y adoptar un lugar de sumisión? ¿será capaz de acatar todo lo que un hombre extraño le ordenara? Eran preguntas que ya no tenía tiempo de responder puesto que se encontraba en su segunda temporada y tenía que casarse de inmediato.

### **Tirabuzones del Sol (II Saga de los Devonshire)**

Lady Elizabeth, la segunda de las hermanas Cavendish, era una joven de carácter afable, cálido y sensible que empezaba su primera temporada en medio de importantes acontecimientos que cambiarían su vida para siempre. A pesar de que era una beldad y tenía una de las dotes más cuantiosas de Inglaterra, su excesiva timidez e inseguridad no le facilitaban su debut en la sociedad inglesa la cual no era precisamente indulgente.

Perdidamente enamorada de Lord Talbot, un caballero inglés un tanto salvaje que hacía suspirar a más de una dama, no le interesaba relacionarse con ningún otro caballero que no fuera él, sin embargo, su docilidad e inocencia provocarán un escándalo que hará cambiar la percepción que tiene su amado de ella.

¿Conseguirá Elizabeth salir del enredo? ¿Hará entender a su Lord Talbot que su corazón sólo late por él? ¿Será capaz de hacer frente a las habladurías y envidias de la sociedad?

### **Ojos del anochecer (III Saga de los Devonshire)**

Karen Cavendish era oscura, misteriosa e intrigante; incluso para algunos, peligrosa. Toda ella estaba envuelta por una áurea de misticismo y complejidad que seducía a todo hombre, joven o mozuelo atraídos por ese placer extraño que posee el peligro; sin embargo, en cuanto llegaba el momento del compromiso muchos de ellos lo eludían no siendo capaces de sobrellevar el fuerte carácter de la joven, así como tampoco sus aficiones nada convencionales.

Este hecho, más que incomodar a la debutante, la enorgullecía ya que no estaba dispuesta a desposarse, quería mantener su independencia y soñaba con viajar a Francia en cuanto fuera declarada una solterona en su cuarta temporada, no le importaba esperar tres años más para ello.

El Conde de Derby, Asher Stanley, se encontraba en busca de la mujer perfecta para poder contraer matrimonio por motivos ajenos al amor; no obstante, una noche estrellada topó con todo lo contrario a aquello que estaba buscando, viéndose envuelto en un escándalo con la protegida de su mejor amigo que, a pesar de ser la mujer más atrayente, sensual y bella que jamás había visto no encajaba en su vida ni en su condado.

¿Aceptará Karen su destino junto al hombre más serio e intransigente que jamás había conocido? ¿Podrá dejar atrás su libertad y sus sueños para adaptarse a las directrices de un nuevo lugar? Y lo más importante... ¿será capaz de enamorarse de un hombre como Asher?

### **Manto del firmamento (IV Saga de los Devonshire)**

Georgiana o, como la llamaban, Gigi era una Cavendish. Y, como tal, poseía una belleza extraordinaria así como una personalidad singular y, en ocasiones, controvertida.

Poseedora de una inteligencia que asustaba a los hombres del 1845 e interesada en estudiar medicina en una sociedad que se lo prohibía, finalmente, encuentra su alma gemela

en Thomas Peyton.

El futuro Conde de Norfolk, Thomas, es un hombre de mentalidad progresista y amante de la ciencia así como un Doctor frustrado por sus obligaciones para con el título que debe heredar. Por eso, encuentra en Gigi a la mujer perfectamente inmejorable.

Siendo tan compatibles como eran, decidieron fugarse juntos como si se tratara de una bonita historia de amor eterno pero se olvidaron de algo, Thomas ya estaba casado. Ese pequeño detalle desató el escándalo más jugoso de la temporada junto al enfrentamiento de varias familias nobles y poderosas que no dudaron en intrigar unas contra otras.

¿Cuántos deberán pagar por su amor prohibido? ¿Podrá repararse de alguna forma la reputación y la armonía familiar? Son preguntas sin respuesta, pero el estallido de colores y sentimientos manchará el papel como si de un manto estrellado se tratara.

### **Esencia del Astro (V Saga de los Devonshire)**

En breve

